Caras y Caretas





Nº 003943

CUPON Serie D

Grandes sorteos Gratuitos de Juguetes de "CARAS Y CARETAS". Sorteo de la Lotería de Beneficencia Nacional del 14 de Julio de 1933.

NDIYARI

Por HUGO WAST

ODAVÍA hoy, cuando se atraviesa el bosque por la picada de Otumpa, se descubren los horcones quemados de la arruinada toldería de Sergio Mocoví.

Tal picada es un camino de cuarenta leguas, abierto hace doscientos años por el hacha de los misioneros jesuítas, en el rudo quebrachal que cubre las tierras del norte.

Entonces los dueños de la región eran los mocovíes y reinaban sobre la tribu los abuelos de Sergio, que podían poner en pie de guerra dos mil y hasta tres mil lanzas para defenderse de los tobas, señores del Bermejo.

Mas vinieron los blancos, armados de fusiles, y los mocovíes abandonaron sus toldos de Otumpa, sus campos de algodón, sus floridos maizales, cultivados en las abras del bosque.

Solamente los ojos que han visto aquellos paisajes pueden saber lo que fué para Sergio Mocoví dejar *la tierra de sus muertos*.

El bosque de Otumpa quedó silencioso, y la maleza cubrió la picada. Hasta los pájaros huyeron, pues, cegados los pozos, no había agua en cuarenta leguas a la redonda.

Sólo de tarde en tarde algún águila se iba a posar en los quemados horcones para acechar el topo o la iguana, a flor de tierra.

Y en las noches serenas, cuando el viento plegaba sus alas tibias, era tan profundo el silencio, que parecía escucharse la delgada voz de las estrellas.

Ya no era Sergio el aventurero de años atrás, que invadía las poblaciones de los blancos, vadeaba los ríos y volvía con haciendas robadas hasta en la margen izquierda del Paraná. Vacas, yeguas, y también prisioneros indios y cautivos cristianos.

De la última excursión, trájose algunas mujeres guaraníes y una criaturita de pocos años, que parecía hija de cautivos. Su madre había muerto en la invasión; de su padre no había noticias. Tenía la tez bronceada, mas los ojos azules.

Sergio la guardó en su choza, para criarla entre sus muchos hijos.

Iban a ponerle por nombre Ojos Azules, en lengua mocoví, pero ella dijo llamarse Ndiyarí, que en guaraní significa "La que no tiene dueño".

Merecía ese nombre. Nadie, ni de este lado del Paraná, ni del otro; ni más allá del Bermejo, ni en el fondo de los bosques del Paraguay; nadie en el vasto mundo, podía decirse dueño de aquel tímido y gracioso animalito de ojos azules.

Pasaron muchos años. Los mocovíes entraron en negocios con los blancos.

Un día, volvió de las lejanas ciudades del sur Pablo Mocoví, el hijo predilecto, que heredaría el mando de la tribu cuando Sergio muriese.

Venía pobre. Había malgastado los jornales que ganó durante la cosecha del maní en las chacras de San Javier. Pero trajo un pañolón de seda azul, que hacía juego con los ojos de Ndiyarí, y se lo dió en señal de que la amaba.

Ndiyarí tenía veinte años, y hacía quince que vivía en la choza de Sergio.

Había aprendido la lengua de la tribu, sin olvidar la propia, y conversaba en guaraní con las cautivas de la última invasión, que eran viejas ya.

Pablo era mucho más alto que ella. Se levantó sobre la punta de los pies, puso las manos sobre los hombros de él, lo envolvió en el relámpago azul de sus ojos, y le dijo:

—Ndiyarí significa "La que no tiene dueño". De hoy en adelante me llamaré Iyabaé, o sea "La que tiene dueño".

Y lo besó.

Se casarían para el otoño siguiente, no bien Pablo volviese de Charata, la nueva ciudad del Chaco, donde los cosecheros de algodón pagaban jornales espléndidos.

Pablo partió. Ndiyarí lo acompañó hasta el linde del quebrachal.

El iba a caballo, lentamente, y ella a pie, con su andar elástico de joven pantera.

Se había echado en los hombros el chal de seda y prendídose en los cabellos un ramito de flores encarnadas. Cruzado a la espalda llevaba un arco y un manojo de flechas, con que su mano firme era capaz de traspasar a cincuenta pasos un aguará o zorro del monte, y hasta el pecho de un indio, si al volver sola tenía un mal encuentro.

Caminaban sin hablarse, cambiando sus pensamientos. Ndiyarí apoyaba su mano izquierda en la crin del caballo, para descansar, y Pablo se la acariciaba con la punta del rebenque. Por su gusto la habría llevado en ancas, pero tenía que hacer muchas leguas, y no debía cansar el caballo.

Los matorrales exhalaban penetrantes olores; y la brisa del este parecía traer en sus alas humedecidas por el inmenso Paraná el perfume de los naranjales correntinos.

—Vuélvete ya — dijo Pablo, deteniendo su montura para agacharse a besarla.

Ella no respondió; tenía el presentimiento de una desgracia, y estaba triste. Ocurríansele palabras dulces en guaraní, pero nada, nada en la lengua de la tribu.

Como ella no hablase, Pablo agregó:

—Antes de la noche lloverá; ¡adiós!

Un rato después la selva milenaria, de árboles cenicientos, rojos en las entrañas, cerróse detrás del anca de su caballo. Todavía un momento vió Ndiyarí blanquear su poncho en la espesura. Luego desapareció. Aunque ahora le gritase, él no la oiría.

Días más tarde llegó una comisión de blancos en busca del cacique.

El gobierno había vendido parte de las tierras que ocupaba la tribu. Las consideraban sin dueño, y, por lo tanto, propiedad fiscal. Si los indios las poseían desde siglos atrás, eso no significaba nada para la ley, y mucho menos para cierto coronel que mandaba un regimiento destacado en los fortines del Bermejo.

Con los máuseres de cuatrocientos soldados el gobierno subrayaba los renglones de sus escrituras. Y los mocovíes tenían que emigrar, siempre más al norte.

Ya habían llegado a las orillas del Bermejo. Al otro lado habitaban los tobas, sus mortales enemigos.

Una tarde Ndiyarí cebaba sus anzuelos para arrojarlos en las caudalosas aguas, y miraba el humo de aquellas tolderías, cuando sintió a su espalda la voz de alguien, que se había aproximado sin ruido.

—Indiecita de los ojos azules, el cacique Sergio me ha dicho que eres de otra raza, y que tu padre fué blanco, lo mismo que yo...

—¡No sé! — respondió con sequedad Ndiyarí.

Le disgustaba conversar con don Federico, el colono rubio, que había comprado al gobierno el campo de los mocovíes, y parecía enamorado de ella.

En tres meses don Federico y sus peones desmontaron una gran extensión de tierra virgen, que veinte arados de disco, tirados por yuntas de caballos gordos, aprestaban para las sementeras.

Se decía que don Federico era de origen alemán, nacido en el país y criado en las estancias del sur. Montaba como un verdadero gaucho, y un día, delante del cacique, de un tiro de máuser, mató un avestruz a dos mil metros de distancia.

Observó la admiración en los ojos de Sergio y le dijo, para ganar su voluntad:

—Cualquiera hace otro tanto con un arma así.

Y más tarde:

—Te voy a regalar este máuser y doscientas balas; además una yunta de bueyes y mi caballo overo, con montura y todo. Pero tú me vas a dar una cosa...

—¿Qué será, pues?

—Dámela a Ndiyarí...

—Ndiyarí no es mía... ¿No has visto sus ojos?

—Sí, por eso la quiero... ¿Y por qué dices que no es tuya?

—Porque no es mi hija.

—Tampoco los bueyes son mis hijos, ni el caballo ni el máuser, y sin embargo yo te los puedo dar.

Sergio sabía que Pablo y Ndiyarí habían cambiado promesas. Pero la codicia pudo más, y autorizó al colono a llevársela, si ella quería seguirle.

Federico la halló a orillas de las aguas, preparando su espinel, y le dijo crudamente lo pactado.

Ella se irguió con fiereza, y respondió:

—El cacique te ha dado a Ndiyarí, "La que no tiene dueño". Pero yo no me llamo Ndiyarí, sino Iyabaé, "La que tiene dueño".

El colono rubio pareció no molestarse. La dejó en paz tender sus anzuelos, y se fué, al tranco de su caballo, repitiendo mentalmente:

—¡Iyabaé, ya te haré cambiar de nombre!

Pasó el ardiente verano, y vinieron las lluvias otoñales, que inundan aquellos montes.

Pablo no volvió, y hacia mitad del invierno, uno de los colonos de Federico trajo del sur la noticia de que Pablo había matado a un hombre y estaba preso.

Ndiyarí no lo creyó, pero entretanto pasaban las estaciones y pasó también el año entero.

Ya tres veces los arados relumbrosos habían roto las tierras de los mocovíes. La colonia prosperaba, y el viejo cacique estaba más pobre que nunca. La tribu se iba desgranando: los jóvenes buscaban suerte en otros rumbos.

Don Federico volvió a tratar de su negocio.

—¿Qué te va, ni qué te viene, Sergio, que ella sea mía o de otro? ¿Por ventura es tu hija? Deja que me la lleve y te daré un máuser y doscientas balas, y tres yuntas de bueyes, y mi overo ensillado.

—Lo mismo que antes me ofreciste — repuso Sergio, y Federico entendió que debía aumentar la oferta.

—No es lo mismo, pues te daré doscientos pesos además.

—Háblala, y ella hará lo que quiera: no soy su padre.

—¡No! Ella te venera como a un rey y hará lo que le mandes. Si no quieres hablarla, haz de cuenta que no te he ofrecido nada.

El cacique habló a la joven, que, realmente, lo veneraba como a un rey.

—¿A quién aguardas? ¡El no vendrá más! Otro novio no hallarás en la tribu. Los indios temen a Pablo. Se imaginan que si los jueces lo soltaran, se vendría derecho y furioso, como un jabalí.

Ndiyarí escuchó el discurso del cacique; entró en la choza; plegó el manto azul, lo envolvió en un cuero de carpincho, y lo escondió en el monte.

—Ya no me llamo Iyabaé. Ahora me llamo Ndiyarí, "La que no tiene dueño" — dijo al cacique después de llorar toda la noche. — ¿Qué quieres que haga?

—El no vendrá más: cásate con el blanco.

Don Federico vino en su busca, y se la llevó en ancas de su hermoso caballo.

—¿Cómo decías que te llamabas?

—Ahora me llamo Ndiyarí...

—Bueno, ahora te llamarás María Ana.

Ndiyarí, por su madre, tenía el fatalismo de la raza india. Inútil pretender cambiar el rumbo de las cosas. Más vale agachar la cabeza y dejar que el viento, bueno o malo, sople a su gusto.

La colonia distaba cinco leguas de la toldería de Sergio. Varias familias vivían allí, en ranchos diseminados, hasta en el corazón del bosque, donde constantemente resonaban las hachas.

Pasó más de un año. Ndiyarí tenía una chiquita de meses, nacida en la colonia, cuando supo que Pablo había vuelto.

Federico la miró, espiando sus impresiones. Pero ella no desmintió la raza de su madre. Su fisonomía permaneció indiferente y hermética. Los sentimientos resbalaban sobre su piel de bronce.

Federico no tardó en olvidarse de Pablo.

¡Mal hecho! En tierra de indios, aun cuando a veinte leguas haya una línea de fortines y cuatrocientos soldados, los blancos nunca deben dormir tranquilos.

Una tarde Ndiyarí vió alzarse en el monte tres columnas de humo. Los indios tienen un sistema primitivo de comunicaciones, mediante fogatas.

Ninguno confunde el humo de un fuego encendido por ellos, con el de un blanco. Y a veces conocen quién lo ha hecho y, si es una señal, qué quiere decir.

Ndiyarí conoció los fuegos de Pablo, pero no comprendió, por qué, entre las dos delgadas columnas, que habrían significado: "Está pronta para huir", se levantaba una negra espiral, indicio de una gran quemazón.

Una de las colonas observó:

—Don Federico salió temprano para el monte. No ha vuelto. Se entretiene en quemar sus quebrachos.

—¡No! — replicó mentalmente Ndiyarí. — Lo que arde es un itín.

El itín es el árbol de más recia madera en el Chaco, y su fuego despide un humo espeso, distinto de los otros.

Don Federico había ido al monte a elegir tierra para una nueva chacra.

De pronto advirtió que un indio lo seguía, y se acordó de Pablo. Aprestó el fusil y continuó la marcha, con el oído atento y el dedo en el disparador.

Si hubiera estado cierto de que fuese Pablo, antes que un saludo le enviaría un balazo en la frente. Pero no lo conocía y no era el caso de matar a todos los indios que se le aproximaran. Concitaría el furor de la tribu y provocaría una sublevación.

Por no aparecer miedoso, lo dejó acortar la distancia.

Era un indio corpulento, del tipo mocoví, joven, montado en un caballo que don Federico no había visto nunca.

—Este ha venido de afuera. No puede ser otro que Pablo... Al primer ademán sospechoso, lo bajaré de un tiro.

Montó el fusil, pero su posición no era cómoda: tendría que sujetar el caballo y volver la cara.

El bosque iba releándose. De pronto el sendero desembocó en un abra, limpia de malezas y de árboles, a la manera de un inmenso anfiteatro. Bandadas de avestruces hendían el mullido pastizal en fuga vertiginosa.

—¡Qué buen lugar para una chacra! —pensó don Federico, a tiempo que su caballo, habituado a correr avestruces, se largaba en desenfrenada carrera.

El jinete se mantuvo firme y se agachó sobre la silla, al percibir el característico zumbido de las boleadoras. Casi en el mismo instante, la terrible arma de los indios se le enroscó en el cuerpo, golpeándolo tan duramente, que sus manos soltaron riendas y fusil. Acto continuo, un segundo tiro de boleadoras hacía rodar el caballo.

Oyóse el grito de guerra de los mocovíes: ¡Ujujú!, y Pablo cayó encima de su rival, empuñando un facón.

No lo hirió, pues lo vió desmayado. Se contentó, por lo pronto, con amarrarlo al tronco de un itín seco, y fué a desenredar el caballo, que se debatía aprisionado. Le revisó las patas, vió que no estaba herido, lo hizo levantarse, y lo ató con el suyo. Pronto necesitaría de los dos.

Era verdad la prisión de Pablo, por matar a un hombre en Guillermina, provincia de S. Fe.

Mientras se consumía en la cárcel, supo que el cacique había vendido a su novia por tres yuntas de bueyes, doscientos pesos y un fusil.

Al principio sintió una gran amargura. Después se consoló, porque algún día concluiría su asunto y volvería a sus toldos. Perdonaría a su padre, y castigaría al hombre blanco, a quien no le bastaban las de su raza, y necesitaba robar las de los indios.

En el proceso llegó a probarse que había matado en legítima defensa, y entonces lo soltaron; y volvió andrajoso, mendigando, a pie desde Santa Fe, hasta las orillas del Bermejo.

Hacia el final de su jornada robó un caballo, y durante dos meses, con paciencia de indio, espió a su rival: quería sorprenderlo solo y no dejarle tiempo de tirar.

Al verlo humillado y palpitante se preguntaba qué clase de muerte le iba a dar, antes de ir en busca de su amada Iyabaé.

Juntó leña especial para hacer señales y formó dos hogueras, cuyo significado ella comprendería. Entonces pensó que, incendiando el itín donde tenía atado al prisionero, le daría la muerte que él merecía.

Aseguró bien sus ligaduras, lo rodeó de ramas secas y prendió la tercera fogata. Antes de media hora el itín ardería como una inmensa pira y el viento del anochecer desparramaría por el mundo las cenizas de aquel hombre.

—¡Ujujú!

Montó en su caballo y, conduciendo el otro del cabestro, llegó hasta la colonia. Dijo a los peones que el patrón había tenido el antojo de hacer un asado con cuero de un jabalí cazado en el monte, y lo mandaba en busca de su mujer para que ella también disfrutara.

Le creyeron, pues llevaba en prueba el caballo de don Federico, y Ndiyarí montó, con su niñita en brazos, y ambos se internaron en el quebrachal.

Les servía de rumbo la espesa humareda. Pablo contó a Ndiyarí que había boleado al patrón y lo estaba quemando vivo.

—¿Estará muerto ya? —preguntó Ndiyarí, con horror.

Pablo prosiguió:

—Nunca más volveremos a los toldos de los mocovíes ni a tierra cristiana, donde me castigarían. Vayamos a los Tobas. Allí se refugian los indios y los gauchos matreros, que tienen cuentas con la justicia de los blancos...

Ndiyarí repitió dulcemente:

—¿Estará muerto ya?

—Pasaremos cerca del itín y lo verás.

Llegaron a la hoguera. El viento había cambiado de rumbo y soplaba en tal forma, que las llamas no tocaban al prisionero.

El espanto y el dolor lo tenían sin sentido, pero respiraba libremente.

—Ha sido bueno conmigo —dijo Ndiyarí. —Vamos a desatarlo. Cuando vuelva en sí, a la noche o al alba, ya nosotros habremos cruzado el Bermejo y no nos alcanzará.

Pablo no dijo nada. Ella insistió.

—Siempre es malo matar a un hombre. Ha sido bueno conmigo y es el padre de mi hijita. Bastante pena tendrá sabiendo que ella será india como su madre.

Se bajaron los dos, desataron al hombre desmayado y lo depositaron sobre las hierbas.

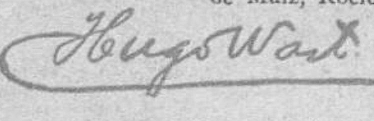
—Si no vuelve en sí esta noche, lo comerán los aguarás —observó Pablo, malcontento de no consumar hasta el fin su venganza, pero deslumbrado por el fulgor azul que volvía a alumbrar su camino.

Y partieron de nuevo, al trotecito, calculando que tenían que andar veinte leguas sin cambiar caballos antes de llegar a sitio seguro.

Cuando refrescó la tarde, y la criatura sintió frío, Ndiyarí deshizo aquel envoltorio oculto en un cuero de carpincho y sacó el manto azul y la envolvió con él.

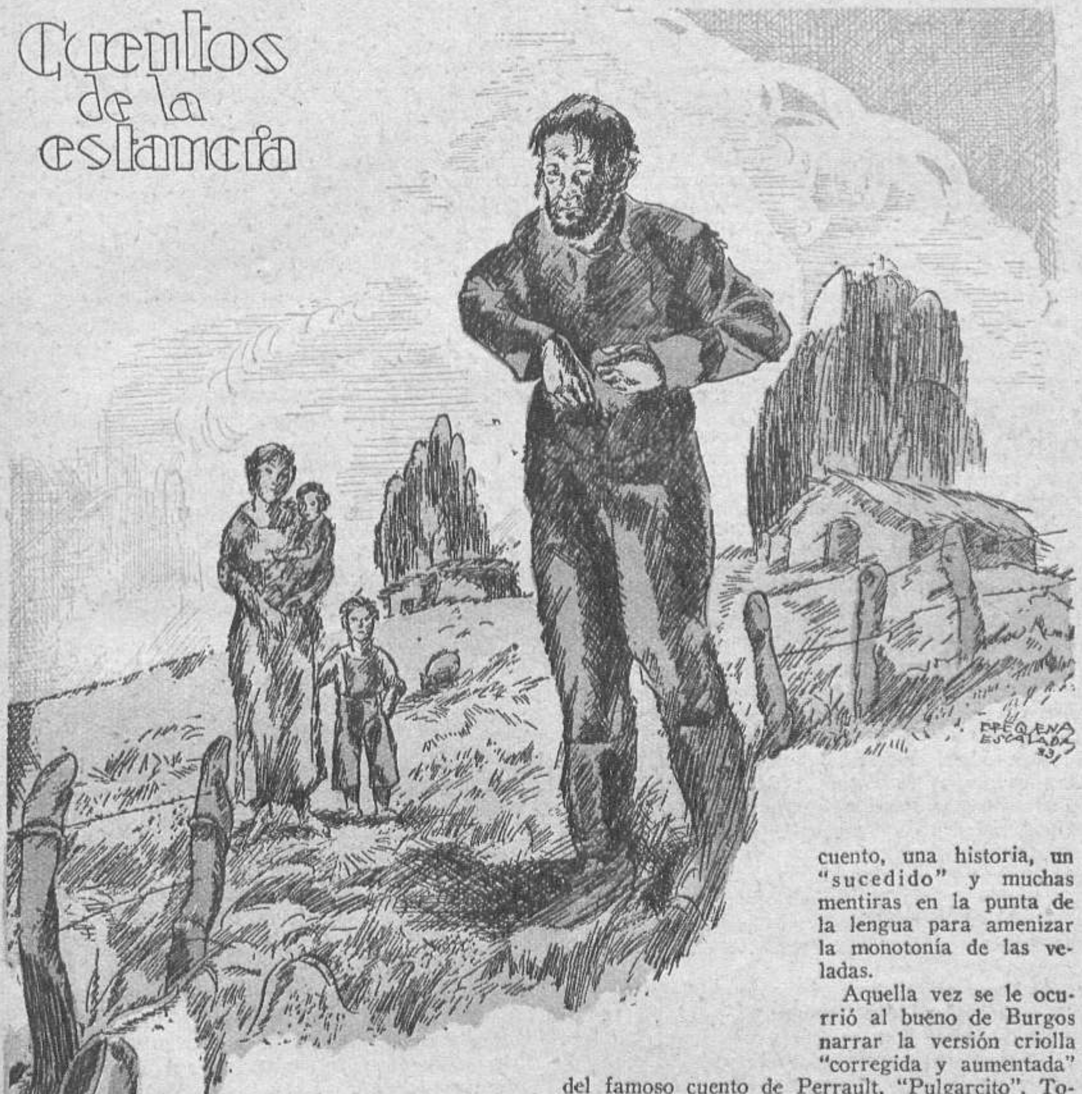
Y así, bien entrado el siguiente día, llegaron a los Tobas, donde los indios no usan nombres cristianos, como entre los mocovíes, y se llaman ásperamente: Tizón de Fuego, Filo de Hacha, Bala Perdida, o cosa análoga; y solamente las mujeres tienen nombres dulces: Flor de Maíz, Rocío del Alba, Semillita de Sandía.

Ndiyarí volvió a llamarse Iyabaé, "La que tiene dueño", y a su hijita la llamó Noicalis, que en toba quiere decir: "Cautiva cristiana".



DIBUJO DE CABALLÉ

Cuentos de la estancia



EL Loco Hans

Por Luis Castelló

UNA noche en que a Ciriaco Padilla, el encargado de la majada de la costa, le tocó pernoctar en la estancia, después de la cena formó en la rueda, que, como de costumbre, se hacía alrededor del viejo Burgos, hombre alegre y chispeante que siempre tenía un cuento, una historia, un "sucedido" y muchas mentiras en la punta de la lengua para amenizar la monotonía de las veladas.

Aquella vez se le ocurrió al bueno de Burgos narrar la versión criolla "corregida y aumentada" del famoso cuento de Perrault, "Pulgarcito". Todos escuchaban con la mayor emoción las conmovedoras aventuras del diminuto hijo del leñador y de sus seis hermanitos, pero cuando llegó el instante de mencionar las maravillosas y sorprendentes virtudes de las botas de siete suelas, aumentadas a cien por la fantasía del narrador, se alzó un clamoreo general de incredulidad.

—¡Cien leguas! ¡Ni un automóvil! — exclamó uno.

—¡Lindo calzado pa un parejero! — repuso otro.

—¡Esta vez se le jué la mano, don! — añadió el de más allá.

El viejo Burgos tragó saliva y alzó la mano pidiendo calma mientras cavilaba la explicación.

Pero Ciriaco Padilla, que había escuchado el relato con la mayor atención, le evitó este trabajo, diciendo muy serio.

— Yo tuve una vez un par de botas de ésas.

Todos, incluso el narrador, quedaron con la boca abierta por la sorpresa.

— Sí — añadió Ciriaco. — Se las regalé al loco Hans. ¡Aura me explico por qué no ha güelto al puesto!

¿Conocéis la historia del loco Hans? Allá va.

Una tarde en que Ciriaco y su mujer se encontraban en el corral del puesto dando una repasada a unas ovejas sarnosas, fueron sorprendidos por el griterío de los tres purretes que jugaban junto a la casa.

—¡Un loco, tata! ¡Mama, un loco!

Ciriaco se enderezó sin apuro. Un loco para los chicos, en el campo, es sencillamente uno que anda de a pie; pero nunca como entonces se justificaba aquel calificativo: sólo a un loco podía ocurrírsele ir de a pie a lo de Ciriaco cuyo puesto se levantaba al extremo de un albardón rodeado de profundos cañadones por los cuatro costados. Además, como los muchachos miraban precisamente en dirección opuesta a la huella habitual, Ciriaco no pudo menos que extrañarse.

—¿Qué "haberá"? — dijo la mujer.

—¡Vi a ver! — contestó el hombre, pasando entre los alambres del corral.

Los purretes le rodearon insistiendo en su griterío, pero una enérgica interjección del padre les hizo buscar el reparo de las polleras maternas que venían en pos del marido.

Cuando Ciriaco llegó al mojinete del rancho tuvo el convencimiento de que los chicos tenían razón. Sólo un loco podía presentarse de aquella manera. Por un claro del hunquillal, hundido en el agua estancada hasta la cintura, avanzaba trabajosamente un hombre de aspecto feroz. Una melena encrespada y una barba igualmente revuelta envolvían su cabeza con un resplandor rojizo y su aspecto era aún más desusado por el limo verdoso, recogido a través de la marcha por los pantanos, de que estaba cubierto su torso desnudo. El hombre caminaba lentamente y eran visibles sus esfuerzos por arrancar sus pies del barro a cada paso. Unos cincuenta metros antes de llegar al borde del pantano, el extraño personaje se detuvo y lanzó unos gritos guturales acompañados de gestos desusados de sus largos brazos.

Ciriaco le hizo señas de que se acercara pero el hombre no se movió y repitió sus gestos y sus voces.

Entonces el puestero creyó comprender.

—Andate vos con los chicos — le dijo a su mujer. — Este hombre debe andar desnudo.

En efecto, una vez que la mujer y los chicos entraron en la casa, el forastero reanudó su interrumpida y trabajosa marcha. No estaba completamente desnudo, pero su vestimenta era tan sumaria y estaba tan destrozada que según dijo después Ciriaco tenía "más aujeros que género".

A medida que el hombre se acercaba a la orilla del cañadón donde lo esperaba Ciriaco, éste pudo advertir que su aspecto feroz se desvanecía y que lo que alcanzaba a ver de su rostro, a través de la maraña de pelos que lo cubría, denotaba unas facciones llenas de bondad y mansedumbre. Sus ojos, sobre todo, extremadamente azules, tenían una expresión infantil. Cuando al fin logró salir del pantano se dejó caer al suelo, desfalleciente, lanzando un profundo suspiro.

Ciriaco corrió a la casa y alzó unas bolsas al tiempo que ordenaba a su mujer que preparase un poco de café.

—¿Qué pasa? — preguntó ella.

—Está muerto de hambre, el pobre — repuso el puestero.

—¿Diánde vendrá tan acabao? — añadió la mujer.

—¿Quién sabe? Ya lo dirá lo que se reponga.

Y mientras la buena mujer preparaba un poco de café y unos pedazos de galleta, él se fué con las bolsas a cubrir las desnudeces del forastero que permanecía aún tirado sobre los pastos.

Pero Ciriaco se equivocó. A pesar del largo discurso que les echó el forastero en su idioma mientras mascaba la galleta con avidez y trasegaba grandes sorbos de café, no pudieron averiguar otra cosa sino que se llamaba Hans, nombre que repetía dándose fuertes golpes al pecho como para indicar que era él.

Ciriaco un tanto fastidiado por aquella jerga incomprensible acabó por encogerse de hombros y decir a los suyos.

—Lo llamaremos el loco Hans.

◆

La majada que cuidaba Ciriaco era de las menos rendidoras de "La Criolla", lo cual quiere decir que el puestero sostenía a la familia dentro de la mayor pobreza. Sin embargo no le faltaron un par de bombachas viejas y una camisa rotosa para poner "presentable" al loco Hans. Además, al día siguiente le cortó el pelo al rape y le prestó la navaja de afeitar, lo que hizo el milagro de convertir al ogro de la víspera en un mocetón robusto, de blanco cutis, que contaría unos veinticinco años todo lo más y que se reía con los chicos con una sonrisa ancha y cordial de hermano mayor.

—Mirá que pion nos ha caido del cielo — decía la mujer.

Y ciertamente sólo un peón de origen celestial es capaz de trabajar tanto y tan bien como el loco Hans. Desde el primer día y sin que nadie tuviera necesidad de mandarle nada, tomó sobre sí la tarea de hachar leña, acarrear agua del pozo, carpir el jardín... Hizo un quinche con duraznillo blanco todo alrededor de la quinta para evitar que las liebres muy abundantes destrozaran los plantíos; adobó las derruídas paredes del rancho; compuso el techo, tapando las goteras; limpió el pozo, enderezó el alambrado del puesto e hizo, en fin una serie de trabajos que Ciriaco, seguramente ya habría hecho a tener tiempo, lugar y... ganas.

Gracias al loco Hans el puesto de la costa sufrió una transformación notable. La quinta empezó a producir verduras para "dar, vender y empriestar"; el gallinero, gracias a sus solícitos cuidados, indujo a Ciriaco a pensar que la cría de aves también podría ser negocio; y hasta los chicos aprendieron a perder el miedo al agua mostrando siempre los cachetes sonrosados por las enérgicas friegas que todas las mañanas les propinaba el loco.

Fué tan grande el cambio que sufrió el puesto de la costa que míster Arturo, el mayordomo, que sabía a Ciriaco medio dejadote y cachafaz, al llegar allí en ocasión de un recuento de la majada, creyó entrar en campo ajeno.

—¡Cómo está de lindo todo esto! — exclamó. — ¿Quién ha hecho este milagro?

—Son cosas del loco Hans — contestó el puestero.

El mayordomo quiso conocerlo pero a pesar de hablarle en inglés y en francés no pudo sacar nada en limpio de la jerga del extranjero.

—Bueno — dijo al fin. — ¡Ojalá en cada puesto hubiera un loco como éste!

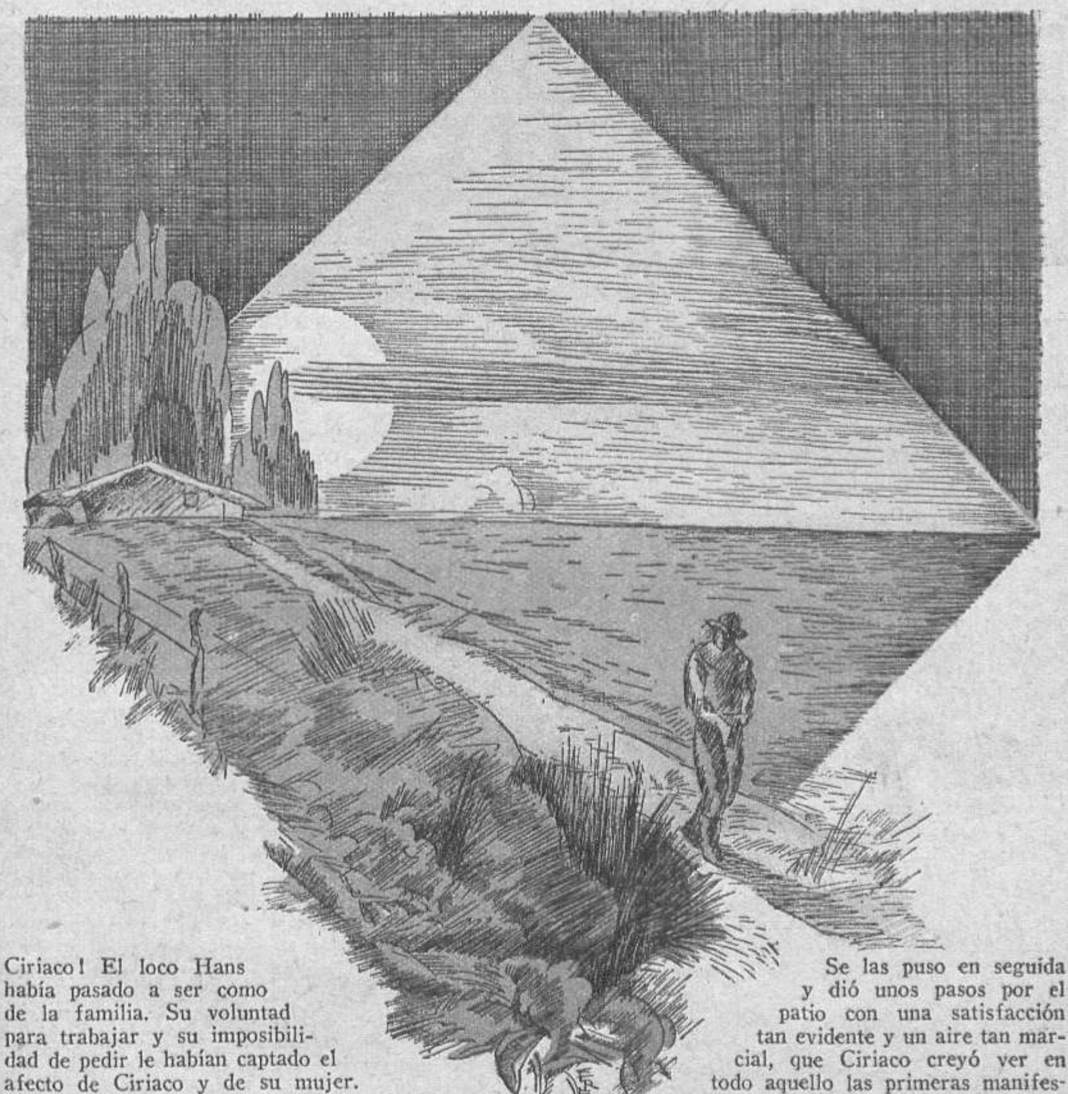
Pero al ver la forma desastrosa en que estaba vestido aquel hombre, míster Arturo llamó aparte a Ciriaco y le preguntó:

—¿Cuánto le paga a este hombre?

—Y... nada. No hemos tratao nada.

—¡Es claro! — asintió el mayordomo. — Pero aun cuando sea un loco, usted no debe permitir que un hombre tan trabajador, que está en su casa, ande tan harapiento.

¡Si justamente eso era lo que estaba pensando



Ciriaco! El loco Hans había pasado a ser como de la familia. Su voluntad para trabajar y su imposibilidad de pedir le habían captado el afecto de Ciriaco y de su mujer. Pero lo que más impresionaba al puestero era la amistad que se estableció entre el loco Hans y los purretes. Estos no sabían apartarse del loco mientras trabajaba y él, por su parte, no abría la boca sino para reírse con los chiquilines. En los momentos de ocio les hacía juguetes rudimentarios de madera y les tejía cinturones con paja trenzada.

Obedeciendo las indicaciones del mayordomo, que Ciriaco estimó como una verdadera orden, el puestero se fué una mañana rumbo al almacén de la estación a buscar unos "vicios" y al regresar colocó un abultado paquete entre las manos de Hans.

Grandes demostraciones de alegría exteriorizó el pobre loco al ver las modestas prendas que se le ofrecían: un par de bombachas de gambroua, dos camisas, un pañuelo de seda y un sombrero... Pero donde su sorpresa y su asombro alcanzaron un grado superlativo fué al ver el par de botas que completaba desde entonces su ajuar. Ciriaco las había comprado por unos pesos a un "linyera" que encontró al acaso; estaban ya bastante usadas pero el loco Hans las miró, remiró y admiró como si se tratara de una verdadera joya.

Se las puso en seguida y dió unos pasos por el patio con una satisfacción tan evidente y un aire tan marcial, que Ciriaco creyó ver en todo aquello las primeras manifestaciones de la locura de Hans.

¿Quién es capaz de adivinar lo que aquellas botas sugirieron al pobre loco? ¿Alguna reminiscencia de su vida pasada? ¿La posibilidad de proseguir un viaje interrumpido?

Lo cierto es que ya no se las quiso sacar y al día siguiente, cuando Ciriaco se despertó, Hans había desaparecido.

No lo vieron más. Por más averiguaciones que hizo Ciriaco no halló quien pudiera darle razón de su gratuito peón. Una noticia en extremo vaga lo señaló pocos días después a diez leguas de distancia. ¿Quién sabe si sería él?

CIRIACO está convencido de que aquellas malditas botas, por algún maléfico poder, se le llevaron al loco Hans, pues no se explica que, con lo bien que estaba en el puesto, Hans aun no haya vuelto...

Pero no se crea que Ciriaco echa de menos al loco por el trabajo que hacía, ni mucho menos por las botas, sino que desde que Hans se fué los chicos quedaron tan tristes...

Luis Castelló

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA

CARAS Y CARETAS

ALMAS del TIEMPO ROJO...

Por JULIO VIGNOLA MANSILLA



Esa vez como tantas otras, en el encadenamiento de los días, los corvos, las "carabinas" y las chuzas "federales" despedazaron a los hombres de la divisa celeste, en las barrancas y entre las pitas y las tunas de la Laguna del Milagro... Mayor fuerza numérica o designio kármico, la catástrofe fué. Luego, como llama sobre pajonal seco, por pampas y caseríos extendióse la perversa sugestión de que todo eso se debía a la traición de un teniente mulato. Mal consuelo de vencidos y peor arma de vencedores, si en realidad el taimado mulato existió...

Sobre los espinudos tunales y en el inmenso cielo del incipiente Chascomús del año treinta y nueve, aun debían flotar humazones de pólvora y acre olor de carne acuchillada..., cuando un atardecer, dos soldadotes de catadura siniestra, llegaron hasta la casa del señor don Vicente Casco, hombre expectable y de intelectuales luces. Con gran ruido de corvos, aparecieron en el portal. Además, la presencia de sus alborotadas y grasientas crines, en las que cabalgaban los rojos quepis de ancha visera negra cayéndo sobre los ojos más negros de intenciones: amedrentaban a los perros, a los niños y a las mujeres. En la puerta de calle quedó de facción uno de los personajes y el que aparentaba ser el más funesto de los pájaros milicianos, avanzó por el patio, rectamente hacia el señor Casco, que en compañía de su esposa y sus hijos tomaba el fresco bajo la sombra de un paraíso espléndido. Grotestamente cuadróse ante el dueño de casa, el miliciano de los malos agüeros, tartamudeando con alcohólica voz:

—Me mandan pa que lo acompañe, señor Casco.

Hombre sereno y de valor auténtico, el dueño de casa, se puso de pie y muy cortésmente inquirió:

—Está bien. ¿Pero adónde piensa acompañarme, amigo?

—¡Hum!... Como pa saberlo — exclamó el soldado. — Son cosas de don Prudencio... De juro que si se lo pregunta a él, lo enterará. ¿Qué quiere que sepa yo, don Vicente?

Sin denunciar preocupación alguna, Casco ordenó a un negro sirviente que le trajese el sombrero. Mas, de esa tranquilidad, real o aparente, no participaban sus hijos mayores ni su esposa. En los absortos, interrogantes ojos traslucíase la zozobra interior que los poseía. Y fué en medio de un silencio surcado de pensamientos luctuosos, que los suyos le vieron alejarse. Todavía, al llegar a la calle, el señor Casco se volvió para recomendar con voz de confianza plena:

—No vayan a estar con cuidado. Dentro de un rato volveré.

Sin duda estas palabras se las dictó la amistad que siempre había existido entre él y don Prudencio Rosas, hermano del gobernador neurótico... Pero llegó la noche con su luna creciente y sus millones de lejanos soles y don Vicente no regresaba... Muchas veces otearon y aullaron los perros y en los cercos chilló el lechuzón fatídico... Con el alba resplandeció el lucero que el día acabó por disipar... sin que el ausente regresara. Llorando y rezando a escondidas de los hijos, hasta el tercer día, la esposa lo esperó. En la vecindad ni en el pueblo, la más leve noticia del esposo. Nada se sabía ni se hablaba de él. Tampoco a nadie se podía confiar la más ingenua pregunta. Tiempos eran de tétricas mudeces... de invisibles enemigos, de diabólicas sospechas y traiciones alevosas. Callar, equivalía muchas veces a burlar la muerte segura... Sin embargo, esa mañana, en medio de su atroz ansiedad, misia Cecilia resolvió acudir a casa de don Manuel Fernández, hombre bonachón éste, paisanote de rastra de plata en el cinto, aunque de matiz vagamente federal. Don Manuel era su compadre y un entrañable amigo de Casco. Ella le hizo presente sus terribles dudas y el anciano, casi paternalmente, le aconsejó, con voz apenas perceptible y no sin antes cuidarse hasta de los negros sirvientes:

—¡Ah!, comadre, hable despacio... Usted no sabe... silencio, ¿oye? Hágame caso... Ni una palabra a naides del asunto. A naides, ¿oye? Estése calladita... Sí, es mejor. Cuidao con hablar... Nos fregaríamos todos... Silencio, comadre. Espere... Dios aprieta pero no áhuga...

—Comprendo, compadre — asintió misia Cecilia — le prometo guardar silencio, si es así. ¡Con tal que Dios me lo devuelva!

—Sí, comadre, aguarde unos días más y si el perdido no aparece, dése una vuelta por acá. Ya sabe que ésta es su casa y la de los suyos... ¡Ah! pero cuidao, ya sabe, calladita... silencio, ni una palabra a naides, ¿oye? Pa todos es el bien.

Algunos días más tarde, tanto don Manuel como su esposa, apenas pudieron reconocer a misia Cecilia cuando entraba de la calle. Venía envuelta en un chalón oscuro, increíblemente envejecida y en su enflaquecido rostro, como en el acento de su voz, notábase la certidumbre que abrigaba en la definitiva desaparición de su compañero:

—He cumplido la promesa que le hice, compadre... A nadie pregunté por él. Pero no sé de dónde he sacado tanta fuerza para un silencio que es peor que la agonía — llanto convulso estranguló sus palabras unos instantes y haciendo un supremo esfuerzo, dominóse para agregar. — Como una sombra sin alma vengo a su casa, porque siquiera aquí puedo llorar sin miedo... ¡Dios mío, ya en esta vida no nos veremos más!... En la otra, sí, en la otra será.

Terriblemente emocionado, pero al fin hombre fuerte, don Manuel se impuso a su pena y dijo:

—Sí, comadre, sí. Pero es preciso que se calme. Todo se ha de arreglar... Amparo no le faltará nunca. ¿Pa qué está su compadre?

Luego de una pausa, misia Cecilia murmuró:

—Anoche llegó del campo su ahijado, Juan... ¿Sabe lo que están haciendo los hombres de Rosas? Se llevan vacas, caballos, ovejas y cuando encuentran en la estancia... Todo se lo llevarán y entonces, ¿con qué comerán nuestros hijos?

—No hable tan fuerte, comadre... Ya sabe lo que pa bien de todos le ha recomendao.

—Comprendo, sí, que debo callar... Pero, ¿y mis hijos?

Grave, de toda gravedad, tornóse el semblante de don Manuel y al cabo de unos minutos de profunda reflexión, condujo a misia Cecilia hasta un cuarto, en el que amontonaban viejos trastos. Se dirigió a un cofre de hierro oxidado y lo abrió: estaba casi lleno de onzas de oro.

—Comadre, ¿ve usté eso?

Apenas ella asintió con la cabeza y balbuceó:

—Sí, compadre.

—Güeno, comadre. Mientras haiga en este baúl una onza, ni usté ni los suyos pasarán hambre.

—Gracias. Dios premiará su santa intención, compadre.

—Pero que naide sepa de todo esto ni una palabra... Ya sabe, comadre, la recomendación... Silencio, estese calladita. Pa bien de todos será.

—Perdóneme usted, compadre; pero siquiera para alivio de mi atormentado espíritu, dígame, ¿por qué se lo llevaron?

Pareció vacilar un instante don Manuel y dijo bajando la voz:

—Yo creo... que tal vez porque... mi compadre se negó a prestarle caballada a Prudencio... En fin, ya sabe... Rece en silencio, comadre, rece y espere... Quién sabe... Siempre es güeno esperar...

Mas, a pesar del largo y fiel silencio que misia Cecilia guardaba, el compañero no regresó. No podía regresar jamás... Eran los tiempos rojos...

Julio Vignola Mansilla

DIBUJO DE ALVAREZ

Una Página de Historia



Los alumnos del Colegio de la Unión tenían un compañero

Por E. M. S. DANERO

Del Colegio de la Unión del Sud salieron innumerables hombres que dieron prestigio a las letras y a las ciencias del país; pero, ninguno de los actos nobles y trabajos que realizaron fué tan grande y tan democráticamente ejemplar, como el que llevaron a cabo con uno de sus compañeros, el más pobre y desheredado de todos.

En medio de las vastas y urgentes atenciones de la guerra que sostenían las Provincias Unidas del Río de la Plata contra los injustos y obstinados enemigos de la libertad — para decirlo con palabras del decreto de Pueyrredón — el 2 de junio de 1817 fué creado el Colegio de la Unión del Sud, que venía a ser como la continuación de aquel otro famoso de San Carlos al que concurrieran los que fueron hombres más notables de la Independencia. Los cursos fueron inaugurados un año más tarde, el 16 de julio de 1818, en el histórico templo de San Ignacio, día que fué considerado por la prensa de la época como el "más grande" de la administración pública.

Pero, si grata es la rememoración de este hecho, más lo es aún el recuerdo de la actitud que, a los pocos días de iniciados los cursos, asumieron sus alumnos en beneficio de uno de sus compañeros, muchacho pobre y sin apoyo de ninguna especie que, no por limosna, pero sí gracias al altivo y camaraderil apoyo, logró terminar sus estudios en el establecimiento y conquistar un nombre digno en la sociedad.

El joven Norberto Dávila, dispuesto a seguir una carrera, se había dirigido al rector del establecimiento, doctor Domingo Achega, en demanda de un rincón donde asilarse para poder asistir a los cursos con regularidad. El director, ese mismo día, el 14 de enero de 1819, accedió a la solicitud, concediéndole una pequeña habitación en la parte del edificio reservada al servicio. Pero, en aquel colegio cursaban sus estudios unos cuantos muchachos argentinos. Eran, de acuerdo con la época, fervientes demócratas. Esa misma noche se reunieron cuarenta, encabezados por el celador Angel Saravia. Discutieron. Hicieron proyectos. Sacaron sus cálculos. Unos más, otros menos, todos, meticulosamente, descubrieron que les sobraban unas monedas, y, entonces, al siguiente día, muy temprano, se presentaron, siempre acaudillados por su celador, en el despacho del doctor Achega...

Lo que pidieron aquellos cuarenta muchachos argentinos sacó lágrimas y casi privó de la palabra al flamante rector. Pedían una insignificancia; solicitaban que la dirección del colegio les permitiera contribuir semanalmente a cada uno con medio real para costear la beca correspondiente a aquel compañero desvalido que tanto afán tenía en abrirse camino en la vida.

Los periódicos de la época son parcos en detalles sobre este acto que tanto eleva a los estudiantes de los días de la Independencia. Sólo se sabe que el joven Dávila, merced al apoyo de sus compañeros, logró terminar sus estudios de medicina, llegando a formar parte del ejército del general Lavalle, hasta que, caído Rosas, se estableció en la ciudad de San Pedro.

Los alumnos del Colegio de la Unión del Sud conquistaron puestos prominentes en la política, en las ciencias y en las letras del país, pero la posteridad es testigo de que ninguno de sus actos fué tan democrático como aquél.

E. M. S. Danero

DIBUJO DE BATLLE



LOS HIJOS

Por Fernández Moreno

A R I E L

A veces me parece que has nacido, hijo mío,
en la cumbre de un monte o en medio de una nube:
a mis pies veo en toda su majestad el río;
tan alto hacia los cielos este edificio sube.

Entre nidos caudales batidos por el viento,
o entre las piedras trágicas de alguna torre trunca.
Pero, montaña o nube, torre o departamento,
mi corazón hoy canta más alegre que nunca.

M A N R I Q U E

¿De dónde sacas, hijo, ese cuerpo fortacho
y ese vello de oro que te cubre las piernas?
Todo tú estás hablando, como un alto picacho,
de encinas centenarias y de piedras eternas.

Cántabro más allá de tu padre y tu abuelo,
me gusta verte así, gauchito y montañés:
en el rostro una dulce inocencia de cielo,
el pecho levantado y elásticos los pies.

Fernández Moreno

DIBUJO DE VALDIVIA

El instante más patético en la vida

▼ Por JOSE M.ª

Con dos homicidios a cuenta, Martín Fierro ya sabía la obligación que le quedaba. Huir. Y esta vez la huída era más anhelante y perentoria, porque la justicia lo andaba buscando con una obstinada asiduidad. Montó y salió a escape. Fué a hundirse en la soledad de la Pampa y a esconderse en las cuevas de las alimañas, convertido él mismo en una fiera perseguida que sólo puede fiar en los recursos extraordinarios de la astucia. Entonces aquel hombre maldito adquirió en la inmensidad de la llanura un relieve trascendente. Cuando cruzaba al trote por lo alto de un cañadón, a la luz vacilante del crepúsculo, no era un hombre particular quien pasaba, sino un símbolo y una representación. En aquel momento asumía la significación entera del "gaucho", como ideal racial y como tipo de cultura. En su persona se verificaba una quiebra, un derrumbe histórico. Estaba próximo el instante en que las consecutivas oleadas de la inmigración europea vendrían a poblar la llanura medio desierta y a engrandecer y enriquecer las ciudades; y ese nuevo tipo de civilización sería inexorable con los viejos pobladores; el indio necesitaría desaparecer, y al gaucho se le ofrecería el dilema trágico de acomodarse al nuevo estilo de vida o morir.

Martín Fierro era de los que no acceden a la renuncia, porque estaba lleno y orgulloso de su propia personalidad. Tenía demasiado estilo. Por eso aparecía su figura tan patética y grandiosa en el altozano, a la luz vacilante del crepúsculo, cuando su destino desgraciado le hacía ir hacia el fondo de la desierta inmensidad, más lejos cada vez de las casas y los poblados, huyendo de una civilización que lo arrojaba afuera como a ser inútil, o más que inútil, perjudicial. Parecía más grande en la falacia de la penumbra crepuscular. Casi tan grande como una alucinación monstruosa. Su alma, entre tanto, dejábase llevar por un prurito de melancólica quejumbre.

Bala el tierno corderito
al lao de la blanca oveja,
y a la vaca que se aleja
llama el ternero amarrao;
pero el gaucho desgraciao
no tiene a quien dar su queja.

Es triste en medio del campo
pasarse noches enteras
contemplando en sus carreras
las estrellas que Dios cría,
sin tener más compañía
que su delito y las fieras.

Ansí me hallaba una noche
contemplando las estrellas,
que le parecen más bellas
cuando uno es más desgraciao,
y que Dios las haiga criao
para consolarse en ellas.

Me encontraba, como digo,
en aquella soledá,
entre tanta oscuridá
echando al viento mis quejas,
cuando el grito del chajá
me hizo parar las orejas...

Y es que de pronto ha oído algo que no le gusta. Todavía no es nada; no es un rumor ni un ruido determinado; un hombre de la ciudad no habría notado en la llanura ningún accidente que turbase la calma silenciosa de la hora. Pero un gaucho tiene los sentidos tan penetrantes y despiertos como un animal de presa. Sus ojos saben distinguir en la monotonía del horizonte guiños, repliegues, sombras o contingencias que para cualquier otro serán nulos. Su tacto y su oído pueden sorprender en las simples hierbas o en el aire indiferente huellas y ecos que a los demás les están vedados. El cielo y la tierra están hablándole en todo momento al gaucho las mil voces complicadas que sólo él puede interpretar. Y el mundo del desolado desierto, que para el hombre de la ciudad aparece como un libro simplista de una sola página, el gaucho lo ve como una real complicación en que la Naturaleza hace sus infinitas combinaciones de vida y de muerte.

Lo mismo que una lombriz se pegó Martín Fierro contra el suelo. Aplicó el oído, y pronto comprendió de lo que se trataba. Venían jinetes sobre él, y eran muchos. Y aunque venían aprisa, procuraban andar calladitos y que no se les sintiera, tal vez confiando en hallar dormido al facineroso. Pero Fierro no dormía, no. Se dió cuenta de la faena que le aguardaba y tomó al punto sus precauciones. Empezó por echarse al estómago un trago largo de aguardiente y estar así bien preparado para la función de vender cara su vida. Después se arrancó las espuelas, se remangó el calzoncillo de bordados flecos, se ajustó la faja, probó en un pajonal el filo del cuchillo, y atando al caballo en una mata de hierba se acurrucó contra él y esperó resignado los acontecimientos.

Cuando llegaba el tropel de soldados, Martín Fierro, viéndoles detenerse en la sombra, sintió que los pelos se le erizaban y que una tremenda angustia lo estremecía hasta las raíces mismas del ser. De alguna parte, sin embargo, sacó fuerzas para mantener erguida su habitual arrogancia. Y comprendió también que el efecto psicológico de un hombre decidido a todo vale enormemente aunque sea en un lance tan desigual. "No se han de morir de antojo", les gritó a manera de reto.

—Vos sos un gaucho matrero,
dijo uno haciéndose el güeno;
vos matastes un moreno
y otro en una pulpería,
y aquí está la polecía
que viene a ajustar tus cuentas;
te va a alzar por las cuarenta
si te resistes hoy día.

—No me vengan, contesté,
con relación de dijuntos;
ésos son otros asuntos.
Vean si me pueden llevar
que yo no me he de entregar
aunque vengan todos juntos.

Pero no aguardaron más
y se apearon en montón
Como a perro cimarrón
me rodearon entre tantos.
Yo me encomendé a los Santos
y eché mano a mi facón.

Y entonces ocurrió la cosa más disparatada y magnífica que ha podido verse nunca. Un hombre sólo contra un tropel de soldados. Un cuchillo nada más para toda la variedad de armas. Y ninguna esperanza de ayuda en toda la extensión vacía del campo. Ninguna especie de piedad tampoco, sino la promesa de una muerte segura como única

solución. Entonces se vió lo que un hombre solo vale cuando le asiste la suprema valentía y la suprema habilidad. Tal, por ejemplo, los extraordinarios paladines de la Edad Media defendían, solos, la entrada de un puente contra el ímpetu de un ejército. Alguna sangre de aquellos fieros varones de la antigüedad tiene Martín Fierro en sus venas. De ellos conserva sobre todo el sentido del honor, de la dignidad personal más elevada e insobornable. ¡Ea, pues! ¡Si hay que morir, moriremos matando como los buenos!

Es decir, que se precipitaba sobre éste y aquél con la velocidad segura de una flecha, sin darles tiempo a precaverse y usando de todos los ardides, todos los secretos del golpe que la vida de los bailongos y los boliches le habían enseñado, y que ahora se aguzaban enormemente por consejo de la desesperación. A uno que estaba aprestando las boleadoras para lanzárselas y derribarlo, le entró derechamente con la punta del cuchillo por delante y le obligó a salir huyendo. Del mismo modo despacha y hace huir a otro que traía una lanza.

La suerte fué que en aquel momento venía clareando el día. Y Martín Fierro ante la merced de la Providencia, prometió:

... Si me salva
la Virgen en este apuro,
en adelante le juro
ser más güeno que una malva.

Pegué un brinco y entre todos
sin miedo me entreveré;
echo ovillo me quedé,
y ya me cargó una yunta,
y por el suelo la punta,
de mi facón les jugué.

El más engolosinao
se me apió con un hachazo;
se lo quité con el brazo,
de no, me mata los piojos;
y ante de que diera un paso
le eché tierra en los dos ojos.

Y mientras se sacudía
refregándose la vista,
yo me le fuí como lista
y ahí no más me le afirmé,
diciéndole: "Dios te asista".
y de un revés lo voltié.

Pero en este punto mesmo
sentí que por las costillas
un sable me hacía cosquillas...

¿Cómo pudo ocurrir entonces una cosa tan fuera de todo lo imaginable? En aquel terrible forcejeo al claror indeciso del alba, sobre el espantoso y sordo rumor de los resuellos y bramidos de tanto hombre sanguinario, se oyó un grito, y un soldado de la partida que exclamaba:

...¡Cruz no consiente
que se cometa el delito
de matar ansí un valiente!

Era, pues, que un sentimiento de caballeresca piedad había tocado al corazón de aquel hombre, el sargento Cruz, gaucho valeroso como el que más, y por lo mismo sensible a la emoción del heroísmo llevado a la suprema sublimidad. El deber



José Hernández, autor de "Martín Fierro".

de soldado, la conveniencia de estar a buenas con la justicia, la suerte del porvenir malograda: todo se derrumbó repentinamente en el alma de aquel hombre, que no pudo soportar más la iniquidad que estaban cometiendo y se puso de un brinco al lado del valiente. Aquello bastó para decidir la refriega. Huyeron todos, dejando el campo sembrado de despojos miserables, y Martín Fierro, que nunca descuidaba sus obligaciones piadosas, antes de partir hizo las honras fúnebres que la inviolable tradición exigía.

Yo junté las osamentas,
me hinqué y les recé un bendito;
hice una cruz de un palito,
y pedí a mi Dios clemente
me perdonara el delito
de haber muerto tanta gente.

No les quedaba ya otra solución que refugiarse entre los indios. Es decir, traicionar a la causa de la cultura. Retroceder a la barbarie... No había que pensarlo más. Se irían con los indios, a buscar en alguna parte un descanso y un pedazo de tierra donde poder dormir sin la zozobra que la civilización depara a quienes son indeseables por exceso de virtudes varoniles. La civilización no necesitaba gauchos con demasiado carácter, sino gringos domésticos y ahorradores. Y entonces suena la nota más patética en la vida dramática de Martín Fierro. Fué cuando salvaron al trote la frontera.

Y cuando la habían pasao,
una madrugada clara,
le dijo Cruz que mirara
las últimas poblaciones,
y a Fierro dos lagrimones
le rodaron por la cara...

José Ma. Salaverria

Madrid, junio de 1933.

EL CUERPO DEL DELITO

POR

LEANDRO R. REYNÉS



OAQUINITO, vení!

—¿Qué querés, mamita?

—Vení, que te necesito para un mandado.

—Ya voy, mamita.

Joaquinito estaba en el altillo. El altillo era su gabinete de estudio. Con un cajón de querosén sobre cuatro patas, había construído una biblioteca. En ella guardaba los libros y los útiles escolares de su uso. Ensayando una prematura independencia personal y una previsora reserva, le había colocado a su biblioteca una puerta, que era, precisamente, la tapa del cajón adherida con dos tiras de cuero y que cerraba con candado cada vez que abandonaba su gabinete. Pretendía eludir, así, las posibles inspecciones paternas y las destrozadoras visitas de su hermanito Cacho.

Una rústica mesa de pino con una carpeta verde, oficiaba de escritorio, y, junto a ella, una silla con asiento de paja le brindaba su modesto sostén para hacer los deberes. En el centro del cuartito abría la equis de sus patas y extendía su indumento de lienzo tipo escocés, una alargada silla catre, sobre la cual se abandonaba Joaquinito, con natural negligencia criolla, cuando leía o estudiaba sus lecciones. Del marco de la ventanita alta que daba al patio, colgaba una jaula con un canario.

Cuando Joaquinito contestó "ya voy, mamita", se incorporó rápidamente de la silla plegadiza, donde estaba leyendo y fumando. Dejó el libro sobre la mesa. Apagó el cigarrillo contra la pared. Tiró el pucho en un rincón. Cerró la biblioteca con candado. Se compuso el pecho y descendió por la escalera silbando un tango en boga.

—¿Qué querés, mamita? — repitió.

La madre, con un pañuelo, se restregaba un ojo.

—¿Por qué llorás, mamita?

—No lloro, querido. Es que se me ha entrado una basurita en este ojo y me hace arder... Vení, Joaquinito, soplame el ojo a ver si sale...

Un poco receloso, pero sin advertir la treta materna, Joaquinito se aproximó a la autora de sus días. Le tomó la cabeza entre las manos, y en la cómica actitud de un oculista novicio, le miró el ojo accidentado, mientras le decía bromeando:

—A ver señora... abra ese ojo enfermito, que su hijito la va a curar.

—¡Soplame, Joaquinito, soplame el ojo! — repitió la madre con tono dolorido.

Y Joaquinito sopló una... dos.. tres veces.

—¿Salió? — preguntó luego con curiosidad.

—¡Sí, salió! — gritó la madre, tomando por los brazos al niño y mirándolo con severidad. — ¡Salió, sí, un asqueroso olor a tabaco! De tu boca, de tus manos, de tus ropas, de todo tu cuerpo sale olor a humo de cigarrillo. ¡Estabas fumando! ¡No me equivocaba!

—Yo... no... mamita... — protestó el niño.

—¿Pretendés negarlo? ¿Te creés que soy tan tonta, que no tengo vista y que no tengo olfato? Ya había sentido el olor desde aquí. Ya había visto salir el humo por la ventanita del altillo. Y hasta el canario, con sus saltitos nerviosos y sus grititos desesperados, me anunciaba que vos lo estabas ahogando con el humo. Y ahora, con estos soplidos pestilentes, me has dado la prueba final. ¿Pretendés negarlo todavía?

Y agregó, sentenciosamente.

—Se lo contaré a tu padre.

Libre ya de la ira amenazante de su madre, Joa-

quinito, procurando seducirla, le preguntó melosamente:

—¿Dónde ibas a mandarme?

—¡A ninguna parte! ¡Andá a estudiar el violín!

Esto significaba para él salir de las llamas y caer en las brasas. ¡Estudiar el violín! Era el suplicio mayor a que podía someterlo su madre. Era el castigo más penoso que podía imponerle por su reciente falta.

Resignadamente, se dispuso a estudiar. Pero, antes, fué al cuarto de baño. Y en un prolijo lavado de manos y enjuague de la boca, procuró eliminar los rastros que podrían confirmar, ante su padre, su terrible delito de fumador precoz.

▼

Desde aquella incidencia hasta que llegó el padre a la hora de cenar, madre e hijo no cambiaron una palabra más. La madre, firme en su energía anterior, no le habló para nada, y mientras preparaba la comida oía, desde la cocina, el perezoso rasgueo del arco sobre las cuerdas del violín. Y Joaquinito, por su parte, deseaba valerse del violín para reconquistar a su madre: quería que sus notas fueran las que hablaran por él para pedirle perdón. Y por eso estudió aquella tarde, lo que nunca, durante tres horas. Pero fué inútil.

Cuando llegó el padre, lo primero que hizo la mamá de Joaquinito fué darle cuenta de la alarmante novedad.

—¡Tenés un hijo de doce años que fuma como un hombre de treinta! — le espetó la madre, casi a quema ropa, al verle entrar.

—¡Estos hijos me van a sacar canas verdes! —exclamó el padre, colgando su sombrero en la percha del vestíbulo. — ¿Joaquinito fuma? — preguntó luego con tono airado.

—¡Sí, fuma! ¡Y aquí, en nuestra casa, podría decir que en mis propias narices! Lo descubrí esta tarde. El señorito se encierra en su "gabinete de estudio" y desde allí larga humo como una chimenea. ¡Tenés que darle un buen castigo!

Ya en el comedor, el padre se enfrentó con Joaquinito, que en ese momento guardaba el violín.

—Así, caballerito, que usted fuma, ¿no?

Joaquinito bajó la cabeza, cohibido y medroso.

—¿Usted no sabe que los niños no deben fumar? — prosiguió el padre. — El tabaco es perjudicial para los niños. Los envenena. Les anula la inteligencia. Les hace perder la memoria. Les altera todas las funciones orgánicas. ¿No le han enseñado esto en la escuela?

—Sí, papá — contestó el niño con voz débil.

—¿Y no le han enseñado también que el cigarrillo ocasiona un gasto superfluo, innecesario, y que el dinero que se invierte en su consumo puede ahorrarse para adquirir cosas útiles?

—Sí, papá — volvió a contestar Joaquinito.

—Y entonces, ¿por qué fuma?

—Pero... si yo no he fumado, papá...

—¿Quiere decir que su madre miente?

—Yo no digo eso, papá, pero... yo no he fumado...

—¡Sos un audaz! — intervino la madre. — ¿Te atrevés a negarlo de nuevo?

Y dirigiéndose al marido, le dijo:

—Acercate, haceme el favor, y sentirás sus ropas pasadas de olor a humo de tabaco.

—No es necesario — replicó el padre. — Iré arriba. Allí, seguramente, encontraré mejores pruebas. A ver — agregó, mirando a Joaquinito, — déme la llave de su biblioteca.

Joaquinito se la dió y el padre subió al altillo. Encendió la luz y revisó el cuartito. Vió la pared tiznada. Encontró el pucho en el suelo. Lo recogió. Y en la biblioteca, dentro de la caja de útiles de la escuela, halló dos cigarrillos, tres fósforos y una pequeña boquilla, que estaban colocados en las canalejas de los lápices. Bajó con todo en la mano y, de nuevo en el comedor, exclamó con voz agria:

—¡Aquí está el cuerpo del delito! ¡Todo un perfecto fumador! — y mostró los elementos en la palma diestra.

Joaquinito miró primero los cigarrillos, luego a su madre y después a su padre, mientras ajaba nerviosamente, entre sus dedos, un extremo de la carpeta.

—¡Negalo ahora, negalo! — exclamó la madre, triunfante.

—¿Qué me dice, caballerito? — preguntó a su vez el padre.

Y Joaquinito, con un aplomo insospechado, contestó:

—¡Está bien, papá! ¡Mamá tiene razón! ¡Yo he fumado! Pero ése no es el cuerpo del delito, como vos decís.

—Entonces, ¿cuál es? — preguntó el padre, extrañado.

—¿Cuál es, a ver? — insistió también la mamá.

El chico se alejó un momento del comedor. Fué al dormitorio de sus padres y del último cajón de la cómoda extrajo un viejo álbum de retratos.

—¡Aquí está el cuerpo del delito! — exclamó, satisfecho, mostrando una fotografía.

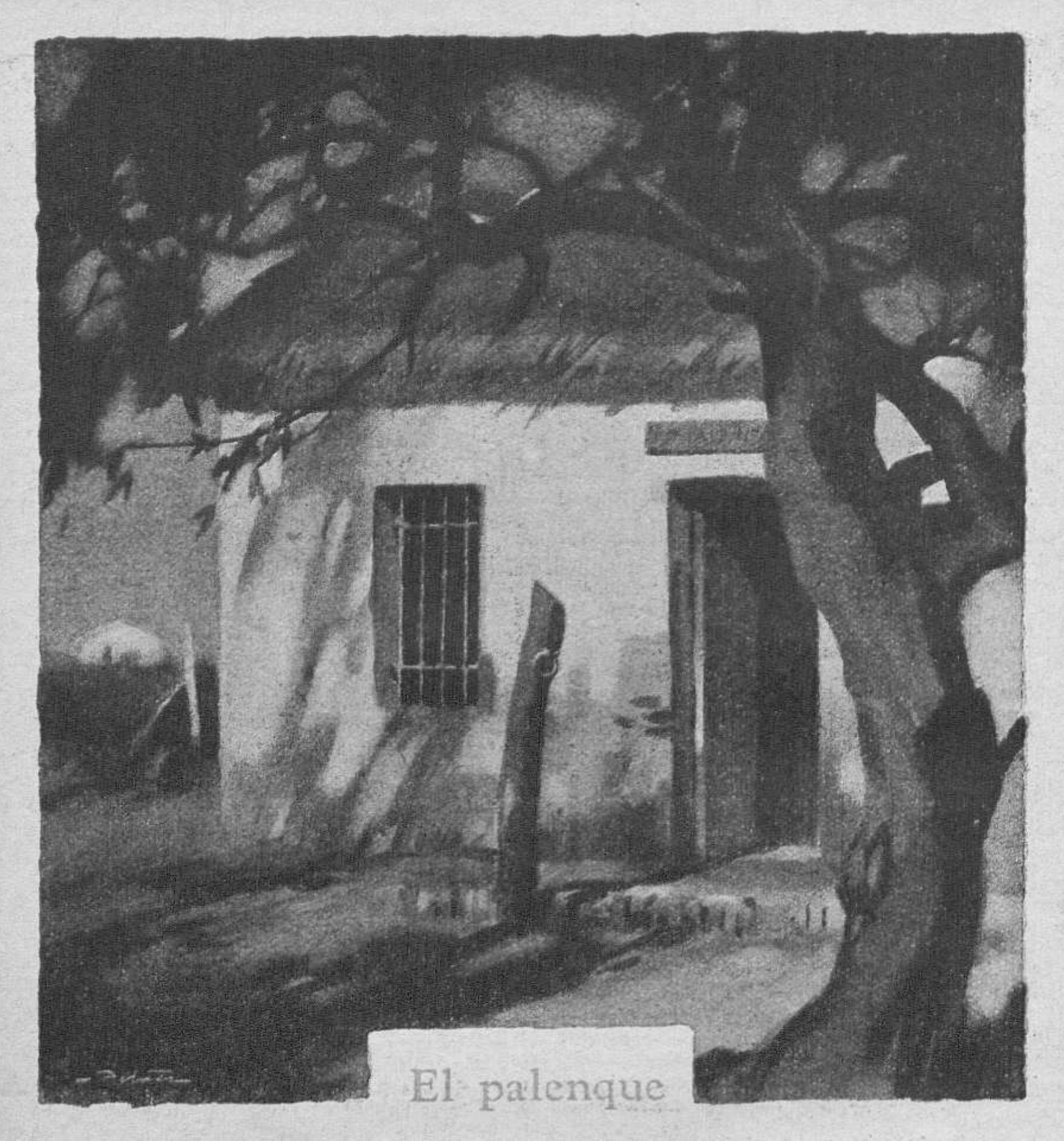
Sus progenitores se miraron. Comprendieron al instante lo que Joaquinito quería decir. Descubrieron en la actitud y en las palabras del niño una tácita acusación.

—Aquí está el cuerpo del delito — dijo una vez más Joaquinito. — ¿Recuerdan ustedes — continuó — este retrato mío de cuando tenía cinco años? ¡Qué bien estoy! Con blusa marinera y pantalones largos. Un pie cruzado sobre el otro. Tengo en mi mano izquierda un cigarrillo y en la derecha una caja de fósforos. ¡Listo para fumar! ¡Todo un hombrecito!, según me decían ustedes mismos y todos cuantos me miraban en este retrato, que yo contemplé muchas veces con la infantil ilusión de ser pronto un hombre. Me parece, papá, que ahora soy más hombrecito que entonces. No deben, pues, enojarse, porque practico hoy lo que ustedes me enseñaron con esta fotografía. Y ahora — dijo finalmente, — ¿quién tiene la culpa?

El padre, vencido por la rotunda lógica de su hijo, iba a perdonarlo. Y hasta pensó en felicitarlo por su inesperada e inteligente defensa. Pero, deseando mantener en todo su imperio la autoridad paterna — incompatible a veces con toda efusión espontánea, — justificó el retrato con una explicación pueril, pero con la cual salió del atolladero:

—¡Caballerito — le dijo, con forzada energía, — sepa usted que aquel cigarrillo era de... chocolate!

Leandro Reynés



El palenque

Por MARTIN IGNACIO REINOSO

Ese poste medio aislao
del rodeo e la manada;
el que cerca e la ramada
se alza como abandonao.
El que está más enterrao
que los demás, en el suelo,
tal vez porque da recelo
su solitaria altivez,
o ¡quién lo sabe! tal vez
porque está apuntando al cielo.

El que aguanta, si aguantar
se llama en la lengua mía
sufrir una tiranía
que lo oprime sin cesar.
El que ya no podrá dar
aunque le sobre coraje,
ni el más mísero ramaje,
ni un retoño, tan siquiera
pa demostrarles lo qu'era
antes de ser un salvaje.

El que inora, en su orfandá,
tan siquiera si es del pago,
o si es apenas rezago
de la Diosa Inmensidá.
El que nunca tuvo edá
porque nunca jué mocito,
pero en cambio lleva escrito
sobre el lomo esta sentencia:
¡No tendrás independencia,
pero serás un proscrito!

El que al sol, al agua, al viento,
al fuego, al hielo, ¿qué importa?
las maldiciones soporta
del hombre y del firmamento.
El que, paria, es su contento
convertirse en la guarida
d'esos seres que la Vida
lanza al mundo, generosa,
como yapa e su cuantiosa
produción tan discutida.

El que, firme y altanero,
¡pobre orgullo el d'ese juerte!,
hasta en guardián se convierte
de cualesquier bolichero...
Ahi lo ven; sin ser matrero,
tanto al fin se le hostigó,
que a la postre concluyó
por ser lo que no debía:
sólo un post'e pulpería
quien pa palenque nació.

¡Palenque, sí, lo más fiel
qu'en el campo hemos tenido,
porque siendo un oprimido
nunca supo lo qu'es yel;
palenque, sí, porqu'en él
no triunfó marca ni pelo,
ya que igualó en su desvelo
al rico y al disgraciao,
porque pa eso está enterrao
más que naides en el suelo!

DIBUJO DE PELÁEZ

UN AMERICANO DEL SUR, INVENTOR DE SUBMARINOS EN EL AÑO 1838

Por

EDUARDO MARIO

A un americano del sur, al guayaquileño José Rodríguez, después de los norteamericanos Bushnell y Fulton, y mucho antes que los europeos Payerne, Baner, Monturiol y Peral, le corresponde la gloria de haber construído un submarino.

Marino, músico, dibujante e inventor, además de su sumergible *El hipopótamo,* fué autor de otros aparatos y maquinarias de importancia. Fabricó una máquina para confeccionar sombreros de paja y hasta se especializó en algunos trabajos ortopédicos. Fué además un hábil tipógrafo, ideó una máquina para substituir a los cajistas en la imprenta y resultó así en cierto modo un precursor de la linotipia.

A este hombre activo, a este José Rodríguez La Bandera, se debió la construcción del primer submarino que navegó por aguas sudamericanas.

Un paciente investigador guayaquileño, Carlos Matamoros Jara, es quien se ha encargado de hacer justicia a este americano ilustre y ejemplar. Para ello presenta pruebas como el oficio del gobernador de Guayaquil, de fecha 28 de noviembre de 1838, por el cual se informa al ministro de gobierno sobre las pruebas de la importante invención del guayaquileño Rodríguez, distinguido ex alumno de la escuela de náutica de la ciudad.

Por dicho documento sabemos que Rodríguez, después de ofrecer su invento infructuosamente al gobierno del Perú, regresó a su patria, donde, con grandes sacrificios, logró reunir el dinero necesario para costearse la construcción de la máquina para "navegar entre dos aguas y ofender sin ser ofendida con artillería y barrenos a los buques enemigos". Al principio, como lo expresa el mismo documento oficial, las gentes hicieron objeto de sus burlas al atrevido inventor; pero él, en el mes de julio del expresado año de 1838, "echó al agua un pequeño bote construído a fuerza de afanes y medios miserables". Y el día 17 de septiembre, en una invitación que él mismo grabó e imprimió y que distribuyó por toda la ciudad, anunció el ensayo oficial de su artilugio.



HACE CASI UN SIGLO, SOBRE LAS AGUAS DEL GUAYAS, FRENTE A GUAYAQUIL, SE PRESENCIO EL PORTENTO DE UN BARCO SUBMARINO. LO HABIA CONSTRUIDO UN AMERICANO EJEMPLAR, UN HOMBRE JOVEN Y VOLUNTARIOSO QUE FUE TAMBIEN UN A MODO DE PRECURSOR DE LA LINOTIPIA.



La población se congregó en las riberas del río y con verdadera angustia contempló a Rodríguez y a su abnegado amigo José Quevedo, de su misma edad y también ecuatoriano, quienes, luego de saludar, cerraron la escotilla del barco y comenzaron a sumergirse. Del *Hipopótamo,* según expresa el cronista de *El Ecuatoriano del Guayas,* "sólo se veía un pequeño tubo que quedaba muy poco fuera del agua, imperceptible a cierta distancia". El submarino enfiló por el Guayas con rumbo a la ciudad, luchando contra la corriente y el viento que le era desfavorable, y luego, tras recoger los aplausos de toda la población, tornó a la superficie, aunque un tanto maltrecho, pues se le averió una de las ruedas. Amigos y admiradores, entonces arrojaron cables a los inventores y así, triunfalmente, remolcaron hasta la ciudad al *Hipopótamo,* el primer barco submarino que en Sud América se inventó y fabricó.

Aquella avería de la rueda no era de extrañar, dados los rudimentarios elementos con que contó el inventor. Su esfuerzo, hermoso ejemplo de ingenio y voluntad, quedó, malgrado las notas oficiales y el entusiasmo de los primeros momentos, completamente olvidado. José Rodríguez La Bandera es posible que se llegara a convencer de la infructuosidad de su proyecto. Se dedicó a inventar, como está dicho, otras maquinarias más humildes y provechosas.

Ahora, un cronista apasionado y justiciero ha sacado en el Ecuador su nombre a la admiración pública. Bien está, pues, que toda nuestra América lo conozca y aquilate su admirable hazaña.

Eduardo Mario

COMENTARIOS

Por LUIS

Presidente de la Unión

ESPECIAL PARA



En distintas oportunidades y desde hace muchos años he puesto en evidencia que el desarrollo de la industria argentina, salvo en el caso del azúcar y del vino, no ha contado con la protección aduanera, ni su crecimiento ha obedecido a medidas oficiales que la estimularan.

Cuando hemos reclamado el estudio y la modificación de la anacrónica tarifa de avalúos que nos rige; cuando hemos predicado la necesidad de contemplar los hechos que se producían, planteando nuevos problemas económicos, después de la Gran Guerra; cuando hemos probado que nuestra aduana seguía manteniendo derechos más reducidos que los de cualquier otro país del universo; cuando hemos demostrado que los países extranjeros procuraban mejorar su economía propulsando los propios cultivos de cereales para aminorar su importación y disminuyendo al mismo tiempo la importación de carnes; cuando pronosticábamos la crisis de nuestra gran fuente de riqueza que habría de traer la miseria de nuestra campaña, sea en los cultivos o en los ganados; en cada caso en que nuestras gestiones señalaban una dificultad presente o futura, pedíamos a los poderes públicos una orientación decidida y definida en favor de la vida fabril que el país necesitaba para escapar a las consecuencias de todos esos hechos.

Si a la terminación de aquella guerra nuestros gobiernos hubieran contemplado los graves problemas que se planteaban en el mundo, si los poderes públicos argentinos hubiesen escuchado la voz de quienes pedían la evolución retardada, ni nuestra riqueza agropecuaria sufriría hoy las consecuencias del abandono imprevisor, ni la crisis afectaría a todas las actividades nacionales, en la proporción que hoy la sufren.

La aduana argentina sólo atendió a cubrir gran parte de las necesidades fiscales, y si algunos aumentos hubo, obedecieron al propósito de obtener mayores recursos, para facilitar la elevación de los presupuestos de gastos. No inspirándose, pues, esos aumentos, en una política económica determinada, sino en espasmódicas necesidades, ellos no traducían defensa real para las industrias y en tal circunstancia es obvio hacer notar que ningún capital se invierte en levantar fábricas, cuando no se sabe ni se tiene seguridad alguna, de cómo se abrirá o se cerrará la puerta aduanera, que si no es el todo en el desenvolvimiento manufacturero es, sin embargo, su eje.

En tales condiciones, agravadas por los abusos impositivos que creó el crudo electoralismo que hubo de mantenerse a costa de gastos sin medida ni control, y de las leyes sociales que han perturbado y perturban el trabajo, encareciéndolo sin provecho para el trabajador, la industria ha marchado a tumbos, y si algunas ramas fabriles han mantenido una situación relativamente cómoda, la explicación se encontrará en factores de otro orden, como ser, las dificultades del cambio u otros de carácter accidental que no pueden servir para estimular la inversión de capitales industriales.

Puede observarse que aun en esas dos ramas de la industria que en su época fueron protegidas — vino y azúcar — ha desaparecido en verdad aquella protección por los enormes impuestos que gravitan sobre ambos productos y el mayor costo de producción, fletes, etc., todo ello debido a leyes que en otros países productores no existen y a impuestos provinciales superpuestos que anulan el beneficio aduanero que les dió origen.

Nunca hemos sido partidarios de derechos prohibicionistas; jamás hemos reclamado una aduana cerrada; sólo hemos pedido aquellas defensas racionales que permitieran transformar nuestras materias primas para sacarlas de la subalterna condición de eternas subordinadas a las industrias foráneas. Nuestro país no ha seguido la ola prohibicionista señalada como norma directiva por los países secularmente industriales, pese a los daños que causara a nuestra riqueza agropecuaria ese desenfreno tan peligroso para la convivencia internacional.

Si los poderes públicos nacionales hubiesen dedicado al estudio de los problemas económicos fundamentales la atención, energía y tiempo que dedicaron a otros problemas domésticos y de política menor; si hubiesen seguido atentamente la acción de los demás países que defendían su economía, y hubieran notado que esa propia defensa significaba en realidad y aunque sin quererlo un ataque para la nuestra, tendríamos hoy afianzadas todas las industrias existentes, aumentada su capacidad y lo que es mejor dentro del panorama nebuloso que actualmente nos deprime, creadas otras nuevas que, con inmediato beneficio para muchas materias primas que aun no se transforman dentro de nuestro país, podrían aportar luz suficiente para aclarar el horizonte y mostrar radiosamente las

ECONOMICOS

COLOMBO

Industrial Argentina

"CARAS Y CARETAS"

perspectivas que nos esperan, por poco que de ellas nos preocupemos.

Nuestros gobiernos, unos más y otros menos, han resuelto siempre los problemas económicos sin la intervención de las entidades o técnicos individuales capaces, por sus conocimientos prácticos, de asesorar sobre los mismos. Parecería que por autogravitación de un nombramiento, el funcionario adquiere por ese solo hecho todos los conocimientos inherentes a la categoría o calidad del cargo con que ha sido honrado. Así hemos observado en muchas ocasiones que funcionarios o legisladores han discutido, pesado, medido, cubicado y al final resuelto disposiciones o leyes ajenas por completo a su tecnicismo, que por lógica consecuencia han debido ser modificadas substancialmente, derogadas u olvidadas por imposibilidad manifiesta de aplicación, cuando la realidad puso de relieve sus errores o dificultades prácticas. Es que no basta ser erudito, académico, estudioso, enciclopédico o profesional. Social, literaria o intelectualmente, todo ello es un título de cultura elegante; pero la prosa de la vida, el trabajo diario entre máquinas y números, requiere una profundización integral más absoluta, que no se substituye con nociones genéricas. Ninguna nacion de cuyas legislaciones o costumbres se sirven nuestros funcionarios para rubricar iniciativas que no son más que trasplantes de exotismo, las más de las veces fuera de ambiente y de oportunidad, tiene las características de la Argentina, país nuevo en sus modalidades, en la raza que está plasmando, en sus posibilidades de engrandecimiento y riqueza, en todos sus aspectos y necesidades. Ello no obstante, continúa el empeño de copiar las cosas de afuera, y lo que es peor todavía, adelantarse a los países que tienen sus tierras y su trabajo agotados, con seudo orientaciones que traban en la realidad nuestro progreso y desenvolvimiento.

Así se han creado lamentables confusiones y se ha dañado el crecimiento de nuestro país. Mi extenso y curioso anecdotario acerca de los hombres de nuestra administración pública y de nuestros legisladores, recuerda a veces episodios cuya comicidad sería risible si en el fondo no señalaran una anormalidad verdaderamente alarmante para la vida económica nacional. Uno al caso: "Un gobernador de provincia dice, al iniciarse una sesión con banqueros y comerciantes "Yo no entiendo nada de lo que ustedes llaman política económica, pero en política a mí nadie me gana".

He recordado esta "criollada" porque ella es, en síntesis, el espíritu que ha guiado al país durante muchos años y de ahí que, sorteando todos los conflictos, dificultades u obstáculos políticos, no hayamos podido sortear los que afectaban a nuestra economía, pese a todas las riquezas que el territorio argentino encierra.

La defensa económica de un país no reside sólo en la aduana. Los que objetan nuestra aspiración "proteccionista", suponen que el propósito que nos guía es sólo el de una aduana cerrada como una muralla infranqueable. Nada menos cierto; la economía de una nación depende de un caudal de sabias manifestaciones que la orienten. Las finanzas del estado, en cuanto deben ser dirigidas con prudencia, de manera que las leyes impositivas no graviten en forma desmedida sobre la producción y el trabajo, para lo cual los presupuestos de gastos han de ser lo estrictamente necesarios para mantener los servicios del mismo sin los despilfarros del pasado; la obras públicas ceñidas a las de beneficio colectivo de verdadera productividad; la aduana, no como elemento puramente fiscal, sino como reguladora de las actividades nacionales del trabajo, actualizándose en constante elasticidad para que el desarrollo fabril del país no esté amenguado por la acción y las conveniencias extranjeras; el cuidado que ha de ponerse en la sanción de leyes que bajo el aspecto de "sociales" sólo perturban el desenvolvimiento del trabajo y encarecen los costos de producción frente a los de países que no las tienen y que en el fondo no reportan beneficio alguno al presunto favorecido: todo ello es elemento de defensa preventiva, de estímulo constructivo, de sólidas garantías, que sumadas hacen "proteccionismo" de verdad, en el concepto honrado en que lo entendemos, sin exageración o deformaciones de todo punto impropias.

Aparentemente las leyes sociales a que me he referido son ajenas a la cuestión. Sin embargo están íntimamente ligadas con la economía del país. Tales las leyes de industrias insalubres, la del cierre del comercio y la del sábado inglés. La primera no tiene igual en parte alguna del mundo, donde también hay industrias y hombres de ciencia que defienden la salud del obrero, pero donde saben mantenerse dentro de límites prudentes para las primeras y de seguridad para los segundos. La del sábado inglés, no existe siquiera en el país que le da denominación: allí sólo es una costumbre y apenas abarca una parte de la ampulosa prohibición que entre nosotros es total.

Tal el pasado de errores, que gravita sobre la industria, el pueblo y el gobierno actual, de cuyo análisis surgen con toda evidencia, tópicos suficientes para realizar verdadera política económica, ya que del conjunto de sanas disposiciones ha de emerger el progreso de la producción, de la industria y del comercio nacionales, trabados hoy no sólo por la pesada carga impositiva que soportamos, sino también por el exceso de disposiciones

que encarecen y perturban el racional desarrollo de las actividades que crean riqueza.

En todo eso la Unión Industrial Argentina ha predicado con tesón, reclamando unidad de acción en los poderes públicos, para que no sólo amparen al trabajador sin afectar la vida misma de las industrias, sino para no crear a estas los inconvenientes que las disminuyen en posibilidades de crecimiento, frente a las extranjeras. Recién ahora, vemos complacidos que el P. E. de la Nación ha enviado al Congreso un Código de Trabajo, reclamado durante muchos años por nuestra entidad. No conocemos aún sus disposiciones, pero dada la preparación de su autor, no dudamos que en ellas han de contemplarse todos los problemas que tantas veces hemos expuesto, de manera que la vinculación del capital y del trabajo no esté a merced de conspiradores y empresarios de huelgas, que el trabajo sea regulado en forma que no cause daños inútiles y que el trabajador encuentre las compensaciones justas y humanas a que es acreedor y se vea defendido en sus accidentes, en su vejez o en el amparo del hogar que deja, cuando la muerte lo arrebata a los suyos.

He trazado someramente puntos capitales que abarcan críticas, comentarios y aspiraciones atinentes a la vida productora de la Nación. La vida fabril es la que hoy debe merecer la preocupación de los poderes públicos, para que el país reconquiste el tiempo perdido. Con ella defenderá nuestra riqueza agropecuaria, con ella desaparecerá la esclavitud de nuestros productos primarios. Los industriales argentinos han realizado una gran obra y la superarán si los poderes públicos la estimulan. Para ello reclaman tan sólo, no estar en condiciones inferiores a la manufactura extranjera. Si aquélla se desarrolla a b e de protección, que la protección ampare a la nuestra; si el mundo resuelve ser librecambista, que lo sea nuestro país también pese a la inferioridad de condiciones en que frente a ese mundo se encuentra por escasa población y por industrias en infancia, como lo están las nuestras. Si los derechos aduaneros subsisten, que no sean los nuestros los de más bajo nivel, como lo han sido y lo son; y si aquéllos se rebajan a igual nivel, que les sigan nuestras rebajas en idéntica proporción. He ahí lo que puede hacerse. No ha de pretender nadie que nuestro país sea librecambista cuando y mientras el resto de los países siga siendo proteccionista. En esas condiciones nuestro suelo seguirá despoblado, nuestras industrias empequeñecidas y la agricultura y ganadería debatiéndose en la miseria y viendo caer uno a uno a todos los que labraron la riqueza nacional.

La industria próspera es por excelencia la piedra imán que atrae capitales, que radica población, que extiende las vías férreas y reduce los fletes, que invita a la explotación intensa de cuanta fuente de prosperidad permite el país, que civiliza en alto grado y aporta un nivel superior de cultura ambiente. La industria intensa es lo que asegura la independencia económica de una nación.

En la industrialización argentina, pueden encontrar muchos países la solución de problemas que ellos, por sí solos, no pueden resolver; la Argentina sería así el generoso hogar de todos los hombres de buena voluntad que quieran habitarla. Y así podrá también cantarse con toda patriótica emoción, el sublime verso de nuestro himno cuando dice: "¡Al gran pueblo argentino, salud!"

Luis Colombo

La plegaria de Amalía

▼

EDUARDO R. ROSSI

Ya la luna con tules de plata
a la aldea dormida cubrió.
Su furor el Tirano desata
y está Buenos Aires gimiendo de horror.

En las sombras la quinta dormía.
La Mazorca empezaba a rondar,
mientras, trémula, Amalía gemía
así su plegaria delante el altar:

"Como tímida paloma, a ti vuela mi plegaria,
Virgencita milagrosa de la Villa de Luján.
¡Virgencita, que proteges mis amores de unitaria,
ten piedad de mis angustias, de mi Eduardo ten piedad!
Suave, místico lucero para el triste peregrino
que va en pos de una ventura que jamás ha de alcanzar...
Blanca estrella de los mares que iluminas al marino
cuando el cielo se obscurece, cuando fiero ruje el mar.

"Te vió un día la pampa salvaje
en pesada carreta cruzar,
y, nimbada de tibio celaje,
aquella carreta fué trono y altar.

"Mi morocha Virgencita, confidente de mis penas,
y que sabes cuánto llora mi afligido corazón,
para ti de mis jardines son las blancas azucenas,
¡como son para mi Eduardo las rosas de mi pasión!..."



La esquina de Bartolomé Mitre y Reconquista, en el año 1880. Al fondo, por la que era entonces calle de Piedad, se perfila la modesta torre de la Estación Central.

UN BREVE ITINERARIO PORTEÑO EN EL AÑO 1816

El *Hospital de Bethlemitas*, llamado vulgarmente de Belén, estaba situado en la intersección de las calles Méjico y Defensa, en el lugar que actualmente ocupa la Casa de Moneda. Después de 1822 sirvió de cuartel de policía y, en los días de la tiranía, estuvo alojado en él el batallón "Restaurador de las Leyes". Se le llamó entonces Cuartel de Restauradores. Y antes de levantarse la Casa de Moneda, su final fué como corralón municipal.

El Café de Mallco, ocupaba la finca que está situada en la esquina noroeste de la iglesia de San Ignacio, formando ángulo con las calles Victoria y Alzaga, según la nomenclatura de los días de la Revolución, o sea las actuales de Bolívar y Alsina. Era el cenáculo político y en sus salas se gestaron no pocos de los movimientos revolucionarios de la época.

La esquina de los catalanes, estaba en la actual de San Martín y Cangallo, en el ángulo noroeste. En 1812 era café y posada a la vez. En ella se alojaban los comerciantes catalanes y canarios que llegaban de Montevideo.

La calle de los mendocinos, era la actual de Maipú, y el nombre provenía de los muchos almacenes a los que acudían las tropas de carretas y arrias que llegaban de la provincia andina.

La fábrica de mistos, estaba situada frente al monasterio de las monjas catalinas, en la esquina de las actuales calles San Martín y Viamonte.

El cuartel de libertos, destinado a los soldados del regimiento cívico de pardos y morenos, creado en el año 1812, era la casa situada al lado del obispado, que fuera de don Manuel Riglos y que anteriormente había servido al cuartel de Arribeños.

La barranca de Campana, era la que por el lado sur del Fuerte conducía al río, es decir, la cuadra de la actual calle Victoria que separa a la Casa Rosada del antiguo edificio de la Aduana. Estaba separada de los muros del Fuerte por un foso y en el borde del cual se colocaron muchas veces los banquillos de ajusticiados.

La casa de Pueyrredón ocupaba el solar donde actualmente tiene su edificio el Banco Británico, en Bartolomé Mitre y Reconquista.

La Residencia estaba inmediata a la iglesia de San Telmo. Debía su nombre a un hospicio fundado por los jesuitas, a quienes se les acordó una real cédula en 1746. Expulsados luego los mismos, el edificio pasó a manos de los belermos, quienes instalaron un hospital de locos.

La Casa de Ejercicios, fundada por la madre beata sor María Antonia de San José Paz funcionó al principio en una casa inmediata a la iglesia de San Juan, tras ladándose al que actualmente ocupa en la esquina de Independencia y Salta.

El Barrio Recio era la denominación que se daba a la parte norte de la ciudad, el que en los días de la Independencia llegaba hasta la iglesia de San Nicolás.

El Barrio del Alto, en cambio, correspondía a la parte sur. En algunos documentos se habla del "Alto de San Pedro" de un barrio muy numeroso "al que una zanja profunda que se llena de agua con las lluvias, niega el tránsito y comercio con el resto de la ciudad".

Buenos Aires ha cambiado tan rápida como fundamentalmente. Nada queda en ella de los días en que se declaró la Independencia. Sus calles son otras, sus edificios son recientes, sus plazas, modernas. Nada resta como no sea la tradición y esta tradición, precisamente es la que menciona el nombre de muchas calles, plazas y lugares cuyo nombre es, para los profanos en historia, cosa completamente ininteligible. Hagamos, pues, aunque en forma breve, una nomenclatura de esos nombres tan famosos y dignos de más perdurable recuerdo.

¿Quiénes fueron los que en el Congreso

Anecdotario. – El presidente Laprida. – Los dones de las Hadas. – Su martirio. – El crimen de Aldao. – La cabeza de Laprida en de Godoy Cruz. – El loco Medrano. – La pobreza de los patricios. la dueña de la pensión. – La honestidad de Melo. – El reumatismo. de Güemes. –

Por JUAN JOSE

Laprida

Era un hombre de suerte. Buen mozo. Inteligente. Nobleza de carácter... Tenía todas las virtudes humanas y algunas otras más. De él podía contarse lo que Macaulay decía de lord Byron. El día que Laprida nació, todas las hadas se reunieron en torno de su cuna. ¿Para qué? Cada una de ellas le llevó su regalo:

—*¡Toma, hijo de los dioses!*

Una le dió la belleza. Otra el talento. Esotra la honradez. Aquélla el patriotismo. Esta la gracia. La de más allá la valentía... Pero, cuando ya las hadas habían agotado los regalos celestes, presentóse una hada con las manos vacías. Enfurecida gritó a sus compañeras:

—*¡Ladronas! No me habéis dejado ni una sola virtud para darle a este niño.*

Y entre relámpagos de rabia maldijo todas las virtudes que las hadas habían derramado sobre el recién nacido.

Francisco Narciso de Laprida sufrió un destino igual. Al llegar al Congreso de Tucumán, en 1816, tenía treinta años. Si lo encontraban en la calle, la gente se daba vuelta, atraída por el encanto de su belleza de Alcibíades. Detrás de las persianas las lindas tucumanas — templos de virtud — se estremecían como si un dulce terremoto de ensueño sacudiera sus muros.

El Congreso de Tucumán inauguró sus sesiones el 24 de marzo de 1816, bajo la presidencia provisional del doctor Pedro Medrano. Como primera medida resolvióse que cada mes se eligiría un nuevo presidente. De esta manera aquellos hombres dejaban librado a la suerte el honor de presidir el día de la independencia. Medrano ocupó la presidencia desde marzo hasta abril. Fué reemplazado por el glorioso sacerdote Pedro Ignacio de Castro Barros, que desempeñó el período desde mayo hasta junio. Creyóse que en junio, bajo la presidencia de Castro Barros, se llegaría a la proclamación. Sin embargo, las dilaciones postergaban el acto por tiempo indefinido. Ya terminaba el mes de junio. Era menester elegir un nuevo presidente. Alguien propuso a Laprida. El diputado más viejo de la asamblea, don Juan José Paso, insinuó suavemente:

—*Tengo mucho respeto por la inteligencia del señor Laprida. Pero ¡es un muchacho! Necesitamos que cuando redactemos el Acta de la Independencia el presidente que la firme sea un hombre que inspire confianza no sólo por sus méritos, sino también por la madurez tranquila de sus años. De lo contrario, las potencias extranjeras dirán de este Congreso: "¡Es cosa de chiquillos!"*

—*No importa* — agregó otro. — *De cualquier manera, durante su período presidencial no se proclamará la Independencia.*

Laprida fué elegido para el mes de julio, cuando menos esperanza se tenía de la proclamación. Pero surgió lo inesperado. San Martín y Belgrano incitaron al Congreso con razones sólidas para que inmediatamente los diputados cumplieran su misión. Bajo el peligro de las bayonetas realistas que avanzaban sobre Tucumán, el Congreso proclamó libres e independientes a las Provincias Unidas del Río de la Plata. Quiso el destino que la augusta sesión fuera presidida por el joven Laprida. Las hadas...

declararon nuestra independencia de Tucumán?

— ¿Por qué fué presidente del Congreso?. — Un hombre hermoso. una fuente. — Entre 29 diputados, once sacerdotes. — Las botellas — Naranjas por pantalones. — Los gastos del diputado Rivera y — Las vidalitas de Lamadrid. — Boedo, de abogado a gaucho Otras anécdotas.

DE SOIZA REILLY

Pasaron trece años. Laprida iluminó su vida con acciones brillantes. Alma pura y valiente, su corazón patriota se indignó ante las fechorías del sanguinario "fraile Aldao". En 1829 se alistó como cabo en el ejército que salió a combatir al bandido. En el Pilar, Laprida cayó prisionero. Aldao, durante un armisticio, ordenó que fuera fusilado. Lo hizo matar, en montón, con otros compañeros. Luego, él mismo le cortó la cabeza. La puso en una fuente y, rodeada de flores, se la mandó a la viuda:

—*Lleven esa linda flor a la señora de Laprida para que antes de enterrarla le dé un beso. ¡Así verá que tengo corazón!*

Once sacerdotes

Los diputados que constituían el Congreso de Tucumán — signatarios de la célebre Acta de la Independencia — eran solamente veintinueve. Los otros no pudieron llegar por falta de dinero. La patria era pobre. Además, tres provincias — Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe — no quisieron mandar representantes. Entre los veintinueve diputados presentes, once vestían hábito eclesiástico, a saber:

Presbítero doctor Pedro León Gallo.
Presbítero doctor Pedro Francisco de Uriarte.
Presbítero doctor Antonio Sáenz.
Presbítero doctor Pedro Miguel Aráoz.
Presbítero doctor Manuel A. Acevedo.
Fray Justo Santa María de Oro.
Presbítero doctor Pedro Ignacio de Castro Barros.
Presbítero doctor José Colombres.
Presbítero doctor José Ignacio Thames.
Presbítero doctor José Andrés Pacheco de Melo.
Fray Cayetanos José Rodríguez.

El general Mitre, en el capítulo XVII de la "Historia de Belgrano" (tomo 2º, pág. 308) reflexiona sobre la abundancia de sacerdotes en el Congreso, diciendo:

—*"El elemento clerical predominaba, lo que se explica no sólo por su mayor ilustración, sino también porque los clérigos y los frailes se decidieron desde muy temprano en favor de las nuevas ideas, constituyéndose en ardientes apóstoles de la libertad".*

Godoy Cruz

Don Tomás Godoy Cruz — brazo derecho de San Martín en el Congreso de Tucumán — era el más joven de los diputados. Tenía 25 años. Hombre de buen sentido, perseverante, filántropo, metódico... Cuando San Martín organizaba la Cruzada Libertadora, Godoy Cruz regaló su casa para instalar en ella la fábrica de pólvora. No teniendo donde dormir, construyóse un ranchito en las afueras de la población. Hallándose en el Congreso de Tucumán, recibió una carta de San Martín pidiéndole que apresurase la declaración de nuestra independencia. Godoy Cruz le contestó:

—*"Declarar la independencia no es tan llano como soplar y hacer botellas".*

San Martín le repuso:

—*"Es más fácil proclamar la independencia que encontrar un criollo que sepa hacer una sola botella".*

Godoy Cruz le respondió el 9 de julio:

—*"He obedecido sus órdenes, general:*

la independencia ha sido proclamada. ¡Con hombres como usted somos capaces de hacer hasta botellas!"

Doctor Pedro Medrano

ACTUÓ en el Congreso como representante de Buenos Aires. A pesar de sus 47 años, era alegre, humorista, chistoso.

—*¡Es un loco!* — decía el solemne y nervioso Castro Barros.

En efecto. Todos lo tenían por un loco. El propio Mitre, tan circunspecto, afirma de él:

—*"Medrano era el remedo (a veces algo grotesco) de sus colegas..."* (Obra citada, página 309).

Antes de conocerlo, lo nombraron presidente provisional del Congreso. Después, ni siquiera lo tomaron en cuenta:

—*Hace versos malísimos. Uno de sus poemas: "Carta de Celio a Arnesto", consta de dos mil cuatrocientas estrofas.*

—*¡Es un loco!*

Lo cierto es que un día el loco les dió una sorpresa de sentido común. El 9 de Julio se firmó el Acta donde el país se declaraba "independiente *del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli*". El loco Medrano pidió la palabra para protestar. No le hicieron caso. Pero, once días después, a fuerza de pedir la palabra, consiguió que lo oyeran.

—*Pido* — dijo el loco — *que en la parte donde dice "independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli", se agregue: "y de toda otra dominación extranjera, hasta con la vida, haberes y fortuna"...*

¡Loco! Clara y maravillosa visión de hombre político. Con ese agregado Medrano consiguió, en nombre de la patria, desarmar a todos los que, dentro o fuera del Congreso, pretendían separarse de España para entregar los destinos del país a la monarquía portuguesa o al imperio de los reyes ingleses. El loco había salvado la dignidad de la nación...

José Darregueyra

NACIÓ en Moquegua, Perú, en 1770. Fué diputado por Buenos Aires. Antes de ir a Tucumán contrajo enlace con doña María Antonia de Luca, hermana del poeta Esteban de Luca. Era, como casi todos los miembros del Congreso, sumamente pobre. Al día siguiente de firmar el Acta — 10 de julio de 1816, — escribióle a su ilustre amigo Tomás Guido:

—*"Hemos firmado la Independencia. Le mando por las carretas de Martín Padilla un cajón de exquisitas naranjas tucumanas, que yo mismo he ido robando de los naranjos que Dios hace fructificar en medio de las calles para socorro de los menesterosos. Si usted, en cambio, pudiera mandarme algún traje en desuso... Tengo ya las bragas imposibles".*

Aquel hombre heroico que había entregado su fortuna — herencia de sus padres — a la Revolución, cambiaba naranjas por un traje viejo...

Pedro Ignacio Rivera

L*os hombres* — dice Mitre — *en quienes los pueblos se fijaron para delegar en ellos su soberanía, fueron los más dignos y respetables de cada provincia. Pero, con raras excepciones, sus nombres eran desconocidos. Algunos eran pobres...*

Llegaban unos en carretas; otros a caballo y los demás en mula, a través de los montes. El Directorio, teniendo en cuenta la pobreza de los congresales, decidió que el cuerpo se reuniera con las dos terceras partes de sus miembros.

El más pobre, quizás, era el doctor Pedro Ignacio Rivero, que llegó desde Mizque a Tucumán sobre una mula de la altiplanicie. En Tucumán hospedóse en la casa de pensión de una viuda. Al terminar las reuniones del Congreso, Rivera se encontró sin dinero para pagar a la patrona.

—*Lo único que poseo* — le dijo — *es mi libertad. Se la entrego con gusto en pago de mi deuda...*

Y se casó con la patrona.

Doctor José Andrés Pacheco de Melo

ERA sacerdote. Había nacido en Alto Perú, cuando Chichas pertenecía al virreinato del Río de la Plata. Estudió en el Seminario Conciliar de Córdoba. Fué ministro en Mendoza. Era un hombre sincero, tan enemigo de la mentira y tan pulcro por dentro como nos lo revelan sus anécdotas.

Cierta vez habíanlo llamado de Charcas para presidir una reunión política. No quería asistir. Alguien le insinuó:

—*Dígales que está enfermo. Dígales que*

el reumatismo no lo deja moverse...

—*¡Imposible! ¿No ve usted que no tengo reumatismo?*

Doctor Pedro Miquel Aráoz

EL presbítero Aráoz era oriundo de Tucumán. Ilustrado y gaucho, tenía las características de los soldados de Güemes. Acostumbrado a vivir en el campo durante sus largos viajes de predicador a través de las tribus indígenas, no podía dormir bajo techado. Al llegar a los cincuenta años, sus amigos le regalaron en Tucumán una casita confortable. A menudo se le veía salir de noche, con su colchón a cuestas, a dormir en los yuyos.

—*¡Es inútil! Los techos me ahogan. He nacido como las bestias, para vivir bajo el divino techo del Señor.*

Era tío del general Lamadrid. Fué su preceptor. Y fué él quien le enseñó que para conducir a los soldados a una batalla heroica, lo mejor era entusiasmarlos con cantos de la infancia.

—*Así pelean los indios.*

Desde entonces, el valiente general Lamadrid, al dar sus famosas cargas contra el enemigo, hacía que sus soldados cantaran vidalitas...

Doctor Mariano Boedo

ERA diputado por Salta. Recibióse de abogado en Córdoba. Su oratoria brillante en imágenes y fértil en ideas, le abría, según sus biógrafos, un porvenir de tribuno exquisito. Pero cuando supo que Güemes defendía las fronteras del país con un coraje digno de ser cantado por Homero, abandonó su toga catedrática, olvidó las Pandectas y se fué a su provincia.

—*Aquí estoy* — le dijo a Güemes. — *Quiero ser uno de los suyos.*

—*Perfectamente* — contestóle Güemes; — *pero sos demasiado doctor para hacerte soldado...*

—*¡Pruébeme!*

En el primer entrevero el abogadito se portó como un tigre. Güemes lo llamó:

—*¡Venga pa acá, bandido! Déme esos cinco... ¡Estos doctorcitos son capaces de todo! Por amor a la patria se olvidan de que son abogados...*

(El doctor Boedo dejó dos hijos: Mariano y Félix. El primero fué degollado por la Mazorca; el segundo murió en 1871, bajo el flagelo de la fiebre amarilla)

El padre Colombres

EN el Congreso representó a la provincia de Catamarca. Era un sacerdote armonioso y tranquilo. Fué el primero que introdujo en Tucumán el cultivo de la caña de azúcar. Su trapiche primitivo — el primer trapiche del país — se conserva como una reliquia.

Cuidaba él mismo la irrigación y la cosecha. Había enseñado a un caballo a que hiciera girar la piedra del trapiche. Cuando el caballo se cansaba de moler la caña, el cura le decía:

—*Basta, hermano. Ahora me toca a mí...*

Doctor José Ignacio Thames

MURIÓ en 1828, doce años después de actuar en el Congreso.

—*¿Por qué no escribe sus Memorias?* — le había dicho un amigo. — *Nadie mejor que usted podría dejar a la posteridad la historia verdadera del Congreso...*

—*Vea, mijito: yo ya estoy viejo. Y, además, se han dicho y escrito tantas cosas falsas y se ha tergiversado la verdad histórica con tantos documentos auténticos, que si yo me pongo a describir los hechos con exactitud, van a decir que miento. Para que no haya escándalo, lo mejor es callarse...*

Eduardo Pérez Bulnes

PALABRA amena. Mente despejada. Espíritu altruísta. En Córdoba ocupaba una alta posición social. Acudió al Congreso con entusiasmo. En cuanto se suscitaba un conflicto dialéctico entre sus compañeros, interrumpía con un chiste para disolverlo.

—*Usted siempre toma en broma las discusiones serias* — le dijeron.

—*Se equivocan, señores. Yo interrumpo cuando las discusiones serias dejan de serlo para transformarse en grescas de mozos de cordel. Mis chistes llaman a la cordura, haciéndoles ver a los contendientes que han cambiado de rango...*

Otra vez en Buenos Aires, un legislador medio tonto se jactaba de sus triunfos diciendo en la Cámara:

—*Poco me interesa que no tengáis fe en mis valimientos! Sabed señores diputados, que yo pasaré a la historia...*

—*¡A la Historia Natural!* — le gritó Bulnes.

Fray Cayetano

POETA. Fué el cronista del Congreso. A los 16 años ingresó como novicio en el convento de San Francisco. Había nacido en San Pedro, provincia de Buenos Aires. Fué el protector de Mariano Moreno.

Cuando el gobierno patrio resolvió adoptar un himno nacional, confióse la tarea a Vicente López y a fray Cayetano. La noche en que López leyó las estrofas de su canción patricia, fray Cayetano, emocionado por los versos de su competidor, echó al fuego los suyos.

Así como era suave y angelical con los amigos, era recio y terrible con sus adversarios. Un tal Moldes hacía obstrucción al Congreso de Tucumán. Fray Cayetano lo mató con un verso que trascribo a continuación, de la "Historia" de López (Tomo 5º, página 354):

Moldes; joven procaz, desvanecido,
Narciso de ti mismo enamorado;
Joven mordaz, de labio envenenado,
Enemigo del hombre decidido.
Caco desvergonzado y atrevido;
Ladrón de famas; genio preparado
A tirar piedras al mejor tejado,
Siendo el tuyo de vidrio percudido.
Víbora, de morder nunca cansada,
Sanguijuela, de sangre humana henchida;
Espada para herir siempre afilada:
Sabe que una cuestión hay muy reñida,
(De tu alma negra claro testimonio),
¿Cuál de los dos es peor: tú o el demonio?

Rodríguez y los demás . . .

PODRÍA escribirse un libro maravilloso con las aventuras de estos veintinueve hombres. ¡Qué varones rectilíneos, resignados, feroces y cultos!

Doctor Tomás Manuel de Anchorena, antiguo secretario de Belgrano, que siendo aristócrata apoyó, contra viento y marea, la fórmula republicana que hoy tiene el país. Fué él quien hizo esta observación profunda: "Los habitantes de los países montañosos son monárquicos; los de la llanura, son republicanos".

Doctor José Mariano Serrano, escritor y orador de prestigio, como su colega don Juan José Paso.

Pedro Francisco de Uriarte, párroco de Loreto, que al morir en el extranjero pidió que en el ataúd le pusieran un poco de tierra argentina que guardaba, como reliquia, en una cajita de rapé...

Teodoro Sánchez de Bustamante, cuya firmeza de carácter le impulsó a morirse de hambre en el extranjero antes que tender la mano a sus amigos.

Fray Justo Santa María de Oro. El santo de los argentinos.

Doctor Antonio Sáenz, fundador de la Universidad de Buenos Aires.

Castro Barros, fanático celeste y apóstol de la Independencia.

José Antonio Cabrera y Cabrera, gloria auténtica de los cordobeses.

Pedro León Gallo, que perseguido y empobrecido por Rosas, exclamó al morir:

—*"Te perdono porque amaste a tu patria al revés"*.

Doctor Manuel A. Acevedo, obispo. Intérprete del más elevado espíritu salteño, aun cuando en el Congreso tuvo la representación de Catamarca.

Doctor José Ignacio Gorriti, que si no tuviera una historia fecunda, le bastaría para brillar en ella el hecho de ser padre de Juana Manuela...

Doctor Mariano Sánchez de Loria, que antes de morir quemó sus papeles históricos diciendo: *"Las verdades sobreviven solas, sin necesidad de documentos"*.

Doctor Esteban Agustín Gazcón, que después de arbitrar recursos para el ejército libertador de San Martín, murió de fatiga. San Martín le dijo este responso:

— *"¡Adiós, hijo mío!"*

Juan Agustín de la Maza, que en 1830 yendo a educar como maestro de escuela a los indios de Chancay, fué degollado por sus mismos alumnos sobre el abecedario.

Doctor José Severo Feliciano Malabia, secretario de Las Heras y autor de sus partes de guerra.

Y, por fin, el último — don Luis Jerónimo Salguero, — que fué de los veintinueve diputados el último en morir. Expiró en Chuquisaca, en 1863, a los 83 años de edad.

— *¿Qué deseas?* — le dijo un sacerdote viendo que, en la agonía, quería llevarse las manos a la boca.

—*Eso...*

Era la bandera argentina, que tenía siempre a los pies de la cama.

Le alcanzaron la bandera. Dióle un beso. Y así murió con la patria en los labios...

Soiza Reilly



La fuerza de voluntad

es una bella cualidad que debe tener todo ser humano. Sin ella nada se consigue. El adagio "querer es poder" es tan antiguo, como el mundo. La fuerza de voluntad es patrimonio de los que poseen un cerebro fuerte, sano y vigoroso, capaz de frenar sus impulsos. Miles de personas no poseen esta cualidad porque tienen un cerebro débil. Es a ellas a quienes recomendamos la

NUCLEODYNE

(El Tónico que da fuerza)

verdadero tónico cerebral por el fósforo orgánico que contiene, que es rápidamente asimilable.

Nucleodyne alimenta, fortifica y renueva el cerebro, favoreciendo el desarrollo de la fuerza de voluntad.

En todas las farmacias y en la

Farmacia Franco-Inglesa

Sarmiento y Florida — LA MAYOR DEL MUNDO — Buenos Aires

UN DUELO ANTES DE LA BATALLA DE MAIPO



El ejército de los Andes se encontraba en el campamento de Chimbarongo, a mediados de marzo de 1818, cuando, a raíz de un incidente entre dos de sus oficiales, se suscitó un duelo que, con los años y en atención a la fama que posteriormente ambos conquistaron, ha pasado a la historia.

Los duelistas fueron el entonces teniente Pedro Ramos y Carlos Federico Brandsen, francés de origen, que se había incorporado al ejército patriota con su antiguo grado de capitán de caballería.

Una noche, refiere el historiador Carranza, en la academia de oficiales, un tanto precipitadamente, Brandsen manifestó "que no creía en el triunfo porque los oficiales del país no valían lo que los del enemigo, que eran europeos y aguerridos".

San Martín era inflexible en lo que a disciplina de sus soldados y oficiales se refería. El juego y el duelo, pecados propios de la juventud, fueron su constante preocupación en los días en que organizaba su ejército en Mendoza. Los persiguió y los castigó severamente. Y el episodio que a continuación relatamos, acaecido cuando ya las tropas se encontraban en Chile, evidencia hasta qué extremos llegaba su severidad y cómo también sabía premiar a los héroes aunque hubieran faltado a la férrea disciplina del cuartel.

Las palabras del capitán francés sorprendieron a los allí reunidos, y en cuanto se levantó la sesión, en la puerta misma, el teniente Ramos le atajó, diciéndole:

—Si usted quiere saber cómo somos los oficiales argentinos, envíeme sus padrinos.

El arrogante Brandsen no se hizo esperar, y aquella misma noche, malgrado las órdenes terminantes de San Martín, que no quería que sus oficiales se batieran, pues el duelo, en ciertos momentos, habíase convertido en una verdadera epidemia entre las filas de los ardientes patriotas, envió sus padrinos a Ramos, conviniéndose las condiciones, el que sería a sable de caballería y hasta que quedara inutilizado uno de los combatientes.

El padrino de Ramos fué el más tarde coronel Olazábal y el de Brandsen su compatriota Viel, que llegaría luego a general chileno.

El encuentro se realizó a la madrugada y ambos combatientes dieron pruebas de un efectivo valor. Brandsen, casi al punto quedó fuera de combate, debido al feroz hachazo que Ramos le dió en la cabeza, y éste recibió un puntazo sobre el ojo derecho.

San Martín, que estaba en todo, en cuanto se enteró de la gravedad de la herida recibida por Brandsen, acudió a su domicilio dispuesto a saber quién había sido el causante. Pero Brandsen, que era de una pieza, ante sus insistentes requerimientos, sólo se limitó a contestar, en su mal castellano:

—*Un argentin... un argentin...*

La venda que Ramos colocó sobre su herida le delató y San Martín de inmediato lo mandó arrestado.

Días más tarde tenía lugar la batalla de Maipo. En cuanto se tocó generala, Ramos, que estaba en el cuarto de banderas, voló a incorporarse a su escuadrón. San Martín, que lo había visto, le dió orden de tomar ochenta hombres y cargar sobre el enemigo.

Ramos obedeció. Se entreveró en la lucha y durante unas horas de gloria y de sangre olvidó sus rencores contra el compañero de armas y no pensó más que en cumplir con su deber.

Terminado el combate, con su tropa se presentó ante San Martín. Había hecho más prisioneros que soldados tenía, y entonces el jefe admirable y querido le ordenó, siempre con palabras breves y concisas:

—Capitán Ramos: está usted en libertad.

Y el recién ascendido capitán, cuadrándose, saludó al general con su corvo y glorioso sable de granaderos.






MIL Y UNA APLICACIONES
Las personas que usan Colonia Flores del Campo, de gran finura y originalísimo perfume, descubren en ella cada día nuevas aplicaciones. Prefiérenla unas para suavizar el agua para lavarse, para refrescar rostro y sienes. Otras, para fricciones después del baño, para viaje, para perfumar el pañuelo u otra prenda interior; pero todas, de uno u otro modo, para completar delicadamente su distinción y su atractivo.
AGUA DE COLONIA
FLORES
DEL CAMPO
PERFUMERIA
FLORALIA
MADRID
BUENOS AIRES
FABRICA
Y OFICINAS
MAURE 2010-14
BUENOS AIRES

Industria calchaquí

En ninguna ocasión dí con enterratorios en tinajas. Los cadáveres hánse encontrado en tierra, a una buena profundidad, en sepulcros pircados a sus lados o formados, a manera de ataúd de madera, con piedras lajas.

He observado que los cadáveres, tendidos de espalda, miran por donde el sol sale. En tres ocasiones los encontré con yuros o tinajitas colocadas a uno de los lados, cerca de la boca.

En los Angeles hay numerosísimos morteros y conanas. Parece que el dios del mortero era muy venerado en la localidad. En este lugar hay ídolos de piedra que son morteros, con formas de animales.

La serpiente parecía haber sido igualmente muy venerada, y dos o tres "humucutis" de piedra he conseguido. En una olla encontrada en Capayán en un sepulcro, las serpientes se distinguen perfectamente. Este trabajo, es de barro negro, muy fino, perfectamente cocido. Sus figuras no son pintadas, sino grabadas en el barro.





Urnas funerarias de los indios encontradas por los señores Wágner en Llajta Manta (Pozo del Indio), chaco santiagueño.

En Billapima, he encontrado un ídolo típico, en una arada junto con un tortero, una rana y un quirquincho, los tres de piedra.

En los Angeles he conseguido dos amuletos de parto.

Una pequeña liebre que he encontrado, también tiene que ver con la procreación, y posible es que haya sido una "illa", de las que tantas abundan en Calchaquí, — amuletos de reproducción de los ganados de la tierra.

Objetos de barro también los hay numerosos.

Hachas de piedra hay muchas así como piedras de libes, a cada paso, lo que atestigua que estos indios eran eminentemente cazadores. También se ve que tenían plantaciones de maíz, no debiendo olvidarse que cuando Diego de Rojas llegó a Capayán, en el pueblo del poderoso señor "los maizales estaban en berza", al decir de Lozano.

Muchos y notables trabajos de irrigación han tenido estos indios. En el Potrero, hay un gran estanque hecho por los indios, que puede represar una buena cantidad de agua. Del río San Pablo vése que sacaban agua, y hasta ahora pueden distinguirse canales de piedra. Pero, en el distrito de los Angeles, más que en ningún otro lugar del Departamento, hay a cada paso fragmentos de trabajos de irrigación de alguna consideración.

ADAN QUIROGA

Exceso de acidez



• Cuando usted se excede en la comida y la bebida, y fuma incesantemente, la Leche de Magnesia de Phillips le sacará del consiguiente estado de acidez excesiva. Pero cerciórese al comprarla que sea la legítima, la que lleva el nombre **Phillips**, porque las imitaciones son casi siempre ineficaces y hasta peligrosas.



LECHE DE MAGNESIA DE PHILLIPS

el antiácido-laxante ideal



Romance de Don Pedro de Mendoza

POR Ismael Moya

¡Ay, don Pedro de Mendoza
mordido por siete llagas!
Un cilicio de impotencias
tus carnes invalidaba...

¡Quién lo pensara en San Lúcar
cuando levaste las anclas!
¡Quién te lo dijera en Roma
y en Alemania y en Austria!

¡Ay, don Pedro de Mendoza,
qué mal la hubiste en el Plata!

¡Humo fueron tus arrojos
y tus conquistas de Italia!
¿Qué valió tu ejecutoria?
¿Qué los ducados de tu arca,
y el bien del Emperador
y el *título* que te daba,
y tus treinta y siete años,
y la pasión de tus damas,
y el valor de tus tenientes
que glorias te procuraba?
¡Todo cayó en el abismo
de tus dolorosas llagas!

¡Ay, don Pedro de Mendoza,
qué mal la hubiste en el Plata!

Mirando tantos agobios,
don Pedro, así suspirabas:

—¡Ay, Señora del Buen Aire,
valedme en esta desgracia!
¡Valedme, que soy fallido
en las carnes y en el alma!
Mis carabelas llevaron
por bandera vuestra gracia;
cargué al cuello vuestra imagen,
os invoqué en mi plegaria,
y, por cumpliros mejor,
llamo, como a vos os llaman,
al primer puerto y ciudad
deste Río de la Plata!
¡Ay, Señora del Buen Aire,
valedme en esta desgracia!

¿Sois vos, mi maestre Osorio,
que llegáis por la venganza?
Quedasteis en el Janeiro,
mas vuestra sombra se alarga,
como un dedo acusador,
doquiera vayan mis ansias...
Os vi traidor, motinero,
y del cuerpo os quitó el alma,
por mi nombre, Juan de Ayolas,
que, con vuestra propia daga,
en las espaldas os dió
y en el pescuezo y la ijada...
Escuché, desde mi silla,
que por confesión clamabais...
¿Por qué las manos contuve
a don Carlos de Guevara
que abogaban por salvaros?
¿Por qué lo invalió mi rabia?
¡Os recordé en los asedios
y en salidas y en matanzas,
y después de Corpus Christi,
cuando la ruina fué tanta!

¡Ay, Señora del Buen Aire,
en esta cuita me valas!

Riachuelo de los navíos:
¡las tragedias que mirabais!
¡Quién lo pensara en San Lúcar
y en Austria y en Alemania!
¡A la ciudad que fundé
malas nuevas le aguardaban!
Unas miserables chozas
dentro de la empalizada;
afuera, el tigre y el indio
atisbando la mesnada...
Las pompas de mi palacio,
las delicias cortesanas,
aquí se volvieron hambre,
y resquemores, y lágrimas...
Cayó don Diego, mi hermano,
bajo el rigor de las clavas;
don Pedro y Luis Benavídez,
que sangre mía llevaban,
sucumbieron sin poder
musitar una plegaria...
Y yo aquí, como un anciano
invalidado en la cama,
mordiendo estas manos secas
con duelo, impotencia y rabia!

¡Ay, Señora del Buen Aire,
valedme en esta desgracia,
acorredme en esta cuita
de mi carne y de mi alma!

¡Así, don Pedro, gemías;
así, don Pedro, clamabas!
¡Y Ayolas, y Salazar,
y don Carlos de Guevara,
y Juan Ponce de León,
por misteriosas comarcas,
iban rimando epopeyas
de sangre, valor y audacia!

Perdiste la Magdalena,
y no llegaste a Bonanza...
¡Ay, don Pedro de Mendoza,
mordido por siete llagas!
Mas, no por tales agobios,
perdiera valor tu hazaña,
que tu nombre es una gloria
entre las glorias del Plata.

Ismael Moya

LA BELLEZA DE LA DACTILÓGRAFA

(Por Renée de L'Enclos)

Es posible que la lectora piense que en el ambiente de los negocios la belleza y la gracia sean cosas que están fuera de lugar. Pero este pensamiento es erróneo, pues es un hecho que una chica linda tiene, en igualdad de condiciones, mayores probabilidades que otra cuando se trata de ser preferida para el desempeño de un buen empleo, pues todo hombre de negocios comprende instintivamente que la mujer que cuida de su propia persona ha de ser también cuidadosa en su trabajo. Para ser bellas basta hacer uso de simples substancias que es posible hallar en toda buena farmacia, las mismas substancias que yo siempre he recomendado y que especifico a continuación.

EL CUTIS DEBE SER REGENERADO. — Está plenamente demostrado que la cera pura mercolizada absorbe la cutícula exterior de la tez, generalmente gastada y marchita, permitiendo la aparición del nuevo, lozano y hermoso cutis que toda mujer posee y que permanece escondido debajo del viejo y gastado si no se le ayuda a venir a la superficie. La cera mercolizada, la que se puede adquirir en toda farmacia, se aplica de noche, retirándosela por la mañana mediante un poco de agua tibia. Siguiendo este tratamiento se nota al cabo de bien pocos días que el cutis adquiere la hermosura del de un niño. En la cera mercolizada halla toda mujer la base de su belleza y un factor de felicidad.

LOS BARRILLOS SE VAN. — Un remedio de efectos francamente instantáneos contra los horribles puntos negros, la grasa y los anchos poros grasos del rostro lo constituyen las abluciones con agua stymolizada, la que puede ser preparada por toda señora en su propia casa disolviendo en un vaso de agua caliente una tableta de stymol, substancia que es posible hallar en toda farmacia. Lavándose la cara con agua stymolizada se logra la desaparición de los efectos citados; repitiendo el tratamiento algunas veces, se obtienen resultados definitivos.

MEJILLAS ROSADAS. — Para que sus mejillas aparezcan naturalmente sonrosadas, no use nunca rouge, carmín, ni otras pinturas, sino exclusivamente rubinol en polvo, que puede obtener en cualquier farmacia o perfumería. El rubinol no tiene efecto nocivo alguno sobre el cutis; da a las mejillas un tinte rosado tal que nadie puede apercibirse que no es natural. Las mujeres de mejillas descoloridas notarán la enorme y beneficiosa diferencia que produce en sus rostros un poco de rubinol. Tanto en pleno sol como bajo la luz artificial, el rosado que produce el rubinol es de efectos encantadores.

Un discurso



Roca.

En la inauguración del ferrocarril de Bahía Blanca al Neuquén, 1º de junio de 1899, pronunció el general Julio A. Roca, el discurso, que reproducimos a continuación:

"Hace hoy precisamente veinte años que, al frente de un cuerpo de ejército, llegué a estas márgenes del río Negro para establecer en ellas las fuerzas militares que debían ponernos en posesión real y definitiva, de la Pampa y la Patagonia, cumpliéndose así una ley de la Nación y satisfaciéndose una aspiración y necesidad sentidas desde los primeros días de la conquista española.

"El desierto, realmente, empezaba en esa época en las cercanías del pueblo del Azul; Olavarría, Carhué, Puan y Bahía Blanca, no eran sino fuertes militares, perdidos en la sábana inmensa de la Pampa, bajo cuyo amparo, apenas si vivían pequeños grupos de familias, en continuas zozobras y temores.

"Para llegar a la confluencia del Limay con el Neuquén, la división a mis inmediatas órdenes empleó cuarenta días de marcha continua, atravesando territorios, de los cuales apenas se tenían vagas nociones y que la imaginación popular poblaba de innumerables tribus guerreras y de pavorosos misterios.

"Veinte años hace que en este pintoresco valle, donde encontramos frescas las huellas del indio fugitivo, saludamos el sol de Mayo y levantamos nuestras tiendas al borde del caudaloso río, con la inmensa satisfacción de haber puesto término a una fecunda campaña, ensanchando los dominios de la patria y resolviendo para siempre el problema secular de las fronteras.

"Al realizarse hoy esta nueva conquista, que es complemento de aquélla, permitidme, señores, que, ligando una y otra empresa, traiga a la memoria la expedición del 79, y recuerde a todos los compañeros de armas en esa memorable jornada. Muchos de ellos no pueden asociarse a esta grandiosa fiesta de la civilización, que prepararon, sin embargo, cuando avanzaban paso a paso, soportando toda clase de privaciones y sufrimientos, en el camino del desierto, para que luego el colono, con sus rebaños e instrumentos agrícolas, pudiese tranquilamente explotar y cultivar el suelo, y el

del general Roca

ferrocarril avanzase triunfante a recibir sus productos para transportarlos a los puertos y mercados consumidores.

"Justo es recordar en este gran día al soldado argentino, que vivió en constante lucha con el salvaje y ha sido como el *pioneer* de nuestros progresos, en el espacio inmenso y cerrado por la barbarie, que el coloniaje nos dejó en herencia.

"Señores: Este ferrocarril que nos permite realizar en pocas horas, cómoda y confortablemente, el trayecto que recorrieron las divisiones del ejército nacional soportando penosas fatigas, nació bajo la administración del doctor Uriburu, en momentos difíciles y peligrosos para la República, obedeciendo a miras puramente estratégicas. La Providencia, o el buen sentido de los pueblos, ha querido que se convierta en un nuevo vínculo de paz y amistad con Chile, pues en vez de detenerse aquí ha de ir más tarde a buscar el Pacífico a través de la cordillera de los Andes.

"En tales circunstancias, el directorio del Ferrocarril del Sud, como si tuviese una visión clara del futuro, sin hacer cálculos estrechos, sin vacilar un instante, acometió la obra, que el gobierno requería en nombre de la seriedad nacional. No ahorró dinero, ni tiempo, ni esfuerzo y tendió los rieles desde Bahía Blanca al Neuquén, con una celeridad sin ejemplo entre nosotros. Es este un nuevo y hermoso testimonio de los beneficios que debe el país al capital y al genio emprendedor de los ingleses.

"Al reconocerlo así, no podemos olvidar a ese núcleo de hombres enérgicos y resueltos que fundaron la compañía del Ferrocarril del Sud, y entre los cuales habéis nombrado a los señores Drabble, Fair y su actual presidente, señor Parish, viejos y consecuentes amigos de la República Argentina. Debo también asociar vuestro nombre, señor White, al de aquellos que, trabajando por el bien y progreso del país, han conquistado los mejores títulos a su gratitud.

"La empresa del Ferrocarril del Sud se ha desarrollado con la vida nacional. Teniendo en 1865 poco más de cien kilómetros de extensión y un capital de 750.000 libras, recorre hoy 3500 kilómetros y representa un capital de 21.000 000 de libras; notable ejemplo de la marcha de una grande compañía, y de los beneficios que encuentra aquí el capital en manos de hombres inteligentes y prácticos en los negocios.

"Con tal auxilio, los territorios que acabamos de recorrer serán, sin duda, en tiempo no lejano, como lo habéis dicho, asiento de poblaciones y de industrias nuevas. Su irrigación es fácil, aprovechando los ríos caudalosos que la naturaleza ha puesto a su servicio.

"No pasarán muchos años sin que este valle del río Negro, principalmente, a semejanza del valle del Nilo, dotado de una fertilidad igualmente asombrosa, se convierta en un emporio de producción y de riqueza.

"Llegamos felizmente a una época en que podemos entregarnos a toda clase de perspectivas halagüeñas. La República está en paz con todas las naciones. El orden es inconmovible en su seno, y los anhelos de progreso se revelan con un vigor extraordinario, encarándose el porvenir con tranquilidad y confianza.

"Bajo estos auspicios, señores, me es grato declarar inaugurada la línea férrea de Bahía Blanca al Neuquén".

CARAS Y CARETAS

ADIOS A LAS ARMAS





EL CINE HA DADO VIDA A UNA DE LAS MAS BELLAS NOVELAS NORTEAMERICANAS DE ESTOS ULTIMOS TIEMPOS: "ADIOS A LAS ARMAS", DE ERNEST HEMINGWAY. ROMANCE AMOROSO, QUE SE DESARROLLA EN LOS DIAS DE LA PASADA GUERRA, ES, TAMBIEN, UN CANTO A LA VIDA Y LA REBELDIA JUVENIL. EN LA VERSION CINEMATOGRAFICA QUE HA DIRIGIDO FRANK BORZAGE, LOS TRES PERSONAJES PRINCIPALES ESTAN ENCARNADOS POR HELEN HAYES, GARY COOPER Y ADOLFO MENJOU.



Destrucción, dolor y odio son los frutos de la guerra — dice Ernest Hemingway; — pero, también, de la guerra, que es obra de los hombres e inspiración divina, surgen la camaradería y el amor. En medio del vendaval de rencores y pasiones florecen las más nobles inclinaciones del corazón humano y de esta manera, muchos millares de hombres, que debieron retornar de los campos de batalla con los rostros sellados por el dolor y las manos crispadas aun en un postrer esfuerzo de sembrar la muerte, lo han hecho con una sonrisa fraternal y los brazos tendidos para estrechar al amigo, a la amada..."

Así, en esta historia de dolor y esperanzas que es "Adiós a las armas", el amor y la camaradería desalojan de los corazones el odio y el encono, el miedo y el rencor.

Rinaldi, un desaprensivo mayor de sanidad del ejército italiano es, pues, gracias a la guerra, el camarada inseparable de Federico Henry, teniente del cuerpo de ambulancias militares. Para Rinaldi, la guerra no es más que una excelente *oportunidad para practicar la cirugía y enamorar*, en los momentos libres, a cuanta mujer bonita y joven se pone a su alcance; para Henry — que es un hijo de italianos nacido en los Estados Unidos — la guerra es una locura juvenil, una aventura más.

Cierto día, en el acantonamiento trágico, donde todo es dolor y miseria, un grupo de enfermeras inglesas, recién llegadas, pone un poco de animación y, sobre todo, entusiasma al enamoradizo Rinaldi, quien, al punto, entre todas, descubre a una de la cual se enamora, con el apasionamiento y la rapidez acostumbradas.

Esta muchacha es Catalina Barkley. Todo en ella es encanto, todo en ella es dulzura. Rinaldi casi olvida a sus heridos y, en cuanto regresa de las trincheras su inseparable camarada norteamericano, previo pedido de unas liras para amenizar el encuentro, insiste en presentarle a Catalina, por medio de la cual le será fácil conocer a otra de las enfermeras.

De pronto, ominosas y cada vez más frecuentes detonaciones anuncian un ataque de los aviadores austríacos. La población, en la que sólo quedan en pie unas contadas casas, al punto se encuentra bajo el fuego de los aviadores. Hombres y mujeres huyen en desbandada angustiosa buscando donde guarecerse y el propio Federico se pone a cubierto de los proyectiles.

No está muy fresco el teniente. Algo del alcohol ingerido en una improvisada fiesta se le ha subido a la cabeza; pero, así y todo, no lo está en grado tal como para no darse cuenta de que a su lado, temblorosa y angustiada, hay una muchacha. Es un militar, ha olvidado los reparos propios de la vida pacífica y ciudadana y, entonces comienza a hablarle a su compañera de refugio con una familiaridad más que excesiva hasta que advierte que ella es una de las enfermeras inglesas recién llegadas.



El amor, entre el fuego de las ametralladoras y las nieblas del alcohol, ha tendido una de sus redes invisibles, imperceptibles de puro sutil...

A la noche siguiente, en una fiesta que dan los oficiales, el mayor Rinaldi presenta a su amigo la hermosa de quien tantas ponderaciones le ha hecho y ella no es otra que la muchacha con la cual estuvo oculto el teniente en los minutos trágicos del bombardeo. No es poco el asombro de Catalina y Federico al verse juntos nuevamente. Toman el caso a risa y comienzan a conversar como si fueran amigos. Y, entonces, es al bueno de Rinaldi a quien le toca sorprenderse y quedar tan atónito cuando ve a su flamante conquista salir del brazo



con el amigo presentado.

En la sombra propicia, la boca de Federico ha dejado en la de Catalina un beso leve, casi tímido... Pero, de súbito, dominado por la pasión, angustiado por tanta vida en medio de tanta muerte, le dice:

—Escúchame... Mañana debo regresar al frente, y, si una bala me tocara, tal vez tú y yo nos arrepentiríamos de haber dejado pasar el amor...

En el cielo que de vez en cuando acuchillan los reflectores eléctricos del servicio antiaéreo, parpadean las estrellas. Sin el sordo retumbar de la artillería a pocos kilómetros de distancia, diríase un cielo de idilio. Los dos jóvenes están uno al lado del otro; simbolizan la vida; expresan, quizá, la rebelión de la vida frente a la muerte; y, uno junto al otro, los dos corazones, olvidándolo todo, permanecen unidos, como si la vida triunfara sobre la tierra.

El azar de la guerra que los unió ha tornado inmediatamente a separarlos. Herido gravemente, Federico pasa a un hospital de Milán donde, gracias a las influencias del bueno de Rinaldi, traslada a Catalina. El romance se reanuda. Nuevos días venturosos; nuevos sueños de dicha en medio del horror en el cual se desangra medio mundo. Termina la convalecencia. Federico tiene que retornar al frente, sale desesperado de angustia, tembloroso de rebeldía. Poco después, Catalina cruza la frontera, rumbo a Suiza, donde esperará el nacimiento de su hijo.

El teniente Federico Henry ya no es el mismo: Catalina ha sido para él, no un amor, sino todo el amor. Sólo vive para pensar en ella, para suspirar por ella.

Esto reaviva los dormidos celos de Rinaldi. Cuantas cartas envía Catalina a Federico le son devueltas con la fatídica leyenda: "Rechazada por la censura". Cuantas cartas le remite él a Milán, donde la cree a ella, se las devuelven con la indicación de que el destinatario no fué hallado.

Desesperado, acude Federico a Milán. Casi desespera de encontrar un rastro de Catalina, cuando, por una enfermera, vagamente se entera de que ella está a punto de ser madre. Los celos de Rinaldi ceden ante el dolor del amigo y, entonces, le da la dirección de Catalina, que está en Brissago, población suiza.

Y, aquella misma noche, el teniente Henry abandona las filas. Se convierte en un desertor. Sortea mil peligros. Acude a la vera de su bienamada, pero sólo para recoger su postrer suspiro: Catalina, la que era todo el amor para él, muere después de dar a luz un niño que ha nacido sin vida, como sus propias ilusiones.




Paramount Pictures
Un momento de pasión que vale por una eternidad. Ver esta producción es contemplar cuánta dicha, cuánta angustia caben en el pecho humano.
"ADIOS · A LAS · ARMAS"
CON
helen HAYES
gary COOPER
adolphe MENJOU
DIRECCION DE
Frank BORZAGE
SEGUN la NOVELA de
Ernest HEMINGWAY
DIARIAMENTE EN EL
GRAN CINE
SUIPACHA
La sala de los grandes éxitos — EMP. M. GARABATOS

¡el ALBUM!...

¡Hay tiempo hasta el 31 de Agosto para canjear el Album Nestlé por los premios! Y ahora es mucho más fácil completarlo...!

Comprobado por Nestlé que alrededor de sus famosas figuritas se había formado un verdadero comercio, el cual lucraba con ellas substrayéndolas de la circulación por medios diversos, para luego ofrecerlas a buen precio a quien las necesitase para completar el álbum, Nestlé ha tomado las medidas pertinentes para terminar con este acaparamiento...

Ahora puede Vd. tener la absoluta seguridad de hallar en nuestros productos todas y cualesquiera de las figuritas que pudieran faltarle. Y ello le permitirá llenar prontamente el álbum, el cual será válido hasta el 31 de Agosto próximo para canjearlo por los premios.

Después de esa fecha, los álbumes completados hasta el 23 de Diciembre de este año, serán canjeados contra un número para participar en el

Gran Sorteo de Premios por valor de $ 100.000 m/n. en efectivo,

cuyos detalles publicaremos en breve. El sistema de premios por puntos sigue en vigor, y no sufre ninguna modificación.

¡Todo el mundo, pues, a completar su álbum Nestlé!

NESTLÉ'S MILK CHOCOLATE

CHOCOLAT

NESTLÉ
(ARGENTINA)

Publ. EXITUS

URQUIZA

IMPRESIONES INTIMAS

PARA comprender la grandeza del general Urquiza es preciso haber presenciado las vicisitudes que rodearon todos los momentos de su victoria.

Las impresiones de la niñez nos recuerdan las que observamos en Tucumán, durante el mes de febrero de 1852, cuando llegara la noticia del triunfo de Caseros.

Mis padres lloraban todavía el sacrificio de Crisóstomo Alvarez, pariente inmediato de ellos, pues era hijo de Catalina Aráoz, hermana del general Lamadrid, y además casado con Francisca Aráoz, sobrina de aquéllos. Alvarez fué el único argentino que, por separado, procuró ayudar al general Urquiza en su campaña libertadora, invadiendo desde Chile, al frente de un pequeño grupo de veinticinco hombres chilenos, los que constituían todo su ejército; siendo fusilado, después de vencido, dos o tres días antes, si mal no recordamos, de saberse la noticia del triunfo de Caseros.


Urquiza en Caseros. (Cuadro de Blanes).

Recuerdo que un hombre del bajo pueblo — un leñador — interrogado por nuestra madre sobre el significado de los gritos que se sentían en la calle, le contestó: "Dicen que Urquiza ha derrotado a Rosas". De pronto aquélla, alejándose del interrogado y corriendo hacia nosotros sus hijos, que jugábamos, sentados en el suelo, listos para ir a la escuela de la maestra Trinidad, nos arrancó el moño punzó de reglamento, exclamando:

— ¡Bendito sea Dios!

Por la noche nos reunió a todos, incluso los sirvientes, y nos hizo rezar el Rosario, *in memoriam* de las víctimas de la batalla y por el ejército libertador.

Los ancianos y hombres de alta clase salían y se agrupaban en la calle, como deseando respirar el nuevo ambiente. Yo recuerdo que seguí por la noche a un grupo de sesenta personas, entre las que iba mi padre, con la banda de música del gobierno, tocando la canción de Lavalle, las que se dirigieron a muchas casas, entre ellas a la del coronel de la independencia señor Lucero.

Todo era alegría, como que había pasado la tenebrosa noche de veinte años y resplandecía la aurora de la libertad.

Los mueras al salvaje traidor, loco unitario Urquiza, de los días anteriores, se cambiaron por los *vivas* al nuevo Wáshington.

— Las niñas y damas — recuerdo a mi hermana mayor — buscaban añil de Prusia en los almacenes para teñir el género blanco, bramante, con los colores de la bandera de Belgrano, azul y blanco, pues no había género de color celeste para reemplazar la colorada, obligada por la tiranía.

Los esclavos — esto lo presenciamos meses después en Salta en casa de nuestra abuela — cuando se les notificó su manumisión por la victoria, se arrodillaban llorando y bendiciendo la luz que había alumbrado el campo de Caseros, en cuyos resplandores se destacaba la gallarda figura del general Urquiza al frente del valeroso ejército de la provincia de Entre Ríos, la iniciadora y heroína de la inmortal jornada, que nadie se atreverá a discutirle, porque se la reservó el destino para que fuera su gloria inmaculada.

LUIS F. ARAOZ

ZENITH EMERSON LYRIC

3 MARCAS 3 GARANTIAS

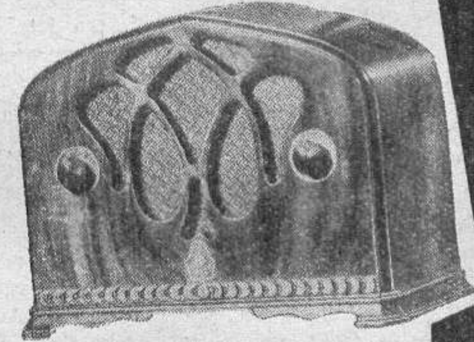
RECEPTORES

PARA AMBAS CORRIENTES

ALTERNADA Y CONTINUA - 110 y 220 VOLTS

equipadas con las nuevas válvulas de reciente invención.



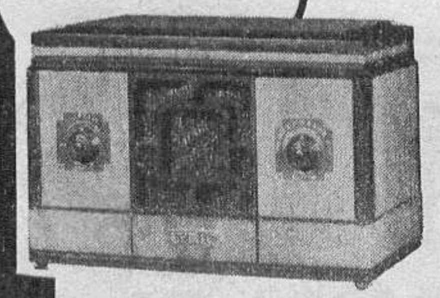


ZENITH
Modelo 701
$ 165.-

EMERSON
Modelo 250
$ 150.-

TODOS SUPERHETERODINOS

LYRIC U. 550
$ 150.-



EMERSON
Modelo 30
$ 165.-



SOLICITE CATALOGOS

MAX GLÜCKSMANN

FLORIDA, 336-44 Bs. Aires **CALLAO, 188-92**

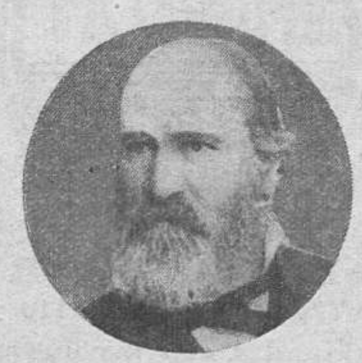
SUCURSALES: ROSARIO: Córdoba, 1065-69. CORDOBA: 9 de Julio, 76.

Luis Piedrabuena

NACIÓ el 24 de agosto de 1833. Era un marino avezado y tenía las cualidades físicas y morales del hombre de guerra; ni las tempestades del océano, ni los peligros, ni las fatigas, lo acobardaron jamás tratándose del servicio de su patria o del bien de sus semejantes.

Nacido en Carmen de Patagones, empezó a navegar, joven aun, a bordo de los buques balleneros que frecuentaban las aguas del río Negro. En esta escuela práctica se educó, y en ella fué donde adquirió ese conocimiento de las costas y territorios de nuestra región austral que decidieron de su destino.

Desde entonces el joven Piedrabuena se consagró a asegurar para su patria los territorios patagónicos que se extienden desde el río Negro hasta la isla de los Estados. Exploró todas sus costas, ríos, islas y territorios marítimos; estableció relaciones con las tribus nómadas de la Patagonia, inoculándoles el sentimiento de la nacionalidad argentina y distribuyéndoles banderas patrias para que las conservasen; pidió concesiones



Luis Piedrabuena.

dentro del Estado para motivar actos de posesión y dominio por parte del gobierno argentino; escribió varias memorias geográficas que presentó sucesivamente a los gobiernos de Buenos Aires y de la Nación, tendientes todas ellas a lo que constituía la pasión de su vida y que había impuesto como una misión: asegurar para su patria el dominio de los vastos territorios del sur.

Es un hecho histórico que a los trabajos del comandante Piedrabuena y a su patriótico anhelo se debe en parte la reivindicación de las tierras australes de la República Argentina, sobre las cuales él fué el primero en llamar la atención, pudiendo decirse que por mucho tiempo los defendió solo, con un pequeño buque de su propiedad, con el cual navegaba en los canales magallánicos.

Tiene además otras páginas más gloriosas aún, que le han hecho merecer bien de la humanidad, como ha merecido bien de la patria. En aquellos mares tempestuosos y tenebrosos, donde en el invierno apenas brilla el sol algunas horas, y donde los naufragios se sucedían con terrible frecuencia, el comandante Piedrabuena salvó la vida a centenares de náufragos, mereciendo por ello ser condecorado por las grandes potencias marítimas.

La nación premió tan meritorios servicios expidiéndole los despachos de comandante de la armada nacional y dándole el mando de la corbeta "Cabo de Hornos".

Acompañó a la expedición austral del teniente Bove y este distinguido marino hizo el más alto elogio de las cualidades del comandante Piedrabuena. Falleció el 11 de agosto de 1883.

Catarro de pecho





con tendencia a invadir los bronquios y gran sensibilidad de las mucosas, predispuestas así a la fácil recepción de bacterias malignas, combátalo en seguida comenzando hoy mismo a tomar la excelente GUAYACOSE.

Este es el eficaz y agradable reconstituyente que elimina, pronto y bien, cualquier resfrío y fortalece el organismo, prodigándole nuevas energías para resistir cualquier amago germicida.

Guayacose

BAYER

ROSAS EN EL DESTIERRO

Extraordinarios detalles desconocidos de su vida y de su muerte, revelados por las notas necrológicas de un diario inglés de la época

Por LIBORIO JUSTO (LOBODON GARRA)

"MUERTE DEL GENERAL DE ROSAS"

Su excelencia general Juan Manuel de Rosas ex gobernador y dictador de la Confederación Argentina, falleció a las 7 del miércoles en su casa-quinta en Swathling, distante alrededor de 3 millas de Southampton. Había nacido el 30 de marzo de 1793 y, por consiguiente, dentro de una quincena hubiera alcanzado los 84 años de edad. El difunto, que había residido en Southampton y sus alrededores durante los últimos 25 años, fué atacado por una inflamación a los pulmones el sábado último después de haberse expuesto imprudentemente a la inclemencia del tiempo y, no obstante la sabia y constante atención del doctor John Wiblin, F. R. C. S., quien había sido su médico y amigo confidencial durante todo el período de su residencia en este país, sucumbió al ataque a la hora mencionada. Doña Manuelita de Rosas de Terrero, la devota hija y compañera del ex gobernador, llegó a Londres el lunes y estuvo en constante cuidado de su padre durante sus últimas horas. Su esposo, don Máximo Terrero, salió de Southampton para Buenos Aires hace apenas unas semanas, el 24 de febrero, en el vapor "Minho" de la Royal Mail Company, con documentos auténticos y todo lo necesario para recobrar las propiedades de su esposa y las del general, que ellos habían heredado. El fallecido tenía un hijo (coronel Rosas) quien residió en Southampton por algún tiempo, habiendo muerto en Buenos Aires hace ya algunos años. Tenía una hija (doña Manuelita de Rosas de Terrero) y esta señora tiene dos hijos de 18 y 20 años, respectivamente, el mayor de los cuales ha rendido el miércoles sus exámenes en la Escuela de Minas de Londres.

El general Rosas fué derrocado de la dictadura el 3 de febrero de 1852 por un ejército al mando del general Urquiza. Sus tropas fueron completamente derrotadas y el general y su hija Manuelita tuvieron que refugiarse en la ciudad de Palermo, de donde escaparon durante la noche, llegando en seguridad a bordo del H. M. S. "Locust", y al día siguiente fueron transbordados al H. M. S. "Centaur", Almirante Henderson. Se dijo entonces que se trasladaría a los Estados Unidos, pero el general Rosas llegó a este país en el mes de abril siguiente, habiendo sido traído en un barco de guerra inglés comandado por el capitán Day, miembro de una familia de Southampton. Cuando llegó a esta ciudad el general tomó departamentos en el Windsor Hotel hasta que pudo obtener una residencia conveniente. Esta fué encontrada en Rockstone-place, Carlton-terrace, donde residió por muchos años. Mientras estuvo en la ciudad el general acostumbraba a cabalgar por las calles casi diariamente en un hermoso caballo negro y su majestuosa forma y porte militar, junto con los arneses de su cabalgadura, siempre atraía mucha atención y admiración. Más tarde se trasladó a la quinta donde permaneció hasta su muerte. Este lugar, llamado Burgess - etreet - farm, de una extensión de 300 a 400 acres, fué tomado en alquiler al difunto mister John Flemming, de Stoneham Park, y en él invirtió mucho dinero, encontrando su mayor diversión y placer en cuidarlo personalmente. El general había estado muy enfermo de gota por algunos años, pero se le podía ver constantemente cabalgando por los campos y su mayor entretenimiento parecía ser montar a caballo y dar órdenes a los hombres que ocupaba. Su pasión de mando era tan grande, que a nadie le estaba permitido hablar una palabra, excepto para dar a comprender que había entendido una orden dada o para hacer preguntas. El general Rosas pagó siempre a los empleados y peones de su quinta alrededor de un tercio más de los salarios corrientes en el distrito, pero tenía la peculiaridad de tomarlos únicamente día por día. Cada hombre era pagado diariamente e informado si se le necesitaba o no al día siguiente. Este aspecto algo extraño de su carácter era originado por su determinación de no encontrarse atado nunca por compromisos permanentes, pero en la práctica los hombres estaban en empleo regular, y pocos cambios eran hechos. Tan estrictamente disciplinarios fueron sus hábitos, que el tiempo de trabajo de cada hombre era calculado hora por hora. Tenía siempre un sereno, invierno y verano, para que tocase cada media hora, durante la noche, una gran campana colocada bajo la ventana de su dormitorio. Fué siempre una característica del fellecido pagar bien por el trabajo que contrataba, pero era rígido en comprobar que el trabajo se cumpliera.



La tumba de Rosas y de su hija Manuelita en el cementerio de Southampton (Inglaterra).

El general Rosas huyó de su país sin nada en forma de propiedad, pero poco tiempo después de su huída el general Urquiza, uno de los generales de Rosas que se había vuelto contra él, sitió con éxito la ciudad de Buenos Aires y levantó entonces la confiscación sobre las propiedades de Rosas, lo cual permitió al exilado obtener por la venta de una de sus fincas 16.000 a 20.000 libras. Urquiza fué posteriormente expulsado de Buenos Aires y las propiedades del general Rosas fueron nuevamente confiscadas. Su mano fué, en general, extendida a todos los que estuvieron en contacto con él, y sus actos de generosidad fueron ilimitados mientras duró su dinero. En los últimos años de su vida, el ex gobernador, dependía enteramente de los amigos de su familia y del esposo de su hija. Por muchos años el general Rosas y el difunto lord Palmerston cambiaron visitas frecuentemente en Rockstone-place, en la quinta de Swathling y en el solar de Broadlands, y la más amistosa correspondencia fué mantenida entre ellos.

Por voluntad del difunto general sus estados y propiedades en la Confederación Argentina han sido dejados a su hija y a su yerno, quienes son también los ejecutores de su última voluntad y testamento. El muerto era católico romano. Su funeral, que será estrictamente privado, tendrá lugar en el cementerio de Southampton el próximo martes, habiendo sido confiados los arreglos pertinentes a Mrrss. Mayes and Son, de High-street."

("The Hampshire Advertiser", Southampton, Saturday, March 17, 1877).

FUNERAL DEL GENERAL ROSAS

"El funeral de Su Excelencia el general Juan Manuel de Rosas, ex Gobernador y Dictador de la Confederación Argentina, cuyo fallecimiento en su casa quinta de Swathling el miércoles pasado fué anunciado en el Advertiser del sába-

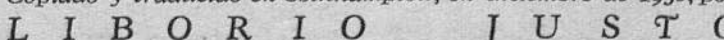
do, tuvo lugar ayer (martes), habiendo sido enterrados sus restos en una bóveda en el cementerio de Southampton. El difunto era católico romano, y el Lunes a la tarde, entre las 7 y las 8, el féretro fué trasladado de la casa-quinta a la Capilla Católica Romana de la calle Bugle, Southampton, donde se verificaron las ceremonias usuales de la Iglesia Romana y donde permaneció hasta ayer por la mañana. Alrededor de las 11 se celebró un servicio completo, conducido por el Rev. la conclusión del servicio, el cual fué del Rev. Padre Mount, el párroco, quien se encuentra actualmente en el continente. A la conclusión del servicio, el cual fué de carácter más impresionante, el féretro (cubierto con un paño negro con una gran cruz blanca) fué colocado en una carroza tirada por cuatro caballos con mantas de terciopelo. El resto del cortejo consistía en dos coches fúnebres y el carruaje del doctor Wiblin, F. R. C. S., quien había sido el médico y amigo confidencial del general en todo el período de su residencia en este país. En el primer coche iba el Barón de Lagatinerre (capitán de Estado Mayor, agregado al Estado Mayor General del 2º cuerpo de Ejército y sobrino del fallecido), señor Manuel Terrero (nieto del fallecido) y el Rev. Padre Gabriel. En el segundo iban los sirvientes del difunto general y de la señora Terrero, y en el carruaje del doctor Wiblin, éste y míster Flemming, procurador de Londres. El servicio en el cementerio fué muy corto y, como el funeral era de naturaleza estrictamente privada, la concurrencia a la tumba no fué tan numerosa como sin duda hubiera sido de otra manera. El féretro era de roble inglés macizo, lustre francés, con espléndidos ornamentos. En la tapa llevaba una placa de bronce con la siguiente inscripción hermosamente iluminada:

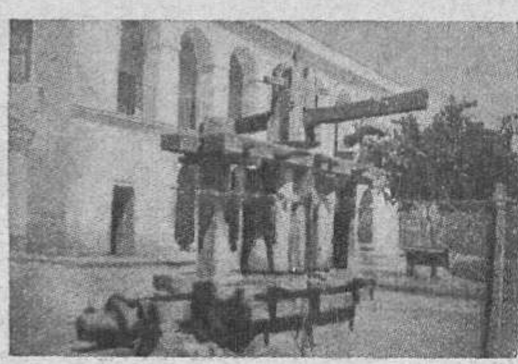
Juan Manuel de Rosas
Born 30th March 1793
Died 14th March 1877

Los arreglos fueron confiados a Mrrss. Mayes and Son, de High-street y conducidos bajo vigilancia personal en una forma enteramente satisfactoria."

("The Hampshire Advertiser", Southampton, Wednesday, March 21, 1877).

Copiado y traducido en Southampton, en diciembre de 1930, por


L I B O R I O   J U S T O



El trapiche del doctor Colombres.

El azúcar tucumano

ESTABLECIDOS ya los jesuítas en San Miguel, en 1670, don Leguizamón Ladrón de Guevara les vendió los terrenos de *Jesús del Monte de los Lules* (hoy San José de Lules), donde se instalaron construyendo un antiquísimo convento todavía existente, situado a la margen izquierda del río Lules, ocho cuadras al este del actual ingenio Hileret. Es allí donde comenzó el cultivo de la caña en forma apreciable, instalando los jesuítas un trapiche de madera movido por bueyes, instalación que es de suponer fué hecha en los últimos años del siglo XVII o en los primeros del XVIII. Se verificó también allí el primer ensayo de utilización industrial de la caña, obteniéndose primero la miel y sus derivados y después el azúcar. Desgraciadamente, este feliz ensayo no tuvo duración. El termina en 1767 con la expulsión general de la Compañía de Jesús, en cuya ocasión se mandó levantar en el Tucumán un prolijo inventario de todos los bienes de aquélla. Gobernaba en esos tiempos la provincia don Juan Manuel Campero, siendo ejecutada la orden de expulsión en Tucumán, por el coronel de milicias de Salta, don Juan Adrián Cornejo, el 7 de agosto de 1767. Establecía el inventario de los bienes confiscados que el padre rector presentó los títulos de muchas propiedades adquiridas en compra, casas y solares en la ciudad, numerosas estancias entre las cuales son importantes las siguientes: al oeste el valle de Tafí, tierras del Infiernillo, Ciénega y Amaicha, contiguas a las primeras; las tierras de Ciambon, Malamala, y las tierras del río de Tucumán Viejo, hasta Tafí (entre Monteros y Tafí); San Javier, Raco, etc. En el norte, las varias estancias de Vipos, río de Tapia y río de Urueña. En el sur, la valiosa reducción de Lules con casas e iglesia, la estancia de río Colorado y varios otros documentos de venta de tierras "sin que se sepa cuáles", dice el inventariador. En cuanto al inventario de la estancia que los jesuítas poseían en Lules, levantado el 13 de agosto de 1767, se hace constar que allí, fuera de la iglesia, había un molino de agua; una curtiduría "con noventa cueros en cal o cevil", un cañaveral con trapiche para moler la caña, un taller de carpintería y herrería, fondos para la fabricación de azúcar, pailas de cobre, aserradero, una "frasquería con sus frascos": en suma, una explotación agrícola como no había otra entonces en la provincia.

Por lo que expresa el inventario, parece que los jesuítas comenzaron a fabricar el azúcar en Lules en regular cantidad y en tiempos en que la desconocian muchos habitantes del país.

El júbilo de Maipo



San Martín y O'Higgins en el campo de Maipo.

La noticia de la victoria de Maipo constituyó el más hermoso homenaje en las fiestas patrias de 1818. He aquí un documento que lo justifica:

"Señor brigadier general interino del Ejército de los Andes. — Con esta fecha se dice al excelentísimo señor capitán general don José de San Martín lo que sigue: En los transportes de júbilo a que fueron destinados los primeros días subsiguientes al recibo de la nota de V. E., 5 de abril último, relativa al glorioso triunfo de las armas de su mando en las llanuras de Maipo, se reservó el gobierno contestar a ella hasta acordar el decreto de hoy, cuyo tenor es el que sigue: "En demostración del alto aprecio y gratitud pública a que justamente se han hecho acreedores los generales, jefes, oficialidad y tropa del Ejército de los Andes, por los importantes servicios que consagraron a su patria en la memorable jornada del 5 de abril próximo pasado en las llanuras de Maipo he venido en acordar que sobre los premios y distinciones que disfrutan por sus méritos anteriores a dicha jornada y demás gracias concedidas en consecuencia de ella, sean distinguidos muy particularmente los primeros con un cordon de oro con cabetes del mismo metal, encadenado, que pendiendo del hombro izquierdo deberá enlazarse en el ojal de la casaca del costado derecho. Con el mismo los segundos' sin más diferencia que los cabetes hayan de ser de plata; con el de plata y cabetes de ídem la tercera. Con un cordón de seda blanca y celeste con cabetes de metal los sargentos y cabos, y con el de lana de los mismos colores los soldados. Comuníquese este mi decreto al capitán general y en jefe del citado ejército, para que haciendo saber de éste la expresada gracia, le haga entender la gratitud y consideraciones que se le dispensan por la Nación; transcríbase al estado mayor general para su inteligencia y que a la mayor brevedad posible eleve por el ministerio de la Guerra un diseño o modelo de los citados cordones para las providencias consiguientes y publíquese". En su cumplimiento tengo el honor de transmitirlo a V. E. para su conocimiento y fines que en él se indican, siendo prevención que los cordones destinados a la tropa deberán ser construídos de cuenta del Estado.

"Y lo transcribo a V. S. de orden suprema para su inteligencia y fines consiguientes.

"Dios guarde a V. S. muchos años.

"Buenos Aires, 11 de julio de 1818. — Matías de Irigoyen".

Génesis de la Universidad

No obstante los rudos ataques de que fueron objeto los métodos de enseñanza, vivió el colegio hasta 1818, correspondiendo al año 1803 la época de su mayor florecimiento. Durante este período, las ideas nuevas hicieron su trabajo lento y tenaz para llevar el estudio de la rigidez escolástica al empleo de los procedimientos de libre examen y experimentación que comenzaron a manifestarse en los primeros años del siglo XIX.

Poco antes de la oficialización del colegio de San Carlos, en 1799, a iniciativa del infatigable secretario del consulado don Manuel Belgrano, se crearon las escuelas náutica y de geometría, arquitectura y dibujo. Nombróse director de la primera a don Pedro Cerviño, y de la segunda a don Juan Alsina; y tuvo mayor importancia aquélla, que abrazaba en su ciclo de enseñanzas la aritmética, la geometría, la trigonometría, la cosmografía, la geografía, la hidrografía y el álgebra. La última no pasó de ser una academia elemental de dibujo. Reunidas ambas escuelas en un solo edificio, fueron, poco tiempo después, suprimidas por real orden, que las calificó de mero lujo.



Belgrano.

La Revolución hizo sentir la necesidad de oficiales instruídos para el servicio de los ejércitos patriotas; y respondiendo a ella, cuatro meses después de erigido el gobierno de la Primera Junta, se instaló la escuela de matemáticas con un plan de estudios bastante completo para llenar el fin propuesto. Tampoco duró mucho esta escuela: complicado su director, el coronel Felipe Sentenach en la conspiración de Alzaga, fué condenado a muerte y ejecutado.

En 1812 lanzó el gobierno la idea de la fundación de un establecimiento literario con un plan vastísimo que abrazaba el derecho público, la economía política, las ciencias exactas, la agricultura, la geografía, la mineralogía y el dibujo: una verdadera Universidad. Se contaba allegar recursos a esta iniciativa mediante una subscripción pública y contratar en Europa el cuerpo de profesores. Los recursos no fueron obtenidos, y los profesores no llegaron. La idea tuvo que ceñirse a lo realmente factible y, por decreto de 1813, nació, mejor dicho, resucitó la anterior escuela náutica con el nombre de academia, cuya misión debía ser enseñar las matemáticas y la arquitectura civil y naval.

Nació, pero no vivió. Probablemente no se dictó ningún curso en la academia. Hasta 1816 continuaron interrumpidos los de matemáticas y estudios anexos, año en que, bajo la dirección de don Felipe Senillosa, se abrió la academia de matemáticas por cuenta del Estado.

DETENGA SU MAL!



BEIZ le AYUDARÁ

Detenga esa horda incontenida, detenga su blenorragia. Si su mal progresa, su negligencia es culpable y tarde o temprano usted mismo sufrirá las consecuencias. Una medida tomada a tiempo puede salvarlo de muchas miserias físicas. APLIQUE A SU ENFERMEDAD EL GOLPE DE GRACIA PARA DETENERLA. HAY UN PUÑO GIGANTESCO QUE DA GOLPES MORTALES. ESE PUÑO SE LLAMA "BEIZ".

10 PILDORAS POR DIA



Completan su tratamiento con la seguridad del remedio más perfecto.

Fórmula precisa y compleja preparada con los medicamentos más finos y concentrados del mundo.

Trátese con el mejor remedio del mundo y no admita substitutos (una imitación es un atentado a su salud).

EL PRESENTE LIBRITO se le remitirá con la mayor reserva, sin compromiso para usted, adjuntando el presente cupón.

BLENORRAGIA Y ENFERMEDADES DE LAS VIAS URINARIAS
COMO SE CONOCEN Y SE TRATAN

GRATIS

CORTE Y MANDE este CUPON

Señor Conces. de las Píldoras BEIZ.
C. de Correo Nº 2493 - Bs. Aires.
Sírvase enviarme gratuitamente su librito titulado Blenorragia y Enfermedades de la Vías Urinarias. Cómo se conocen y se tratan, en sobre cerrado y sin membrete. Adjunto estampilla de 10 ctvs. para el franqueo.
Nombre. . . . .
Calle . . . . Nº. . . . .
Localidad . . . . C. C. 8-7-33

Conozca Vd. la HISTORIA DE BEIZ

Hace 20 años, ninguna imaginación soñó las mejoras que hoy la ciencia nos depara. Todo se une para aumentar el confort y prolongar la vida. Las enfermedades, viejos atributos de la ignorancia y de la superstición, son perseguidas con las armas de nuestro tiempo hasta sus mismas madrigueras. Las afecciones de las vías urinarias, tan antiguas como la humanidad, ven debilitado su poder frente a los nuevos métodos de curación.

ORIGEN DE ESTE TRATAMIENTO

Hace unos 10 años, aproximadamente, el sabio especialista Edwin Davis hace sus estudios sobre la gonacrina, que comprende una selección entre más de 400 productos y una comprobación a fondo de sus propiedades químicas y biológicas.

Años más tarde, los sabios Jausien y Diot continúan los estudios con la misma substancia usada por Davis. Los resultados, de resonante éxito, fueron presentados en diversas comunicaciones a la Academia de Medicina de París, y son hoy día conocidos en todo el mundo.

Sobre un total de más de 10.000 enfermos de blenorragia aguda y crónica:

16 % sanaron con gr. 0.50 de gonacrina, que equivale a 1 ¼ frasco de Píldoras BEIZ.
30 % sanaron con gr. de 0.50 a 1 de gonacrina, que equivalen de 1 a 2 ½ frascos de Píldoras BEIZ.
42 % sanaron con gr. de 1 a 2 de gonacrina, que equivalen de 2 a 5 frascos de Píldoras BEIZ.
7 % sanaron con gr. de 2 a 2.50 de gonacrina, que equivalen de 3 a 6 frascos de Píldoras BEIZ.

Estos hermosos resultados son sólo posibles gracias a las substancias recientemente descubiertas, que señalan una conquista más en la lucha contra el mal.

HECHOS Y NO PALABRAS

La prueba máxima, es decir, la sanación, es positiva, usando las Píldoras BEIZ, en un porcentaje mucho más alto que cualquier otro tratamiento conocido. Esto nos ha permitido proclamar muy alto que ofrecemos **hechos y no palabras.**

Al contrario de todos los remedios usados hasta la fecha, la acción de las Píldoras BEIZ es compleja, es decir, que se ejerce en muchos sentidos, permitiendo obtener resultados insospechados.

ACCION COMPLEJA Y MULTIPLE

Acción sedante, acción preventiva, acción desinfectante y acción curativa, resumen esta multiplicidad.

Sin pérdida de tiempo use este remedio en la:

BLENORRAGIA aguda, subaguda y crónica (gota militar).
PROSTATITIS — CISTITIS (enfermedades de la vejiga) — PIURIA — ARDORES DE LA MICCION — FILAMENTOS y demás TRASTORNOS DE LAS VIAS URINARIAS.

¿Para qué perder tiempo en ensayos inútiles, costosos y perjudiales? Exija el mejor remedio del mundo y no acepte substitutos.

USENSE en dos tomas de 5 píldoras cada una, mañana y tarde antes o después de comer (es lo mismo).
Cada frasco lleva un prospecto con instrucciones para el uso.
Precio del frasco conteniendo 80 píldoras, $ 6.50.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS



EL UNICO GRAN REMEDIO POR SU REAL EFICACIA

Sarmiento y la industria

Al inaugurar la Exposición Industrial de Córdoba (octubre 15 de 1871) el vidente Sarmiento hizo uno de sus mejores discursos populares. De esa incitación al trabajo reproducimos las siguientes cláusulas:

"Las convulsiones que desde medio siglo aun no cesan, son la expiación de aquellas anomalías con que hemos venido a la existencia. Reparar estos errores, buscar los elementos que nos faltan, ensanchar la esfera de acción, utilizar las materias de que el trabajo puede sacar ventaja, introducir instrumentos auxiliares del esfuerzo humano, he aquí lo que con esta exposición puede y habrá de conseguirse en parte. No os detendré por más tiempo en consideraciones generales. Los productos están ahí, y cada uno los apreciará según su importancia. Están distribuídos por Provincias, según su procedencia, aunque otra colocación exigiera un orden clasificado de las materias. Veréis las pieles y las lanas que representan la industria pastoril, llevada en nuestro país a un alto grado de perfección que el comercio y las fábricas europeas reconocen y estiman. En la Exposición Universal de París ambas obtuvieron el primer premio; pero hay un nuevo desarrollo en esta industria, que la Exposición exhibe en germen. A las lanas americanas y Rambouillets que nos vienen de la oveja europea, se agrega ahora el vellón de las cabras de Angora que el Asia suministra, el de las llamas del Perú, las alpacas de Bolivia y la vicuña y el huanaco de nuestras montañas, ricas variaciones de materias textiles, conque podemos proveer al lujo europeo. Los metales preciosos de esta Provincia, de La Rioja, Catamarca, San Juan, Mendoza y San Luis, que se ostentan en trece mil muestras, encierran promesas para lo futuro, que podrían atraer y crear enormes capitales con su explotación como sucedió en Chile, California y Australia, que deben su población y bienestar a la riqueza de sus minas. Nada diré de las diversas materias aplicables a la industria, de que hay profusa abundancia; de los mármoles y alabastros; de las piedras de sillería y semimetales, ni de las sales aplicables a los usos de la vida. Dios ha derramado sobre la faz de la tierra, a veces con profusión, caudales que la industria humana recoge y hace servir a todas las necesidades.

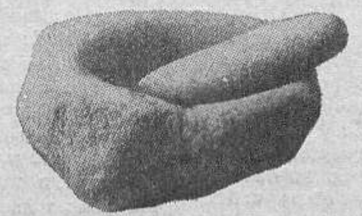
"Nuestra tarea y nuestro beneficio están de hoy más, en convertir en riqueza propia aquellos dones naturales, poniendo en actividad esas fuerzas vivas que duermen, esperando que la voz de la industria les diga como a Lázaro "¡Levántate!"



Domingo Faustino Sarmiento.

Morteros prehistóricos

Además de los molinos prehistóricos los indígenas de Córdoba también tenían morteros portátiles o fijos para triturar los granos. De los primeros, que, según parece, abundaban en la estación I del Observatorio, sólo conozco un ejemplar donado al Museo de La Plata por su vicedirector el doctor E. Herrero Ducloux, y que fué encontrado en Tanti Chico (departamento de Punilla) junto con restos humanos. Es un gran fragmento de aplita, naviforme, de 335 milímetros de longitud, 246 milímetros de ancho y 160 milímetros de alto. La cavidad, algo excéntrica y oval, alcanza a tener de largo, ancho y profundidad, 245, 170 y 86 milímetros, respectivamente De los segundos se han señalado en los alrededores de Capilla del Monte (departamento de Punilla), poco menos de cinco decenas. Los morteros fijos de la localidad se encuentran, indistintamente, en las superficies de los grandes afloramientos rocosos próximos a las faldas serranas o en rocas más pequeñas y aisladas que emergen del terreno. Son cupuliformes, de circunferencia bien definida; con diámetros que oscilan, aproximadamente, entre 200 y 120 milímetros; y los hay desde la simple depresión apenas notable hasta algunos que tienen 500 milímetros de profundidad, pero los de 250 a 200 milímetros de hondura parecen ser los más abundantes. Están agrupados irregularmente y en número variable, aunque siempre situados próximos a los cursos de agua y dispuestos de tal modo que, en cualquier caso, la labor podría haberse realizado simultáneamente en todos los de un grupo. Por desgracia, las interesantes "pieres a cupules" de Córdoba no han sido aun estudiadas con detención; la breve pero sugerente noticia publicada por el doctor R. Lehmann-Nitsche sobre esos morteros comunales, no contiene sino observaciones someras, anotadas en pocas horas de estada en el lugar de la referencia y no ofrece, desde luego, datos exactos y esenciales. Las manos o majaderos de los morteros portátiles o fijos, han consistido, a veces, en rodados alargados de forma irregular como uno que tengo a la vista, obteniendo en la estación I del Observatorio, que alcanza a 101 milímetros de largo por 70 milímetros de ancho máximo, y que presenta usada sólo una de las extremidades. Asimismo, es frecuente hallar majaderos constituídos también por rodados, pero más o menos fusiformes; cinco ejemplares que he revisado de este tipo alcanzan la longitud máxima de 276 milímetros y mínima de 117 milímetros, oscilando el ancho entre los términos de 89 y 40 milímetros.



Mortero prehistórico.

LUIS M. TORRES

Lana y carne de vicuña


Ejemplar de vicuña.

El más fino camélido de los Andes es portador de una lana, la mejor del mundo. Ponchos, camisetas, echarpes, sombreros y otros artículos caros y nobles salen de la vicuña. Los quichuas sabían manufacturar admirablemente en lana. La vicuña, objeto de la codicia, fué perseguida y estuvo en eminente peligro de extinción. Aun no se ha logrado conjurar ese peligro.

Un aspecto poco conocido es el que se refiere a la carne de vicuña. Don Pedro Echagüe plantea y resuelve el problema en sus libros "Memorias y tradiciones", al hablarnos del alcalde septuagenario de Toconao, Juan Mamani.

—"Los Mamani, señor, como la mayor parte de los habitantes actuales de este rincón, no se alimentaron jamás de otra carne que de la vicuña, animal que abunda en las cuchillas y quebradas de nuestras cordilleras. Comer carne de vicuña es prolongar la vida. A eso y nada más que a eso le debemos nosotros nuestra fortaleza y larga vida. No nos faltan por ahí, en ciertos valles ocultos, nuestras tropillas de burros, yeguas y mulas que de cuando en cuando reunimos a nuestras llamas y vacunos, entregándolos a la guarda de alguna quebrada. Pero preferimos vender las haciendas cuando se presenta una buena oportunidad para ello. ¡Hasta las tripas de la vicuña le saben mejor a nuestro paladar que la carne de vaca!..."

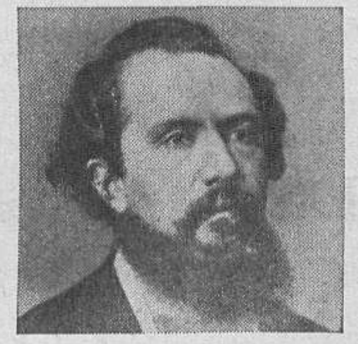
Y Echagüe hacía las siguientes reflexiones:

"¿Cuáles podían ser las causas verdaderas que determinaban la extraordinaria vitalidad de aquellos hombres?

"Un ser humano bajo los auspicios de una atmósfera normal, habituado a levantarse con el alba y acostarse a la oración, no habiendo probado otro licor que el agua, sin más vicio que el de excederse en la actividad, ni otro alimento que la carne y las frutas, bien puede prolongar su vida tanto como la de los Mamani, aun cuando la carne que coma sea de carnero.

¡No hay sino una virtud!

No bastaría decir que la vida del general San Martín fué áspera y dura, como la vida del soldado en el campamento. Pocos hombres han tenido igual olvido de sí mismos para la fatiga, para la vigilia, para el trabajo, para el peligro. En la estación más ruda del invierno fué a inspecčionar por sí los desfiladeros de la Cordillera, cerrados por la nieve, para marcar en la carta misteriosa que llevaba siempre consigo los *pasos* de su ejército. ¿A qué disfrazar con nombres extraños a los hombres de nuestra historia? Este olvido de sí mismo en San Martín no era sistemático como el del Espartano en Lacedemonia, u ostentoso como el de Estoico en Atenas, sino primitivo e ingénito como el de cualquiera otro indio misionero, nacido también de madre criolla en el pueblo de Yapeyú. Era justo que la tierra americana revistiera con su corteza de piedra a su grande hombre de guerra.



Nicolás Avellaneda.

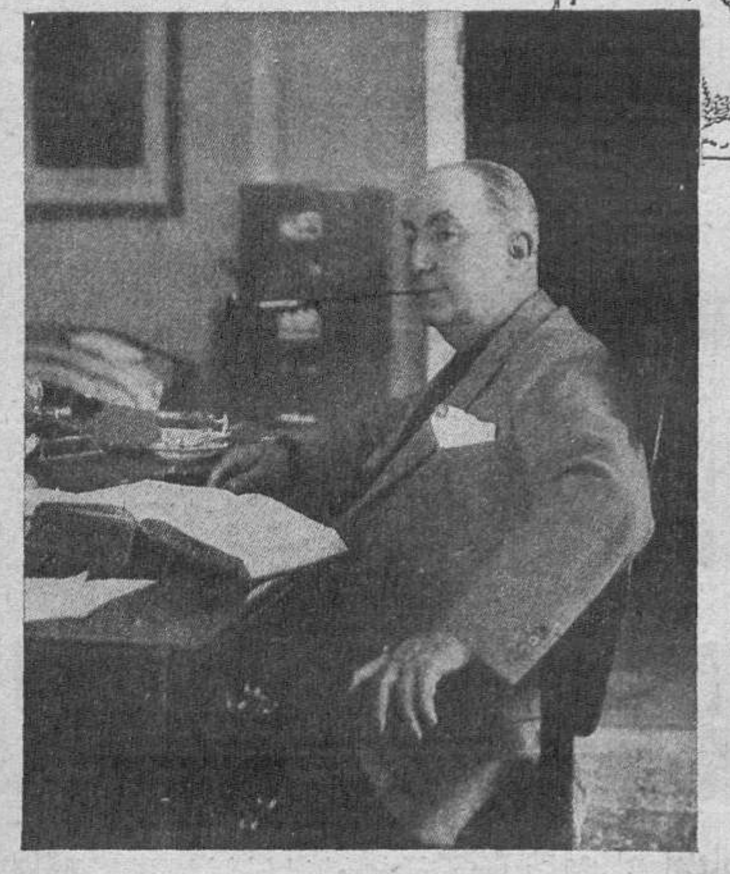
Don José de San Martín no tuvo sino un pensamiento — la independencia de la América, — y este pensamiento, gobernando su conducta, explica de un modo completo sus actos más diversos. Todo estaba subordinado en él a su designio supremo, hasta la posesión del mando; — y lo renuncia en Chile para no embarazar con celos locales la formación de la escuadra que debe conducirlo al Perú — o lo ejerce en Lima, porque era necesaria su mano férrea para cavar el cimiento revolucionario en la tierra endurecida del realismo.

La ambición misma, por ardiente y concentrada que fuese, no era para aquel hombre, tan poderoso sobre su voluntad, sino un instrumento al servicio de su causa americana. Cuando el formidable vencedor de Chacabuco y Maipo, proclamado Libertador en tres naciones, desapareció delante de Simón Bolívar, la América, no queriendo comprender lo que sus ojos veían, exclamó por todas partes: "Hay un misterio en el drama de Guayaquil". El general don José de San Martín, mostrando su alma desgarrada por la inmolación y sangrienta, pudo contestar: "*¡No hay sino una virtud!*"

San Martín había nacido, sobre todo, soldado. Su genio es el genio de la estrategia, y su rasgo moral predominante es la impenetrabilidad de su alma.

NICOLAS AVELLANEDA

KING-KONG, LA ULTIMA OBRA DE WALLACE



De origen más que humilde, obscuro, el novelista inglés Edgar Wallace, por su imaginación y la abundancia de su obra ha sido comparado con Julio Verne. Hombre de acción, verdadero aventurero, en el corazón del Africa hizo sus primeras armas literarias, y puso tanto empeño y perfección en ello que llegó a llamar la atención de Rudyard Kipling, el poeta nacional de Inglaterra, quien le aconsejó que dejara la carrera de las armas y se dedicara a escribir. Desde entonces, Edgar Wallace que, sin saber cuáles habían sido sus padres, había tenido por escuela las calles de los barrios más bajos y tenebrosos de Londres, se dedicó a escribir novelas de aventuras y, con preferencia, relatos fantásticos en los que algo tenían que ver los policías y aquellos tipos que conociera en su infancia.

Su fama creció. Sus novelas se multiplicaron. Sus lectores sumaron millones. *El círculo rojo, La casa del terror, Pie grande* y *Las aventuras de Heine,* para no citar otras, le conquistaron, a la vez que la admiración del mundo entero, una verdadera fortuna. Porque Edgard Wallace, el niño recogido por el carnicero de Londres, llegó a ser el novelista que más percibía y, posiblemente, que más ha percibido por sus obras.

Fué de esta manera cómo el escritor, que en su juventud había sido algo así como un personaje de Gorki, después de poseer un periódico y varias revistas, se vió llamado en los comienzos del año 1931 por una de las más fuertes empresas filmadoras de los Estados Unidos para que en Beverly Hills se dedicara a escribir algunas obras con las cuales se prepararían luego los correspondientes argumentos para una serie de films.

Y Wallace, hombre excesivamente laborioso, que se preciaba de haber escrito sin ayuda de estenógrafo todas sus obras, se embarcó para California verdaderamente entusiasmado, comenzando a trabajar casi inmediatamente.

Un amigo íntimo, el famoso actor Walter Houston, es el que ha recordado últimamente los pormenores de la vida que llevó Wallace en California. Escribía continuamente, no se daba descanso alguno y, apremiado por los empresarios cinematográficos y los pedidos de originales que le llegaban de todas las revistas de la Unión, llegó a un exceso tal que, inmediatamente, su salud se resintió.

Cayó enfermo y los médicos, perdida toda esperanza, indicaron la conveniencia de llamar a su esposa, que a la sazón estaba en Inglaterra. En la madrugada del 10 de febrero, teniendo a su lado a Houston, con una tranquilidad asombrosa, el novelista sintió llegar su postrer momento. "Se incorporó a medias en el lecho — dice el gran actor, — tomó del velador una carpeta con papeles y, entregándomela, dijo:

—Tome usted. Estos son los originales de *King-Kong,* mi primer trabajo en tierra americana. Es también el último. Pero, de todas maneras, hágame el bien de advertir a los empresarios cinematográficos que he cumplido con mi promesa. Aquí está mi obra. No he podido hacer más. He trabajado en ella hasta esta noche...

Poco después, a las 4.45, falleció. Hombre de humildísimo origen, que había sido soldado, como periodista y hombre de letras, hasta el postrer instante supo cumplir con su deber; con esa ineludible obligación de "tener listos los originales" para enviarlos a la imprenta.


TRATESE SU
REUMATISMO
CON
FITO-UROL
Un nuevo medicamento a base de vegetales.
FITO-UROL, cuya base es el extracto flúido de una yerba tropical de notables virtudes, está sorprendiendo a los médicos por sus extraordinarios resultados en el tratamiento del Reumatismo, Gota, Ciática, Lumbago, Artritismo en general, Nefrosis, Catarros Vesicales. Edemas de origen cardíaco o renal y todos los trastornos del METABOLISMO DEL AGUA.
Cuando fracasan todos los demás diuréticos conocidos, FITO-UROL demuestra su casi milagrosa eficacia, originando de inmediato una diúresis considerable y calmando los dolores desde las primeras tomas. El enfermo experimenta una sensación de bienestar indecible; la presión arterial se reduce; la eliminación del ácido úrico se regulariza; la sangre se depura de toxinas y substancias nitrogenadas y las vías urinarias sienten los efectos de una beneficiosa acción balsámica. Aun en los casos crónicos de REUMATISMO, LUMBAGO y CIATICA, es muy eficaz el FITO-UROL, a poco que se insista en el tratamiento.
FITO-UROL
FITO-UROL
UNA BENDICION DE LA NATURALEZA
PREPARADO POR
LABORATORIO ISIS
SAENZ PEÑA 145
U. T. 38, Mayo 5041
BUENOS AIRES
Sr. Director del LABORATORIO ISIS
Sáenz Peña 145 Buenos Aires
Sírvase remitirme el prospecto sobre FITO-UROL, el nuevo medicamento a base de vegetales, para la curación del reumatismo, gota, ciática, lumbago y artritismo en general.
Nombre
Dirección
Localidad
C.
PROPALAM
PUBLICIDAD

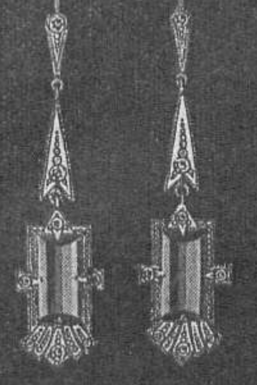
Un juicio de Samuel Haigh


Criollo a caballo.

El viajero inglés míster Samuel Haigh, al hablar de Buenos Aires en su libro, examina parte de la industria y de la figura del gaucho pampeano del año 1817.

"Los alrededores de Buenos Aires son llanos; forman parte de las grandes pampas que se extienden, con poca variedad, desde el mar hasta el pie de los Andes; y al sur, hasta los confines de Patagonia. El viento sudoeste, llamado pampero, sopla en el desierto con asombrosa violencia. Estos pamperos se parecen a los tornados de las Antillas, pero son de mayor duración; los marinos temen su furia, que rara vez amaina sin causar mucho perjuicio a los barcos del río, y su fuerza se siente a veces lejos mar afuera. Los habitantes principales, así como los ingleses, tienen sus casas de campo, o quintas, a inmediaciones de la ciudad, donde en ocasiones se organizan fiestas campestres. Las casas-quintas son de tapia y caña; su moblaje es inferior al de las residencias urbanas, pero son muy frescas para retirarse durante los meses calurosos del verano. Varios de estos refugios veraniegos están sobre la barranca del río y dominan un lindo paisaje de muchas millas a la redonda. Los cereales, maíz y legumbres se cultivan solamente en las cercanías de la ciudad. La pita sirve de cercado a los sembrados y aunque son tan grandes que abarcan una superficie de veinte a veinticinco pies, no obstante ser la tierra abundante, no las respetan los intrusos; la pita y tuna que a menudo alcanzan altura de treinta pies, presentan una barrera infranqueable para hombres y bestias.

"Los gauchos son los habitantes cristianos de las pampas, mestizos de blanco e indio. Esta gente siempre está en riña implacable con los aborígenes, y constantemente en tren de ataque o defensa con ellos. Los salvajes habitan las pampas más allá de la frontera cristiana. Son hombres independientes y audaces, pero feroces y crueles con sus enemigos, y nunca dan cuartel, pues su sistema de guerra es de exterminio. Los prodigios que hacen a caballo son tema de elogio y asombro aun entre los gauchos. Como, afortunadamente, nunca me he topado con una partida de ellos en las llanuras y, como en esta obra me propongo describir únicamente lo que he visto, os remito a la relación muy inteligente del capitán Head en sus "Rough Notes on the Pampas", de cuya exactitud puedo atestiguar, pues la misma descripción me ha sido hecha tanto por mis paisanos como por los naturales que han tenido oportunidad de ver esta gente. Vi unos pocos venidos a Buenos Aires desde Patagonia para deshacerse de sus ponchos y plumas de avestruz permutándolos por frazadas, cuchillos y tabaco. Me sorprendió particularmente el aspecto de un cacique, de más de seis pies de estatura, que estaba apoyado en un poste de la plaza del mercado, con los brazos cruzados, y en tan silenciosa grandeza de reposo, que evocó en mi mente la dignidad de Juan Kemble en su representación del gran papel de Coriolano".



O 291, $ **19.-**

Aros con ganchos de oro, brillantitos y amatistas, o zafiros o esmeraldas EVAX.

PERLAS EVAX



SARMIENTO, 840.

ROSARIO: Córdoba, 1124. MAR DEL PLATA: San Martín 2334-46.

Somos los únicos concesionarios de las



NUEVE DE JULIO

La fiesta de la patria le brinda una excelente oportunidad para regalar a su novia, esposa, hermana o hija, una linda alhaja

MONTSENY

Así tendrán ellas un doble motivo para recordar tan glorioso aniversario. Las

CREACIONES MONTSENY

son finas, delicadas, encantadoras. Confieren una exquisita feminidad. Su costo moderado es un motivo más para que usted no pierda esta ocasión de testimoniar su cariño.

Deténgase a observar nuestras vidrieras. Visite nuestros salones.

Solicite CATALOGO que mandamos gratis al interior.

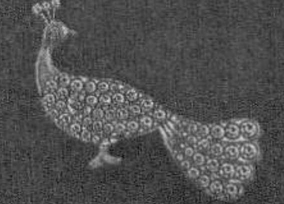
L. 73, $ **22.-**

Collar de perlas EVAX con broches de plata sellada y brillantitos EVAX.



E 838, $ **24.—**

Prendedor cuajado de brillantitos EVAX.



E 908, $ **15.—**

Original prendedor con brillantitos, rubíes EVAX y esmalte fino.



A 691, $ **16.—**

Anillo con arco de oro y brillantitos EVAX. Al centro zafiro, amatista o rubí EVAX.

PERLAS EVAX las más perfectas.



D 10, $ **15.—**

Pulsera con brillantitos EVAX y eslabones extensibles.

LA UNION INDUSTRIAL ARGENTINA

Su fundación. – Sus fines. – Sus hombres. – Su obra. – Sus ideales: "Crear trabajo para poblar el país". – Estado rudimentario de la industria nacional hace 50 años. – La Exposición Continental de 1882, realizada gracias a una lotería original organizada por los industriales. – Necesidad de un censo industrial que muestre el grado de progreso y la evolución alcanzada por la industria nacional en los últimos 25 años.

Por JUAN A. YANTORNO

Fundación de la Unión Industrial Argentina

Un grupo de industriales visionarios, cuyos nombres corresponde citar, se reunieron el 29 de agosto de 1875, a las 14 horas, en la calle Potosí 99 — hoy calle Alsina — para fundar una sociedad que tuviera por objeto, según reza el acta original, *"conseguir con un trabajo constante la adopción de los poderes públicos de varias reformas económicas, sin las cuales el país había de caer poco a poco en la miseria, siendo por su naturaleza uno de los más ricos del mundo"*.

Estaban presentes en esa reunión los señores Juan Alcántara, Augusto Pech, Juan Cazenave, Jorge Alsina, Pablo Spinola, J. Daumas, Juan Herdoy, Pedro Gallardo, Juan Roland, Angel Zaccone, Lorenzo Buazzo, Jorge E. Cook, José Bontemp, Fernando Schleisinger, Bartolomé Cayol y Fernado Naumann.

¡Diecisiete tigres de la incipiente industria argentina!

Catorce días después de esa reunión, se verificó la primera asamblea general de socios del Club Industrial Argentino, en el local de la "Societé l'Unión", Belgrano 483, que sancionó los estatutos y dejó constituída la primera sociedad de industriales en el país.

El Club Industrial Argentino fué un órgano social que estrechó vínculos de solidaridad, de ayuda directa e indirecta, de apoyo moral y material.

Tres años más tarde un grupo importante de socios se separó del Club y fundó el 8 de diciembre de 1878 el Centro Industrial Argentino.

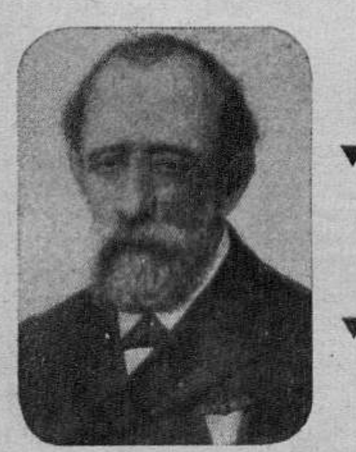
Ambas organizaciones tenían el mismo fin y los mismos intereses a defender, y como consecuencia de actuar en un escenario chico, pronto se hicieron gestiones para unir las dos entidades, y no obstante la alta y decidida influencia que a tal propósito prestó el entonces presidente Avellaneda, no se pudo — por amor propio ilimitado en los dos bandos — llevar a feliz término la fusión.

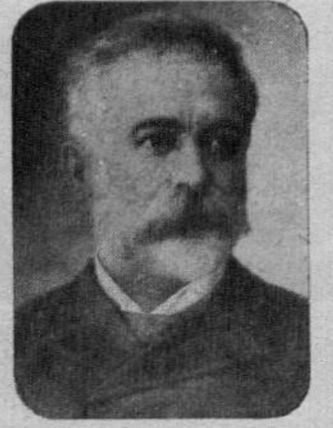
El centro mantenía su órgano de prensa, daba conferencias, efectuaba giras al interior del país, concursos y exposiciones parciales de determinados productos con una bien orientada campaña de propaganda dirigida por don Agustín Silveyra, a quien se le llamó con justicia patriarca de la industria nacional.

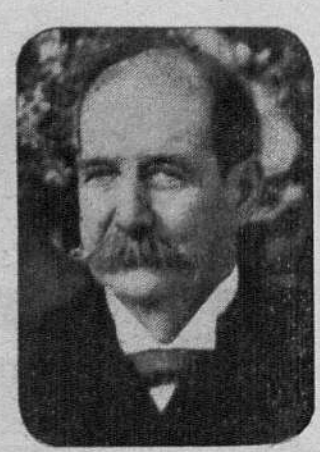
A medida que el progreso industrial se acentuaba, la división de las dos entidades era más lamentada, y un buen día, el 7 de febrero de 1887 después de estar allanadas todas las dificultades, se efectuó una reunión magna en el Club de Gimnasia y Esgrima y, bajo la presidencia del ilustre estadista y prohombre del periodismo nacional, doctor Adolfo E. Dávila, nombrado presidente, surgió la Unión Industrial Argentina. Fué un día de gloria para la industria nacional y que nos hace meditar en las veleidades del destino.

Don Adolfo Dávila — como sencillamente le llamábamos, — uno de los grandes hombres del país y de "La Prensa", realizó el milagro que el presidente Avellaneda no pudo lograr, y el destino lo convirtió en fundador de la Unión Industrial Argentina.

El acontecimiento tuvo gran resonancia en todo el país y los diarios dedicaron honrosos comentarios a esta unión.


Don Agustín Silveyra.


Don Antonino Cambaceres.


Don Joselín Huergo.

Sus fines

La sociedad contaba con un numeroso grupo de socios, su acción en defensa de los intereses generales fué superior a la defensa de la industria en particular. En efecto, creó y sostuvo de su peculio — hasta que pudo independizarse — el Asilo de Niños Desvalidos. Centralizó su acción colectiva en numerosas agrupaciones locales. Terció en cuestiones económicas de alta trascendencia. Extrechó vínculos entre el capital y el trabajo. Promovió la implantación de nuevas industrias en provecho del inmenso conjunto de las riquezas que encierra el vasto territorio argentino. Sostuvo y defendió siempre la equitativa protección de los poderes públicos al productor nacional. Demostró la deficiencia de la legislación aduanera. Auscultó la necesidad de la producción en sus diversas ramas. Recopiló y popularizó inventos que podían imprimir nuevo vigor o abrir nuevos horizontes a la industria.

Tales son, incompletamente detallados, los fines que han sido y siguen siendo el eje principal de su misión.

Sus hombres

A partir de laño 1888, el comercio, la agricultura, la ganadería y la especulación en tierras se disputaban el honor de atraer la atención del capital, el cual empieza a evolucionar hacia la industria transformadora que más tarde había de clausurar el período agrícola y pastoril de la vida nacional.

Gigantes industriales posaron su genio sobre nuestro vasto y despoblado territorio y, de su acción, de su perseverancia y de su fe en el porvenir de esta tierra de promisión quedan jalones que llaman destilerías, jabonerías, curtiembres, molinos, ingenios azucareros, bodegas de vino, etc.

Tucumán, Mendoza, San Juan, surgen como baluartes industriales gracias a su suelo y al poder formidable de esos indomables vanguardistas de nuestra industria nacional.

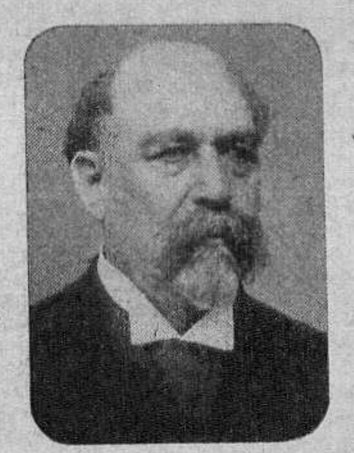
La revolución de 1890 había estallado. La crisis política que le sigue, la elección y renuncia más tarde del presidente doctor Luis Sáenz Peña, las grandes sequías, las formidables mangas de langosta que obscurecían el cielo, y contra las cuales no había medios de defensa, las sucesivas tormentas de tierra que en más de una ocasión obligaron a encender luz y detuvieron los trenes en marcha, fueron un cúmulo de calamidades que despoblaron los campos y aniquilaron las fuerzas de miles de agricultores y ganaderos.

Campos a 100 kilómetros de Buenos Aires que se remataban a siete pesos la hectárea; bancos que cerraban sus puertas; el cambio a 500 y los acreedores internacionales con los puños cerrados frente a nuestras aduanas...

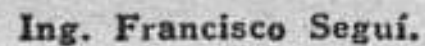
Pero en esos momentos el genio estadista del gran Pellegrini dirigía los destinos del país con mano de hierro, salvándolo del abismo, y la industria de la cual él era un enamorado, prestó felizmente, no obstante los golpes recibidos, una valiosa colaboración. Ella fué en realidad el paño de lágrimas de la desocupación.

De ese terrible quinquenio (1890 a 1895)


Doctor Francisco Uriburu.


Don Juan Videla.


Don Ventura Martínez Campos.




Ing. Francisco Seguí. **Ing. Alfredo Demarchi.** **Don Antonio Baibiene.** **Ing. Domingo Nocetti.**

queda en el país como testimonio, un osario de fábricas que cerraron sus puertas. En esos momentos la acción de la Unión Industrial Argentina se agiganta, defiende la potencialidad económica del país, infunde fe, confianza, fomenta la implantación de nuevas industrias para crear trabajo, y bajo sus auspicios renacen la esperanza, la prosperidad y, una nueva era de esplendor se inicia. ¡Aparece la electricidad!

Frente a estas situaciones anormales y acontecimientos que precipitan el progreso industrial del país, no sería posible, dentro de los límites de una breve reseña, hacer la apología de la obra realizada por cada uno de los presidentes que desde el año 1887 hasta la fecha ha tenido la benemérita institución; cabe señalar, sin embargo, que todos ellos tuvieron una destacada actuación dentro y fuera de la sociedad a la cual prestaron los beneficios de su patriotismo, de su vigoroso talento y de su entrañable opostolado industrial.

La honrosa actuación presidencial de los señores Antonino Cambaceres, Agustín Silveyra, Joselín Huergo, Francisco Uriburu, Juan Videla, Ventura Martínez Campos, Francisco Seguí, ingeniero Alfredo Demarchi, Luis Baibiene, ingeniero Domingo Nocetti, Guillermo Padilla, Hermenegildo Pini, ingeniero Luis Palma y Luis Colombo, constituye una página brillante que cada uno ha escrito en la historia de la Unión Industrial Argentina.

Actualmente, y desde hace ocho años sin interrupción, preside con verdadero acierto y con el aplauso unánime de sus consocios, don Luis Colombo.

No hay palabras capaces de reseñar la multiplicidad de problemas, de iniciativas, de estudios, debates y conferencias en que ha intervenido este destacado propulsor de la industria argentina.

Sus actividades, sus numerosas giras por todo el país para auscultar las necesidades de los industriales del interior, sus innumerables discursos pronunciados, sus publicaciones y conferencias, petitorios y encuestas pueden llenar volúmenes; no es posible entonces hacer una síntesis, dentro de los límites de esta crónica, de la fecunda labor desarrollada desinteresadamente, por este gran "pioneer" a quien el ministro Indalecio Gómez calificó de "todo un hombre de gobierno".

La responsabilidad de la dirección de la Unión Industrial Argentina es compartida por los siguientes prestigiosos industriales que forman la Junta Directiva: Vicepresidente 1º, señor Miguel Campomar; Vicepresidente 2º, señor Víctor Valdani; Secretario, señor Emilio Pujals; Prosecretario, señor Florentino A. Pareja; Tesorero, señor Atilio Colantti; Protesorero, doctor Vicente Stábile; Vocales: Hermenegildo Pini, Ernesto L. Herbin, Vicente Gómez Bonnet, Alfredo J. Vasena, Roberto Llauró y Juan V. Sangiácomo, y como consejeros todos los miembros elegidos por la asamblea y los delegados de las secciones gremiales y asociaciones adheridas, y además, el señor Saúl Chadafau, que pone en el desempeño de sus funciones de gerente su infatigable actividad y talento.

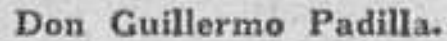
Su obra

La obra realizada por la Unión Industrial Argentina, en los años de vida fecunda que lleva, no puede ser compendiada con acierto en un artículo, porque quedarían lagunas y vacíos sensibles al espíritu del cronista.

Cuando se haga una buena síntesis, su reseña hablará de todas las exposiciones industriales realizadas bajo sus auspicios dentro y fuera del país; hablará de la organización de la defensa de los intereses industriales por los cuales ha bregado incansablemente, de la propaganda desarrollada en el exterior en favor de nuestra agricultura y ganadería, del proteccionismo equitativo alcanzado para la producción industrial del país y de su actuación eficiente y múltiple en los difíceles momentos para la manufactura nacional, y de cómo brega por alcanzar el librecambio para las materias primas, de sus "meeting" sensacionales, como el realizado últimamente en el Luna Park, el 12 de junio próximo pasado, donde se reunieron más de 70 mil personas, en su absoluta mayoría obreros que viven de la industria, y en fin, hablará de su obra entera, que es un pedazo de la vida nacional.

Sus ideales: "Crear trabajo para poblar el país"

Para que una institución tenga arraigo dentro de la vida de los pueblos debe tener un ideal, y la Unión Industrial Argentina lo tiene; ama el progreso del poder económico de la patria, y para lograrlo defiende a todos los productores, sean industriales, agricultores o ganaderos, y, entiende que esa defensa de la producción nacional sólo se logra poblando el

Don Guillermo Padilla.



Don Hermenegildo Pini.



Ing. Luis Palma.



Don Luis Colombo.

vasto y despoblado territorio, ofreciendo al mundo angustiado por la necesidad, paz y trabajo.

Para defender la agricultura y la ganadería nacionales hay que poblar el país, a fin de tener los consumidores en casa, y para atraerlos, hay que ofrecer trabajo al poblador y garantía al capital que se invierte en industrias que son las únicas que pueden proporcionarlo. Hay que construir nuevas ciudades, fábricas, usinas, etc.

La gran guerra mundial dió al país la conciencia de su poder industrial, que ahora está en marcha triunfal hacia los destinos que le están reservados dentro de la civilización y progreso de los pueblos.

Estado rudimentario de la industria nacional hace cincuenta años

Hace cincuenta años la industria nacional estaba formada por unos pocos establecimientos de abolengo colonial y por las que se estaban organizando dentro de un mundo de dificultades urgidas por la necesidad.

Piénsese por un momento en lo que era el Buenos Aires de 1875. La ciudad terminaba en la calle Callao y tenía 250 mil habitantes; el valor de la tierra es el mejor índice de aquel momento: la esquina de Callao y Santa Fe fué rematada ese mismo año a cinco pesos moneda corriente la vara cuadrada, es decir, veinte centavos de nuestra moneda actual. El país tenía 2.161.639 habitantes; no alcanzaba a un habitante por kilómetro cuadrado. (Hoy, después de 50 años, no tenemos 4 habitantes por kilómetro cuadrado).

Esa esquina de Santa Fe y Callao, 30 años más tarde, fué vendida a $ 1.400 moneda nacional la vara cuadrada.

Resulta difícil reseñar el verdadero estado de la industria nacional de hace medio siglo. Las maquinarias y su formidable progreso actual no se conocían. La fuerza motriz más usada y común para mover las poleas de sobadoras de panaderías era el malacate, que accionaba una mula con los ojos vendados dando vueltas alrededor del piñón de mando.

Una fábrica de calzados de aquellos años no tenía ni remota idea del mecanismo que hoy la caracteriza. La mayor parte de la producción se efectuaba a mano, rudimentariamente. Los obreros cortaban los cueros con habilidad relativa; las aparadoras cosían en sus respectivas casas y los zapateros iban a la fábrica a buscar trabajo, que recibían para efectuarlo en sus domicilios y que ejecutaban con libertad y trabajando el número de horas que les fuera grato. ¡Qué tiempos aquellos! Sin embargo, la mano del hombre trabajador ha sido dignificada por la máquina, que creó el genio industrial.

Las curtiembres de entonces preparaban suelas en seis meses; hoy se curten en 15 días y, en algunos casos, químicamente, en 24 horas.

Tampoco existía la variedad de cueros que hoy prepara la industria curtidora; el becerro mate, liso o charolado. La cabritilla, que se importaba de Francia, y los cueros de oveja constituían todo el surtido de que se disponía entonces.

En cuanto a los establecimientos metalúrgicos, su acción estaba reducida a la fabricación de ornamentaciones de fierro fundido: columnas, balcones, ventanas, etc., es decir, que tampoco en esta rama de la industria se tenía la menor idea de los formidables adelantos mecánicos de que dispone la industria metalúrgica actual. La misma fabricación de acero que hoy se efectúa en nuestro país y que se aplica para la fabricación de tirantería de acero doble te — perfil normal, — en aquellos tiempos habría sido considerada un sueño irrealizable.

Es que los métodos de trabajo de hace cincuenta años difieren totalmente de los que están en vigor ahora; este progreso ha permitido obtener una producción de calidad irreprochable, el empleo de grandes masas de obreros y empleados y la dedicación de grandes capitales a la explotación de industrias nuevas.

Hoy tenemos la satisfacción de constatar que en nuestro país se fabrica toda clase de artículos de goma, desde la insignificante pelota hasta la cubierta para ruedas de autos y camiones, cables eléctricos de todas dimensiones y aislamientos, cartuchos y balas, productos químicos, celulosa derivada de la paja de trigo, químicamente pura y en cantidad apreciable: 9.000 toneladas anuales.

Tal es, a grandes rasgos, el balance entre el estado rudimentario de la industria argentina del año 1883 y la actual de 1933. ¡Cincuenta años que parecen cincuenta siglos!

La Exposición Continental de 1882 y una lotería original organizada por los industriales

El año 1877 el Club Industrial Argentino había realizado, por su propia cuenta y particular esfuerzo económico, la primera exposición industrial argentina, y, en su afán de superar la campaña industrial que realizaba el Centro Industrial Argentino, proyectó la

Exposición Continental, que debía ser inaugurada el año 1880; pero su inauguración, una vez todo preparado, fué postergada varias veces debido a los acontecimientos políticos. Una vez que las pasiones políticas de aquel momento se calmaron y que el olor de la pólvora de Puente Alsina había pasado, la organizada Exposición Continental de Industrias, que había sido instalada, después de vencer miles de dificultades, en la plaza Once de Septiembre, llamada entonces plaza de Frutos, estaba lista para su inauguración, pero, una noche un ciclón arrasó todas sus instalaciones y las desmanteló completamente.

Tal suceso, hijo de la adversidad, no amilanó el temple de aquellos organizadores. Se aprestaron para reconstruir todas las instalaciones en ruina; pero no tenían dinero, había que crearlo ¡y lo crearon!

Bien dice el adagio que: "más discurre un hambriento que cien letrados". Para salir del paso idearon una lotería original: *50.000 números de un peso, y para cada número un premio. Los premios serían donados por los mismos industriales.*

El éxito de esta lotería — me cuenta uno de los valores industriales más caracterizados del país, don Gastón Fourvel Rigolleau — *fué sensacional; los números se vendieron rápidamente y el día de la jugada, que se efectuó con el reparto simultáneo de premios en el entonces teatro Colón, ubicado en la plaza de Mayo y actualmente ocupado por el Banco de la Nación Argentina; la gente acudía desde los lugares más apartados, hasta de Barracas, que en aquellos tiempos estaba como a cien kilómetros de Buenos Aires. Lo más notable de aquel día fué el reparto de 10.000 frascos de tinta negra indeleble, aparte de los miles de objetos varios que se regalaban a cada tenedor de un boleto de la original lotería.*

El fabricante de esa tinta era mi tío, León Rigolleau — sigue diciendo don Gastón, — *comerciante en papeles e industrial; él había iniciado su fabricación, porque en aquellos tiempos no había tinta negra; se usaba una violeta de procedencia brasileña que no ofrecía garantía para la escritura de instrumentos públicos, de manera que una tinta negra indeleble tenía un aspecto seductor para industrializarla. La fórmula era buena, a base de tanato de hierro; tenía un pequeño inconveniente, la escritura al principio era aguachenta, pero dejándola secar al aire se ponía negra perfectamente; era cuestión entonces de acostumbrarse a escribir con ella, pero el público no aprobó el sistema, y, como consecuencia, el clavo fué total: 10.000 frascos de barro importados — todavía no se había instalado la industria del vidrio en el país — fué el resultado de aquel ensayo, y es natural, cuando el público recibió ese premio, lejos de convencerse de su bondad, procedió a una rotura general de botellas de tinta.*

Los fondos se reunieron y la Exposición Continental pudo al fin ser inaugurada el año 1882; fué un magnífico exponente del grado de progreso que entonces tenía la industria nacional.

Necesidad de un censo industrial

La necesidad de un censo industrial es cada día más imperiosa y todos los industriales, por su particular interés, deben auspiciarlo y colaborar para que al ser decretado resulte la fiel expresión de la verdad.

El primer censo que fué levantado el año 1907 gracias a las gestiones de la Unión Industrial Argentina y que decretó el entonces ministro de Agricultura y Comercio, señor Ezequiel Ramos Mexía, arrojó los siguientes datos:

Número de fábricas y talleres .		31.988
Capital en pesos moneda nacional		727.591.135
Valor de la producción anual en pesos moneda nacional . . .		1.227.549.196
Valor de las materias primas empleadas en moneda nacional:		
Del país	548.859.631	
Extranjera. . . .	163.308.162	712.167.793
Fuerza motriz.H. P.		229.660
Personal ocupado		329.490

Seis años más tarde, en 1913, se levantó, conjuntamente con el tercer censo nacional, un nuevo censo industrial que proporcionó los siguientes datos:

Número de fábricas y talleres		48.779
Capital en pesos m|nacional. .		1.787.662.295
Valor de la producción anual en pesos moneda nacional .		1.861.789.710
Valos de las materias primas empleadas en pesos moneda nacional:		
Del país	817.693.328	
Extranjeras . . .	269.086.278	1.086.779.606
Fuerza motriz. H. P.		678.757
Personal ocupado		410.201

Desde hace veinte años estamos sin conocer el progreso y la evolución industrial que se ha operado; un nuevo censo daría cifras reveladoras si todos los industriales se compenetraran de la importancia que para ellos mismos tiene el proporcionar los datos sin temores a la materia impositiva, y declarando la verdad meridiana.

Resumen

En conjunto los socios de la Unión Industrial Argentina pasan de 3000; representan un capital de mil millones de pesos de capital cifra, que hace 20 años era de 250.000.000, y ocupan alrededor de quinientos mil obreros.

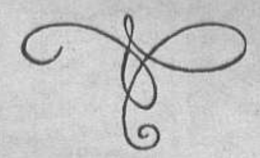
La unión Industrial Argentina tiene instalado un laboratorio químico para análisis industriales, departamento de informes; sostiene una revista en la que, además de las informaciones técnicas y comerciales, se estudian los más graves problemas de interés para la industria, especialmente las de orden económico, legislación y fomento, en cuyas páginas colaboran los socios corresponsales que han sido nombrados en Francia, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Italia, Holanda, Suiza, Brasil, Chile y Uruguay.

Tiene su local propio en la avenida de Mayo 1157 al 1163, y puede afirmarse que en todo momento ha luchado por el progreso y desarrollo industrial del país.

Las instituciones de la naturaleza de ésta sólo tienen por fin el bien de la industria en general y están sostenidas por sus asociados, sin que éstos reciban a cambio de sus cuotas mensuales ningún servicio o beneficio personal.

Vista aérea de los Talleres C. A. T. I. T. A. (Cía Argentina de Talleres Industriales, Transportes y Anexos S. A.), ubicada entre el Riachuelo y Parque Pereyra, Zepita Nº 3220. Ocupa una superficie de 70.000 m2. Ocupan 1200 personas entre empleados y obreros. Las máquinarias tienen 2.500 H. P. La producción de este gran establecimiento metalúrgico comprende la fabricación de gabinetes para heladeras eléctricas, material rodante para empresas de Omnibus, Tranvías, Camiones y de Transportes. En estos talleres se han construído y se construyen los tranvías modernos de la Capital Federal, Santa Fe, Tucumán, etc., coches del subterráneo de la C. T. A. A. Con talleres de Hojalatería, Niquelación, Aserradero, Vulcanización, de ejes y ruedas, etc., etc.

Industrias Metalúrgicas
Hierro - Acero - Metales



"El Hierro Es La Base De La Industria"

Más útil que el del hierro, arte ninguno existe
Que en mil aplicaciones su utilidad consiste.
Sin él, la tierra estéril, sin arar yacería
Y el labrador las mieses recoger no podría,
Ni ricos cargamentos, por la brisa llevados,
Por ambos hemisferios, serían transportados,
A través del Océano, cual preciado tesoro,
Para volver más tarde, convertidos en oro.
Tú, que huir de los riesgos de lo incierto procuras,
Ve, de la Metalurgia por las sendas seguras:
Funde y lamina el hierro y fórjalo, y activo,
Transfórmalo en riqueza en tu país nativo.

Del poema *Ferrum Carmen* de Giles Anne Xavier de la Sante. París, 1707.

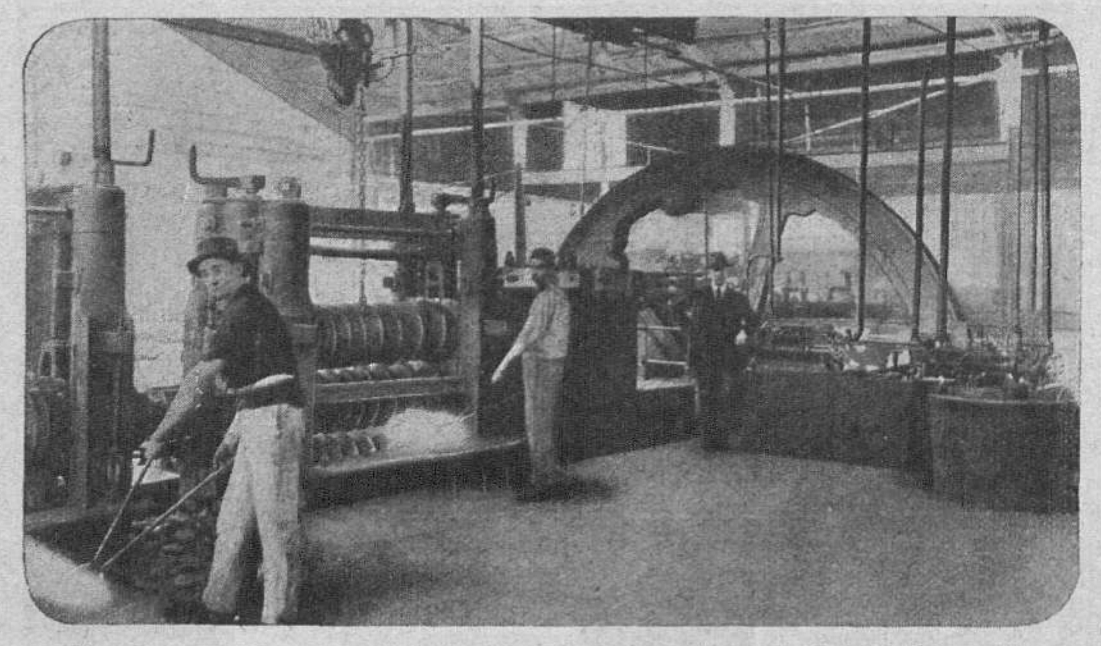


Ás útil que el del hierro, arte ninguno existe..."

En este primer verso se encierra una gran verdad económica que país alguno puede desconocer, si verdaderamente quiere alcanzar el progreso material e independencia económica que permita su adelanto en la civilización presente.

En la República Argentina así lo han entendido cantidad de industriales que han dedicado muchos años de esfuerzos y trabajo para cimentar las bases de la industria metalúrgica nacional y es tanto más meritorio cuanto han sido esfuerzos aislados, sin que hayan recibido hasta la fecha de las esferas oficiales el apoyo que significaría una política definida de fomento de esta rama fundamental de la industria.

Esta falta de apoyo es más inexplicable, cuanto



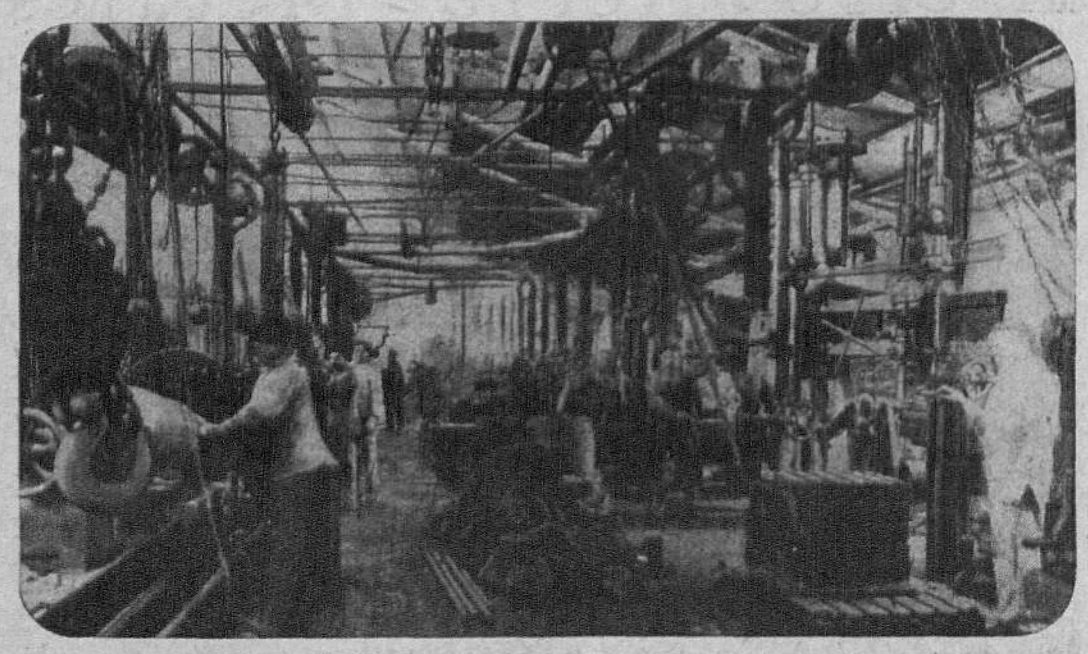
Vista de una de las secciones de laminación de hierro perteneciente a la Sociedad Anónima "La Cantábrica". Esta empresa ocupa actualmente entre empleados y obreros 500 personas. Producción total manufacturada: 20.000 toneladas anuales. Capital: $ 4.500.000.— moneda nacional.

el problema del hierro no concierne exclusivamente al desarrollo económico del país, sino que toca muy directamente a su misma defensa nacional, pues ¿es posible pensar en organizar eficientemente la defensa del país para un caso de emergencia, sin contar con una industria siderúrgica y metalúrgica bien cimentadas y que satisfaga ampliamente todas las necesidades?

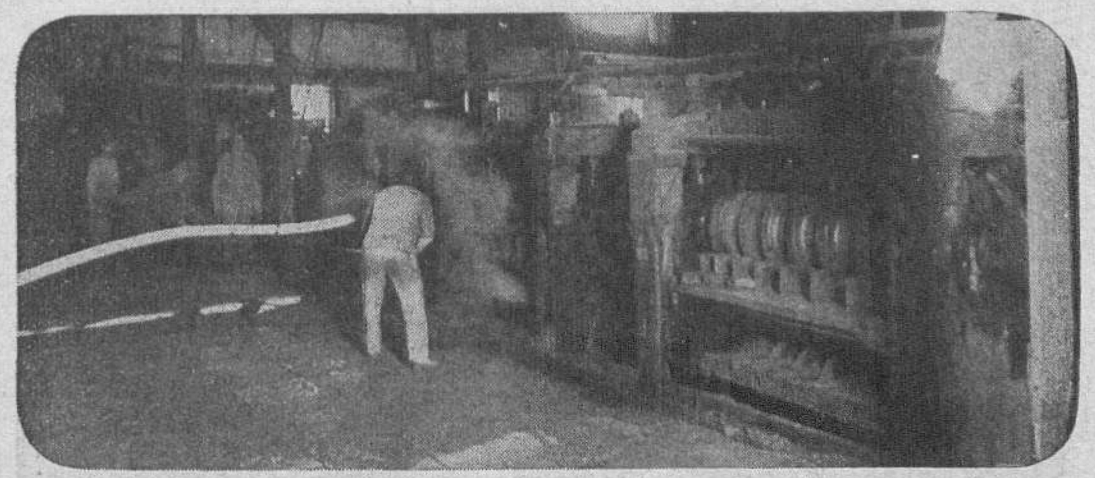
Es indudable que los poderes públicos han pensado en este problema fundamental, pues tal ha sido el objeto del decreto vigente desde tiempo atrás, que prohibe la exportación de hierro viejo, pero esta plausible medida no llena ella sola la finalidad que se persigue, puesto que los productos laminados, que serían la resultante de la transformación del hierro viejo, se introducen al país bajo un régimen aduanero casi de librecambio. No es posible, en estas condiciones, instalar fábricas de acero y laminación, que suponen el empleo de capitales cuantiosos.

Contrasta esta situación con la de países como Italia, que sin mineral de hierro y sin carbón, cuenta con industrias siderúrgicas y metalúrgicas de primer orden, pudiendo ostentar en sus estadísticas las siguientes cifras:

Producción de hierro en Italia en 1881, 5.000 toneladas, y en 1931, un millón de toneladas.



"La Cantábrica". — Sección Mecánica y Ajustaje.



Vista de una operación de laminación de acero, por la cual se ve cómo se fabrican los tirantes de acero de perfil normal, en el establecimiento siderúrgico del señor Juan Pinoges, fundado el año 1896, ubicado en la calle Bolívar 1742. Ocupa 262 obreros y paga anualmente por este concepto $ 449.119. Capacidad de producción anual: 16.000 toneladas. Materias primas: hierro viejo.

Este resultado sólo ha podido obtenerse con su régimen aduanero de fomento bien estudiado.

Es así como los industriales metalúrgicos del país han tenido que limitarse a instalar sus fábricas y talleres, de acuerdo con lo que el régimen aduanero, muchas veces simplemente fiscal y algunas ni siquiera esto, les ha permitido.

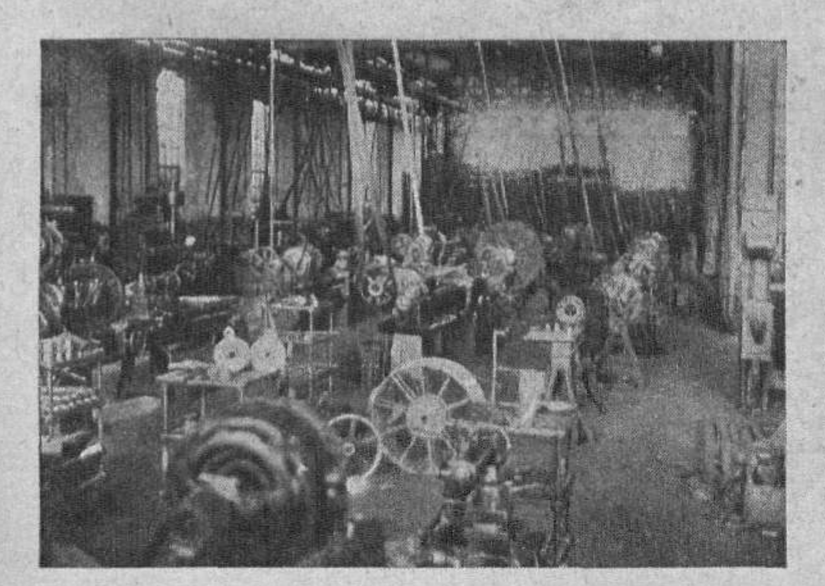
Es éste un problema digno de estudio y que entendemos debe resolverse con urgencia, si es que se admite que conviene al país su fomento, pues se trata de industrias cuyas instalaciones y personal técnico y obrero no se improvisan.

Después de este preámbulo, vamos a exponer las impresiones que hemos recogido en las visitas efectuadas a los principales establecimientos industriales de la Capital, lamentando que la falta de un censo industrial objetivo, por el cual lucha desde tiempo atrás la Unión Industrial Argentina, nos prive de dar cifras globales para la Industria Metalúrgica.

En la República Argentina no se conocen yacimientos de mineral de hierro, susceptibles de ser explotados hoy día, económicamente. Por consiguiente, a más del hierro viejo que se emplea en las dos usinas de laminación existentes, las industrias metalúrgicas, deben importar del extranjero el hierro en lingotes para fundición, producto de los altos hornos, y los hierros laminados para transformarlos en los productos diversos de la manufactura.

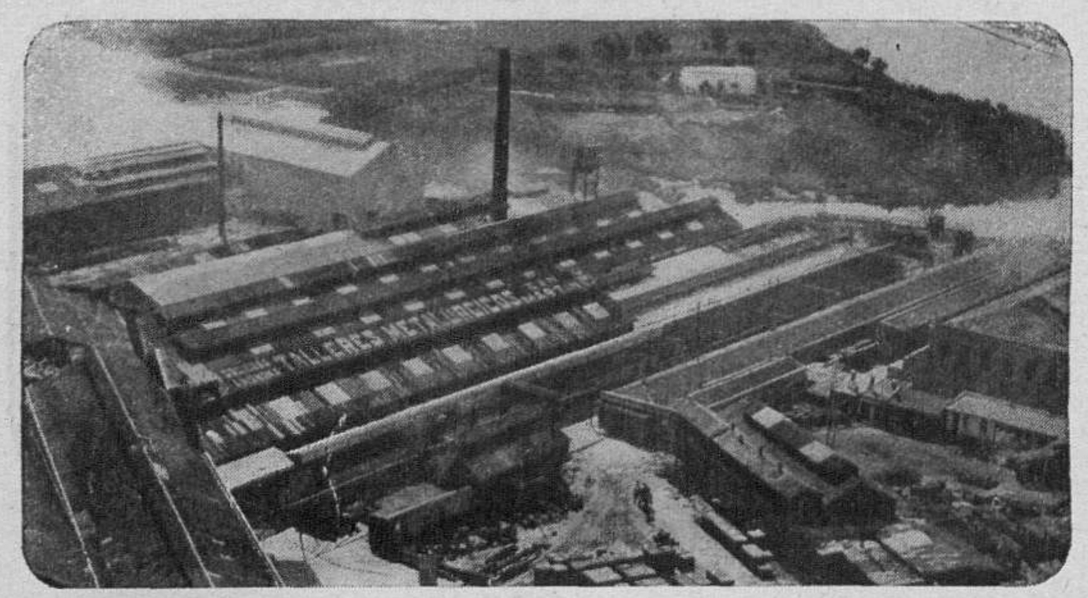
Siderurgia. — A pesar de la situación esbozada anteriormente, existe una empresa que funde acero partiendo del hierro viejo nacional y lo lamina en tirantes hasta el perfil normal Nº 18 haciendo una producción de 12.000 toneladas al año.

Otra sociedad, con una capacidad de producción de 7.000 toneladas anuales, empleando también como materia prima el hierro viejo, lamina barras de hierro en perfiles variados. En este renglón los derechos bajos de 5 % no permiten desarrollar esta parte tan importante de la industria, como sería necesario, y es así como ha resultado que otra empresa que instaló en su tiempo hornos Siemens-Martin y trenes para laminación de hierros comerciales, prefirió parar los hornos y desmontar los trenes,





Vista de una parte de la Sección tornos del Establecimiento Mecánico de Fundición "MERLINI", de los señores Pedro Merlini e Hijos. Casa fundada el año 1885. Ocupa 220 personas entre empleados y obreros; paga, por este concepto, $ [illegible]20 000 m/n. Producción, 600 toneladas anuales. Capacidad productora 2.000 toneladas. Fabrica elementos para transmisiones de fuerza motriz, poleas, cojinetes, engranajes, ejes para transmisiones reductores de velocidad, tensores, etc. Máquinas para mecánicos, herreros, aserraderos, etc.


S. A. Talleres Metalúrgicos San Martín. — Vista aérea de la fábrica Bosch (Avellaneda).

porque el negocio era negativo, por falta de una protección razonable.

Industrias Metalúrgicas. — Llamaremos así a las que transforman el hierro y demás metales en sus diversas formas, en artículos manufacturados.

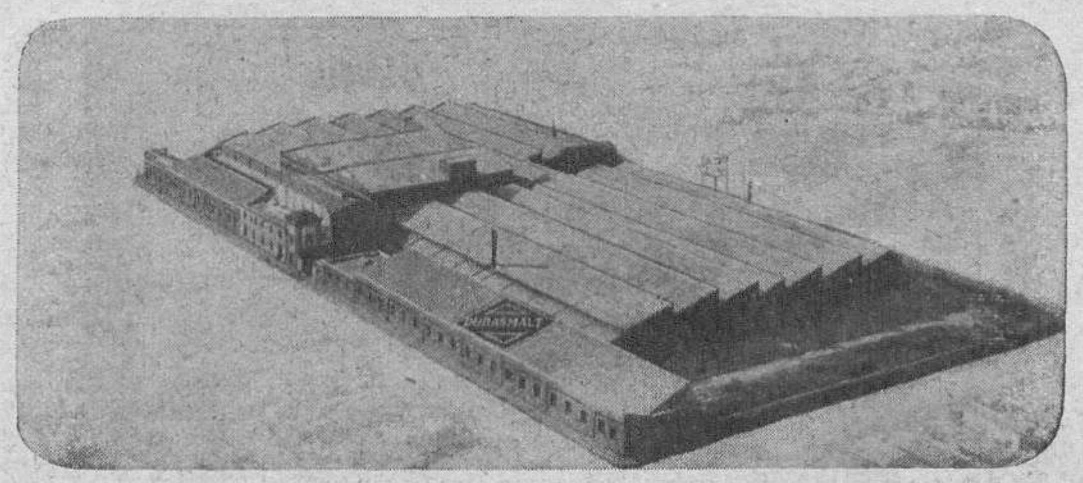
Las industrias metalúrgicas de transformación, importando hierro en lingotes para fundición de productos metalúrgicos semiterminados, producen hoy día toda suerte de artículos que, en cuanto a calidad, no tienen nada que envidiar a los de la industria extranjera. Y esta fabricación se realiza con mano de obra argentina, con energía producida en el país, consumiendo lubricantes y petróleos nacionales y empleando una serie de materias primas secundarias de producción nacional.

El desarrollo alcanzado por estas industrias hubiera sido mucho mayor si hubiese existido un régimen aduanero estudiado científicamente. Mientras que algunos renglones de la tarifa tributan el derecho "standard" fiscal, que ha permitido su fabricación con resultados medianos, existen muchos que están liberados de derechos totalmente y los materiales para su fabricación deben tributar derechos.

No dudamos que en el estudio que está practicando la Comisión de Aduanas y Tarifas de la Cámara de Diputados se han de salvar estos inconvenientes.

Para completar esta exposición intentaremos dar una idea de conjunto sobre la variedad


Fotografía de la sección construcciones metálicas (fábrica "San Francisco", Capital), propiedad de la S. A. Talleres Metalúrgicos San Martín. Capital realizado: $ 9.800.000 moneda nacional. Producción y venta anual: 150.000 Ton. Super. cubierta 150.000 m². Personal: 1.500 obreros y empleados.



Vista aérea del establecimiento Ferrum Industria Argentina de Metales (S. Anón.) Fábrica de artículos de hierro enlozado, galvanizado, de estaño y de aluminio. Artículos sanitarios de hierro fundido. Bañaderas, lavatorios, etc., ubicada en la calle España 402-600, Avellaneda, y la fábrica de artículos sanitarios, avenida Vélez Sársfield 1900, Capital Federal. Fundada el año 1898, ocupa una superficie de 30.845 metros cuadrados. Da trabajo actualmente a 800 personas entre empleados y obreros. Paga anualmente, en concepto de sueldos y jornales, $ 1.600.000 m/n. Produce 2.500 piezas diarias.

inmensa de productos que se fabrican o construyen en los establecimientos de la Industria Metalúrgica del país.

Fundiciones de acero. — Toda clase de piezas de acero fundidas en horno electrico, pequeños convertidores y horno Siemens.

Fundición de hierro. — Caños y accesorios para cañería de hierro fundido. Materiales sanitarios. Radiadores. Calderas de calefacción. Estufas. Cocinas a carbón, leña y a gas. Toda clase y forma de piezas de hierro fundido para maquinaria y aplicaciones diversas.

Galvanización. — Chapas lisas y acanaladas para techo, cuya capacidad de producción es en los diversos establecimientos de más de 200.000 toneladas anuales. Se practica también la metalización.

Construcción metálica. — Calderería. — Son varios los talleres existentes en la capital y en el interior, dedicados a la construcción metálica en general para edificios, puentes, muelles, torres, galpones, calderas para todos usos, tanques, silos, construcción naval, etc.

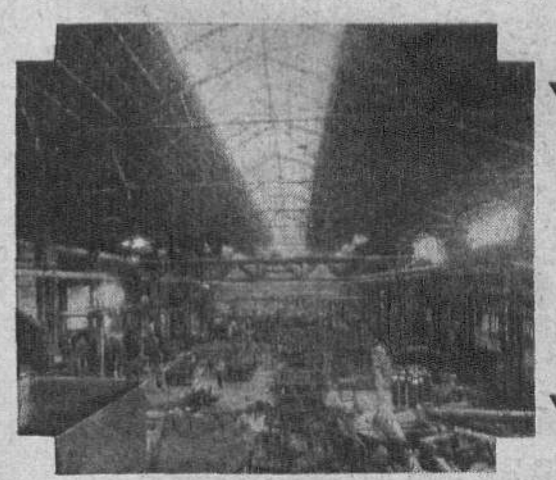
Implementos agrícolas. — Se ha iniciado en el país la fabricación de cosechadoras, trilladoras, arados, rastras, máquinas de sembrar, rejas de arado, repuestos en general, todo ello libre de gravámenes, debiendo tributar derechos por los materiales necesarios.

Bulonería en general. — Esta es una industria arraigada desde hace casi medio siglo. Los varios establecimientos existentes tienen capacidad para abastecer ampliamente todas las necesidades del país en bulones, tornillos, remaches, clavos para vía, tirafondos, arandelas, etc., en todo su surtido.

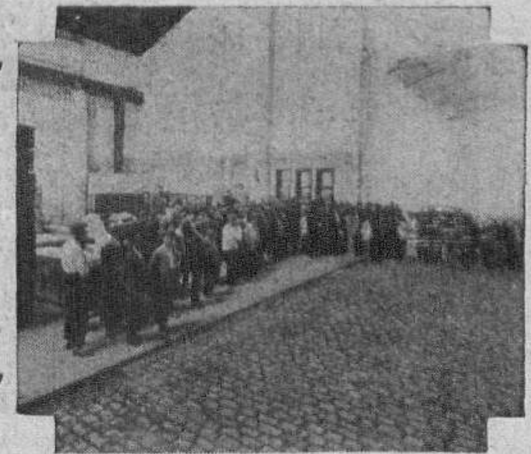
Clavería. — Trefilación y galvanización de alambres, fabricación de puntas de París, resortes, etc.

Artículos rurales en general. — Tejidos metálicos, tanques, bebederos, torniquetes, varillas y toda clase de útiles y herramientas destinados a las faenas del campo.

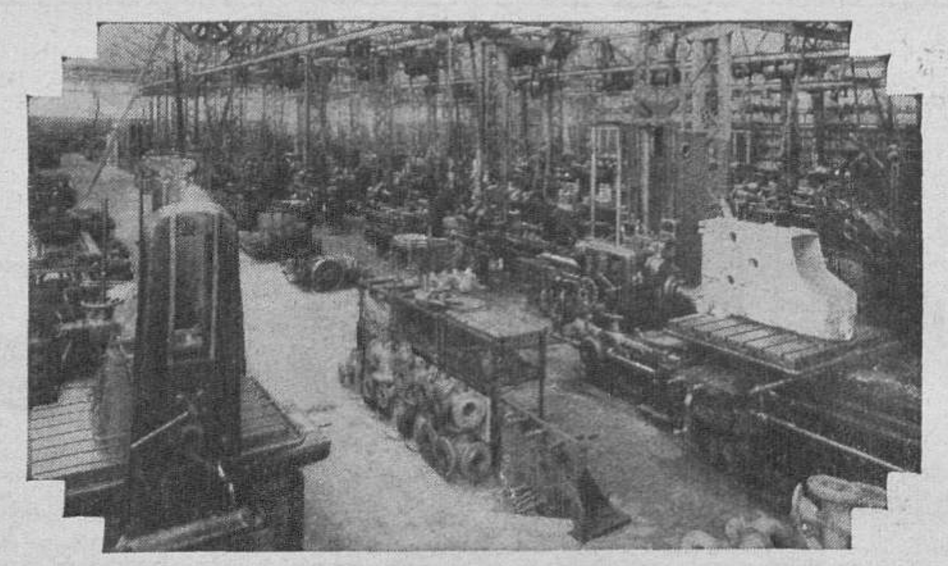
Molinos a viento, Bombas, etc. — En estos renglones se ha llegado a la perfección, compitiendo ventajosamente en calidad con la importación. La falta de una protección aduanera hará perder el terreno ganado en estos últimos años, debido al cambio desfavorable. Existen varios establecimientos dedicados a la construcción



Vista del taller mecánico de la firma The Anglo Argentine Iron Co. Ltd., donde se fabrican muchos artículos para la fábrica de galvanización.



En la misma compañía The Anglo Argentine Iron Co. Ltd. en un día de pago.



Vista general de una parte de los talleres metalúrgicos S. I. A. M. Di Tella Co. Ltda., la que tiene en actividad 600 obreros y produce máquinas y aparatos diversos especiales para Panaderías, Fideerías, Estaciones de Servicio, Heladeras, Calefacción, Motores eléctricos, Bombas, etc. Está ubicado en Avellaneda, calle Venezuela y Humaitá, y su administración en la avenida de Mayo 1302.

de molinos, bombas aspirantes, impelentes, rotativas a mano y a motor, centrífugas, etc.

Mecánica en general. — Es inmensa la variedad de productos que demuestran el adelanto de la técnica en las industrias mecánicas. Desde las poleas, transmisiones, cojinetes, etc., que casi ya no se importan más, hasta las máquinas más complicadas para las industrias del azúcar, yerba, lana, vino, panadería, fideería, curtiembres, jabón, aserraderos, petróleo, frigoríficos y actividades de todo orden, imposibles de enumerar, y que confirman el significado de una de las frases que encabezan esta monografía. EL HIERRO ES LA BASE DE LAS INDUSTRIAS.

Es de notar que en nuestra tarifa de aduana todo el renglón maquinaria y sus repuestos está ¡libre de derechos!

Hemos visto fabricar también con éxito las máquinas tipo "Champion" para abovedar caminos y otros aparatos para el mismo destino también libres de derechos a la importación.

Industria del automóvil. — La fabricación de toda clase de repuestos para automóviles y camiones, tanto de motores como de chasis, pistones, engranajes, paliers, piezas de diferencial, etc., así como de elásticos, carrocerías y todos sus accesorios, está sumamente difundida, dando ocupación a un verdadero ejército de obreros.

Esmaltación — Debemos hacer mención especial de este orden de actividad. Hemos presenciado la fabricación de bañaderas, lavatorios, inodoros de hierro esmaltado, heladeras esmaltadas, cocinas, estufas, artículos de hierro enlozado para uso doméstico, et., que no desmerecen del renglón importado, constituyendo éste uno de los tantos casos de abaratamiento de los precios por la producción local.

HASTA aquí hemos hablado de las industrias del hierro y vamos a hablar ahora de las industrias metalúrgicas que elaboran y transforman otros metales.

Industria del cobre y sus derivados. — Esta in-



Vista del establecimiento de fundición de los señores E. G. Gibeili y Cía., ubicado en la calle Méjico 3241 y Loria. Fundado el año 1890. Ocupa 150 obreros. Producción en material fundido para obras domiciliarias, 3.000 toneladas. Sueldos y jornales pagados por año, $ 250.000. Venta total a favor de la economía nacional desde su origen $ 20.000.000 m/n. El personal goza de participación en las utilidades de esta empresa.

dustria emplea como materia prima el cobre electrolítico que se produce en Chile y que nos llega indirectamente por Estados Unidos. Ya existen en el país empresas varias, muy importantes, con capitales inmensos invertidos, que lo manipulan, transformándolo directamente por laminado o trefilación en planchas, barras, cables y alambres conductores de electricidad para alta tensión, cuyas características de conductibilidad, resistencia y aislamiento no tienen nada que envidiar a los productos de las fábricas más afamadas de Europa y Norte América.



Vista parcial de la Sección "Prensas a Frío" de la fábrica de bulones, tornillos y remaches de los señores Pablo Máspero e hijos, establecidos en 1887, domiciliados en Buenos Aires, Deán Funes 926. Esta fábrica produce 7000 artículos diferentes. Ocupa 150 personas entre obreros y empleados. Tiene una producción anual de 1800 toneladas de un valor de $ 1.500.000 m/n. En combustible nacional paga anualmente $ 50.000. Se distingue en la fabricación de artículos para tranvías, ferrocarriles, astilleros, frigoríficos, ingenios y telégrafos, etc.

Las diversas aleaciones del cobre son producidas también en estos establecimientos, como el bronce, el latón de composición variada, y transformadas también por laminado o trefilación en chapas, planchas, barras, alambres, tubos y perfiles variados que se fabrican en los mismos o bien produciendo los lingotes, barras, etc., que servirán para otras industrias de transformación, de las cuales existe una gran difusión en el país. Tenemos así establecimientos grandes y chicos destinados a la fabricación de robinetería en general, válvulas, camas de bronce, broncería artística, fundición de bronce variada, como ser toda clase de guarniciones para obras, etc.

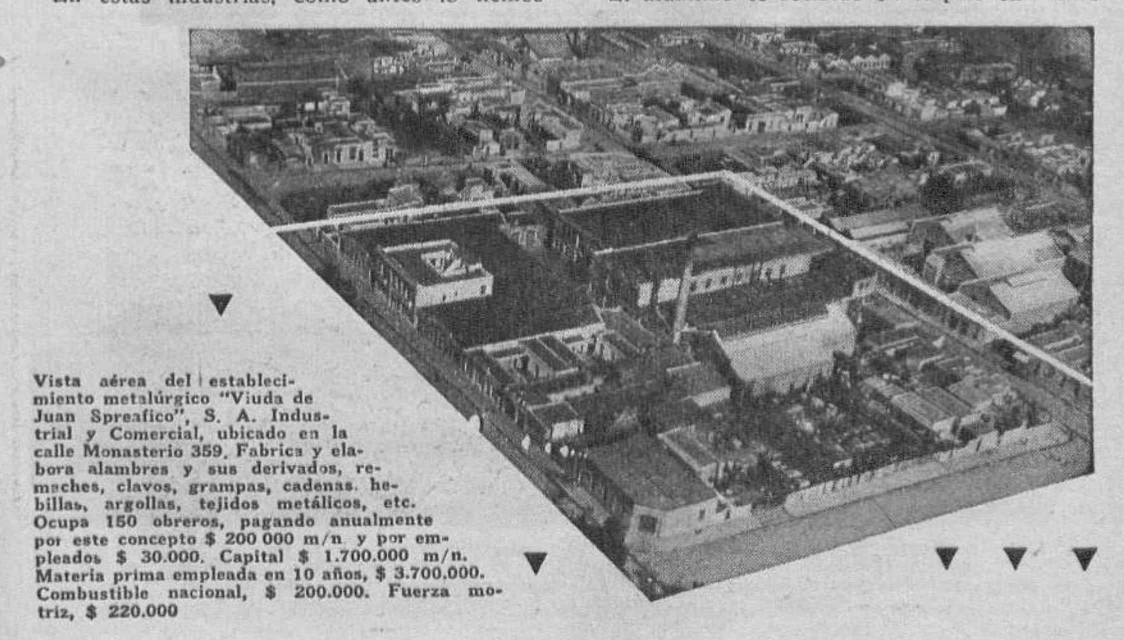
En resumen, tenemos en nuestro país la industria que elabora el cobre y produce sus derivados, productos semiterminados, que constituyen las materia prima de otras industrias.

En estas industrias, como antes lo hemos indicado para la industria del hierro y del acero, existen fabricaciones muy interesantes que no pueden desarrollarse más por que mientras el artículo terminado paga un derecho excesivamente bajo, las materias primas para su fabricación pagan derechos que equivalen a 5 veces más.

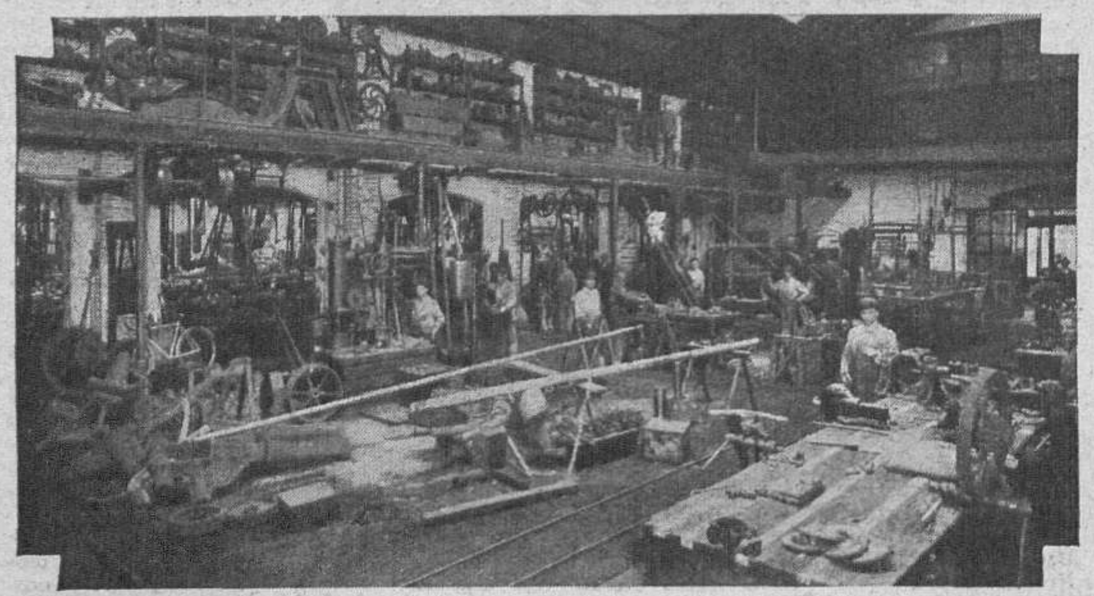
Es de tener en cuenta la importancia que representa también la industria del cobre y del latón para la defensa nacional, dada su aplicación en la fabricación de proyectiles de todas clases.

Plomo y Aluminio.— La industria del plomo comprende el proceso completo de transformación. Emplea los minerales que se encuentran en las provincias del Norte (galena) y los transforma primeramente en lingotes de plomo, que después se elaboran en artículos terminados para el consumo y en materias primas para otras industrias de transformación Los productos de esta industria son indispensables para gran número de fabricaciones diversas, como la de caños para agua, gas y ácidos, cables eléctricos y telefónicos, soldadura, minio, artículos sanitarios y cápsulas para botellas. Todas ellas se fabrican hoy día en el país, constituyendo en conjunto una industria muy importante, que contribuye directamente a explotar sus riquezas naturales, proporcionando a su industria general un elemento como el plomo, indispensable en tiempo de paz y de guerra.

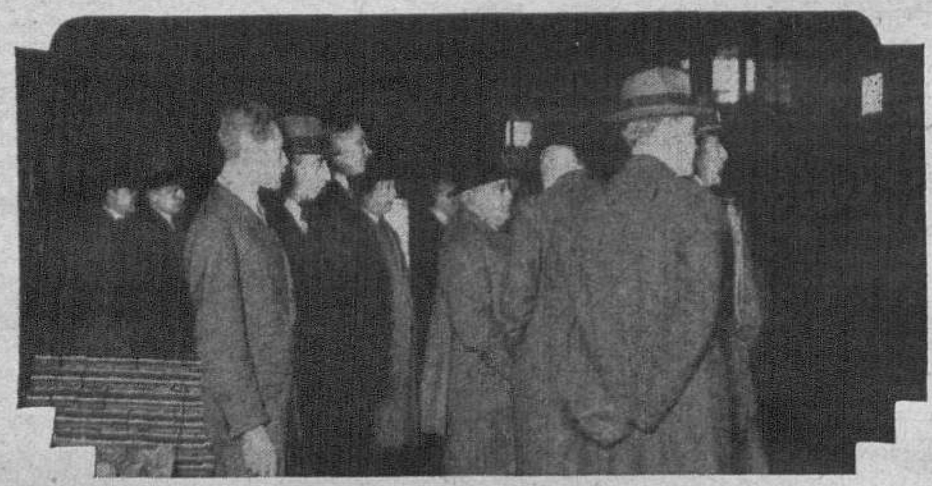
El aluminio es recibido en el país en forma



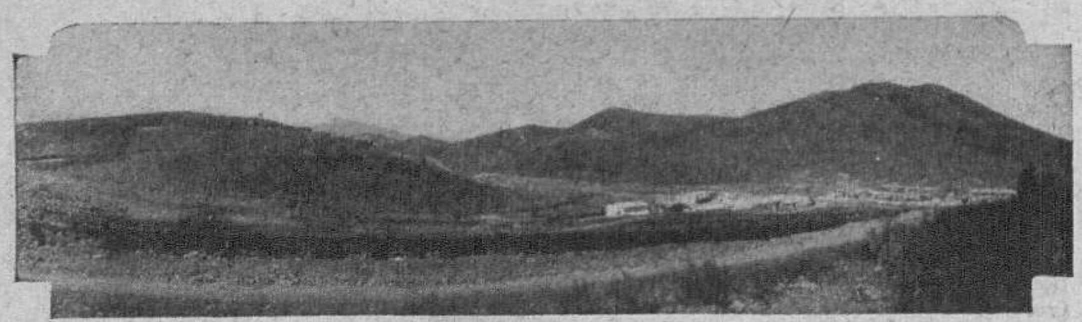
Vista aérea del establecimiento metalúrgico "Viuda de Juan Spreafico", S. A. Industrial y Comercial, ubicado en la calle Monasterio 359. Fabrica y elabora alambres y sus derivados, remaches, clavos, grampas, cadenas, hebillas, argollas, tejidos metálicos, etc. Ocupa 150 obreros, pagando anualmente por este concepto $ 200 000 m/n. y por empleados $ 30.000. Capital $ 1.700.000 m/n. Materia prima empleada en 10 años, $ 3.700.000. Combustible nacional, $ 200.000. Fuerza motriz, $ 220.000



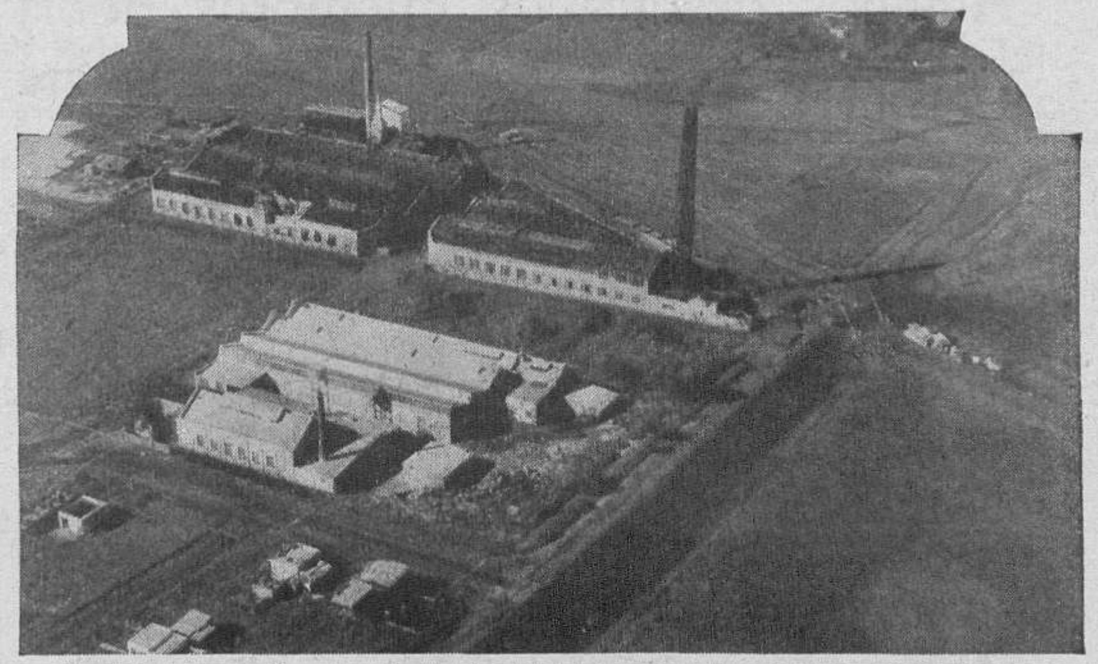
Vista parcial de una de las múltiples secciones del establecimiento metalúrgico de la firma J. A. Saglio, S. Anón., ubicada en La Plata, F. C. S., Diagonal 73 número 1436/50; casa matriz en Buenos Aires, Bernardo de Irigoyen 1460/70, dirigida por un directorio técnico formado por ingenieros especialistas. Ocupa 270 obreros y 32 empleados. Producción en Molinos, 1000 unidades anuales. Capital social, $ 2.000.000 m/n.



Visita de S. E. el Presidente de la Nación, general Agustín P. Justo, a la Sociedad Electro Metalúrgica S. A. "Sema". Esta empresa tiene su sección de ventas en la Capital Federal, Rivadavia 3002, Administración y fábrica en Avellaneda, Camino a La Plata y Río IV. Ocupa 400 personas entre empleados y obreros. Una superficie de 20.000 m2. Capital invertido, pesos 6.000.000 m/n. Capacidad productora, 1.500 toneladas anuales. Cables, 20.000.000 de metros anuales. Actividad de este establecimiento: la fabricación de conductores eléctricos, laminación de chapas, cintas, prensa de caños, barras, trafilación general, fundición, etc.



Mina de plomo "Bélgica" y Campamento de Administración, Hospital y Escuela en San Francisco de Pumahuasi (Provincia de Jujuy). Es el centro de un grupo de minas que explota la Compañía Minera y Metalúrgica Sud-Americana S. A. El campamento representa en total más de 600 almas. Capital 3.500.000 m/n. Capacidad de producción 9.000 toneladas anuales.



En Villa Lugano, a 20 cuadras del Matadero Municipal, se encuentran instaladas como lo muestra la presente vista aérea: en primer término la elaboración de artículos y productos de aluminio; en segundo, a la derecha, la fábrica elaboradora de artículos y productos de plomo. Ambas son propiedad de la Elaboración General de Plomo, S. Anón. En segundo término, a la izquierda, la fundición de minerales y producción de plomo en lingotes, propiedad de la Co. Minera y Metalúrgica Sud Americana.

de lingotes que luego son transformados en planchas, hojas, etc., que a su vez sirven en otras fábricas importantes para la producción de utensilios diversos de consumo general.

Dada la importancia de la industria metalúrgica, nos hemos detenido en esta reseña.

A pesar de lo mucho que se ha hecho, no sólo en la capital y alrededores, sino en todo el país pues cada población importante como Rosario, Tres Arroyos, Bahía Blanca, La Plata, Mendoza, Tucumán, Córdoba, Entre Ríos, etc., tienen sus industrias propias, con técnicos meritorios, — se demuestran cuánto se podría hacer ne esta rama de inmenso campo de acción, si se consideran las enormes sumas tributadas a la importación si existiera una orientación bien definida hacia su fomento racional.

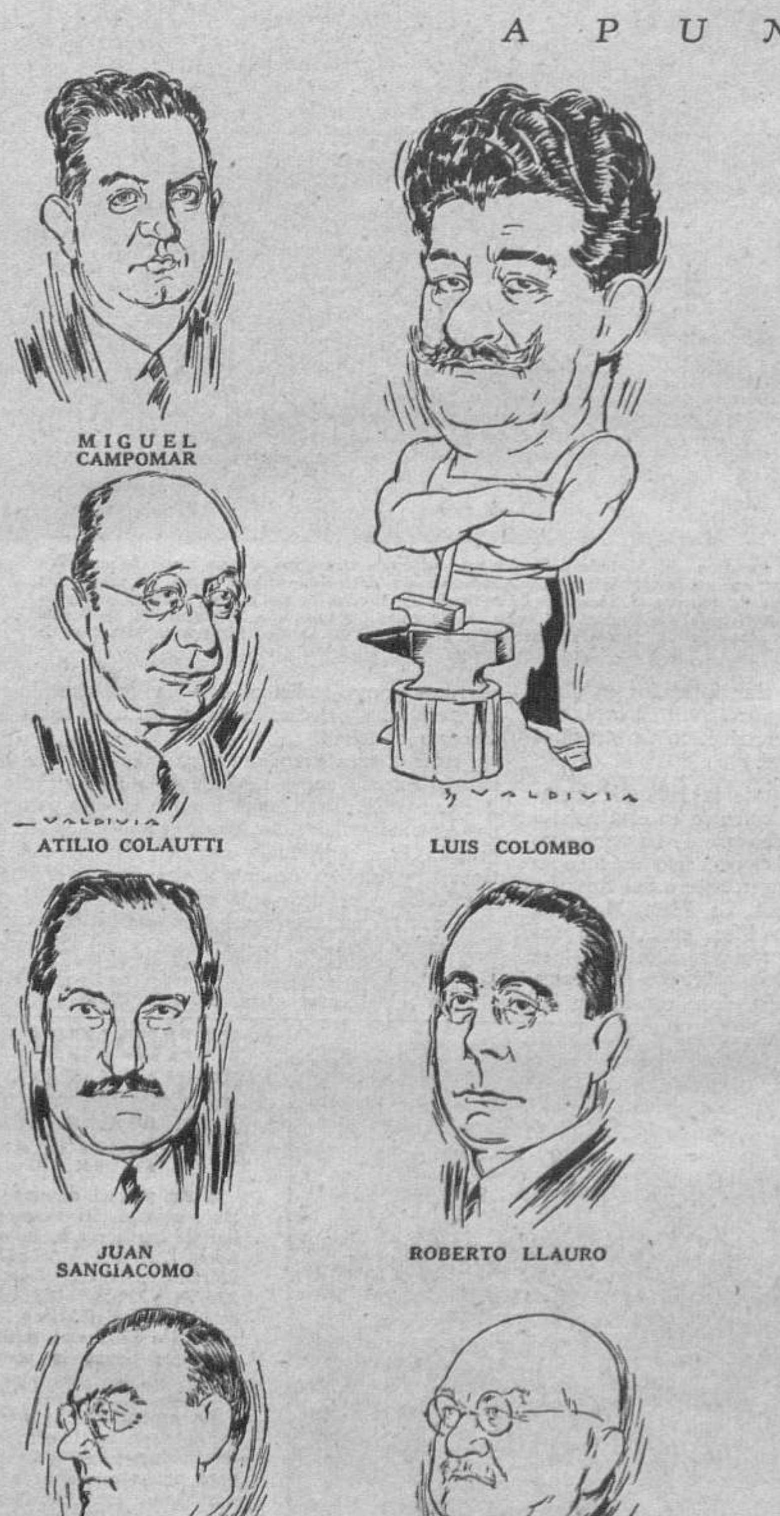
Frente a esta grandiosa obra industrial que hemos procurado poner de relieve lo más fielmente que es posible, formulamos nuestro aplauso para todos esos industriales que, desde el más chico al más grande, han contribuído con su talento, con su trabajo y con su capital, a dar forma efectiva, económica y práctica a la grandeza industrial del país, con los mejores votos para que las conquistas alcanzadas hasta ahora perduren y se agiganten.

ENVIADO ESPECIAL

Buenos Aires, julio de 1938

Algunos destacados miembros de la junta ejecutiva y presidentes de comisiones directivas de las secciones gremiales de la Unión Industrial Argentina

APUNTES POR VALDIVIA



MIGUEL CAMPOMAR

ATILIO COLAUTTI

LUIS COLOMBO

JUAN SANGIACOMO

ROBERTO LLAURO

SAUL CHADAFAU

CARLOS A. LUPPI

EMILIO PUJALS

HERMENEGILDO PINI

ERNESTO L. HERBIN

AQUILES MERLINI



PEDRO NUÑEZ

FRANCISCO ZAMPINI

LORENZO J. ROSSO

BRUNO WOLFF

LUIS ABELLO

PEDRO DURAND

ROLANDO LAGOMARSINO

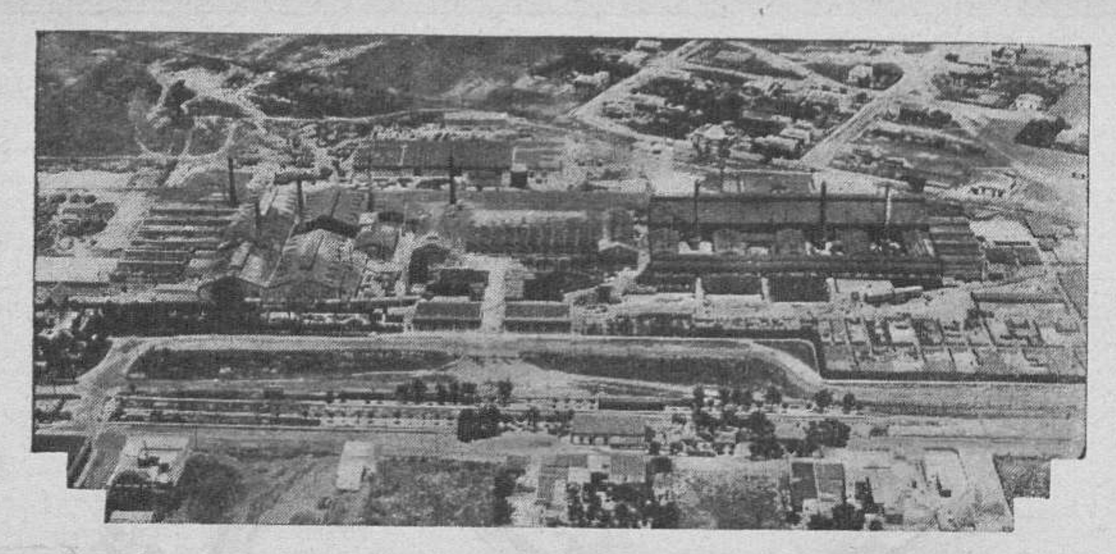
MANUEL FONTECHA MORALES

CARLOS MENDEL

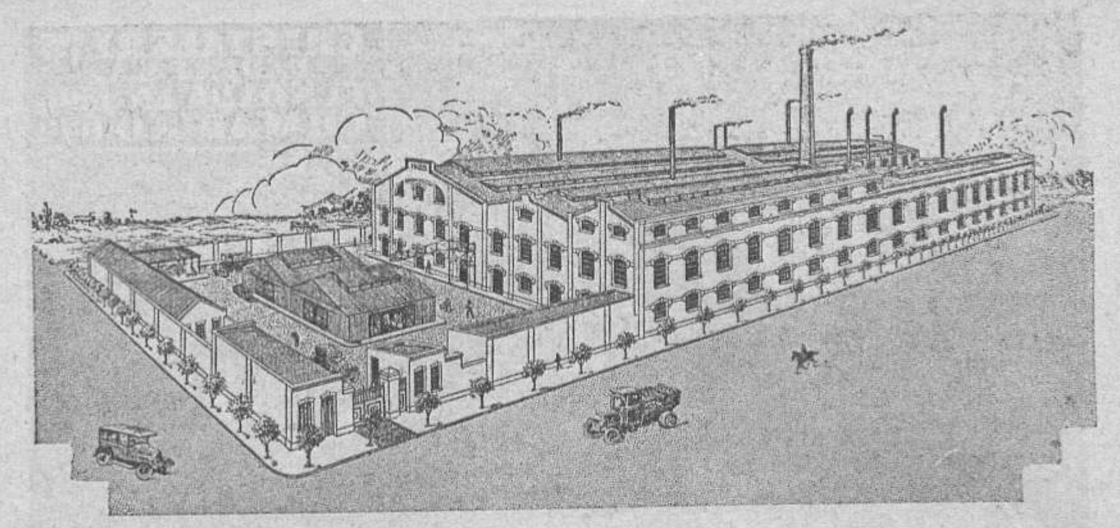
LEON FOURVEL RIGOLLEAU

MIGUEL MIRANDA

C. TRONCONI



Vista aérea del establecimiento Cristalerías "Rigo leau" S. A., ubicado en B razategui, F. C. S., que tiene una superficie cubierta de 35.000 m².



Vista panorámica del establecimiento "N. C. P.", de los señores Papini Hnos. y Cía., ubicado en Avellaneda, calle Chile 1090.

LA INDUSTRIA DEL VIDRIO EN LA REPUBLICA ARGENTINA

Cristalerías Rigolleau S. A.

Paseo Colón 800 - Buenos Aires
Usinas en Berazategui, F. C S.

Esta cristalería fué fundada el año 1882 por don León Rigolleau y su sobrino don Gastón Fourvel Rigolleau, quien le sucedió el año 1887 transformando la organización en sociedad anónima en 1907; tiene actualmente el siguiente directorio: presidente, León Fourvel Rigolleau, vicepresidente, Roberto W. Roberts; directores Roberto Fraser, Jorge Bunge, Federico G. Frenkel, José María Landajo, Sidney H. Pinsent, Paúl Dedyn, José C. Sabaté; síndico, John H. Brown; síndico suplente, Nicanor O. Repetto.

El milagro de las industrias

Las industrias formarán grandes ciudades. Cuando se instaló esta cristalería en la estación Berazategui había por toda población 400 habitantes, hoy tiene 8.000. Superficie cubierta de este establecimiento: 35.000 m2; capacidad total de producción: 50.000 toneladas de vidrio; producción actual: 20.000 toneladas de vidrio; número de obreros: 900; número de obreros en los mejores tiempos: 1.500. Tiene sala de primeros auxilios y servicio médico gratis.
Su producción en frascos, botellas envases industriales, artículos prensados, gobeletería, servicio de mesa y artículos pintados y de fantasía es efectuada bajo el cuidado y control técnico de expertos y artistas del vidrio.

Nueva producción y trabajo

La producción de vidrios para construcciones podría ser reiniciada en nuestro país, si prevalecieran los derechos aduaneros actuales, con esto sólo se daría trabajo a centenares de obreros, resolviendo en parte un problema de desocupación, pero la incertidumbre actual no permite reiniciar esa nueva producción, para la cual esta sociedad ha hecho cuantiosas inversiones y está preparada para producir 200.000 m2 por año, es decir, alrededor de 1.000 metros cuadrados por día trabajado.
Esta fábrica de toda clase de objetos y envases de vidrio concurrió a la Exposición Internacional de San Luis, donde obtuvo un gran Premio de Honor por el vidrio laminado.

La evolución industrial de la fabricación del vidrio data de 50 años a esta parte. El año 1880 tuvo — como lo tienen todas las industrias incipientes y que balbucean un gran nacimiento — una modesta cuna en un galponcito de pobre aspecto y malamente instalado en la calle Belgrano entre Tacuarí y Piedras; toda una odisea para los improvisados industriales que entonces intentaron dar vida a esta industria, de cuya iniciativa no podemos hacernos eco por razones de espacio y por la naturaleza general de esta crónica, destinada a realizar una vista a vuelo de pájaro sobre la industria del vidrio.

Fracasada la tentativa de 1880 para fabricar botellas en el país, el año 1882 se ofrecieron a don León Rigolleau, tío de don Gastón Fourvel Rigolleau, los restos de aquel intento industrial, quien lo adquirió y puso al frente a su sobrino, que ya se destacaba con un espíritu industrioso lleno de vigor, de optimismo incomparable y de coraje. La visión de aquel gran "pioneer" de la industria argentina se cumplió. Don Gastón no solamente llevó adelante la empresa, sino que la agigantó, y de ella surgieron verdaderos titanes de la industria del vidrio, que hoy rivalizan y se plantean peligrosa competencia entre ellos.

Obreros y patrones, empleados y habilitados, cada uno tomó colocación dentro del escenario industrial de la fabricación del vidrio, y la han elevado por obra de talento, de capacidad industrial y de perseverancia, a una posición honrosa por la fantástica producción de que es capaz, por el número considerable de obreros que ocupa y por la maravillosa riqueza de modelos, tipos, colorido y elegancia con que da forma a los objetos que fabrica.

El país cuenta con unas quince fábricas de artículos de vidrio, entre las cuales se destacan con caracteres propios los establecimientos con que se ilustra esta crónica; las firmas de referencia tienen un bien ganado prestigio y de ello da fe la innumerable cantidad de premios y diplomas de honor que han conquistado en las lides industriales a que han concurrido.

Se puede afirmar que el 95 % de los envases de vidrio, botellas, frascos y tarros consumidos en el país son de producción nacional.

Es indudable que a este progreso industrial ha contribuído para realizarlo una serie de factores favorables: la producción de petróleo, la mecanización para producir el vidrio y la guerra europea, que influyó considerablemente en el arraigo definitivo de esta industria.

Hay invertidos en esa industria más de veinte millones de pesos, habiendo alcanzado su producción en el año 1929 — que fué el apogeo de todas las industrias — un valor de veintidós millones de pesos.

Actualmente pasa por una crisis, provocada por una disminución enorme en el consumo, y su producción alcanza a un valor de quince millones de pesos, empleándose para su elaboración 4500 operarios, y siendo el monto pagado por salarios y sueldos de empleados una suma de $ 5.715.000 moneda nacional anuales. Considerando el índice normal del trabajo, puede decirse que hoy dependen o viven de esta industria más de 16.000 personas, que son en gran parte argentinos.

La materia prima que consume esta industria es en su casi totalidad nacional, porque tan sólo se emplea un 6 % de materias primas importadas, correspondiente al rubro productos químicos y materiales refractarios, vale decir, que esta industria es casi un 100 % argentina.

Como materias primas para la fabricación del vidrio se emplean las arenas del río de Guazú, de Diamante; cal de Conchilla, de Córdoba, Atalaya; sulfato de soda de Epecuén; feldespato de San Luis, etc., como también las maderas del Tigre para la fabricación de cajones, llegando este último rubro a la suma de $ 500.000 m|n. anuales, aproximadamente.

Por lo que se refiere a la exportación o mercados limítrofes, el *mercado uruguayo* fué, en gran parte, servido por nuestra producción, habiendo llegado a exportar hasta $ 800.000 m|n. por año. Ese mercado se ha visto muy restringido y casi ha desaparecido, por los aumentos arancelarios que ha creado la industria local.

La *gobeletería*, nombre con que se distingue la producción de toda clase de copas, vasos, juegos para mesa, de todas formas y colores, como también artículos prensados, como ser: azucareras, compoteras, dulceras, desde las más ordinarias hasta las más finas y medio cristal, se produce en el país.



Vista de los salones de exposición y venta de la firma Cristalerías "Papini", S. A., ubicado en la calle Chacabuco 646, Bs. Aires.

Antes se copiaban los modelos venidos de Europa, y hoy se trata de modelos propios, creados por el arte y el buen gusto nacional, que ciertamente no tienen nada que envidiar a los productores extranjeros, todo lo cual fué puesto en evidencia a raíz de la Exposición del año 1924, lo que constituyó una sorpresa para muchos. Desde aquella fecha, y dada esa revelación, la industria del vidrio se ha ido desarrollando cada vez más, hasta el punto de que mucha gente compra nuestros modelos, convencidos de que esos artículos provienen de Francia, Alemania y Checoeslovaquia, me dice un prestigioso industrial del ramo. Con referencia a precios, agrega:

—La competencia local ha logrado hacer rebajar los precios en tal forma, que el público puede comprar:

Vasos a $ 1.— m|n. la docena.

Juegos de 50 piezas, compuestos de:

1 docena de copas para agua
1 docena de copas para vino
1 docena de copas para Oporto
1 docena de copas para Champagne
1 jarra y 1 botellón,

por el mínimo precio de $ 6.50 m|n.!

de manera que están al alcance de los más modestos trabajadores del país.

Por consiguiente, nuestra industria no encarece los artículos, sino que los abarata.

Los sifones que provenían de Checoeslovaquia y se pagaban $ 0.90 m|n. cada uno, hoy los producimos aquí y se venden a $ 0.45 m|n.

Las botellas para leche se importaban de Norte América, vendiéndose a $ 0.28 m|n cada una; hoy, después de muchos tanteos y esfuerzos, hemos conseguido fabricarlas de tan buena calidad como aquéllas, y las vendemos a $ 0.20 m|n cada una.

Lo mismo se puede afirmar de los frascos para perfumería, de los globos para columnas de alumbrado o de cualquiera de los productos que estas fábricas producen.

El ideal para esta industria está ahora en la conquista de mercados limítrofes y en que no se pierdan los frutos de las conquistas realizadas.

ENVIADO ESPECIAL

Buenos Aires, julio de 1933.



El Ing. Yantorno con el señor Luis D'Alvia.

UNA VISITA AL ESTABLECIMIENTO METALURGICO "D'ALVIA HIJOS"

La fabricación de Tesoros, Cajas fuertes y muebles de acero para oficinas, salones de venta, vestuarios, etc. constituye uno de los aspectos más interesantes de la industria metalúrgica.

Fabricar estos artículos con responsabilidad profesional, técnica y moral, es un conjunto de bases, que, reunidas, estimulan mi interés y mueven mi curiosidad para aumentar la consabida encuesta industrial que vengo efectuando a través de las páginas de CARAS Y CARETAS.

Los señores D'Alvia Hijos, por la seriedad y honestidad industrial que los caracteriza, ya consagrados en Buenos Aires desde el año 1919 en que dieron sus pasos, iniciales, con el correr del tiempo se han transformado en uno de los más peligrosos competidores. Esto prueba. que las iniciativas nuevas cuando son bien inspiradas, son consagradas por el éxito.

Encontramos a los señores D'Alvia en su vasto salón de ventas de la calle Victoria 1026 Todos ellos son jóvenes, de sonrisa franca, noble e inteligente; diríase a primera vista, que les es indiferente su propio prestigio industrial, porque al abordarlos para esta crónica, responden con singular modestia: *Somos pichones todavía.*

— ¿Pichones? ¡Gigantes! — aduci y me fui al grano. — Necesito saber cuántos obreros trabajan en su fábrica y cuáles son sus especialidades en la industria metalúrgica.

— Me encanta su brevedad, y por lo mismo, no puedo negarme a contestar sus preguntas — me contesta don Luis D'Alvia, representante de la firma Y agrega: — En nuestra fábrica trabajan actualmente 125 *obreros; en mejores tiempos trabajaron hasta 400.* Esta disminución se debe a las causas que son del dominio público. Proveemos a todas las reparticiones públicas nacionales y municipales y gran parte de las provincias, bancos, compañías, comercio en general y profesionales. Entre los principales trabajos actualmente en ejecución podría citar 20 cajas fuertes para los FF. CC. del Estado. Varios viajes realizados a Europa, con propósitos de estudio de la técnica de las principales fábricas de nuestro ramo y adquisición de las máquinas más modernas, nos permiten hoy especializarnos tanto en tesoros y cajas como en cualquier tipo de mueble de acero. Lo demuestra el hecho de ser la primera fábrica argentina que instaló aquí Tesoros Nocturnos bancarios, con brillantes resultados. Hoy podemos substituir todo el anticuado moblaje de madera por los modernos muebles de acero.

Cuando el señor D'Alvia me hizo estas manifestaciones, puso en sus palabras tal acento de sinceridad, de honesta rectitud de procedimientos. que pienso que ellas representan su apostolado industrial Su producción la colocan directamente desde su salón de ventas o por intermedio de sus representantes en el interior del país, cuyo mercado tienen conquistado en forma auspiciosa y concurriendo a las licitaciones públicas.

Los precios de ventas son un 30 % más bajos que los de la importación. Desgraciadamente — me dice el señor D'Alvia — ocurre con nuestros productos lo que con otros del país: son vendidos por los intermediarios como artículos extranjeros, tal es la perfección de ellos, en homenaje al prejuicio tan arraigado aún, de que la industria nacional no puede producir artículos tan buenos como los importados.

Finalizamos nuestra entrevista y nos dirigimos con el fotógrafo a la fábrica de esta firma, ubicada en la calle Centenera 1729/35, con el propósito de reproducir algunos de sus aspectos. Se trata de un edificio de construcción moderna y dos plantas. Está dirigido por el socio don Antonio D'Alvia, técnico especializado en los ramos que explotan. Nuestras esperanzas no se han defraudado, se trata efectivamente, de una fábrica que está dotada no sólo de las más modernas maquinarias y elementos de fabricación, sino que cuenta con una perfecta organización de la producción y un capacitado y disciplinado personal.

ENVIADO ESPECIAL

Buenos Aires, julio de 1933.



Salón de ventas: Victoria 1026.



Poderosa máquina dobladora de 30 toneladas que dobla metales hasta de 1 pulgada de espesor.

El • general • Viamonte



General Juan José Viamonte.

Derrotado completamente por Artigas el coronel Dorrego, en la acción de Arenrungua, en la Banda Oriental, con toda la división que había sacado de Montevideo, el gobernador Viamonte con las fuerzas de su mando protegió a los dispersos, saliendo a campaña contra los caudillos Otorguez y Blas Basualdo, tenientes de Artigas, a quienes alcanzó y destruyó completamente en el paraje denominado Rincón, el 14 de diciembre de 1814.

De regreso a la capital, pudo prestar nuevos servicios a la patria, que amenazaba hundirse en la guerra civil. Un motín militar había estallado en Fontezuelas el 13 de abril contra el director Alvear: la ciudad se pronunció en favor de la revolución y el Cabildo asumió el mando.

El coronel Viamonte, que nunca confundió los intereses de una facción con los generales del país, tomó una participación activa en estos acontecimientos con el sano propósito de evitar toda efusión de sangre y apaciguar las pasiones encendidas por la lucha de los partidos, y se condujo con tanto tino, con tal acierto en las comisiones que se le confiaron y con tanto éxito, que el Cabildo lo ascendió a coronel mayor, y en la nota que acompañaba el título le decía:

"Grata la patria a los relevantes servicios que V. S. le ha consagrado en los días 15, 16 y 17 del que rige, ha tenido a bien premiar por ahora su distinguido mérito con el empleo de Coronel Mayor, cuyo título se acompaña a V. S., previniéndole que asimismo ha resuelto que en memoria del celo y energía con que defendió la libertad y derechos de sus conciudadanos en los indicados días, se le obsequie un sable que se ha encargado a Londres, en cuya hoja consten inscriptas las causas que dieron mérito a esta resolución". (Abril 24 de 1815).

En mayo 27 del mismo año, volvió a ocupar el puesto de mayor general del ejército de Buenos Aires; y el 21 de julio le confiaba el gobierno el mando de una expedición compuesta de una escuadrilla y división de ejército, que tenía por objeto quebrar la influencia del terrible caudillo de la anarquía en Santa Fe, que siendo parte integrante de la intendencia de Buenos Aires se había declarado independiente bajo la protección de una fuerza de Artigas, desde donde amenazaba a la capital.

Bajo la protección del general Viamonte se restableció el orden en ese territorio: el 2 de septiembre se reunieron los diputados y sancionaron su subordinación al Supremo Director; ocupándose en seguida Viamonte de la organización y defensa de las fronteras. Pero la provincia santafecina se levantó nuevamente en masa, acaudillada por don Mariano Vera, y auxiliada por una división de las tropas de Artigas, que se hallaba en la bajada del Paraná, puso sitio al general Viamonte, que ocupaba Santa Fe.

La división del general Viamonte, que en un principio apenas alcanzaba a 1500 hombres, había sido disminuída en los dos tercios a consecuencia de los refuerzos que había enviado al Perú. "Después de más de 20 días de sitio y de un combate sangriento, en que las tropas de Buenos Aires se defendieron hasta el último trance, el general Viamonte se vió en la necesidad de capitular". Esperaba fuerzas por agua que no llegaron, y las que el gobierno enviaba por tierra en su auxilio no pudieron pasar del Rosario.

En estas circunstancias, fortificado en la aduana y con 70 hombres que le quedaban no podía resistir: la capitulación fué lo mejor posible en tal situación.

Pero con el pretexto de que había inutilizado el armamento que se había comprometido a entregar, fué remitido como prisionero de guerra a Artigas, quien lo retuvo más de un año en su poder.

En 1818 el director Pueyrredón convocó una junta de notables para que aconsejaran al gobierno las medidas que debía tomar para salvar la patria, tanto de las expediciones que la España preparaba sobre ella, como de la ruina con que la amagaban los caudillos.

El general Viamonte formaba parte de esa junta, que opinó debía ordenarse al general San Martín viniera con su ejército a proteger el directorio.

El 19 de mayo de 1818 fué elegido diputado por la provincia de Buenos Aires en el Soberano Congreso, siendo interrumpido en el ejercicio de sus funciones el 25 de enero de 1819, en que fué nombrado general en jefe del ejército sobre Santa Fe, por renuncia que hizo el general Balcarce.

El general Viamonte avanzó hasta el Rosario y después de algunos combates más o menos felices, celebró con los montoneros un armisticio preliminar el 5 de abril. El general Belgrano se trasladó al Rosario y se hizo cargo de todas las fuerzas, y Viamonte se retiró a Buenos Aires, en donde continuó su representación, sinedo elegido presidente del Congreso el 3 de agosto de 1819.

El 14 de mayo de 1821 ejerció el gobierno de la Provincia, como substituto del general don Martín Rodríguez(durante la ausencia de éste en campaña contra Ramírez, caudillo de Entre Ríos, hasta el 6 de junio en que cesó la substitución.)

En 1824 fué electo representante por la ciudad de Buenos Aires (29 de abril).

Formó parte de un consejo que se instituyó por un decreto en tiempo de la presidencia de Rivadavia, con el objeto de activar las operaciones de la guerra contra el Brasil. (Diciembre 18 de 1826).

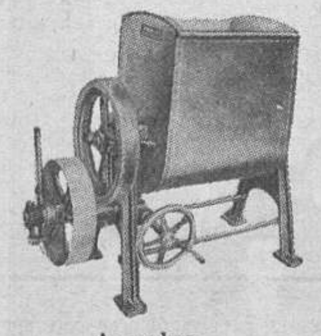
Caída la presidencia, fué electo representante de la Provincia el 9 de agosto de 1827, durante la administración de Dorrego.

El general Lavalle, de acuerdo con el partido unitario, determinó expulsar del gobierno a Dorrego, y lo verificó en la madrugada del 1º de diciembre de 1828. Se hizo una junta popular en San Francisco, donde fué aclamado Lavalle para gobernador. Dorrego tenía partidarios que resistieron con las armas: Rosas aprovechó estos elementos con habilidad, obligando a Lavalle a una transacción, en la que fué aceptado por ambas partes el general Viamonte (26 de agosto) como gobernador provisorio, interín se reorganizaba la junta de representantes y lo confirmaba (1829).

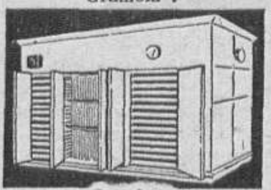
Volvió a ser diputado de la Provincia el 28 de abril de 1830 y otra vez el 9 de mayo de 1831. El 14 de mayo de 1832 renunció a la representación.

El 4 de noviembre de 1833 subió nuevamente al gobierno, pero tuvo que resignar el mando, por el mismo motivo que la vez anterior, el 1º de octubre de 1834.

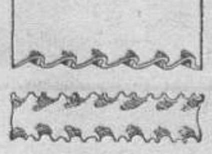
Maquinaria *para la* **moderna fideería**


Amasadora.

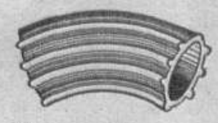

Cilindro Amasador. "Grámola".


Secadero.





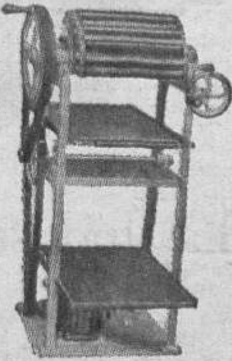


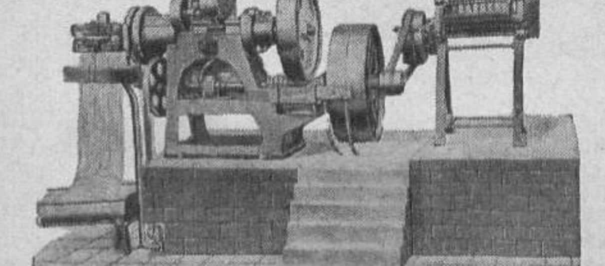


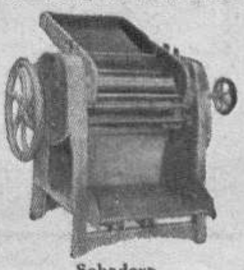
Nuestra casa tiene el agrado de comunicar al gremio que tiene a su disposición toda la maquinaria más moderna que se conoce para Fideerías y una Sección atendida por un técnico especialista cuya misión es atender gratuitamente consultas y solucionar todos los problemas que se le presenten.

Ofrecemos una instalación completa desde $ 5.900, o una pequeña instalación para elaborar tallarines y ravioles a la vista del público desde $ 1.665, y somos, además, representantes exclusivos de la original prensa continua francesa.

Con el objeto de facilitar a que esta industria noble, que ha progresado tan extraordinariamente, modernice sus instalaciones, ponemos a su disposición nuestro plan de ventas con facilidades de pago.


Cortadora de tallarines.


Prensa continua original "Francesa".


Sobadora.

SIAM

SOCIEDAD INDUSTRIAL AMERICANA MAQUINARIAS

DI TELLA Ltda.

Avenida DE MAYO, 1302

BUENOS AIRES

SIAM - Di Tella Ltda. - Av. de Mayo 1302

CUPON

Sírvase mandarme detalles y precios de una instalación completa moderna.

NOMBRE . . . .

DOMICILIO . . . .

TODO PARA LA FIDEERIA MODERNA

Miembros de la Sección Propietarios de Hojalaterías Mecánicas y delegados al Consejo Directivo de la Unión Industrial Argentina.

La Industria de la Hojalatería Mecánica en la República Argentina

Las numerosas e importantes fábricas de hojalatería mecánica e impresiones sobre metales en general, radicadas en el país, sienten en estos momentos de intensa crisis la necesidad imperiosa de pedir por intermedio de sus órganos representativos a los poderes públicos el auxilio eficaz para sus industrias, seriamente amenazadas por la competencia extranjera.

Existen en el país fábricas argentinas, en las que se han invertido capitales respetables para el desarrollo de esta industria, confiada su dirección a la inteligencia y al esfuerzo de hijos de esta tierra, sin otro fin que el de conseguir recompensas equitativas a su inversión, contribuyendo a la grandeza del país en la medida de su modesto esfuerzo, y al bienestar de millares de obreros de ambos sexos, que reunidos al amparo del sagrado vínculo del trabajo, contribuyen a su mejor desarrollo.

Como complemento de la importancia que ha adquirido esta industria en nuestro país, ofrecemos los siguientes datos estadísticos en forma aproximada:

Monto de cap. inver.	$	12.000.000 c. l.
Salarios anuales por concepto de obreros . . .	„	5.000.000 c. l.
Prima por seguros	$	60.000 c. l.
Venta anual por producción . . .	„	15.000.000 c. l.
Obreros ocupados en las fábricas		6.000



Las materias primas que se emplean en esta industria son en su totalidad de procedencia extranjera, por no producirlas el país, tales como la hojalata, chapa emplomada, cinc, hierro galvanizado, aluminio, cobre, hierro negro en chapas para galvanizar en el país, estaño, plomo, fleje, alambre en general, tintas litográficas, barnices, caucho, etc., que tienen en la actualidad fuertes derechos y recargos adicionales de aduana, lo que coloca a la industria de hojalatería en situación desfavorable para competir con los artículos que se importan en envases de lata.

La principal materia prima para la industria de la hojalata, y juzgamos que ésta debería estar exenta de todo derecho fiscal, ya que en la actualidad se eliminan en absoluto el que corresponde a los antisárnicos y también a la hojalata que introducen los frigoríficos para la carne en conserva. Cabe señalar que los antisárnicos se importan al país en latas de 1 a 20 litros, en tambores de hierro y chapa emplomada, no solamente para ser empleados como ele-



Una vista de uno de los talleres de cromolitografía sobre hojalata.

mento curativo de nuestra ganadería (circunstancia especial de su franquicia), sino que se dedica en gran escala a otros usos.

Respecto al kerosene y a la nafta se introducen al país anualmente alrededor de 80.000.000 de litros en latas de 5 galones, pagando un derecho insignificante.

El té, artículo de mucho consumo, también se importa en el país en envases de hojalata, pagando únicamente en la actualidad derecho por su contenido neto.

Los aceites vegetales (partida 2.785), como asimismo los de algodón, colsa, navina y sésamo (partida 2.780); las conservas de legumbres, en latas, frascos, cascos u otro envase (partida 158); aceitunas aprensadas en envases de hojalata (partida 104); son renglones que suman más del 65 % de la totalidad de la materia que se emplea en el ramo de hojalatería, para envases únicamente, sin contar los cincuenta millones de litros de aceite comestible, que aproximadamente se introducen en el país por año,, con un derecho tan mínimo con relación al valor de cada envase si se tiene en cuenta la diversidad de colores con que son hechos, que coloca a la industria del país en condición imposible de competir.

Todos los puntos que dejamos señalados son dignos de la mejor atención de los poderes públicos en estos momentos que se trata de hacer un estudio de nuestra deficiente tarifa de avalúos. Es necesario que pese sobre la balanza de las justas compensaciones este llamado de la industria hojalatera, a fin de tener en cuenta, no solamente los capitales comprometidos, sino la gran masa de obreros que dejan de trabajar en sus fábricas por esta causa, privándose de percibir muchos millones de pesos en jornales, que se restan a nuestra economía por una injusta negligencia de quien debe velar por su intereses. No debemos olvidar que los países limítrofes a nuestra república, donde la industria de hojalata no ha adquirido aún la importancia de la nuestra, se defienden de las importaciones estableciendo en su beneficio derechos prohibitivos.

Las naciones europeas, con leyes de proteccionismo más sabias que las nuestras, defienden sus industrias fijando derecho con elevados aforos a todo aquello que pueda ser un perjuicio para su franco y liberal desenvolvimiento.

Consideramos, en consecuencia, que es un deber argentino poner todo el empeño posible en asuntos de tan vital interés para el comercio de esta industria, liberando de cargas onerosas a todas las materias primas que puedan perjudicarlo. Las que anteceden son circunstancias para pedir que se conviertan en hechos reales y tangibles las patrióticas frases de protección nacional vertidas por el Excelentísimo señor Presidente de la Nación, a fin de ver resurgir las energías y la confianza para el trabajo que hoy les falta, ante la desalentadora perspectiva que presenta el porvenir a esta industria.

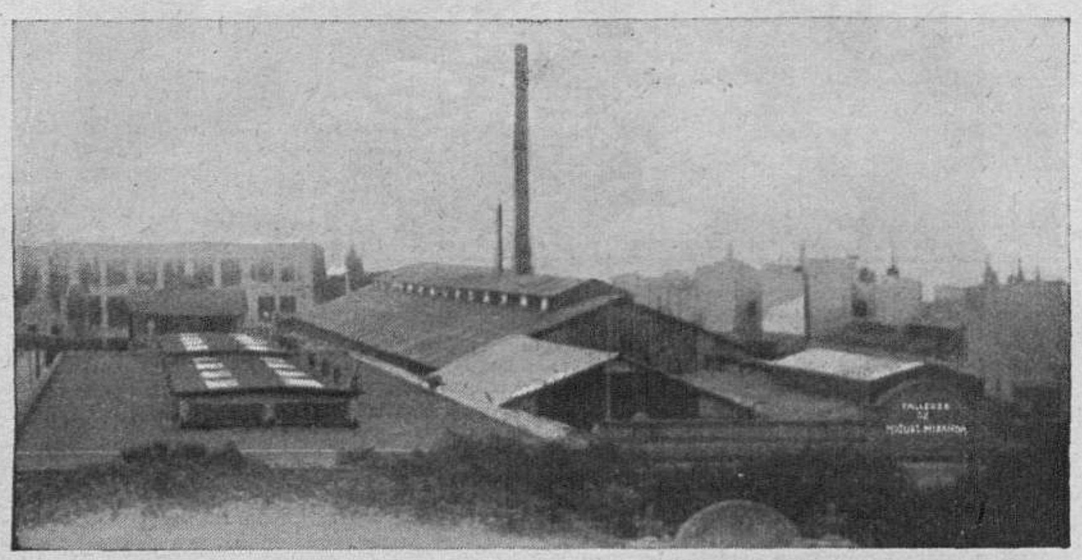


Vista de un taller de hojalatería mecánica.

ENVIADO ESPECIAL

Buenos Aires, julio de 1933.

Una Visita a los Talleres "Miguel Miranda" de Hojalatería Mecánica



Vista panorámica de los talleres de cromo hojalatería mecánica del señor Miguel Miranda. Directorio 1251-59 y 63, y calle José Bonifacio 1253.

La importancia de esta fábrica que el objetivo nos ayuda a presentar y el carácter que tiene su propietario don Miguel Miranda, de presidente de la Sección Propietarios de Hojalaterías Mecánicas de la Unión Industrial Argentina, nos ha hecho considerar útil conocer su opinión sobre los diversos problemas que se refieren a esa rama de la industria, y con gentil amabilidad nos dice el señor Miranda:

—Nuestro gremio es de aquellos que las tarifas aduaneras van en contra de su desarrollo, y un ejemplo típico son los envases que vienen llenos de té que entran en el país sin abonar derechos de aduana, y en cambio la hojalata necesaria para la fabricación de los mismos, abona por derechos y gastos $ 5.00 % el cajón, que al precio actual de la hojalata, representa casi, el 30 % de su valor.

Este es un caso irritante para la industria nacional por cuanto no se puede argumentar que el té sea un artículo de primera necesidad ni tampoco que esta liberación de derechos sea para abaratar el artículo, pues, para venir éste envasado debe ir desde su país de origen — la India — a Inglaterra, donde se fracciona y envasa lo que encarece en $ 0.40 % cada libra de te, lo que no ocurriría si viniera de su país de origen al nuestro directamente.

Con los antisárnicos ocurre una cosa más grave.

El antisárnico entra libre de derecho y la chapa empleada necesaria para la fabricación de los envases para este artículo, paga por derechos y gastos $ 0.10 % el kilo, lo que representa el 50 % del valor de la chapa.

Esta breve nota sobre el té y los antisárnicos podrían servir de ejemplo para las comisiones que están asesorando los tratados de comercio que el P. E. procura concertar con países extranjeros.

—¿Qué beneficios reportarían al país las medidas que usted sugiere?

—Se podría triplicar la ocupación de personal y obreros dedicados a esta industria.

Y en segundo lugar estos talleres pueden prestar al país, en caso de emergencia, grandes servicios en el aprovisionamiento de ejércitos en campaña.

Por estas breves y sintéticas razones creo que las autoridades nacionales no deberían permitir el entorpecimiento del desarrollo de esta importante industria.

—¿Cuántos obreros tiene ocupados?

—Actualmente ocupamos 300 personas de ambos sexos.

Nuestra entrevista había terminado y nos despedimos agradecidos.

Enviado Especial

Buenos Aires, Julio 1933.



Vista de una parte de la sección armado de envases de los talleres "Miguel Miranda".

LOS SECRETOS DE LA CRUZ

También el ingenio es industria y de las mejores. El autor de este artículo fué uno de los espíritus más profundos de la ciencia argentina. Sus disquisiciones acerca del admirable signo, revelan la cultura y la penetración del hombre científico.

"Yo no revelaré todos los secretos de la cruz, porque sería una tarea muy superior a mis fuerzas, y sólo una parte de ella haría interminable mi trabajo. Además, no quiero privar a mis lectores del placer de descubrirlos ellos mismos. Diré tan sólo que a mí me ha iniciado en esos secretos el uso del método que consiste en buscar, por medio del control de los hechos contradictorios, las leyes más generales. Y si yo he podido iniciarme, es evidente que todos los demás podrán hacerlo y que no se necesita mucha inteligencia, sino un poco de actividad y el deseo y propósito de no dejarse engañar, ni por meras afirmaciones, ni por las primeras apariencias.

Para demostrar la gran antigüedad del signo de la cruz, como emblema sagrado, aduciré las pruebas siguientes: Su existencia, como tal, en los sepulcros etruscos y en los del Cáucaso, pertenecientes a la remota edad del bronce. En los ladrillos asirios, en los monumentos egipcios y persas, y en los variados objetos de alfarería y de bronce asiáticos, griegos y etruscos, se encuentra con mucha frecuencia la cruz llamada *griega* +, así como también se ve en el centro de Astarté y en los símbolos de Venus y de Mithra. No menos común es la *crux decussata* × o de San Andrés. Bajo la forma de una llave, tal vez la llave de los misterios, la *cruz ansata* ♀ es también muy común en los monumentos egipcios y se la ve constantemente en las manos de Isis, Osiris y otras divinidades, como símbolo de la vida. "Layard la encontró en las esculturas de Korsabad y en las tablillas de marfil de Nemrod y está esculpida en las paredes de los templos subterráneos de la India". Cuando el Serapeum fué destruído por orden de Teodosio, los cristianos vieron en esa cruz, que encontraron esculpida en piedras, un signo profético de la venida de Cristo, y modelaron bajo el mismo tipo el símbolo de redención".

La *crux immissa* o *patibulata*, llamada a veces la cruz *tau*, por su semejanza con la letra griega (T), es la misma cruz *ansata*, pero sin el asa; es también un símbolo místico de muy antiguo e incierto origen. Algunos arqueólogos la consideran la más antigua de las cruces simbólicas. En el alfabeto hebreo, las letras, en vez de llamarse *a, b, g, d,* etc., tienen nombres de objetos: *aleph* es buey; *beth,* casa; *gimel,* camello; *daleth,* puerta, etc. Pues bien, la *te* se llama *tau* y quiere decir cruz.

En una de las tres religiones principales de la China, el *Taoísmo* de Lao - Tseu, el *Tao* es la razón suprema, el porqué universal. El *Tao,* dice, es impalpable, invisible, inagotable, inaccesible, inexplicable, invariable, ilimitado; es la fuente y el origen de todo; comprende a la vez el absoluto ideal y el mundo material relativo. El conocimiento del *Tao* es la única base de la certeza y el único fundamento de toda la moral.

La cruz *acaballada,* en términos heráldicos,

卐

es un símbolo de sorprendente difusión. Es el emblema sagrado de Vishnú y la *swástica* de los budistas; se ha encontrado en los monumentos celtas y en las urnas cinerarias etruscas y fenicias, así como también en los sepulcros de la edad del bronce en el Cáucaso, y en las más antiguas monedas griegas. La swástica es el diagrama de la evolución, arreglado de manera a ponerlo fuera del alcance de los profanos, y se trasforma en ese diagrama invirtiendo la posición de una de las dos zetas de que está compuesto, de modo que los cuatro garfios formen dos cuadros. (1)

"La cruz era un símbolo común entre los británicos, irlandeses, celtas, druidas y escandinavos. Los conquistadores de América encontraron cruces de piedra y de madera en Méjico. Los muyscas y los Mayas adoraban ese signo, y los Toltecas lo llamaban el *árbol de la vida.* En las ruinas de Palenque y en las de las ciudades de América Central, de prehistórica antigüedad, se la encuentra esculpida en piedras, con guardas que prueban su carácter sagrado".

(1) En vasco, *sua* significa fuego, *as,* principio; *tica* es una desinencia. La etimología de la palabra swástica es *el principio de fuego,* en la lengua de un pueblo que probablemente es el descendiente del *Esaú* de la Biblia y el que conserva más pura la lengua de los antiguos adoradores del fuego.

MATIAS RAMOS MEXIA

La Industria de Pinturas y Barnices en la República Argentina

Una encuesta a los miembros de la Sección gremial de Fabricantes de Pinturas y Barnices adheridos a la Unión Industrial Argentina.

▼ ▼ ▼



STA industria de pinturas y barnices está representada por 14 fábricas que ocupan 1562 obreros. y las fábricas están ubicadas en su totalidad en la Capital Federal y Avellaneda.

La producción de estas fábricas es a base de un 70 % de materias primas nacionales — principalmente aceite de lino y productos derivados de la destilación de petróleo — y el 30 % restante es importado. La importación de materias primas comprende los siguientes productos: gomas, resinas fósiles y colorantes de anilina, óxido de cinc, etc.

De cinco años a esta parte, esta industria ha progresado notablemente y el público le dispensa ya francamente su confianza porque encuentra que la calidad de la producción nacional no difiere y en muchos casos supera a la de procedencia extranjera.

El hecho mismo de que las reparticiones públicas usan estos productos nacionales, confirma elocuentemente la bondad de las pinturas y barnices fabricados en el país.

La producción de esta industria comprende pinturas, barnices, colores secos, aceite de lino, pintura nitrocelulosa, esmaltes, etc.

El 90 % del consumo nacional es servido por las fábricas nacionales que tienen — según me informan la mayoría de los fabricantes — una capacidad productora suficiente para atender a las necesidades internas y conquistar los mercados limítrofes que, por ahora y, dadas las condiciones económicas del momento, no es posible abordarla en forma abierta.

Las siguientes fábricas se encuentran incorporadas a la Unión Industrial Argentina:

Alba Soc. Anónima, ubicada en la calle Grito de Asencio Nº 3735.

Bacigalupo Cº Ltda., calle Pedro Echagüe Nº 3072.

Bauer y Helbling Soc. Anónima, calle Ada. Cruz Nº 1794.

Concaro Pablo, calle Almirante Brown Nº 350.

Goodlass Wall y Cº, Soc. Anónima, calle Agüero y General Acha.

Parodi Barzana y Cº, calle Espinosa Nº 1954.

Proazzi Guller y Wenzel, calle Nahuel Huapí Nº 5825.

Schoenberg H. H., calle Azopardo Nº 920.

Welckens Hnos., calle Donado Nº 1466.

Wolff Bruno, calle Tabaré 1040.

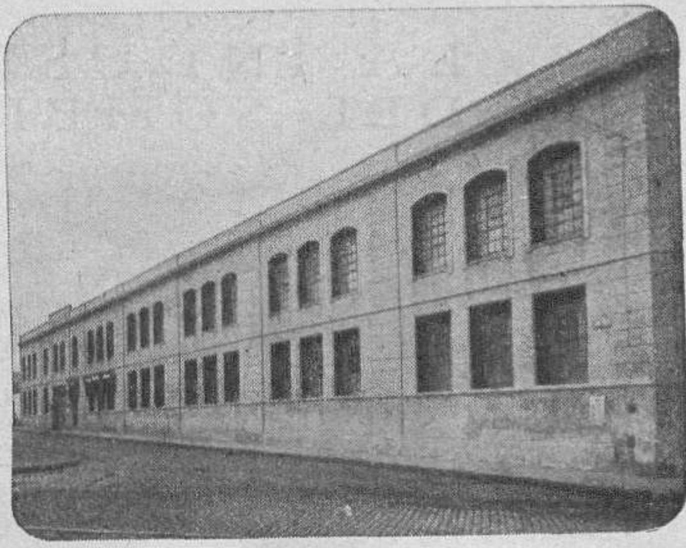
ENVIADO ESPECIAL

Buenos Aires, Julio de 1933.

Una visita al importante establecimiento Fundición y Talleres Piazza Hnos.

▼

ESTE establecimiento industrial fué fundado el año 1888, y están a su frente don Julio Piazza — un benemérito de la industria nacional, — su hermano don Reynaldo Piazza en carácter de director técnico y sus sobrinos señores Juan Esteban Piazza y Augusto Ogno que tienen el cargo de jefes de sección.



Uno de los frentes de la Fundición y Talleres Piazza Hnos., ubicada en la calle Arriola 158, Capital Federal.



De izquierda a derecha señores Nicasio Artola, Reinaldo Piazza, el busto de uno de los fundadores (fallecido) — don Antonio Piazza, — su hijo don Juan Esteban y Agusto Ogno.

El vasto y complicado sistema comercial del establecimiento está a cargo del talentoso gerente don Nicasio Artola, que desde hace 22 años desarrolla su mejor actividad con el aplauso de sus principales.

El señor Artola, a quien interrogamos sobre los problemas industriales que están de actualidad, nos dice:

—En un país tan despoblado como el nuestro, corresponde con carácter indispensable una protección equilibrada de los derechos aduaneros, y si hay ocasiones en que éstos tienen un carácter abusivo — cosa que puede ocurrir — he podido observar que en la mayoría de ellos no perjudica al consumidor, pues este abuso queda compensado con la competencia interna entre los mismos fabricantes.

"De lo expresado se deduce que en las industrias que tienen vida propia, una prodigalidad aduanera se reparte por los mismos efectos que produce con ventajas para el consumidor.

—¿Su producción es objeto de exportación?

— Estamos enviando al Paraguay, al Uruguay y algo a Chile.

—¿Cuántos obreros ocupa?

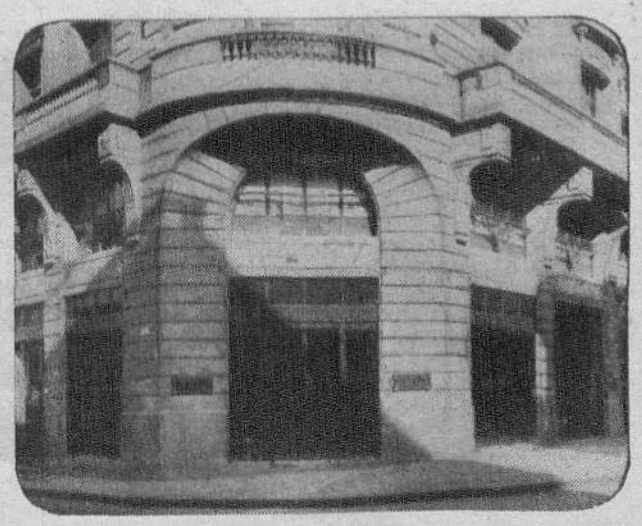
— Actualmente 300 operarios, por lo demás, tenemos una organización comercial perfecta y los rubros de nuestra producción es infinito y compiten con todos sus similares en todo terreno.

"Nuestros rubros principales son: Accesorios para automóviles y carruajes, artículos para bazares, santerías, menaje, ferreterías, herrerías, aguas corrientes, cloacas, accesorios para cuartos de baño y herrajes para ataúdes. Niquelado y cromado.

La entrevista había terminado, y con palabras de aplauso a estos verdaderos "pioneers" de la industria nacional nos despedimos agradeciendo su atención.

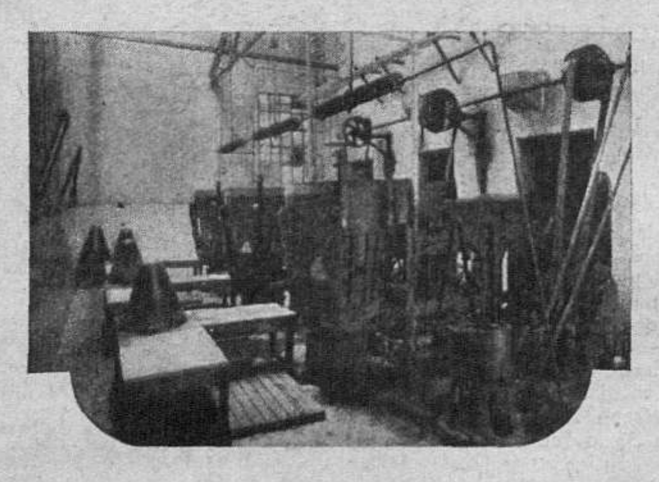
ENVIADO ESPECIAL

Buenos Aires, julio de 1938.



Vista del salón de ventas y exposición permanente de la producción de estos talleres, ubicado en la esquina de Bolívar y Belgrano.

LA INDUSTRIA DEL SOMBRERO



Sección Embastido. Sobre las mesas se ven los conos que sirven de molde para la primera operacion del fieltro.

De las constancias que existen en algunas publicaciones anotamos que la fabricación de sombreros en el país se inició el año 1825, pero en forma rudimentaria hasta el año 1875, en que aparecieron algunos tallercitos instalados en muy modestos locales, alentados y sostenidos durante una larga y fatigosa infancia de 15 a 20 años por un grupo de expertos y entusiastas obreros, entre los cuales figuraban compartiendo el honor de ser fundadores de establecimientos industriales los señores: *Antonio Casalini, Juan Bossi, Antonio Giscardo, Cayetano Dellacha, Carlos Lagomarsino, Marelli y Conti, y G. Franchini y Co.* de cuya firma formaba parte el industrial de ramo don Pedro Dommoni.

— En la exposición nacional de 1898, que se realizó en la plaza San Martín, esta industria, abandonada al propio esfuerzo de sus fundadores, se presentó al torneo industrial con una exhibición sorprendente que le valió como premio la protección aduanera que necesitaba para afrontar la competencia que la producción extranjera le hacía favorecida por el cosmopolitismo y por la idiosincrasia que nos caracteriza.

"Esa protección aduanera provocó un franco desarrollo de la industria del sombrero, que consistió en el aumento de fábricas y una mayor capacidad productora, modernización de sus instalaciones y maquinarias, y notable mejoramiento de la calidad todo lo cual permitió desalojar casi en absoluto la importación.

"Hoy tenemos la satisfacción de decir que nuestras fábricas cubren las necesidades del consumo nacional con sólo trabajar la mitad de capacidad productora — informan los señores industriales — y agregan:

"Las materias primas que intervienen son apenas un 5 % nacionales y el 95% restantes es importada.

"Entre esta materia prima el rubro más importante es el pelo, que tiene una clasificación aduanera desorbitada en absoluto, cosa que no se hace en ningún arancel del mundo, dentro de los cuales la mayor parte de esas materias primas están clasificadas libre de derechos y la menor cantidad se grava con una sola clasificación: *Pelo para Sombreros.*

"Pero nosotros, agrega el industrial reporteado, más papistas que el Papa, o menos afortunados que en la exposición de 1898, esta vez, la exposición de 1924 dió por resultado el que un vista de aduana, que ignora lo que es industria, *descubrió nada menos que los sombreros se fabricaban con pelos de diversas clases* y que en consecuencia debía lucirse haciendo una clasificación en el arancel que ha elevado los derechos de aduana en una forma desconcertante para nuestra industria, tributaria del mercado extranjero que nos provee de materias primas."

— Pero — insistimos — se nos ocurre que esta circunstancia debía ser favorable a la producción de pelo para sombreros en el país, tenemos liebres, nutrias...

— Es verdad a primera vista, pero la producción de pelo es una industria que requiere una gran experiencia, especialmente tratándose de pelo de nutria. El pelo de liebre se produce en parte en el país y la industria consume de esa materia un 10 % a un 15 % del total de sus necesidades en pelo, y esta necesidad está cubierta con la producción nacional de modo que las rebajas arancelarias total o parcial, debe ser para los demás pelos que deben estar en una sola clasificación como se hace en los demás países del mundo.

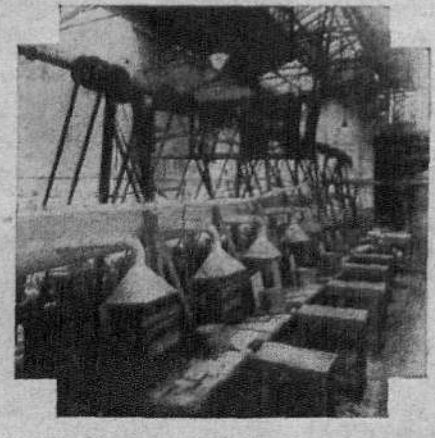
— ¿Por qué la cinta de seda y el tafilete para sombreros no se produce en el país?

— El tipo de cinta y tafilete para sombrero es el producto de industrias veteranas que no pueden ser improvisadas; son hijas de una larga y constante experiencia. Este renglón también puede ser librado de derechos de aduana sin perjuicio para nadie y en favor de la industria extranjera; esto hasta que sea posible fabricarlo en el país.

— ¿Cómo se fabrica un sombrero?

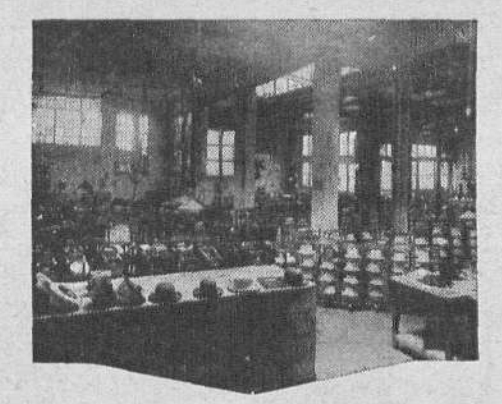
— Los sombreros de fieltro se fabrican con mezclas de pelos de diversos animales, siendo ellos el castor, la nutria, la liebre y el conejo, y dependiendo la calidad de los fieltros de las distintas proporciones en que entran unos y otros. El pelo de liebre y conejo entra en la fabricación del sombrero común. El castor y nutria solamente en las calidades finas.

Estos pelos antes de ser empleados en la industria del



Rouletosas. — Máquinas que hacen una de las operaciones del fulado.

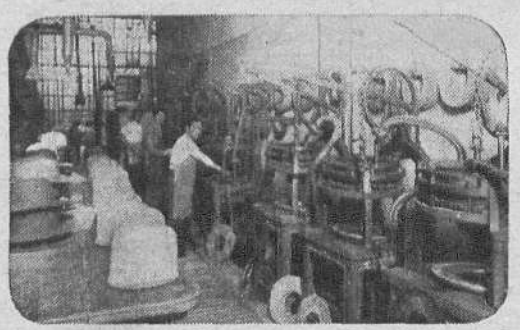
fieltro sufren una preparación especial en las "Couperies" (fábricas de pelo) a base de mercurio y ácido nítrico, teniendo una gran influencia sobre la calidad el estacionamiento de dichas pieles en sótanos especiales donde debe haber siempre el mismo grado de humedad y la misma temperatura. Estas pieles luego son cortadas con máquinas especiales, de manera que el pelo quede en todo su largor y, en cambio, el cuero es desmenuzado e inutilizado para todo uso. Ese pelo se limpia, se sopla, se clasifica, etc.



Costura. — Sección donde se colocan las guarniciones a los sombreros. (Tafiletes, cintas, forros, etc.).

La preparación del mercurio y ácido nítrico que se da a las pieles es para ayudar al *trabajo de embastido o fula* que es la base de toda la fabricación del sombrero de fieltro.

Una vez determinada la calidad y tipo de sombrero que se desea hacer, es decir, una vez hecha la mezcla de los distintos pelos y determinado el peso del sombrero y el tamaño de ala que debe tener, se lleva dicho pelo a una máquina llamada embastidora, donde por medio de una combinación de mecanismos se hace caer el mismo sobre un cono de cobre perforado que tiene una altura de 75 a 80 centímetros que gira y debajo del cual se hace el vacío. Se le inyecta un chorro de agua hirviente y luego se le saca de dicho cono, invirtiéndolo, como si se le sacase una camisa, pero siempre conservando y cuidando dicha forma cónica.



Prensas. — Máquinas que bosquean la forma definitiva del sombrero (copa).



Sabiosas. — Sección donde se da al sombrero la forma definitiva del ala.

Aquí empieza el proceso llamado de *fula* que consiste en reducir el tamaño de dicho embastido o campana hasta que tenga 27 centímetros de altura y siempre conservando la forma cónica. Esto se obtiene a mano o con una serie de máquinas de las más diversas, trabajando siempre con agua hirviendo, base de toda la fabricación y calidad del fieltro.

Cuando está reducido a este tamaño, se tiñe, durando esta tintura más de tres horas y luego por medio de otras máquinas, se le forma el ala y se le abre la copa.

De aquí empieza el proceso de terminación que consiste en refinarlo con papeles de lija especiales, plancharlo, enformarlo hasta que tomando su forma definitiva de ala y copa, va a la costura donde se guarnece con el tafilete, cinta y forro.

Así brevemente como se explica la fabricación de un sombrero hay que pensar que desde su iniciación en la embastidora hasta llegar a la costura el pelo o fieltro pasa por 23 manos distintas. Es tal vez la industria donde más se requiere la mano del hombres, pues dependen del tacto humano todas sus condiciones de buen fieltro.

ESTADISTICA

En la actualidad la capacidad productora de esta industria supera las necesidades del consumo nacional.

En diciembre de 1924 se estableció el siguiente cuadro correspondiente a la posición global que ocupaba la industria del sombrero el año 1923 y al lado se colocan las cifras correspondientes a 1932.

	1923	1932
Capitales	$ 8.980.875	$ 18.000.000
Producción . . .	„ 11.743.917	„ 20.000.000
Materias primas .	„ 5.817.600	„ 10.000.000
Personal ocupado	3.240	5.000
Número de fábricas	17	27

NOMBRE Y DIRECCION DE LAS FABRICAS QUE ESTAN ASOCIADAS A LA UNION INDUSTRIAL ARGENTINA Y FECHA DE SU FUNDACION

Aravena Egidio, Freire 321, Buenos Aires, fundada el año 1908; *Brousson Hnos.*, Carlos Pellegrini 62, Buenos Aires, fundada el año 1889; *Conti Carlos e hijo*, San José 1788, Buenos Aires, fundada el año 1885, *Dominoni S. A. Ind. y Comerc. Ltda.*, Cangallo 1260, Buenos Aires, fundada en 1904; *Lagomarsino, Garbesi y Cía.*, Junín 651, Buenos Aires, fundada el año 1891; *Máspero Luis A.*, Av. Pavón 5873, Talleres F. C. S., fundada el año 1907; *Noé y Cía.*, Independencia 472, Buenos Aires, fundada el año 1899 *Pogliaga y Cía.*, Peña 2627, Buenos Aires, fundada el año 1907; *Poletti y Caligaris*, Sáenz Peña 1756, Buenos Aires, fundada el año 1912, *Rebollo Hnos.*, Alberti 1354, Buenos Aires, fundada el año 1904; *Saibene Etchegaray M.*, Castro Barros 611, Buenos Aires, fundada el año 1912; *Simonetti Ricardo y Cía.*, Pavón 3843, Buenos Aires, fundada el año 1912; *Sozzani y Cía.*, Páez 2339, Buenos Aires, fundada el año 1923; *Subirá y Cía.*, San Martín 1620, Banfield, F. C. S., fundada el año 1920; *Sucesión de Juan Audisio*, Río Cuarto 1799, Buenos Aires, fundada el año 1892; *Trinch Hugo e hijo*, Av. Mitre 2870, Sarandí, F. C. S., fundada el año 1916; *Valle y Dusio*, Conde 2646, Buenos Aires, fundada el año 1908.

ENVIADO ESPECIAL

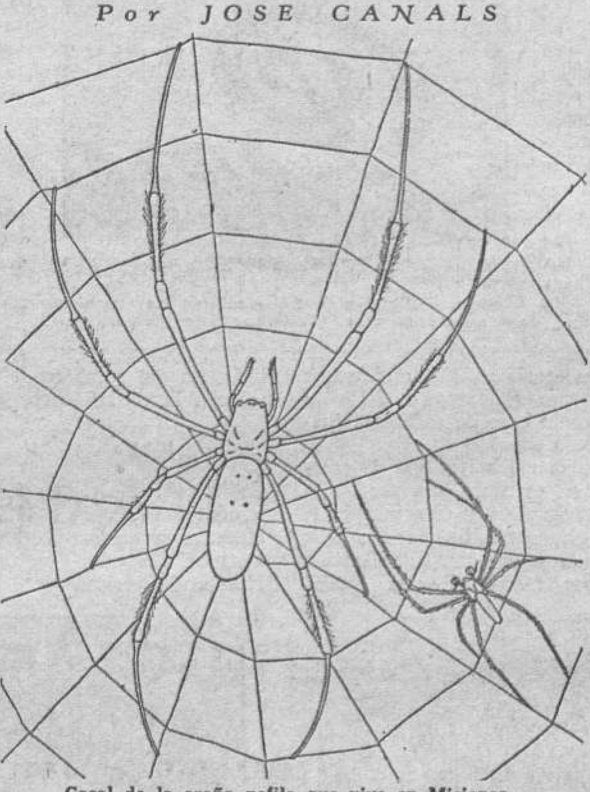
Buenos Aires, julio de 1933.

EL PARAISO DE LAS ARAÑAS FEMINISTAS

Por JOSE CANALS

Muy pocos lectores de "Los viajes de Gulliver", del célebre escritor irlandés Jonathán Swift, suponen la existencia de animales cuyas especies tienen diferencias de tamaño análogas a las que ofrecen los protagonistas de la maravillosa ficción, y, sin embargo, así ocurre en varios componentes de la gran familia araneológica, destacándose por dicha particularidad unas arañas denominadas nefilas, en las que el sexo fuerte y dominador es precisamente el femenino.

Ya mi buen amigo el doctor Angel Cabrera, que tanto aprecio y admiro, publicó hace algún tiempo, en estas mismas páginas, una de sus interesantes colaboraciones acerca del aspecto y singulares costumbres de varios animales en que el sexo femenino aventaja al otro por completo, señalando distintos ejemplares masculinos, tan insignificantes por su relativa pequeñez corporal, que hasta inspiran conmiseración.



Casal de la araña nefila que vive en Misiones.

La nefila es una araña que vive en clima cálido, existiendo algunas en nuestro país. Las que he visto, procedentes de la provincia de Santa Fe y de Misiones, son bastante grandes, midiendo el cuerpo en la hembra 28 milímetros sin las extremidades, mientras que el pobre macho alcanza sólo a 8 y ¾. He tenido curiosidad de saber el peso de ambos, resultando de 1 gramo y 21 centigramos en la primera y de 3 ½ centigramos en el segundo. Esa considerable diferencia de tamaño y de peso es aún muchísimo mayor en otras nefilas. El famoso aracnólogo francés E. Simon, en su monumental obra "Histoire Naturelle des Araignées", cita unas, de la isla de la Reunión, cuyo macho mide 15 veces menos que la hembra, teniendo un peso inferior en 1300 veces y un volumen más pequeño en 1500, desproporción acentuada en otra especie donde el macho es, comparativamente, 24 veces menor.

El precitado autor describe también en forma minuciosa las inmensas telas de estas arañas, que a veces miden más de un metro de diámetro y que tienden entre los árboles, muros viejos o debajo de las cornisas, según sea la especie que las construye. Difieren de otras redes orbiculares por su forma en conjunto, la disposición definitiva del hilo espiral llamado de fundación, sus círculos anchos viscosos, que emplean a manera de "pega-pega" para la caza de insectos, y por la diversa coloración de las sedas. El punto desde donde parten los radios y en el que permanece quieta la propietaria, que por lo regular en las demás telas es aproximadamente su centro, las nefilas lo sitúan en el borde superior, que es truncado y aun escotado, y los hilos no son uniformemente blancos, sino que unas tienen partes blancas y el resto amarillo, otras los tejen de hermoso color amarillo oro, y, finalmente, las hay que emplean sedas blancas unas veces y amarillas en las siguientes, sin que pueda adivinarse la causa que determina el cambio.

Quienes conocen la ferocidad de las arañas con sus semejantes, se imaginarán el pavor y la angustia de la nefila macho ante la indiscutible superioridad material de su consorte, cuando aun en otras especies donde los dos sexos presentan igual o parecido volumen, debe el representante masculino vivir siempre alerta si desea salvar su vida.

¿Y qué decir del efecto que pueda causar al desventurado progenitor el enorme crecimiento de sus hijas, que al poco tiempo de nacer y mucho antes de ser adultas lo superan en tamaño y poder? Menos mal que la naturaleza ha previsto las funestas consecuencias de la reunión de especies que tienen instintos crueles hasta para la familia, con la dispersión prematura de los hijos, y es así que la madre de las nefilitas las ahuyenta de su lado no muchos días después de nacidas, abandonando éstas la tela maternal indistintamente por "vía" aérea, arbórea o terrestre.

Los incrédulos dudarán probablemente de mi referencia sobre el vuelo de las arañas. No es que estos octópodos tengan alas, ni tampoco que empleen un avión para el forzado viaje; su sencillo aeroplano consiste en varios hilos tenues de su propia seda que extienden a voluntad y, asidos de ellos, se lanzan al espacio, encargándose el viento de hacerlos volar hasta que las ramas de un árbol u otro impedimento los detiene.

¿Qué pecado cometieron los remotos ascendientes de las nefilas para merecer tal castigo? No pretendo descubrir el misterio, pero bien puede haber ocurrido que la desproporcionada creación responda al propósito de calmar el exagerado entusiasmo de quienes consideran la preeminencia física como un exclusivo privilegio masculino.

José Canals.

PIDAN **Pineral**



El mejor

Aperitivo Argentino

Preparado a base de naranja

Todo ciudadano debe cooperar a la prosperidad del país usando los productos de fabricación nacional.

Defender la industria nacional es servir a la patria.

PINI Hermanos & Cía. Lda.

Pte. Luis Sáenz Peña 1074

BUENOS AIRES

A TRAVES DEL PROGRESO ARGENTINO

Una novedad extraordinaria para Buenos Aires

▼ El secreto de vivir cómodamente. — Método rápido y norteamericano. — Las personas distinguidas pueden comer bien y barato. — Un refugio agradable. — La higiene y la salud. — Nueva York en Buenos Aires. — Metropole Lunch Cny. ▼



Frente del restaurante más grande de Sud América: "Metropole Lunch Cny", Alsina 665

AVENIDAS; rascacielos; autos; aviones; cócteles; luz; ruidos. Es el progreso de la vida dinámica argentina. Hermosa realidad si no tropezamos con un fantasma negro:

— *¡La crisis!*

Pero la crisis en Buenos Aires es un fantasma sólo para los que no saben vivir cómodamente, porque ignoran que la gran capital argentina se acomoda al ritmo de las grandes naciones.

— *¿Vamos a comer?*

— *¡Triste realidad! ¿Dónde?*

Estábamos cansados de buscar restaurantes cómodos, baratos e higiénicos, donde el ambiente estuviera de acuerdo con nuestra categoría social. Además nuestra existencia relámpago nos obliga a ir en procura de establecimientos donde se nos sirva con rapidez. De repente nuestra curiosidad descubrió un cartel luminoso que decía: *Metropole Lunch Cny.*

Entramos. Un simpático negrito vestido de rojo nos recibe:

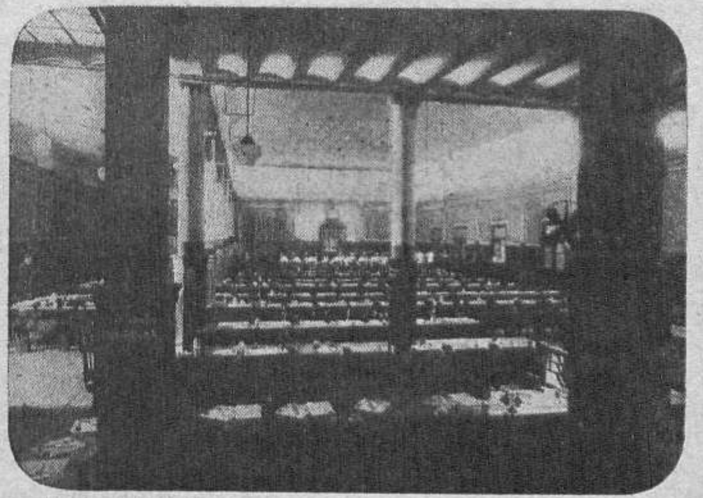
— *Buenos días, señores. Pasen.*

Fantástico salón de proyecciones tales como no habíamos visto nunca en Buenos Aires. Verdadero enjambre humano en el que más de mil personas comen tranquilamente, en una atmósfera exquisita, de distinción y cultura. A la entrada se nos entregó una cartulina donde está fijado el precio de los manjares. Una vez ubicados en las cómodas butacas, acudió presurosa a atendernos una camarera pulcramente uniformada. A medida que íbamos solicitando los platos, ella marcaba en el "tickett" el importe de la consumación. Es un método rápido y honesto que evita todo error. Comimos opíparamente por un precio tan módico que sólo puede explicarse por la enorme clientela que posee la casa. Por otra parte contribuye a que el público se sienta satisfecho, la plausible novedad de que las propinas hayan sido prohibidas, suprimiéndose también el valor del cubierto. Es una formidable organización de la cual los argentinos debemos sentirnos orgullosos. Como periodistas nos resultaba interesante conocer interiormente el mecanismo de este gran restaurante donde los comerciantes, empleados, hombres ricos, estudiantes, damas y niñas pueden disfrutar por poco dinero de platos excelentes.

¡Admirable espectáculo el de aquel gran salón! Niñas y señoras ubicadas en mesas especialmente reservadas para ellas, comían tranquilamente, olvidándose de los prejuicios ridículos, que criticaban a la mujer que antiguamente iba a comer sola al restaurante.



Aspecto interesante de los grandes comedores a la hora .. del almuerzo. ..



Vista parcial de las enormes instalaciones del "Metropole Lunch", donde la higiene y el confort son uno de los grandes atractivos.

Las modalidades de la vida moderna, que obligan a la mujer a ganarse la vida honradamente, le permiten encontrar en el Metropole Lunch un ambiente digno de todas sus virtudes. La nueva mujer argentina puede disfrutar, gracias a esta obra de progreso, de un almuerzo o cena tranquila, sin necesidad de perder tiempo en los largos viajes que antes debía realizar para llegar hasta su casa. La falta de tiempo la obligaba a comer poco y rápidamente, con perjuicio para su salud.

Visitamos el interior del establecimiento. Magníficas cocinas de una higiene impecable, donde numerosos cocineros y ayudantes, haciendo gala de una limpieza absoluta, preparan los platos más variados; maquinarias modernas para todos los usos, desde la lavadora que limpia, seca, esteriliza y calienta ocho mil platos por hora, hasta la máquina peladora de legumbres, sin contar los grandes frigoríficos y los termos para conservar la temperatura de las fuentes; toda la organización interna de la casa reúne excelentes condiciones para colocarla al nivel de los establecimientos gastronómicos más famosos del mundo.

Los manjares se preparan a la minuta, de diez a veinte raciones cada vez, para evitar el sabor desagradable de la comida recalentada.

Hace pocos meses se inauguró el Metropole Lunch Cny. Sin embargo, es tal el atractivo que ofrece al público, que ya va resultando pequeño a pesar de sus comodidades. Diariamente desfilan por allí más de dos mil personas, entre las que se ven no solamente empleados y empleadas de comercio, sino también abogados, médicos, funcionarios públicos, estudiantes de ambos sexos, etc.

Muchas personas que se hospedan en hoteles encuentran cómodo, por la modicidad de los precios y la elegancia del ambiente, ir a comer al Metropole. Se ha implantado un sistema muy útil, un carnet con bonos, que se vende al precio de veinte pesos y que pone al alcance de los clientes un cómodo procedimiento para economizar. Este carnet consta de vales por un peso y cincuenta centavos, los que en realidad representan dinero, pues si el cliente consume por valor de setenta centavos y paga con un bono de un peso, recibe el vuelto de treinta centavos en efectivo.

CARAS Y CARETAS se complace en ser la primera que difunde en toda la República la importancia de este restaurante maravillosamente organizado con todos los adelantos de la civilización.



Señoras y niñas saboreando tranquilamente su cena o almuerzo dentro de un elevado ambiente de cultura.

El Aceite de Oliva hace su cutis fascinador

...y da ese color verde al Palmolive.

TAN cierto es hoy como en los tiempos de Cleopatra: "para la belleza, su cutis necesita el aceite de oliva". Durante 3.000 años, el aceite de oliva ha sido apreciado para la hermosura del cutis... a través de los años, ha sido la solución infalible para obtener un cutis más suave, encantador y adorable. Por eso más y más señoras, día a día, aprecian el Palmolive, porque este jabón verde-oliva está hecho del preciado aceite de oliva.

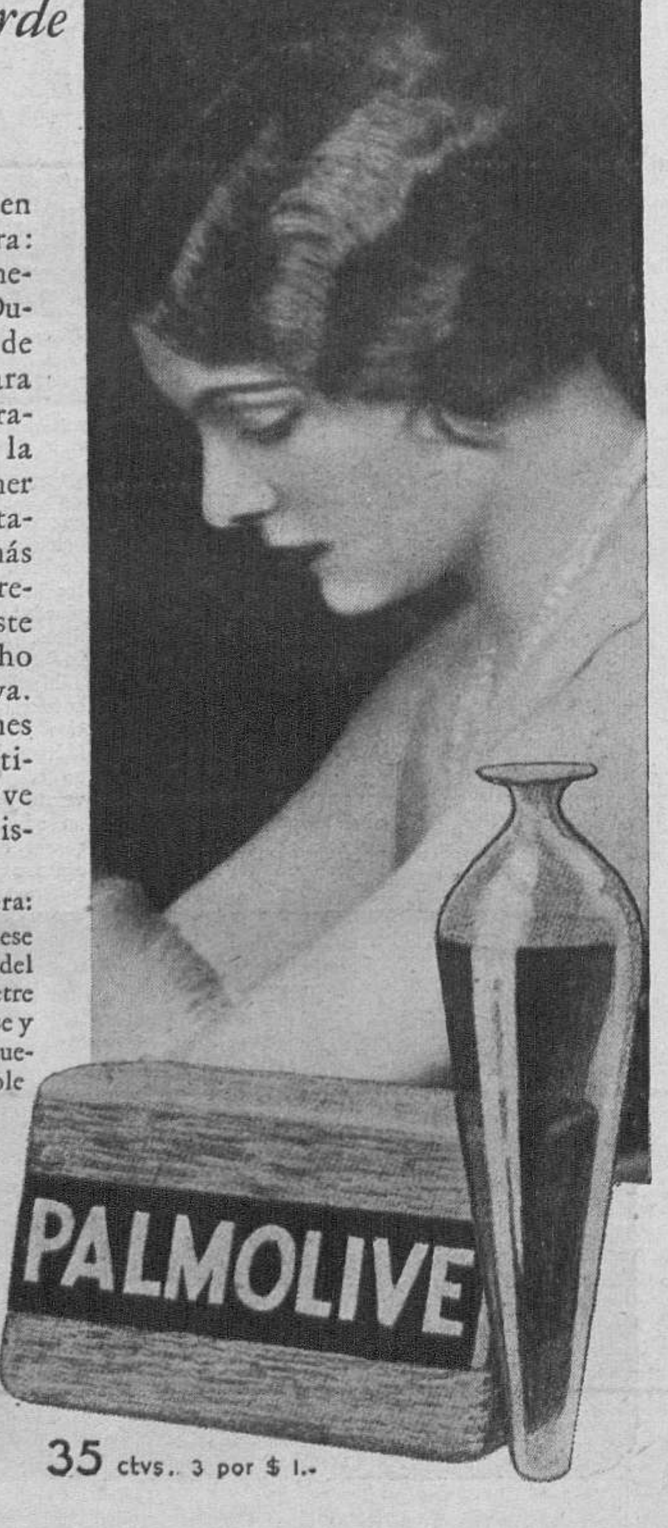
Palmolive no tiene perfumes penetrantes... ni colores artificiales. El verde del Palmolive es el verde natural de sus mismos aceites vegetales.

Use el Palmolive de esta manera: Por la mañana y por la noche frótese el cutis con la balsámica espuma del Jabón Palmolive hasta que penetre bien en los poros - luego enjuáguese y séquese delicadamente. Su cutis quedará suave, fresco, juvenil y adorable

* * *

Tanto aceite de oliva entra en cada pastilla.

El frasco a la derecha muestra la cantidad de aceite de oliva que entra en cada pastilla del Jabón Palmolive. Por eso, más de 20.000 especialistas en belleza recomiendan el Jabón Palmolive.



Año XXXVI Buenos Aires, 8 de julio de 1933 Número 1814







José S. Alvarez, fundador

Mariano Boedo, diputado por Salta y vicepresidente de la magna asamblea.

Francisco Narciso de Laprida, diputado por San Juan y presidente del Congreso que proclamó la Independencia Argentina.

Mariano Serrano, diputado por Charcas y secretario del histórico Congreso.

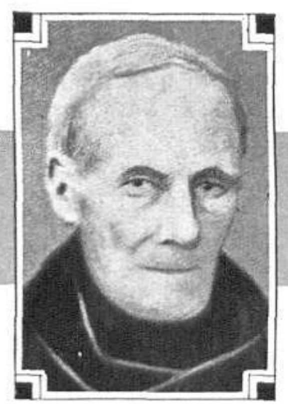
¿Quiénes fueron los que declararon nuestra independencia en el Congreso de Tucumán?



Juan José Paso, diputado por Buenos Aires y secretario.



Doctor Pedro Medrano, diputado por Buenos Aires.



Presbítero José Colombres, diputado por Catamarca.



Pedro Ignacio de Castro Barros, diputado por La Rioja.

Interior de la Casa Histórica del Congreso de Tucumán.



Pedro Francisco de Uriarte, diputado por Santiago del Estero.



Presbítero Antonio Sáenz, diputado por Buenos Aires.



Pedro León Gallo, diputado por Santiago del Estero.



Esteban Agustín Gascón, diputado por Buenos Aires.


Tomás Godoy Cruz, diputado por Mendoza.


Tomás Manuel de Anchorena, diputado por Buenos Aires.


Justo de Santa María de Oro, diputado por San Juan.


Cayetano José Rodríguez, diputado por Buenos Aires.

Edificio dentro del cual consérvase en la actualidad la Casa Histórica.


General José Ignacio de Gorriti, diputado por Salta.


Gerónimo Salguero de Cabrera, diputado por Córdoba.


Teodoro Sánchez de Bustamante, diputado por Jujuy.


José Darregueyra, diputado por Buenos Aires.



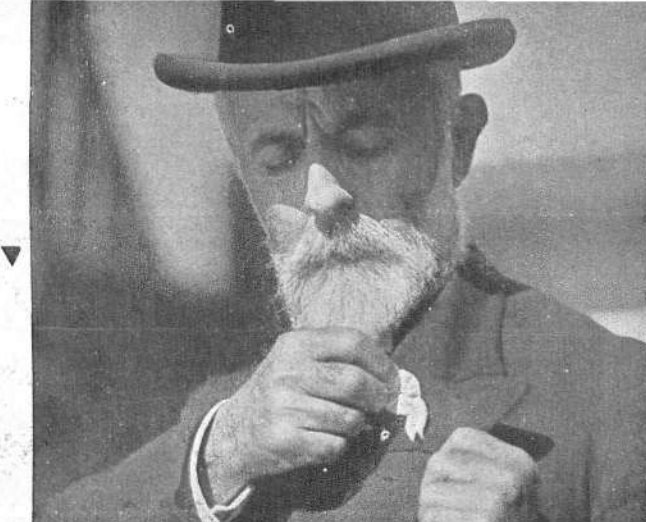
Recordando a la patria de antes.



El alemán se adhiere a nuestra fiesta.



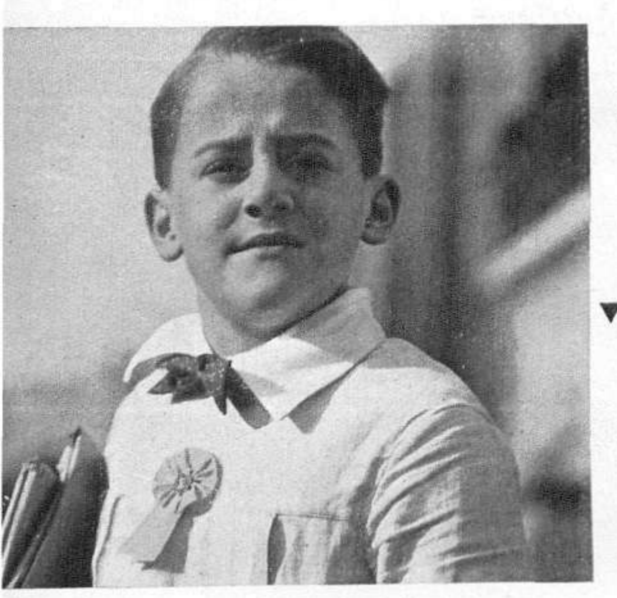
El homenaje cordial del italiano.



Los años no apagan el fervor patriótico.

En la escarapela nacional hay una gran emoción de patria

Lea en las primeras páginas el artículo de Adolfo Lanús.



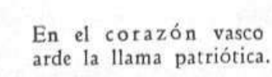
La esperanza del futuro.





El patriotismo altruista de la maestra.





La obrerita que hace patria en el taller.



Patriotismo universitario, sereno y altivo.

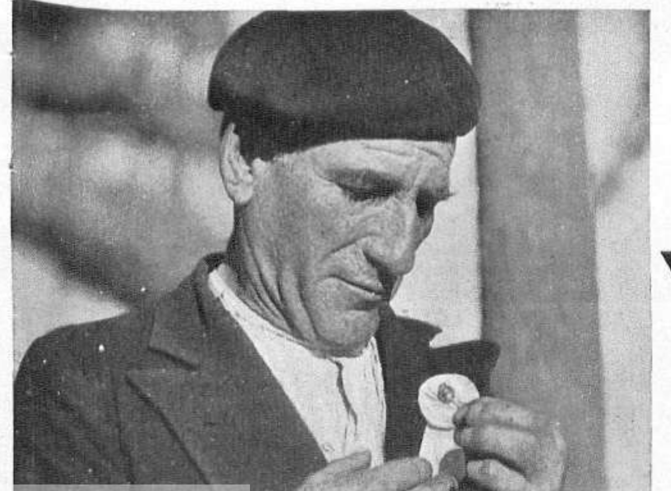
La juventud, base y sostén del presente.



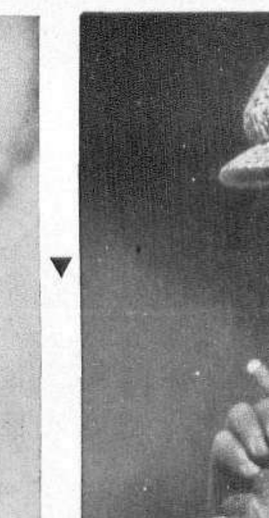
El primer chispazo de amor patrio.



En el corazón vasco arde la llama patriótica.



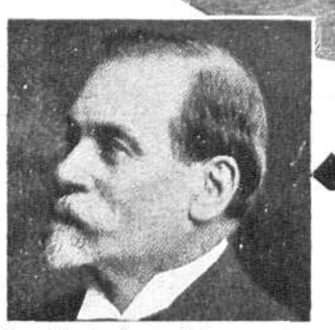
El ardiente amor cívico del proletario.



El Cabildo de Buenos Aires

MONUMENTO NACIONAL

El Cabildo, en 1829, frente a la plaza de la Victoria y a la Pirámide, que no estaba coronada por la estatua de la Libertad.


Don Tomás Santa Coloma, que, en 1891, fué el promotor de la restauración del edificio.

La plaza de la Victoria, en 1884. El Cabildo ostenta su torre, hoy desaparecida a raíz del peligro que ofrecía para los cimientos del edificio.


Don Federico Santa Coloma Brandsen, director actual del Museo Histórico del Cabildo.


El senador nacional doctor Ramón S. Castillo, que defendió en el Senado el proyecto del doctor Pueyrredón.

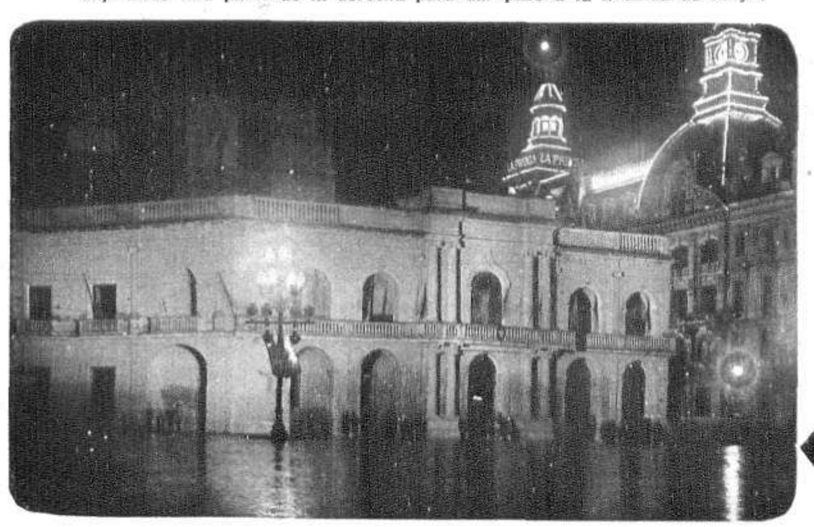
El momento actual de la reliquia. Por razones edilicias transformóse en ochava la esquina de Victoria y Bolívar, sacrificando un pedazo de la izquierda.

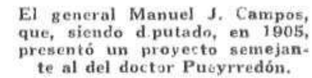

La primera transformación del Cabildo. Obsérvense los cambios sufridos por la torre del reloj, hoy desaparecida.

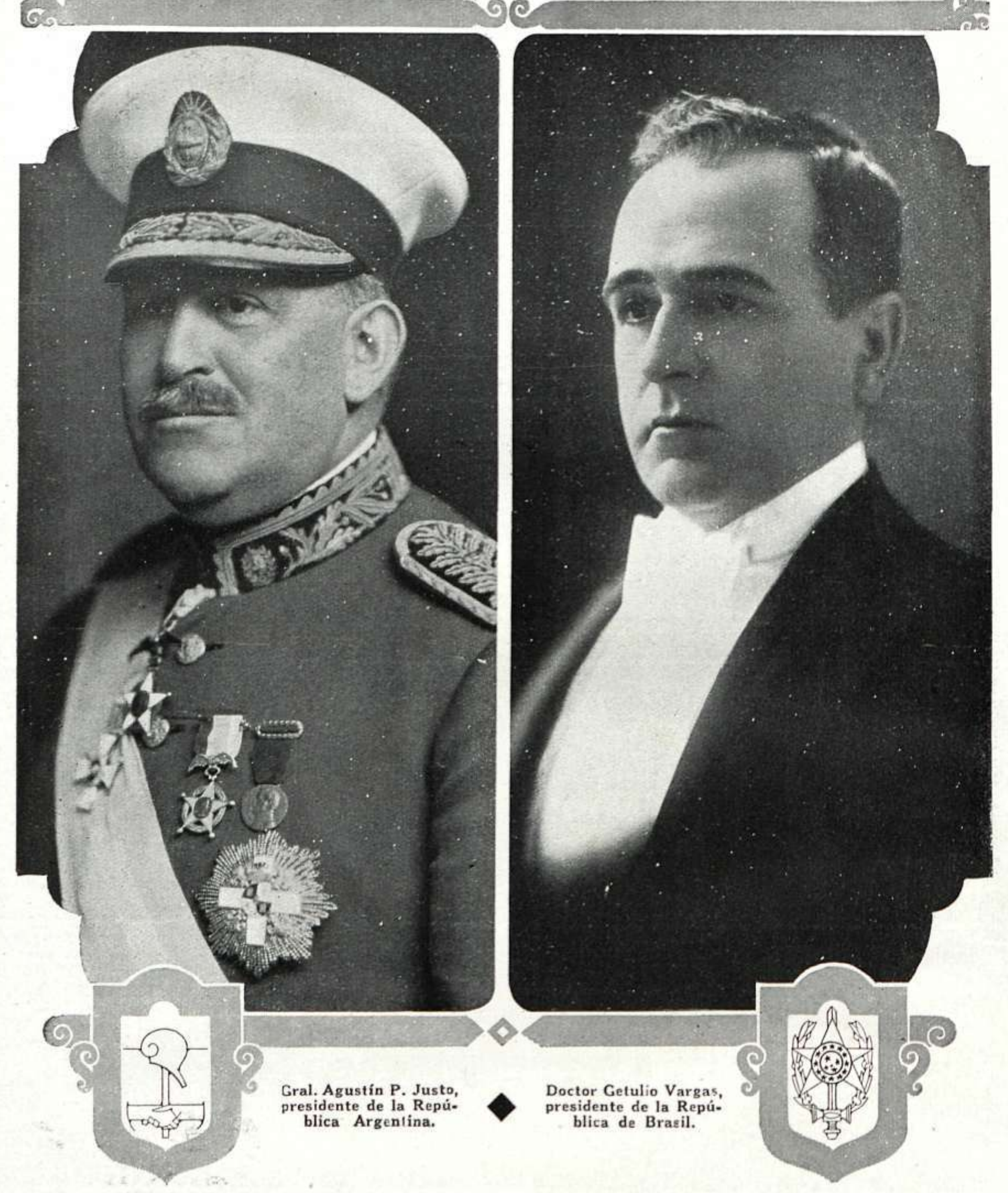

El frente de la gloriosa casa, después de haberse derribado la torre y suprimido una parte de la derecha para dar paso a la avenida de Mayo.

El doctor Adrián Escobar, que obtuvo la sanción del proyecto en la Cámara de Diputados.


El diputado C. A. Pueyrredón, que proyectó transformar el Cabildo en monumento nacional.


Al resplandor de las luces, en una noche de fiesta patria, el Cabildo destaca su línea austera sobre los edificios de la ciudad crecida al calor de sus recuerdos inmortales.



El general Manuel J. Campos, que, siendo diputado, en 1905, presentó un proyecto semejante al del doctor Pueyrredón.



Gral. Agustín P. Justo, presidente de la República Argentina.

Doctor Getulio Vargas, presidente de la República de Brasil.

La entrevista de los mandatarios argentino y brasileño

La entrevista de los presidentes de la Argentina y Brasil tiene un valor significativo en la vida sudamericana. De ahí que el anunciado viaje del general Justo a la hermosa ciudad carioca sea esperado con regocijo, no sólo por los pueblos de ambos países, sino por los de todas las naciones del mundo; porque en esta hora de incertidumbre universal, América es una esperanza, y la Argentina y el Brasil dos crisoles de paz y de concordia universal, por su tradición histórica y por el elevado criterio moral que anima en la vida de ambos países.

LA JURA DE LA ENSEÑA PATRIA



Sobre el cielo purísimo de la luminosa mañana se recorta, gallarda y flameante, la gloriosa bandera "que jamás fué atada al carro de ningún vencedor de la tierra", y a la cual los jóvenes soldados argentinos juran defender con su vida.

FOTO ESPECIAL DE "CARAS Y CARETAS"

El arma mortífera de los tiempos modernos: la ametralladora. Piezas

COMO SE INSTRUYE AL

Al grito de "¡Viva la patria!", una columna del Regimiento 2 se lanza al ataque



Sobre la trama sutil del telar, la habilidad de las manos va trazando un maravilloso arabesco.

LA OBRERA ARGENTINA

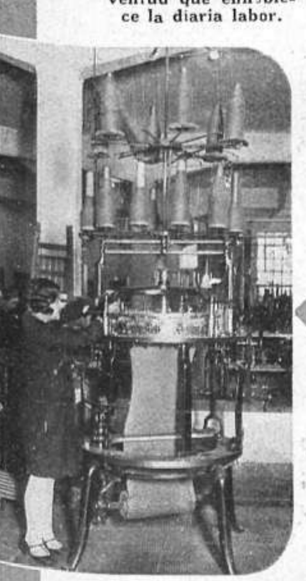


Sonrisa de satisfacción, sonrisa de juventud que ennoblece la diaria labor.



Enmudeció el taller, y la algarabía de las obreritas se vuelca en las calles de la ciudad.

Hasta las más modernas máquinas necesitan el cuidado de las manos obreras.



La obrera argentina no tiene qué envidiar a la extranjera.

◆

Como una romántica evocación de épocas lejanas, se nos aparecen estas ruecas en la dulce penumbra de un contraluz.





Un rostro sereno y joven, familiarizado ya con el monstruo.

La cabeza de las tropas, en la Avenida de Mayo, el 9 de Julio de 1911.

CARAS Y
CARETAS

LOS DESFILES



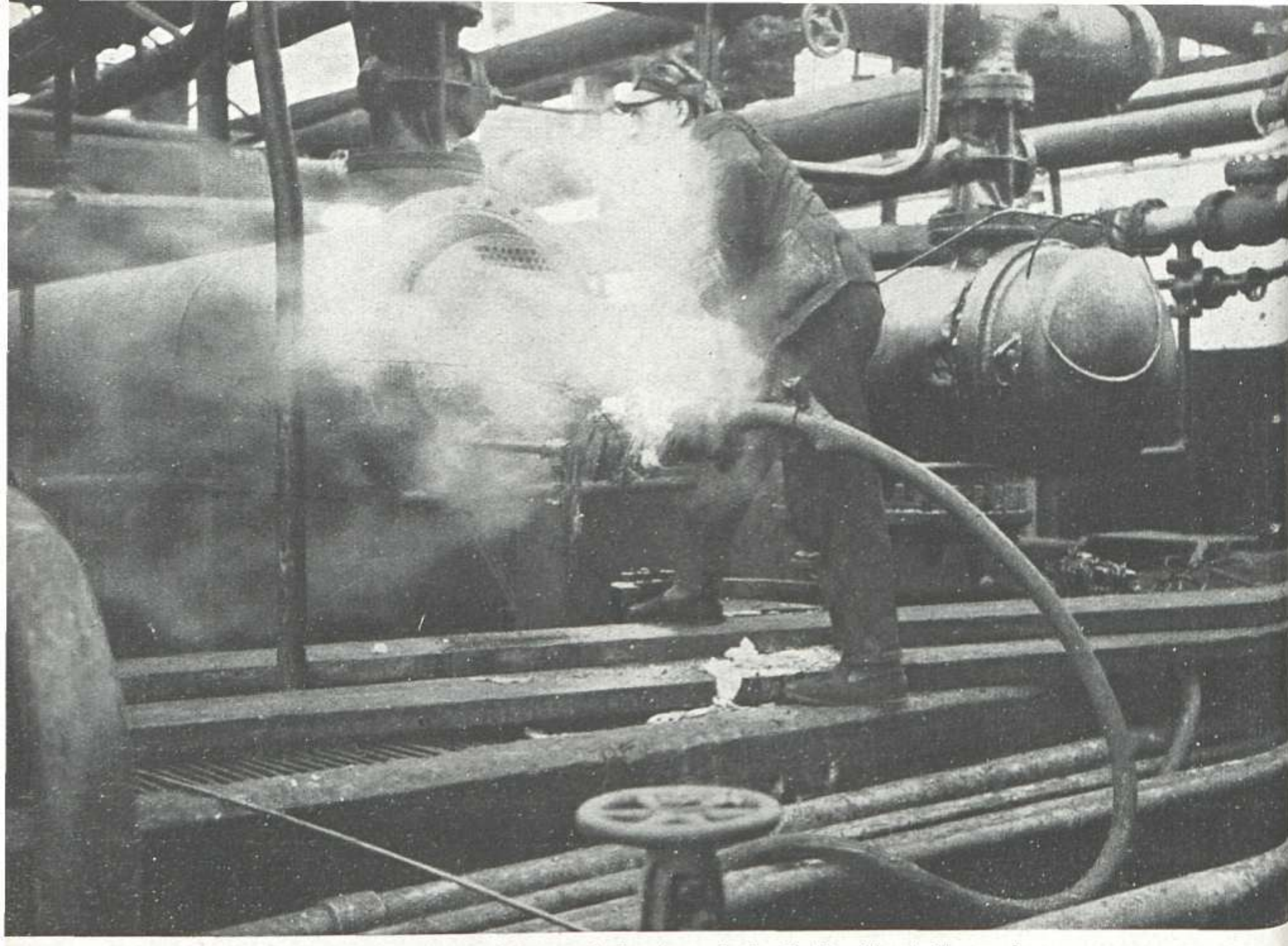


Tropas de infantería comenzando el desfile del 9 de Julio de 1917.

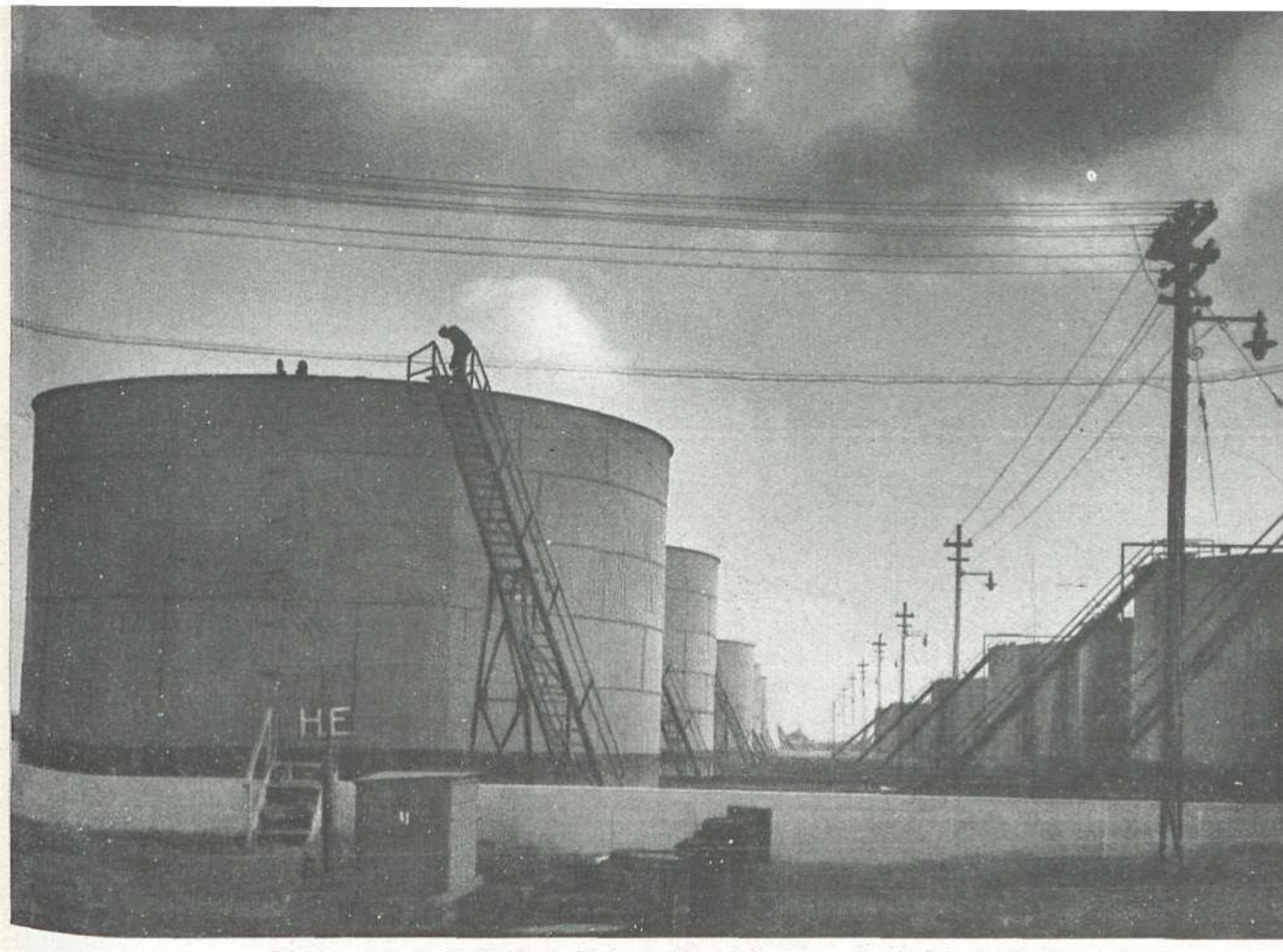
DE ANTAÑO

CARAS Y CARETAS



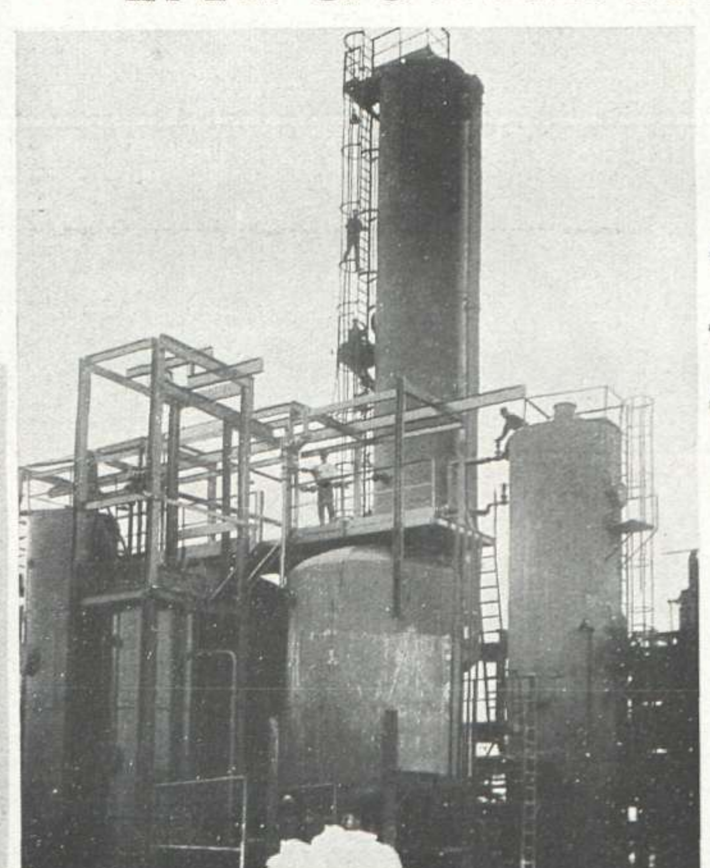


Tanques en cuyo interior se realiza una de las fases de destilación del petróleo crudo, previas a la elaboración de la nafta.



Tanques de la destilación de La Plata, donde se trabajan anualmente más de 700.000 toneladas de petróleo. Algunos de estos tanques tienen capacidad para 15.000.000 de litros.

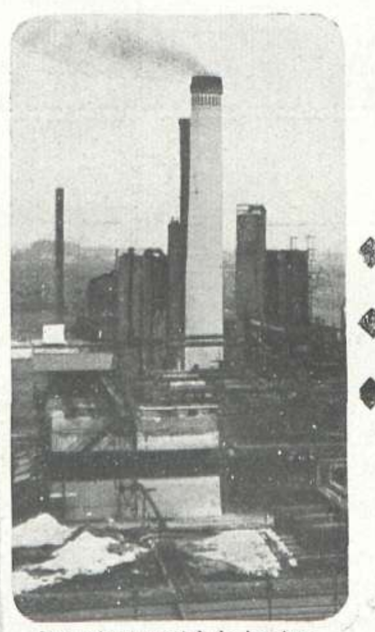
INDUSTRIALIZACION DEL ORO NEGRO





Desde los tanques de la destilería, la nafta es llevada directamente por cañerías hasta el tren.

Una de las unidades del "cracking". Aquí se elabora el residuo de la planta de destilación y se le somete a una nueva destilación destructiva.

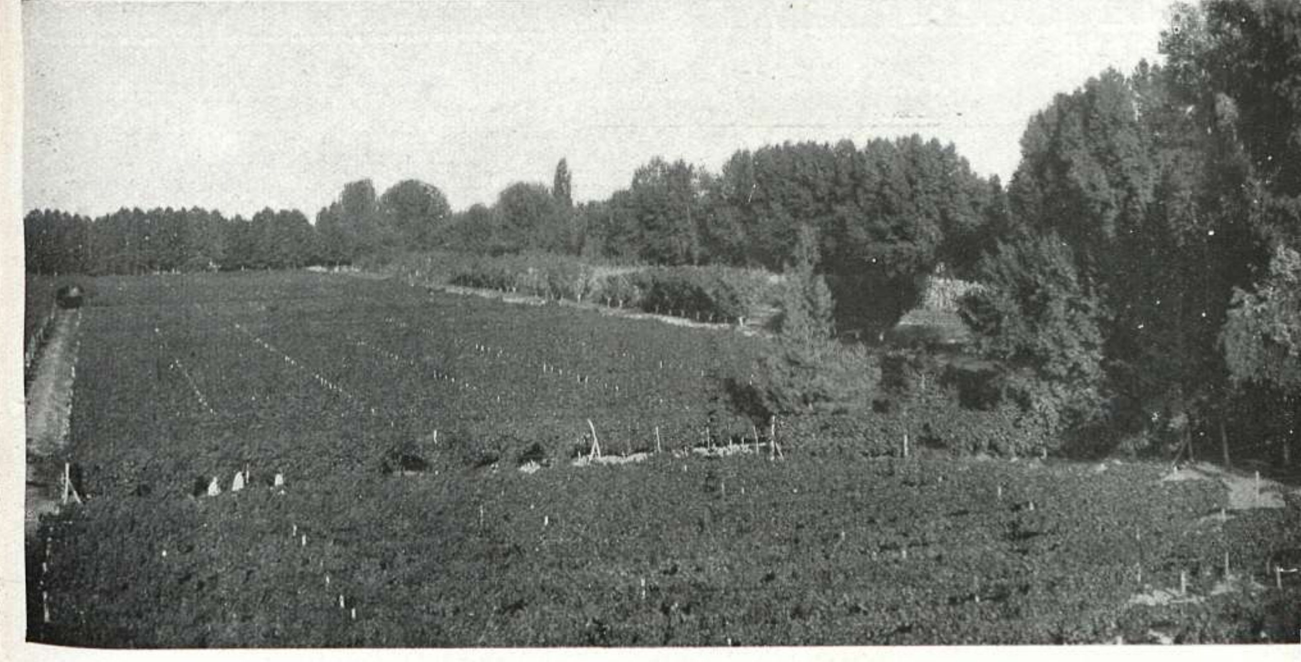


Una vista parcial de las instalaciones de la destilería de La Plata, donde hay invertidos más de 21.000.000 de pesos.



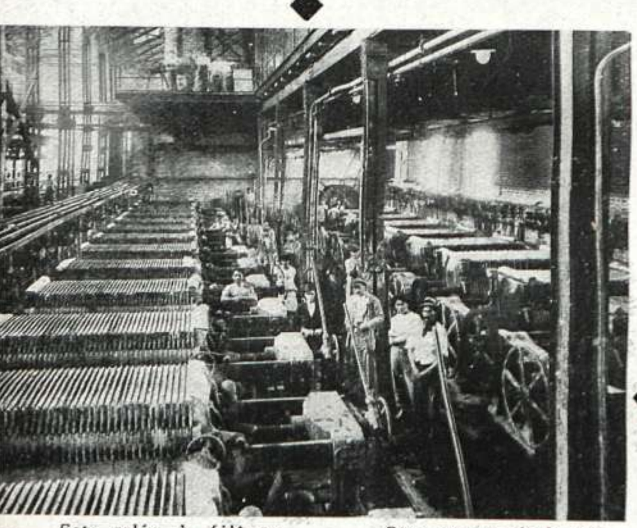
¡Nafta, nafta y nafta! Interminables convoyes salen diariamente de La Plata para el consumo de toda la República.



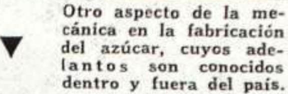


Un viñedo mendocino. En la hermosa provincia andina, al pie de la Cordillera, los viñedos se suceden en forma asombrosa y reflejan lo que es nuestra industria vitivinícola, acaso la de mayor porvenir entre todas las similares del mundo, dada la calidad de las cepas y la técnica empleada en la elaboración de los vinos.

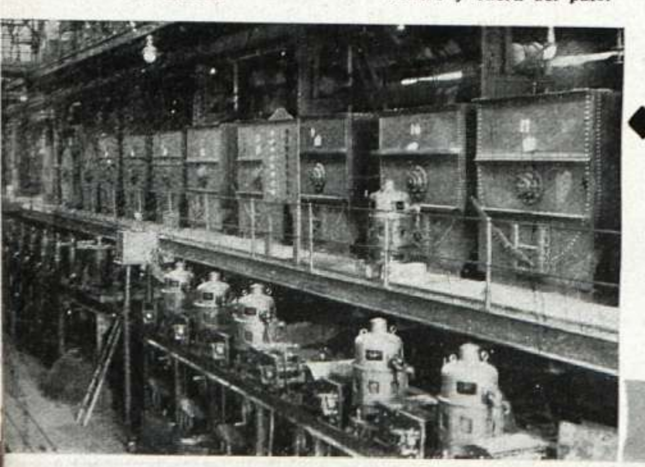
LA VID, EL AZUCAR Y EL TABACO, IMPORTANTES EXPONENTES DEL PROGRESO DE NUESTRO PAIS



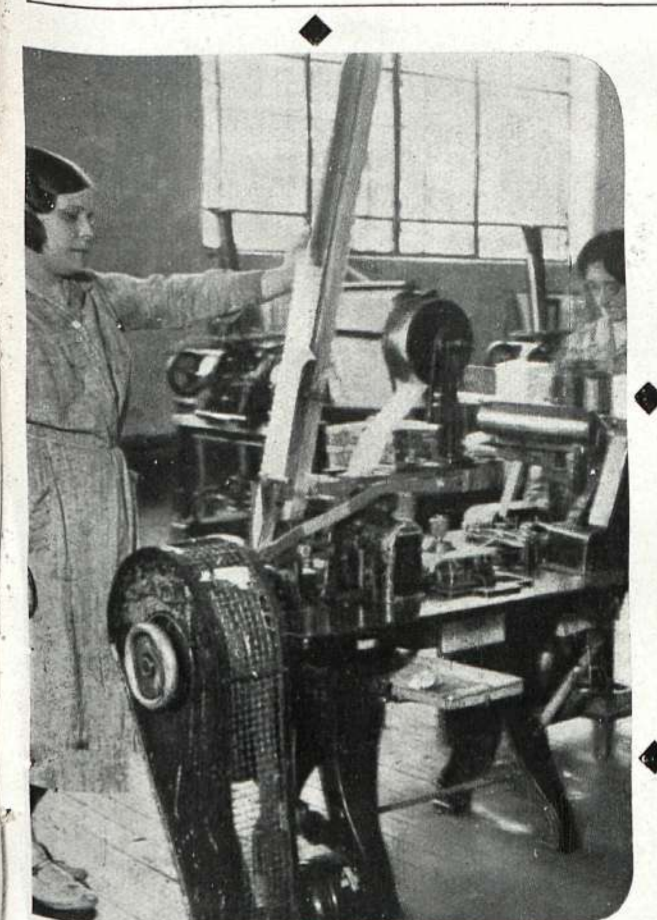
Este salón de filtros prensas en un ingenio tucumano, revela el adelanto de la industria azucarera.



Otro aspecto de la mecánica en la fabricación del azúcar, cuyos adelantos son conocidos dentro y fuera del país.



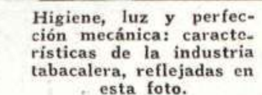
Una gran grúa en un ingenio de Tucumán. La foto impresiona y traduce lo que es la producción cañera, base de una de nuestras industrias más prestigiosas.



Máquina empaquetadora en una fábrica de cigarrillos argentina. La industria tabacalera muestra su perfección desde la selección de la hoja hasta el envase.



La selección del tabaco se realiza con toda prolijidad, y ello es causa de la demanda del cigarrillo argentino.



Higiene, luz y perfección mecánica: características de la industria tabacalera, reflejadas en esta foto.



Un Recuerdo

Banquete ofrecido a don Luis Colombo en el año 1927



Grandioso aspecto de la demostración ofrecida por representantes de las fuerzas vivas del país a don Luis Colombo, en el Príncipe Jorge.

Don Luis Colombo y otras personalidades presidiendo el banquete.

Fué en el año 1927 cuando don Luis Colombo, el más ferviente propulsor de nuestras industrias, recibió el homenaje de las fuerzas vivas del país. Seis años han corrido desde ese entonces, y el mundo, agitado por corrientes encontradas, ha vivido — y vive aún — el período más tumultuoso de su historia económica. No obstante ello, nuestra República Argentina prosigue su tarea reconquistadora, y es el hombre arriba citado quien con empeñoso optimismo continúa firme en la brega por afianzar las excelencias de nuestras industrias y por imponerlas a la consideración de todos los mercados. Y don Luis Colombo y la Unión Industrial Argentina harán del anhelo una hermosa realidad, y, al decirlo en estos momentos, reeditamos el homenaje a que el empeñoso e infatigable luchador y la patriótica institución se han hecho merecedores una vez más.

pesadas sobre ruedas, del Regimiento 4 de Infantería, pasando un obstáculo.

SOLDADO ARGENTINO

de la trinchera, protegidos los soldados por un "camouflage" de ramas.

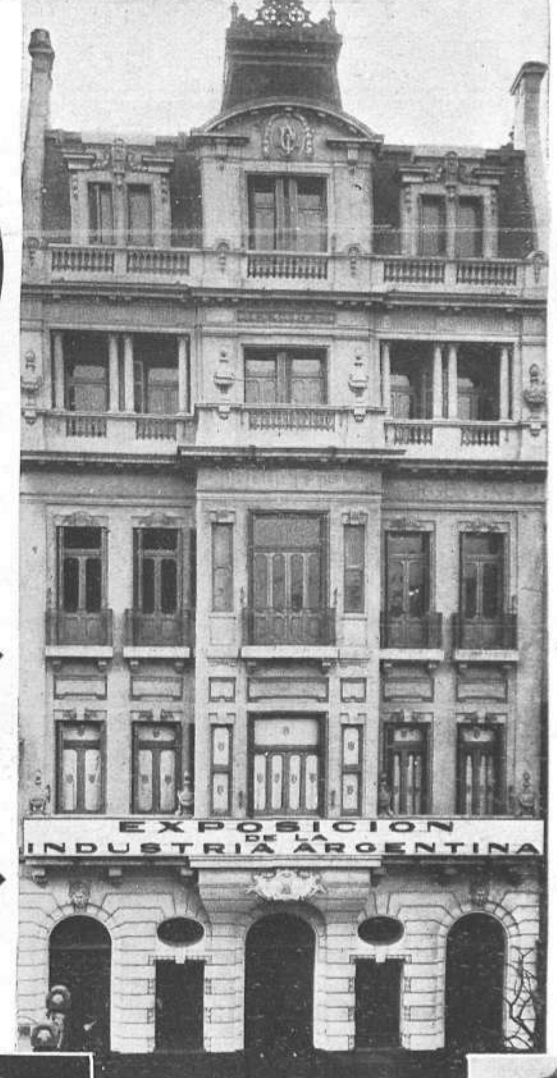


¡AL ASALTO!

El aspecto fantástico de este soldado argentino, lanzado al ataque de una posición, se debe al ramaje con que se disimula para evitar el tiro probable de los aviones; pero es indudable que sirve, también, para amedrentar al adversario.



Don Carlos Alfredo Tornquist.



Don Gastón Fourvel Rigolleau.



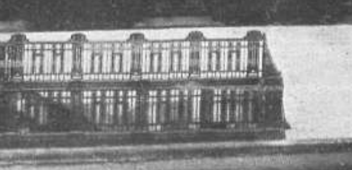
Don Domingo Minetti.



Don Alfredo Guzmán.







Frente del edificio de la Unión Industrial Argentina.





Don Víctor Valdani.

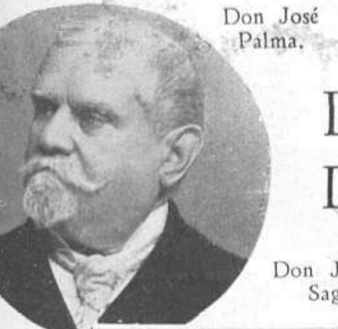
Don Julio U Martín.

Don Amadeo Canale.

Don Domingo Tomba.

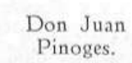
Don José Palma.

Don Luis Herbin.



LOS "PIONEERS" DE LA INDUSTRIA

Don José A. Saglio.



Don Juan Pinoges.

Don Pablo Maspero.

Don Julio Piazza.











Comisión directiva: Señores Casimiro Gómez, Baibiene, Carlos Lix Klett, Emilio Castro, Juan Videla, Seguí, Joselín Huergo, Gastón Fourvel Rigolleau, Emilio Grether, Maveroff y Juan Goicochea.

LOS ORGANIZADORES DEL GRAN MITIN INDUSTRIAL DE 1899

Consejo de administración: Señores Santiago Dualde, Baibiene, José Martí, Guillermo Franchini, Gastón Fourvel Rigolleau, Juan Videla, Seguí, Joselín Huergo, J. Hanon, Montes, Casimiro Gómez, Descotte, Emilio Grether, Luppi, Remon, Zambrano y Juan Goicochea.

La junta ejecutiva reunida con su presidente titular. De izquierda a derecha: señor Hermenegildo Pini, vocal; ingeniero Atilio Colautti, tesorero, y señores Juan V Sangiacomo, vocal; Emilio Pujáls, secretario; Miguel Campomar, vicepresidente 1º; Luis Colombo, presidente; Saúl Chadafau, gerente; Ernesto L. Herbín, Alfredo Vasena, Vicente Gómez Bonnet y Roberto Llauró, vocales

La Unión Industrial Argentina



Biblioteca de la Unión Industrial Argentina.



Subsuelo anexo al salón de exposición.

Vista parcial de la exposición permanente.



Otro aspecto del mismo salón.



Ha muerto don Hipólito Yrigoyen

Distintos gestos del ex presidente de la República y jefe de la Unión Cívica Radical



SEVERO



PENETRANTE



ENERGICO



CAUTELOSO



CORDIAL



RECONCENTRADO



El señor Yrigoyen saludando desde el balcón de su domicilio de la calle Sarmiento al público que lo aclamaba.



HALAGÜEÑO

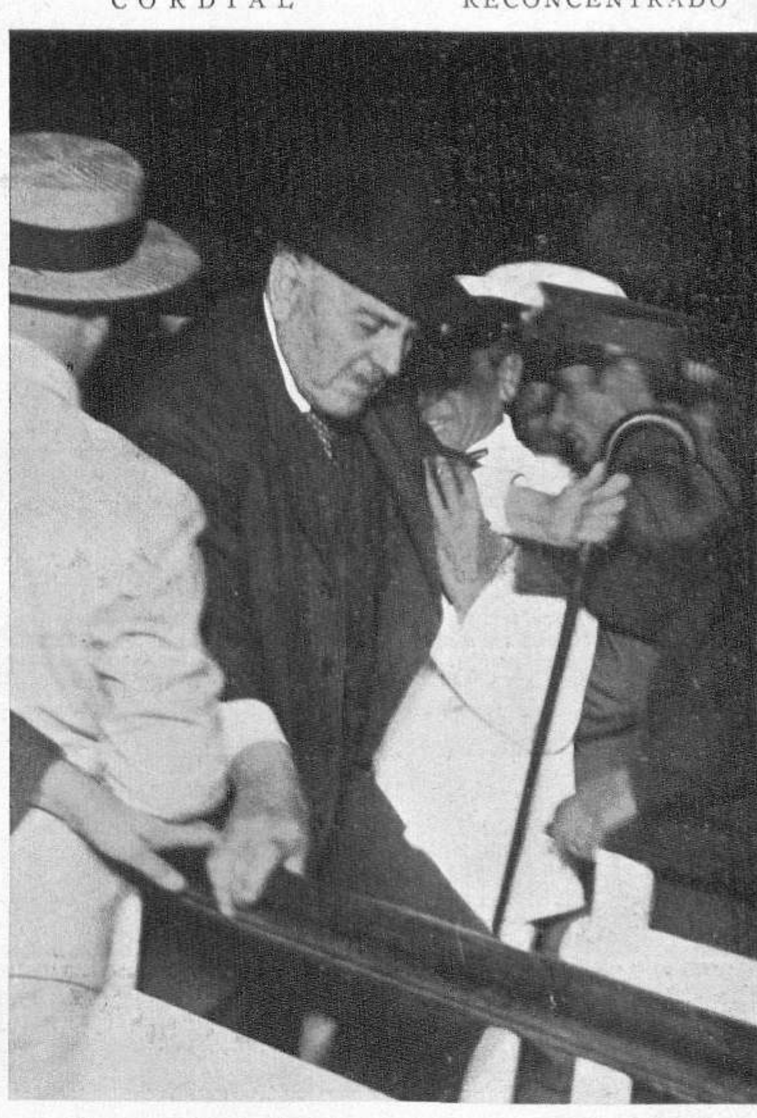
PENSATIVO



TRIUNFADOR



DOMINANTE



El ex mandatario desembarcando a su regreso de Montevideo, motivado por el fallecimiento de su señora hermana

En momentos de cerrar la presente edición nos llega la noticia del fallecimiento de don Hipólito Yrigoyen. En el próximo número daremos una amplia crónica gráfica de las honras fúnebres.

CARAS Y CARETAS

Secciones gremiales que integran la Unión Industrial Argentina

▼ Algunas de sus actuales comisiones

La organización de la Unión Industrial Argentina no radica sólo en la acción conjunta de los capitales sino en la colaboración ordenada y eficiente de las secciones gremiales que la integran. Y cada uno de los gremios, sólidamente constituído, resulta un factor eficaz de prosperidad para la importantísima institución, cuyo desenvolvimiento se realiza sin sobresaltos de carácter técnico ni económico debido a la cooperación existente. En estas páginas ofrecemos las fotos de algunas de las comisiones de los gremios que son elemento de progreso de la Unión Industrial Argentina.

Cables Eléctricos.



Confederación Argentina de Industrias Textiles.



Industria del vidrio.



Industriales en bronce.



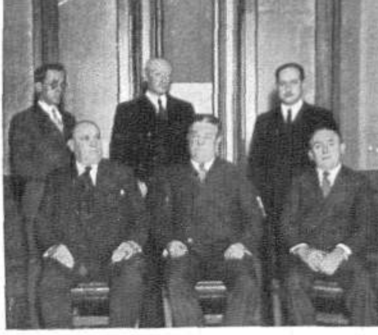
Unión Agraria Yerbatera.



Fabricantes de perfumes y artículos de tocador.



Artes gráficas.



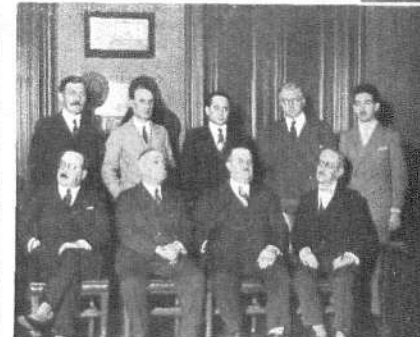
Fabricantes de sombreros.



Fabricantes de tejidos de seda.



Unión Carroceros Nacionales y Afines.



Industrias metalúrgicas.



Fabricantes de pinturas y barnices.



Curtidores.



Aserraderos y corralones de maderas.



Unión Patronal Cartoneros.



Unión Fabricantes de Dulces.

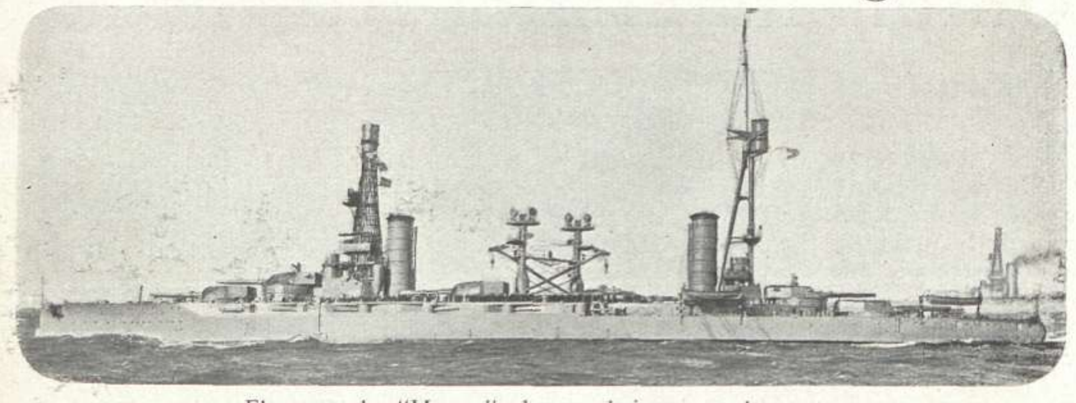


Fabricantes de mosaicos.

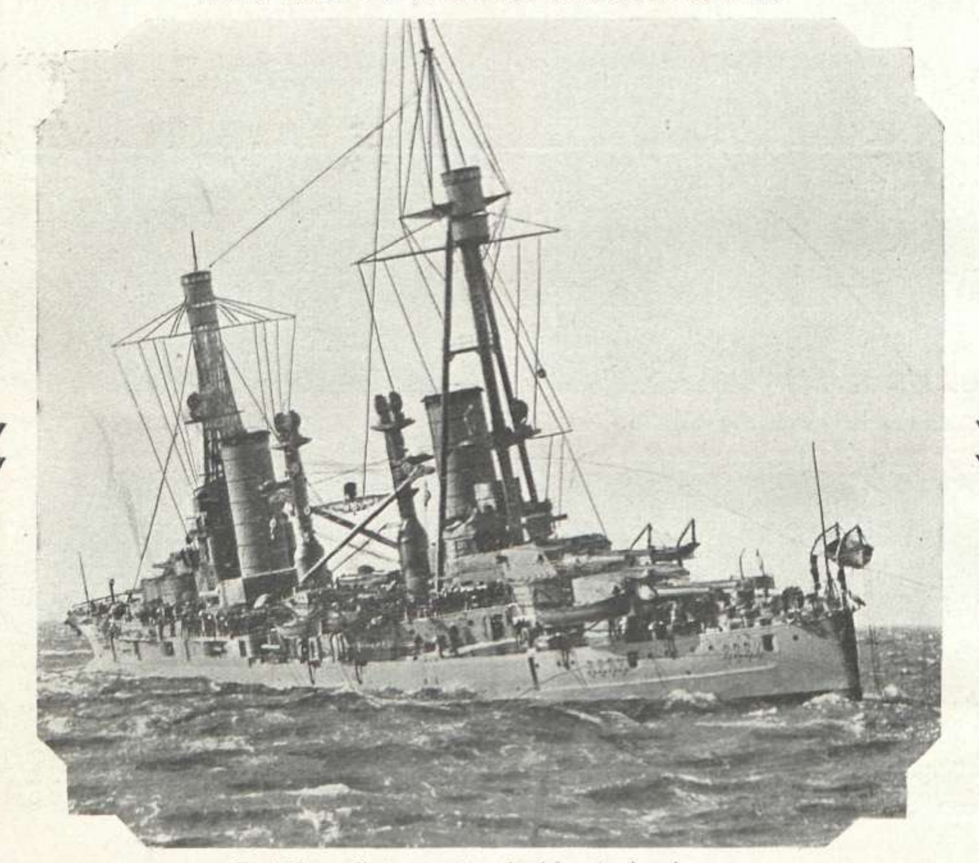


Fabricantes de jabones.

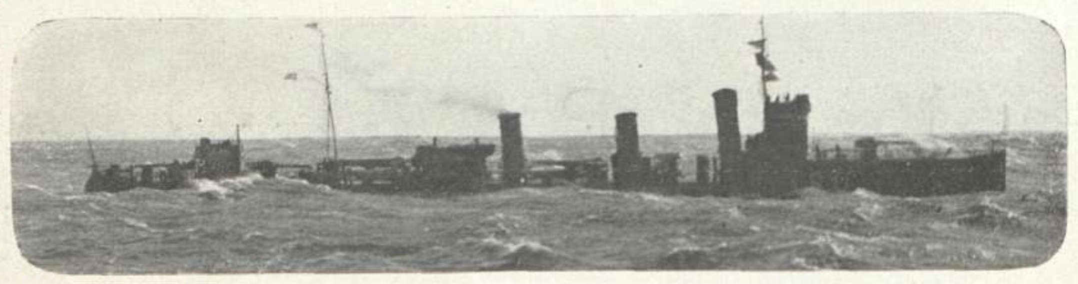
Maniobras de la escuadra argentina



El acorazado "Moreno", buque almirante en las maniobras realizadas en el Atlántico, frente a Mar del Plata.



El "Moreno" durante los ejercicios de tiro de combate y de formaciones, escorado por la fuerte marejada y el viento, que sopló con extrordinaria fuerza.



Uno de los destructores, con la cubierta barrida constantemente por las olas, en las maniobras, llevadas a cabo con grandes dificultades debido a la mar picada.



por
EDMUNDO MONTAGNE

Hugo Turín había regresado a Buenos Aires colado en un tren de carga. Se deslizó del vagón en la estación Liniers, y logró salir de allí sin ser llamado a cuentas. Pero cruzando la calle Rivadavia y metiéndose por la de Carhué, tuvo momento por momento el temor de ser reconocido, aunque ya no por los guardas del tren. A la verdad, su aspecto, urbanamente considerado, dejaba mucho que desear. Dábanle traza del linyera que al fin había sido durante meses, su cara requemada, sus barbas crecidas, su gorra, su traje descolorido, sus alpargatas rotas. Faltábale el atado de una muda de camiseta, calzoncillo y medias que, muy gastada ya, había llevado consigo hasta el día anterior. La arrojó entonces para meterse entre los mirones de unas carreras cuadreras, donde ciertos apostadores gananciosos lo convidaron a beber fuerte, dejándolo al fin solo y sin el dinero que creyó conseguir para cenar y tomar el tren en San Justo.

—No importa: almorzaré mañana en Buenos Aires — pensó. — En vez de veinticuatro, habré pasado treinta y seis horas sin comer. Mi hermana celebrará mi apetito.

Y excitado por el alcohol, salvó durante la noche las leguas que lo separaban de Haedo, y allí, empapado en sudor, corto el aliento, hizo un esfuerzo y de un brinco se coló en el tren que reanudaba la marcha.

Ahora estaba en Buenos Aires, a unas cuadras de la casa de la hermana. Temía cada rato ser topado por uno de sus amigos o alguna conocida, ante quienes había dicho tantas veces que si él caía en la volteada de las cesantías en masa que se estaban produciendo en las reparticiones nacionales, haría lo que muy pocos oficinistas se atreven a hacer: se iría a las cosechas. Y quedó cesante. Y se fué de peón a las cosechas. Bien es cierto que tardó en irse.

pues lo atraía y hasta lo aconsejaba contrariamente la hermana de su cuñado Justo, la morocha Rafaela, a quien creía ver ahora en toda mujer que se le cruzaba al paso.

—¡Qué vergüenza! — se murmuró a sí mismo, deslizándose junto a las casas del barrio gris de Liniers.

Los espejos de los negocios de la calle Rivadavia le habían devuelto una figura que no era la suya: facha de facineroso, los ojos de fiebre y una demacración que la negra barba crecida acentuaba en vez de esconder.

Su aspecto no era el de un campesino, sino el de un vago hambriento con cara patibularia.

¿Y por qué había vuelto a Buenos Aires si habría de sentirse avergonzado? ¿Tenía el la culpa de que el trabajo faltase también en el campo? ¿No habían quedado arruinadas en La Pampa miles de familias colonizadoras? Y cerca de la capital de la República ¿no andaban vagando los desocupados en bandas?

Hugo Turín formó en esas bandas. Pero lo que más lo mortificaba era recordar que su miseria tenía un secreto vergonzoso: el enamoramiento con una mujer de burdel, en cuyas manos había ido dejando el dinero de tres meses de trabajo y a quien en vano buscó después de pueblo en pueblo, teniendo que limosnear el mendrugo necesario para no desfallecer. Creía Hugo Turín que vérsele y adivinar su derrota y su abyección, todo sería una, por parte de cuantos lo conocieran.

—¡Quisiera hallarme a cien leguas de aquí! ¡Vagar otra vez como un miserable! — piensa de pronto intensamente. Y ve que el cielo se le cae encima hecho tinieblas.

Tambalea. Se sostiene en pie a duras penas. Un sudor frío le corre sienes abajo. Y como si quisiera huir de la casa de su hermana, cruza el descampado a que la casa enfrenta.

Es una pampita de manzanillas y abrojos. Poco tienen que pastar allí algunos carneros, caballos y vacas que el vecindario deja sueltos.

Fatigadísimo, Hugo Turín se echa a la sombra de un carro caído y abandonado en medio de aquel campo, y sus ojos azorados se clavan en una puertita de hierro gris. A ambos lados, sobre zócalo de ladrillo, la casa tiene cerco de reja tupida de enredaderas. De aquella puerta espera ver salir corriendo a su hermana para burlarse de él hirientemente:

—¡Ah, ah, ah! ¡Con esa facha te quería ver venir, ricura: así, bien rotoso y desgreñado y con quién sabe qué sabandija encima!

Pero aquello es un desatino. La puertita gris, que mitad arriba es reja, permanece cerrada. De ninguna de las casas que dan al despoblado ve salir a nadie. Esa quietud lo tranquilizaría un momento, si al echar mano a sus cigarrillos los hubiera hallado. No le queda uno. Fumó el último frente al mercado de Liniers, para sofrenar el impulso que sintió de arrojarse sobre la fruta y morderla y sorberla desesperadamente. No: su último cigarrillo no había sido ése sino el consumido hace un rato... ¡Hacía un rato y no lo recordaba!... Fué cuando vió pasar un carro lleno de sifones de soda: botellas azules coronadas por una especie de pajaritos de níquel. Súbitamente los sifones le representaron fondas y despachos de bebidas en los que había saciado ansias menos intensas que ésta que le hace ver ahora las casas de enfrente ardiendo en una inmensa cortina de fuego colgante del sol, y un caballo que pasta tranquilo transformado en un templo gigantesco que se le derrumba encima.

Hugo Turín queda unos instantes sumido en la inconsciencia, la cabeza abatida entre ambas manos, a la sombra del carro caído.

Junto a él pasan al paso un jinete pobre y un hombre de a pie. Hablan entre sí:

—Ni aun en tiempos de la guerra he visto lo que hoy veo.

—Ni yo.

Una vaca se ha ido a comer las enredaderas del cerco que tiene la casa de puertita gris.

—¡Fuera, fuera! — dícele una mujer a la que le obstruye el paso en la acera. La mujer queda con la sombrilla abierta en alto, esperando. Pero todo lo que el animal hace es seguir ahuyentando las moscas con su cola terminada en una borla.

"Clac, clac, clac", suenan los zuecos de la chicuela de guardapolvo azul y toalla blanca a la cabeza, que aparece por allí gritando también a la vaca. El ruido de sus zuecos sinfoniza con el berrear de un carnero, el cacareo de un gallo, el tantán de la pala de un albañil y las palmadas de salida de clase que llegan de una escuela alemana. Matizan la diluída sinfonía los pregones de un baratijero y de un muchacho que anuncia a veinte las chauchas balinas y a treinta las bananas brasileras. Y todo aquello interrumpe escasamente el silencio del circuito: más bien lo pronuncia, al punto que Hugo Turín, si despertara, oiría el fino cantito de la tacuarita que corre como un minero por entre el cerco de la casa de su hermana, en los mismos morros de la vaca terca.

El polvo levantado por uno que otro carro, por uno que otro peatón que cruza el extenso baldío, flota espeso y se abate en el aire quieto sobre manzanillas y cardos.

Arde el sol ya alto en el cielo, donde una bandada de palomas traza sus círculos.

Arrancado de infernales visiones levanta Hugo Turín la cabeza y ve con nitidez el paisaje y las figuras que en él se mueven.

Nadie sale de la casa de su hermana a espantar la vaca que destruye el cerco, ni aun en este momento en que un almacenero deja su canasta en el suelo, apoya una libreta en el pilar de la puerta, anota algo y pasa los envoltorios por entre las rejas a un sobrinito de Hugo Turín.

—Se acerca la hora de almorzar — piensa este último.

De pronto la puerta se abre.

—¡Sus, sus! — grita la hermana de Hugo a la vaca, pero sin mayor brío.

Con la mano sobre los ojos se pone a observar el campo. ¿Es que indaga si viene Justo, su marido? No puede ser. El pito de la fábrica ha indicado la salida muy recientemente.

—Mi hermana me ha visto. Mi hermana me mira — se dice Hugo. — Qué mirada más severa. Es que me ha conocido y me expresa el rencor que todavía me guarda.

No bien la mujer se ha metido en la casa, Hugo siente que el odio lo devora, recordando la pelotera que con ella sostuvo hace un año, a raíz de la cual partió para el campo. No da con el origen de esa disputa. Debió ser el malhumor de él, tantos meses cesante, y el de ella, harta de oírle jactarse de que se iría de peón a las cosechas. Si ella le dijo "atorrante", él la trató de "arrastrada". Ella, entonces, roja de ira ante tamaña injuria, le ordenó que abandonara la casa y no la volviera a pisar.

—¡Una arrastrada es la que te merecés vos, desgraciado! — terminó diciéndole.

Bien sabe Hugo que tales palabras fueron como un pronóstico. Una mujer infame le sorbió el seso y lo transformó en mendigo. Esa fué su heroica aventura de bracero en las cosechas. Y la certi-

dumbre de su ningún derecho a volver junto a su hermana se había aumentado al llegar a Buenos Aires, y cree enloquecer ahora, viéndose a cien metros de la casa de donde fué arrojado y de donde hasta la misma Rafaela lo rechazaría, si supiera que se lo merece.

Debí ir derechamente a El Puntal — piensa Hugo Turín en medio de su angustia, — derechamente allí, donde tengo casa y comida.

El Puntal, la ingeniosa mutualidad de reciente creación, que halla trabajo a los desocupados, fué su punto de mira y su esperanza al volver a Buenos Aires: esperanza mucho más cierta desde que el gobierno se disponía a restringir la inmigración.

Intenta incorporarse, agarrándose de un radio de la rueda del carro tumbado. Y vuelve a quedar sentado en tierra, porque le pareció que no podría dar un paso.

Los tres albañiles de la obra que se construye casa por medio de la de su hermana, han descendido del andamio, extendiendo en el suelo un diario a modo de mantel y han abierto sus envoltorios de comida. Uno empina una botella. Otro abre una navaja marinera y parte en dos un pan.

— Yo tengo mi puñal — piensa naturalmente Hugo Turín: — he de comer, de grado o por fuerza, entre esos obreros, antes que en casa de mi hermana.

Al incorporarse, todo vuelve a enrojecer a su alrededor.

Por fin la vaca ha dejado el cerco y viene como a su encuentro mugiendo.

— Yo sólo la mataré — piensa Hugo, que recuerda cómo un matarife sacrificó un novillo a la vista de cincuenta linyeras hambrientos, al par que imagina desollarla, abrirla y colocarla sobre el andamio, transformado ahora en asador sobre el fogón llameante de la obra.

Ya está asada la vaca y hacia allí va tambaleante Hugo Turín.

— ¡Hugo! ¿A dónde vas?

Hugo ve recortada en negro la figura de un hombre que se le interpone.

— ¿No me conocés? Soy Justo. Vamos a casa.

Hugo saca el puñal y se arroja sobre su cuñado, que da un salto atrás.

Hugo cae de bruces, sobre los espinosos cardos, en una crispación extraña.

Tan rápida fué la escena; tan solícito estuvo Justo en incorporar al caído, sacarle el arma y llevarlo como a un herido a su casa, que cuando los albañiles le ofrecen su ayuda ya no la necesita.

— No sabía... Creí... creí que eras la vaca — jadea Hugo Turín.

Abre Justo la puertita gris. Por la reja había mirado y visto a su mujer en la cocina, junto a la olla humeante. Aquí cerca, Rafaela, en la pileta, refriega blancas ropas bajo el chorro de la canilla.

— ¡Oh!, ¡papá trae a un hombre! — exclama el chiquilín espantado, dejando los platos superpuestos en la mesa.

Las mujeres, viendo a los que entran, lanzan un grito.

Hugo se desprende de los brazos de Justo y se abalanza ávidamente a la pileta. Allí, prendido de la canilla, no oye a Rafaela que exclama conmovida:

— ¡Hugo, Hugo! ¡Cómo te esperábamos!

Igual que el náufrago asido de una tabla, así se agarra del grifo de agua, y bebe, bebe, bebe, con ligeras pausas, para cobrar profundos y confortadores alientos.

Edm. Montagne

DIBUJO DE ALVAREZ

¡Bienhaya!...

Por Guillermo Saraví

I

¡Bienhaya la cinta roja,
penacho de cardenal,
porque es bravía y matrera
y entrerriana y federal!

De vuelta de Pago Largo,
trayendo la libertad,
con nazarenas y corvos
se lavó en el Paraná.

II

¡Bienhaya la cinta roja,
bienhaya el trapo punzó,
que no se destiñe al agua,
que no se destiñe al sol!

Ya de las gauchas guitarras
el tiempo la desató,
pero en las puertas del pago
con el ceibal floreció.

III

La patria de las calandrias
le guarda su antiguo amor,
y a manera de reliquia
la lleva en un medallón.

Pero en sus fiestas — las fiestas
que antaño nadie olvidó, —
se ata con ella las trenzas
y queda mucho mejor.

IV

¡Bienhaya la cinta roja,
linda como otra no habrá,
madrina del heroísmo,
curtida junto al vivac...

aunque la reja de ahora,
con su brillante metal,
llene de surcos los campos
de Arroyo Grande y Calá!





UN RETRATO DEL LIBERTADOR

LO TRAZO EN 1819 UN REPRESENTANTE DEL GOBIERNO DE ESTADOS UNIDOS

En los comienzos del año 1819 llegó al Río de la Plata un emisario del gobierno de los Estados Unidos, W. G. D. Worthington, quien envió desde aquí, a John Quincy Adams, algunas cartas harto interesantes sobre la Revolución y sus hombres. El retrato que hace en una de ellas de fecha 7 de marzo de dicho año, nos muestra a un San Martín que no es, precisamente, el que algunos historiadores nos han presentado hasta hoy.

▼ ▼ ▼

NACIÓ en esa parte del Virreinato de Buenos Aires poblada especialmente por los jesuítas y que lleva el nombre de Territorio de las Misiones, habiendo visto la luz en un pequeño pueblo llamado Yapeyú. Tiene, según creo, 39 años de edad; es bien desarrollado, aun cuando ni muy robusto ni muy enjuto; inclinado un tanto a encorvarse; de cerca de seis pies de alto, de color muy moreno, de cabellos negros y fuertes, de ojos negros, rodadizos, fogosos y penetrantes; de nariz aguileña, de barba y de boca que ríe peculiarmente agradable. Es de figura hermosa, muy atento, se le cree pronto a recrearse en la réplica. Valiente, indiferente al dinero, sobrio en el comer y mucho más en el beber y hasta que quizá creyó que su constitución lo requería; llano y nada ostentoso en el vestir, decididamente esquivo antes que un cortesano de la pompa pública, aun cuando desconfiado y suspicaz, creyendo yo que este carácter se desarrolló en la época en que fué llamado a actuar y con las personas con quienes ha tenido que tratar. Habla francés y español y sirvió como edecán del marqués de la Romana en la guerra peninsular. Es amante de la caballería, en la cual se distinguió por primera vez en el combate de San Lorenzo. Creo que se enorgullece demasiado de su talento para la estratagema en la guerra y de su astucia y sutileza en cuestiones de partido y de política. Temo que siempre estará descubriendo conspiraciones, caso de que se le haga Director; y declaro que si llega a ocupar el sillón del Estado en Buenos Aires, aunque sea por un año o dos, tanto su salud como su fama sufrirán, si es que no se destruirán por eso.

Cuando se limita a asuntos de Estado o diplomacia es propenso a tener una hemorragia de los pulmones y creo que por su constitución está predispuesto a la melancolía y a algunas sombras de superstición. Sin embargo, en cuestiones de religión es liberal. Ha sido el primero en excitar que se permitan los matrimonios entre extranjeros que no sean católicos romanos con damas sudamericanas de esa religión, sin que se requiera la conversión de los maridos; y, sin embargo, lo he visto en un gran *Tedéum* portarse con una especie de formalidad estudiada. Una vez en particular no pude dejar de pensar en Oliverio Cronwell, pues él debe ver que una gran parte de esas ceremonias y costumbres de la Iglesia son contrarias a un nuevo estado de cosas, si es que ellos tratan de verse para siempre libres del Rey de España y del Papa de Roma.

Al lujo y el protocolo de los gobernantes peninsulares substituyólo la sencillez de los patriotas. He aquí que el cronista norteamericano nos dice cómo y con cuánta familiaridad fué celebrada la victoria que cimentó la libertad de esta parte del continente. En los campos de Maipo, San Martín y O'Higgins asistieron a una comida en la que estuvieron ausentes los manteles, los platos y los mismos cubiertos.

Mi primera entrevista con él ocurrió después del desastre de Talca. Parecía encontrarse excesivamente lastimado; pero lo soportaba como un hombre... Justamente, antes de la acción de Maipo fuí a verle a su tienda. Estaba muy ocupado y le presenté a un americano y a un oficial suizo que estaban conmigo. Conversé algún tiempo con él cuando se acercaba su enemigo; y como había sido sorprendido en Talca, me atreví a decir: "Creo, señor, que Osorio se mueve con gran cautela". Por el énfasis con que me replicó dió a entender que me había comprendido diciendo que indudablemente o más bien como si tuviera puesta su mirada en él: "Nous le verrons". Me recibió fuera de su tienda y al estrecharle las manos por última vez antes del gran combate que se acercaba, le dije: "No sólo depende de la próxima acción la libertad de Chile, sino quizás la de la América del Sur; no sólo las miradas de Buenos Aires, de Chile y del Perú se han vuelto hacia usted, general, sino las del mundo civilizado". No dije esto a manera de suposición, sino con una honrada y más bien íntima solemnidad, pues así lo sentía yo, y él también por la manera con que me escuchó, inclinándose y regresando a su tienda.

La próxima vez que lo vi estaba sentado en el palacio, a la derecha del Director, después de la victoria de Maipo. El había ido por la noche a felicitar al Director por ese acontecimiento. Parecía tranquilo y contento, con una sencilla capa azul; y al felicitarlo especialmente por el último éxito, modestamente y sonriéndose, me contestó: "Es sólo la suerte de la guerra".

Adjunta le remito su proclama sobre la derrota de Cancha Rayada, que considero una buena muestra de sinceridad, nada distinta del reconocimiento hecho por Napoleón de su desastre en la campaña rusa. Lo vi en muchas otras ocasiones, como anteriormente se lo he escrito a usted, después de su regreso de los Andes. Lo vi en casa del Director, pareciendo particularmente complacido al verme; y como supiera que había tenido una hemorragia de los pulmones o del estómago, sentíme contento de su feliz llegada, replicándome él: "Sí, señor, gracias a Dios". Siempre advertí que su salud mejoraba en el clima puro y seco de Chile.

Asistí a la colocación de la primera piedra de una capilla o iglesia en la llanura de Maipo, lo que se hizo con gran solemnidad. Soldados, cañones, música, el obispo y el clero, el Director y el general San Martín y casi todos los habitantes de la capital estaban allí. Llegué al terreno cuando el Director, el general San Martín y algunos oficiales estaban comiendo una especie de almuerzo campestre en un pequeño edificio temporalmente arreglado para la ocasión, habiendo penetrado poco después en el mismo, donde los encontré a todos comiendo sin platos; pero teniendo, quizá, una pierna de pavo en una mano y un pedazo de pan en la otra, habiendo sido invitado inmediatamente a compartir con ellos; y acercándose a mí, el general San Martín me ofreció un pedazo de su pan y de su pavo, tomando yo un trago de vino carlón con el Director en un vaso para beber. Era completamente al estilo de los soldados. Estaban vestidos de gala, con todas sus medallas e insignias... Yo considero a San Martín el hombre más grande que he visto en la América del Sur; y si hubiera nacido entre nosotros habría sido un distinguido republicano. Todavía creo que si va contra el Perú lo emancipará y será el supremo magistrado de la gran confederación...

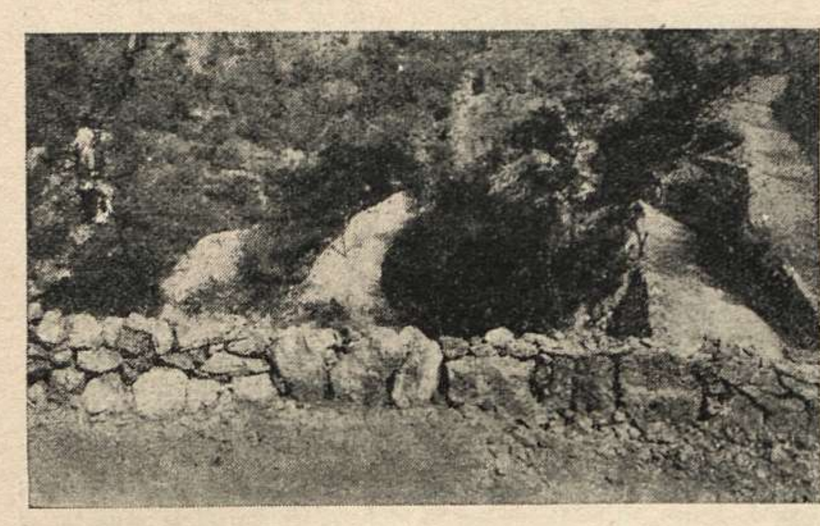


CARAS Y CARETAS

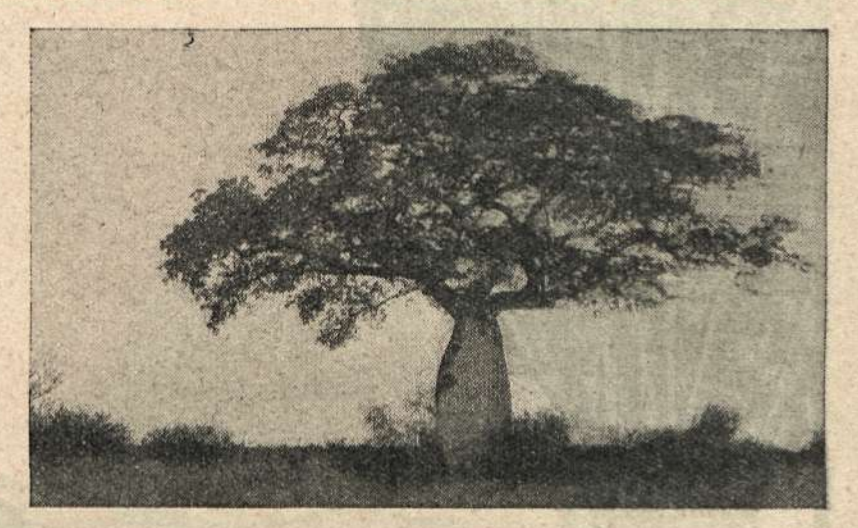
Camino carretero de Catamarca a "El Rodeo"

Carretera comercial y de turismo

Por RAFAEL CANO



Pintoresco aspecto que ofrece un tramo del camino de Catamarca a El Rodeo.



Un magnífico ejemplar de palo borracho, en el mismo camino.

El Rodeo es una pintoresca población agrícola-ganadera, situada entre las ramificaciones orientales de la sierra de Ambato, a 1.200 metros sobre el nivel del mar y 52 kilómetros al norte de la ciudad de Catamarca.

Hasta el año 1921 estuvo unida a la capital catamarqueña por un camino de herradura, cuya traza se desarrollaba por el interior de la quebrada de "El Tala", lo que obligaba a los viajeros a vadear 26 veces el río del mismo nombre, con las consiguientes molestias y pérdida de tiempo.

Además, en la época de las lluvias (noviembre a marzo), las frecuentes crecientes de este río, cortaban el camino aislando una extensa y rica zona dentro de la cual se hallan comprendidas "Las Juntas", "Los Galpones", "Las Burras" y "La Salvia", situadas al norte de "El Rodeo".

Los grandes perjuicios que ocasionaba a los pobladores el aislamiento en que vivían, les hizo gestionar reiteradamente ante los poderes públicos nacionales, la construccion de una carretera que les sirviera para transportar la abundante producción frutícola de esa zona hasta la estación del F. C. C. N. A.

Tan justificada aspiración encontró ambiente favorable en la extinguida Dirección General de Puentes y Caminos, la que destacó varios técnicos para que practicaran los primeros estudios sobre el terreno, quienes arribaron a la conclusión de que era factible la construcción de una carretera por el faldeo de las lomas y cerros, eludiendo así la antigua senda por el lecho del río El Tala.

Aprobado el proyecto y presupuesto por la repartición antes mencionada, iniciáronse los trabajos de inmediato, aunque lo exiguo de los fondos votados por el Congreso Nacional obligó a paralizar la obra repetidas veces.

Recién siete años más tarde, puede decirse que el actual camino fué librado al servicio público, el que tiene una calzada de cuatro metros de ancho, con muros laterales de sostén en piedra trabajada.

Por tratarse de un camino de montaña hubo que vencer serias dificultades de carácter técnico, pues en muchas partes la pendiente es del 8 por ciento y fué necesario hacer volar con dinamita enormes bloques de roca, los que al derrumbarse desde 700 y más metros de altura, daban la sensación de formidables truenos que poblaban de alarmas el Valle de Catamarca. El costo total de la obra ascendió a $ 311.000.

El camino arranca desde la ciudad de Catamarca con rumbo al norte: cruza los arroyos de Choya y Potrerillo, costea el río San Lorenzo; pasa por el paraje conocido por Las Canteras (8.110 kilómetros); Puerta Grande (9.240 kilómetros); río del Infiernillo (10.402 kilómetros); lo costea al igual que a los cerros de Fariñango; cruza los ríos de Fariñango y Galpones en el kilómetro 17.431 y por el faldeo de los cerros llega hasta El Rodeo, con una longitud total de 52 kilómetros.

Muchas veces se ha censurado la construcción de carreteras porque éstas sólo tendían a beneficiar a un reducido núcleo de personas influyentes y de caudilos políticos, lo que no ocurre en el presente caso, por cuanto el camino de Catamarca a El Rodeo responde a una acertada política económica, como voy a demostrarlo.

El Rodeo es un distrito del departamento de Ambato, con una población de 600 habitantes (1); sus casas diseminadas en pequeñas hondonadas y otras ocultas entre bosques de frutales, le dan un extraordinario encanto. En la localidad funciona la escuela nacional Nº 47, dirigida por un maestro normal, la que el año pasado tuvo una inscripción de 93 alumnos. Cuenta, además, con oficina de correos y telégrafos, iglesia, comisaría de policía, juzgado de paz, casas de pensión para alojamiento de turistas y pequeños comercios de tienda y almacén.

Cinco ríos de agua cristalina y permanente se deslizan por las lomas, la que se utiliza para el riego. En cambio, la población carece de médico y farmacia, lo que sin embargo no preocupa mayormente a los habitantes, por cuanto porfían que allí sólo se muere de viejo...

Corrobora esta opinión su clima benigno y sano, pues la temperatura máxima en verano es de 30 grados.

Las principales industrias de la región son la ganadería y la agricultura.

Para el desarrollo de la primera, cuenta con una extensión de 50.000 hectáreas de campos de pastoreo de primera calidad, la que está poblada de ganado vacuno del tipo criollo, es decir: animales de poco cuerpo, bajos y astas grandes. Algunos propietarios ya poseen un buen plantel para la mestización del ganado.

En los cerros y cumbres se encuentra abundante caza, a saber: guanacos, liebres, leones, zorros, gatos del monte, águilas y cóndores.

La agricultura está representada por el cultivo de tabacales, maíz, papas, porotos y, en general, toda clase de hortalizas.

En el corriente año, los agricultores han sufrido una fuerte pérdida por la desvalorización del tabaco y también por no contar con locales apropiados para su almacenamiento. Los diez kilos de tabaco en hojas, de superior calidad, se venden en la región a $ 2.50, cuando a los agricultores les cuesta pesos 3.50.

La producción total se calcula en 30.000 kilogramos.

Pero en realidad, la principal riqueza de los habitantes se basa en su abundante producción frutícola, formada por extensas plantaciones de perales, manzanos, damascos, membrillos, guindas, duraznos, ciruelos, frutilla, etcétera.

Muchacha de El Rodeo moliendo maíz en un mortero indígena.

El área cultivada con estos frutales, de acuerdo con una estadística levantada por el autor de estas líneas en una reciente gira, la aprecio en las siguientes cifras: duraznos, 32 hectáreas; membrillos, 30; perales, 15; manzanos, 20; damascos, 12; nogales, 5, y guindas, 4.

Hasta antes de ser librado al servicio público el camino de referencia, la mayor parte de la fruta se perdía, por descomposición, al pie de las plantas, pues para los agricultores implicaba un gasto inútil levantarla del suelo. La elaboración de dulces se hacía en forma primitiva y en pequeña escala. Actualmente, la fruta de El Rodeo se ha valorizado, porque en dos horas de marcha, un camión la transporta hasta la estación del F. C. C. N. A. y la capital de Catamarca.

Pero cada día que pasa se deja sentir más la imperiosa necesidad de fundar una escuela con personal idóneo, para que enseñe a los habitantes a mejorar los cultivos de frutales, seleccionar las plantas y semillas y combatir las plagas.

La instalación de una fábrica para la elaboración de dulces y otra de envases, la construcción de una usina hidroeléctrica, aprovechando los numerosos saltos de agua, etcétera, contribuirían al mejoramiento económico de los habitantes, y transformarían esta zona en una de las más ricas y prósperas de la provincia de Catamarca.

Desde que existe el actual camino carretero, se ha valorizado la propiedad raíz pero está poco subdividida, circunstancia que impide su colonización.

El Rodeo es punto obligado de veraneo de las familias catamarqueñas y diariamente acuden allí numerosos turistas para gozar de su clima benigno y hermosos paisajes.

(1) Antecedentes tomados del libro intitulado "Geografía de Catamarca", por Rafael Cano, que aparecerá en septiembre próximo.





LA VIRGEN DE LOS TROPEROS

Por

RICARDO GUTIERREZ

DIBUJO DE CABALLÉ

Por el camino de Calingasta, costeando la quebrada del río San Juan, antes de llegar a Tambolar, el paisaje cobra dramáticos aspectos. Los quiscaluros de fruto escarlata se prenden ansiosos entre la arenisca, como decorativos detalles de un escenario sombrío, respaldado por el lomo de los cerros que caen en planos cortados de piedra pelada y hosca.

Tierra agresiva, resguarda en el ojo limpio de sus valles la gracia de una esperanza. Sólo la turba, de cuando en cuando, una pedrea siniestra, como si viejos gnomos se complacieran en arrojar en largo tiro de honda sus proyectiles neolíticos, mientras el polvillo silba atropellado por el zonda.

La naturaleza adquiere un lúgubre aspecto, y las caravanas que cruzan desde Jachal en la teoría de sus mulas cargadas de productos regionales, buscan el resguardo contra el soplo abrasador que reseca la piel y envuelve los destinos.

Entre los aullidos de las rachas bruscas y el golpeteo de los fragmentos de granito disparados con tremenda fuerza, los hombres de la montaña — troperos aguerridos — buscan su salvación en la Virgen de Pachaco. Es, entonces, que la mano inicia el signo de la cruz y el ruego aletea sobre los labios resecos, para volar hacia el diminuto cementerio, cercado de ramas espinosas, donde permanece la santa en el eterno sueño de los bienaventurados.

Durante su vida, fué una casita de adobe su morada. La Virgen de Pachaco, patrona de los troperos, cuando el sur revolvía la tormenta de nieve o el zonda quemaba las carnes broncíneas, aparecíase a los perdidos caminantes por los más abruptos senderos para acordarles la maravilla de su protección. Mas, como Jesús, después de acariciar a los seres con su piedad, sobre la costra sucia de la tierra, cerró los ojos en una noche estrellada y luminosa para ascender y perderse en el infinito. Y la mansa existencia se borró suavemente, como quien se disimula.

Allí, en el cementerio silencioso, ha quedado su cuerpo con la humildad de su traje blanco. La caja mortuoria — dentro de la discreción del nicho — guarda los restos de la Virgen de Pachaco. Han pasado las horas, los días y los años, pero la santa permanece como en la noche en que agitó las alas partiendo para siempre.

La podredumbre no atacó sus formas, porque el físico se ha identificado con el espíritu. Descansa allí intacta, cual si el propio zonda, asombrado, la acunase con su canto salvaje. Aun el maligno enemigo del caminante parece retroceder y obedecerla, puesto que, cuando corre por las quebradas y su ejército de gnomos comienza la pedrea y la arenisca enceguece, la oración del tropero temblando en la garganta, detiene su furia ante la invocación de la Virgen.

Hemos deseado verla. Un vigilante nos acompaña. Levanta la tapa del féretro, rodeado siempre de flores. Parece que duerme. La piel sedosa como la flor del quiscaluro, no es ya de condición humana. Ha entrado por la ruta de la perfección a la perpetuidad de lo divino. Y mientras ruge el zonda, deseando proteger a la muerta contra la profanación de una mirada, como ante una santa imagen, en forma maquinal, nos descubrimos.

Ricardo Gutierrez

NIÑOS DE HOY, CIUDADANOS DE MAÑANA

Por MYRIAM

CON entusiasmo y alegría, queridos niños, habéis festejado la gloriosa fecha histórica del 25 de Mayo, y he aquí que otra, no menos grata al sentimiento argentino, la del 9 de Julio, se presenta para su recordación, con sus tradiciones de gloria.

No voy a haceros un curso histórico sobre su significado. No, ésa es tarea, o, mejor dicho, deber cívico de vuestros maestros y profesores, que os recordarán los hechos históricos que ella encierra, y así quedarán grabadas para siempre en vuestras memorias.

Hoy, niños, quizás no alcancéis a comprender todo su valor; pero mañana, cuando seáis mayores, sabréis apreciar en toda su grandeza los episodios fundamentales de nuestra historia que hoy se os dan a conocer.

Vuestro deber de hoy, niñitos míos, consiste en escuchar, con atención y fervor, las explicaciones que os darán en las escuelas, las que luego podéis repetir y recordar en vuestros hogares, con vuestros padres y hermanos, pues así os quedarán mejor impresas en vuestras mentes.

Reunidos todos, entonces, con alegría y devoción rememoraréis los hechos históricos que aprendieron vuestros mayores, a su vez, en las aulas, y de esta manera rendiréis culto a los próceres que nos dieron patria y libertad, asociando a los vuestros en el júbilo patriótico que os producirá tal confortante recordación.

Un consejo para vosotras, madrecitas de esos pequeños entusiastas patriotas: tratad de inculcarles con altura la noción clara de lo que es ser patriota, diferenciándola terminantemente de lo que es ser patriotero.

El ser patriota no consiste sólo en llevar banderitas blancas y azules y agitarlas, y en gritar con fuerza vítores a la patria; enseñadles, ante todo, lo que es la patria; sus deberes, obligaciones para con ella y los sacrificios que impone para servirla y hacerla fuerte y gloriosa. Y deducid, luego, que el sano patriotismo no se paga con simples exteriorizaciones, sino que reclama otros tributos más ponderables y duraderos.

Si por desgracia llegara un momento en que la patria se viera en peligro, entonces, madres argentinas, que seáis vosotras las primeras en recordar a vuestros hijos sus deberes para defenderla, cueste lo que cueste.

Nada de flaquezas, entonces, sino, por el contrario, una gran decisión y mucha disciplina en vuestros corazones y así contribuiréis, con vuestro valor moral, a la ayuda de la patria.

Así lo hicieron las patricias de antaño, sin ostentación y con sagrado fervor cívico, que hoy recordamos con evidente veneración.

En cuanto a vosotros, hombrecitos del presente y futuros ciudadanos de la patria, prestad toda vuestra atención para aprender de memoria la vida, hechos y proezas de los que fueron vuestros gloriosos antepasados, para que os sirvan de modelos y para que los imitéis en toda la nobleza patriótica de sus actos.

Myriam





Potro azulejo

Por Fernán Silva Valdés

Yo tengo para mi silla
Un potro overo azulejo,
Algo bruto en el andar
Así amansado ex profeso.
Yo tengo para mi silla
Un potro overo azulejo.

Muy potranco lo enfrené
En los potreros del cielo;
Elegido en la manada
Bufadora del pampero.
Muy potranco lo enfrené
En los potreros del cielo.

Bebe agua de las nubes;
Come grano en los luceros;
No me hace pasar trabajos
Ni me cuesta mantenerlo.
Bebe agua de las nubes;
Come grano en los luceros.

Para tal potro tal hombre,
Eso es lo que digo y creo;
Nunca me siento más gaucho
Que cuando galopo el cielo.
Para tal potro tal hombre,
Eso es lo que digo y creo.

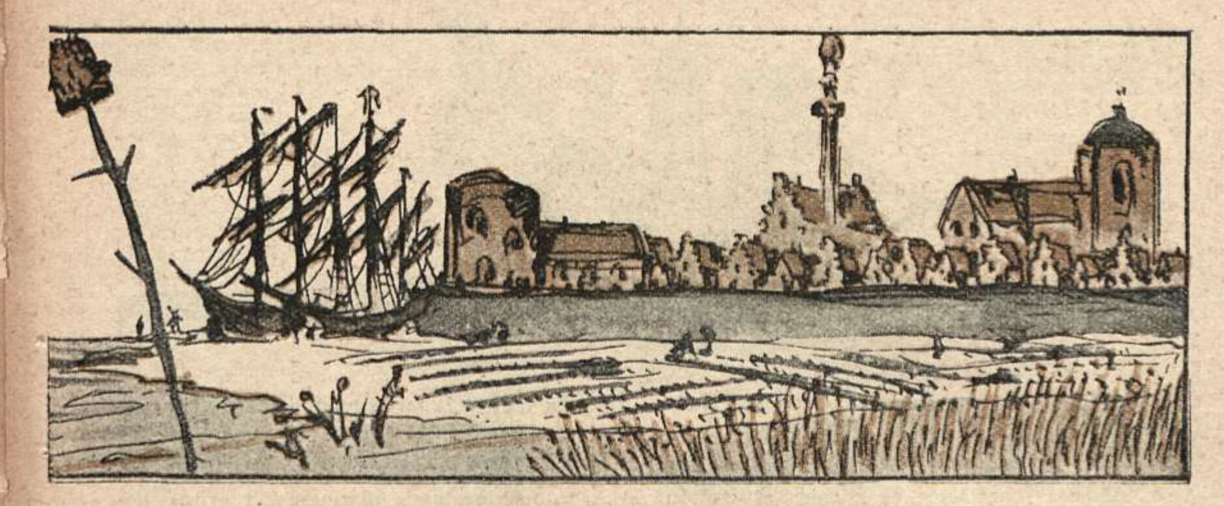
Soy señor de cielo y tierra
En mi potranco azulejo;
Voy a la estrella que elijo,
Tengo la novia que quiero.
Soy señor de cielo y tierra
En mi potranco azulejo.

Fernán Silva Valdés

DIBUJO DE VALDIVIA

El ejército argentino-chileno acababa de ocupar la ciudad de Lima. desalojando al Virrey y tomando medidas para evitar que aquel triunfo, fruto de muchos dolores y sacrificios, quedara malogrado. La guerra los imponía, pero algunos, demasiado confiados, no querían reconocer su necesidad. Este rigor y esta incomprensión fueron causa de más de un drama; de ellos, éste que a continuación recordamos, glosando algunas páginas del historiador Bilbao. es una lamentable y conmovedora prueba.





Un romance y un drama en los días de la liberación de la ciudad de Lima

I

Era Antonio Nobajas un tipo esbelto, distinguido, altivo. No podía negar su origen español. No negaba, tampoco, su simpatía hacia los patriotas que recién acababan de instalarse en Lima. Era joven, disfrutaba de una excelente posición social, y, se aseguraba, también, poseía una fortuna más que regular.

—Yo, a los patriotas, les debo casi un tesoro —aseguraba, casi chanceándose. — Han sido la causa de que mi boda se apresurara. Han llegado casi a obligar a mis suegros a darnos la bendición...

En efecto. Antonio Nobajas, a quien no miraba su futuro suegro con buenos ojos, el día mismo de la llegada de San Martín a Lima habíale forzado a consentir su casamiento con la joven y bella Carmen Zabala y Moncayo.

—Nos casamos o me marcho con las fuerzas leales — habíale conminado.

—¡Casaos! — fué, entonces, la palabra que pronunció el padre.

Y así lo hicieron, teniendo por música de esponsales a las charangas de los granaderos que avanzaban por las estrechas calles de la vieja capital del virreinato con grande y marcial estrépito de armas, cascos y rodar de carros de guerra.

Carmen Zabala y Moncayo no tenía sino dieciséis años. Era bella entre las bellas limeñas. Un cronista de la época dice que en su rostro perfilado se dejaba notar la radiación de dos ojos azules, que recibían una expresión de fuerza y tristeza por lo pronunciado de las cejas y el sombreado de las largas pestañas. A la frescura de su semblante juvenil reunía la flexibilidad de su airoso talle y el donaire y resuelta expresión de las hijas de españoles nacidas en América.

En los primeros días, Lima fué todo entusiasmo y festejos patrióticos. Pero, a poco, las resoluciones tomadas por los jefes revolucionarios vinieron a recordar casi en forma dolorosa, que las tropas no habían llegado allí para deleitar a la población con retretas y desfiles, que se estaba en plena guerra y que había que contribuir en una o en otra forma a aliviar las necesidades del ejército libertador. Y, entonces, comenzó el enrolamiento de la gente joven y apta para las armas así como se dió comienzo a la recaudación de las contribuciones con que patriotas y extranjeros debían ayudar al gobierno revolucionario a afrontar sus grandes dificultades económicas; porque, la verdad dicha sin ambages, tanto la tropa como la marinería de la escuadra hacía meses que no recibía ni siquiera una parte de sus haberes.

Don Antonio Nobajas, joven, impulsivo, acuciado por otros más pusilánimes pero no menos descontentos, fué de los primeros en protestar contra la contribución impuesta. Su protesta fué más notoria que la de otros españoles por la misma razón de que era hombre que estaba en condiciones de empuñar las armas y por la complacencia con que, en atención a su reciente matrimonio, se tuvo con él permitiéndole la vida al igual de un hijo del país.

Había en Lima una mano inflexible. Era la mano de un hombre enérgico, de un revolucionario íntegro, de un celoso defensor de la causa de América. Era un hombre joven. Estaba — y lo estuvo, — a la merced de las pasiones; pero, en él todas las pasiones, todos los excesos, todas las obsesiones tenían un solo origen y una única directriz: la Revolución. Había comenzado a vivir agitado, alimentado, fortalecido por la Revolución. Por ella había padecido prisiones y destierros; por ella había cerrado los ojos al dolor y obrado con dura e implacable mano; por ella había sacrificado todos los impulsos y todos los anhelos de su corazón; por ella se había trocado para las gentes que lo contemplaban a la distancia y lo juzgaban por sus imperiosas decisiones en un azote y en un monstruo.

Aquel hombre era el doctor Monteagudo.

Dispuesta la confiscación de los bienes pertenecientes a los españoles, su secuela fué la prisión y la expulsión de aquellos que se resistieron. Muchos fueron los que, fincando su empecinamiento en la posibilidad de un pronto y posible revés de los patriotas, se negaron a entregar lo que se les pedía. Entre ellos estuvo, siempre protestando y siempre altivo, don Antonio Nobajas.

Y sus protestas sirviéronle para ingresar en Santo Tomás, transitoria cárcel destinada a los contribuyentes reacios y antesala del destierro a la isla de Juan Fernández.

La prisión de Nobajas fué repentina. Ni su esposa, ni sus familiares, ni sus amistades pudieron hacer nada ni interponer influencias. Se le arrancó del hogar y, por bastantes días, se ignoró qué había sido de él.

La angustia de la joven esposa no tuvo límites. La implacable mano de la Revolución había puesto fin al tierno idilio. Fué un paso sin transición del amor a la desesperación. La joven acudió en vano al mismo palacio de gobierno. Las puertas se le cerraron. No faltaban los que le aseguraban que al esposo, por rebelde y altanero, le habían pasado sumariamente por las armas. Su dolor y sus lágrimas sumábanse al dolor y las lágrimas de muchas otras mujeres, esposas, madres e hijas.

Lima comenzaba a enterarse de que la Revolución había sido algo más que un simple mutis de unas autoridades para ceder el puesto a otras. Aquel general del sur, que no había querido presentar batalla, que se había resistido a entrar en la ciudad de los virreyes como un verdadero conquistador, a sangre y fuego, saqueando y violando, comenzaba a evidenciar su fuerza, empezaba a mostrar su decisión.

Carmen Zabala y Moncayo persistió en su búsqueda. No quedó prisión ni cárcel improvisada hasta la cual no llegó angustiosa y llorosa. En todas partes la misma respuesta: allí no estaba su esposo. Y en todas partes, también, el mismo recelo, la misma desconfianza, idéntica resistencia al soborno. Porque al soborno y a la traición comenzábase a poner una pena y las casamatas del Callao eran lo menos en la decisión de los jueces improvisados, que ya conocían qué clase de enemigo torvo y oculto existía en la ciudad.

Una tarde doña Carmen, en compañía de su no menos angustiada madre, atravesaba la calle de Judías cuando gran bullicio de pueblo y cabalgaduras militares les llamó la atención. Era una columna de prisioneros con rumbo al Callao.

Doña Carmen, angustiada, dificultosamente contenida por su madre, se hizo a un lado, entre la multitud, para dejar paso a la triste comitiva. Hombres viejos y jóvenes; de abolengo y baja condición, pobres y ricos, confundidos, agobiados bajo el peso de sus maletas, humillados, marchaban entre doble fila de soldados. Eran los primeros que se habían resistido al decreto; eran los primeros que, por no querer contribuir, habían visto totalmente confiscados sus bienes y perdida su libertad. Un cortejo en el que, entre gritos de sorpresa, los espectadores iban descubriendo a éste y aquel personaje ilustre, a éste y aquel magnate al cual, hasta que llegaron los revolucionarios del sur, habíase considerado invulnerable a la mano de la ley y la justicia.

Y en eso un grito de alegría y de angustia escuchóse entre el público que presenciaba el lacerante desfile. Lo había lanzado doña Carmen. Acababa de ver a su esposo, al amado don Antonio, entre los que cerraban la columna. Loca, atropellándolo todo, rompiendo el cordón militar, se arrojó entre los brazos del esposo.

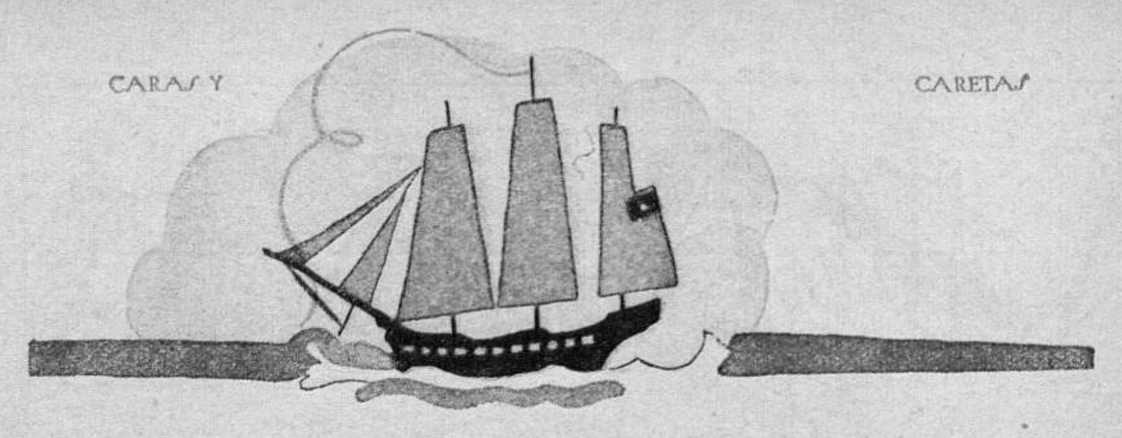
La columna quedó, entonces, un poco desorganizada. Los soldados de la guardia no atinaban a separarlos. Las lágrimas brotaron en algunos ojos.

—¡Antonio! ¡Antonio mío!

—¡Carmen! ¡Carmencita mía!

Fué aquélla sola una exclamación.

El abrazo no terminaba. Al cabo, él, haciendo un varonil esfuerzo, la apartó de sí:



—¡Adiós! ¡Quédate tranquila, Carmen! ¡Nada me ocurrirá!

—¡No! ¡No!

Lloraba desesperada, se le resistía a él mismo. Algunos compañeros de columna intentaron disuadirla. Fué inútil.

—¡Madre! ¡Yo me voy con Antonio! ¡Yo no lo dejo!

Los guardias apremiábanla. La comitiva no podía permanecer más tiempo allí. Ambas mujeres se miraron, ambas se comprendieron. Y, entonces, la más anciana, tendiéndole la mano en una despedida que fué como una bendición, le dijo:

—¡Sí, Carmen, y que Dios os bendiga!

La columna de prisioneros se rehizo y prosiguió su interrumpida marcha. El pueblo volvió a invadir la estrecha calzada; y, pronto, del triste cortejo, a lo lejos, no se columbró más que la silueta de los soldados de caballería que cerraban la marcha.

II

ACODADO sobre la barandilla del puente de mando de la "Monteagudo", el capitán Benavides aguaitaba la lejana costa. Una cadena de movedizos puntitos negros habíase desprendido de ella y, aumentando poco a poco de tamaño hasta precisar sus líneas, iban avanzando hacia la fragata anclada en los aledaños de la isla de San Lorenzo.

Era un hombre de rudo aspecto. Tenía algo de vascongado; pero, por su piel tostada, su cabello renegrido y tieso y la agudeza de sus ojos, algo, también, mostraba de indígena.

A eso de la caída de la tarde, con voz ronca, llamó a su segundo:

—¿Está todo listo?

—Sí, mi capitán.

—¿Cuántos son?

—Doscientos setenta hombres y una mujer.

—¿Una mujer? — inquirió Benavides.

—Sí, la esposa de Antonio Nobajas.

Benavides no escuchó casi la explicación. Empuñó su catalejo y, ávido, comenzó a escrutar el contenido de los botes, que ya estaban cercanos a la fragata.

—¡Tienes razón, muchacho! Viene una mujer, y nada mala... La había confundido con un chiquillo...

Lanzó una risotada y luego, en voz baja, al oído, le dió algunas instrucciones. Después, como comprobara que su grumete había estado escuchándole y descubriera en él una leve sonrisa, le aplicó un feroz puntapié a la vez que le decía:

—¡Eh, tú! ¿De qué te ríes, animal?

Y volvió a su inspección ayudado por el ya casi innecesario catalejo.

Media hora más tarde todo el cargamento estuvo convenientemente estibado. Los prisioneros españoles fueron alojados en el entrepuente, con buena guardia y abundantes cadenas.

Al anochecer, unos marineros, a gritos, llamaron a Antonio Nobajas y su esposa. De uno de los rincones del sollado, ya sumido en la obscuridad, surgió la pareja. Los marineros le echaron los faroles al rostro en un intento de reconocimiento. Después, ordenáronles:

—¡Vosotros, arriba!

Echaron a andar. A sus espaldas, las botas marineras resonaron cadenciosas. Uno de los hombres dijo algo al otro. Por toda respuesta recibió un codazo en el costado. Y una carcajada contenida fué el final de la escena.

III

CUATRO días de navegación llevaban ya. Don Antonio y su esposa disfrutaban de uno de los mejores camarotes de la fragata. Comían en la misma cámara del capitán.

Primeramente, el esposo creyó en la bondad de Benavides. Muy presto, empero, aunque sin manifestárselo a Carmen, descubrió cuáles eran sus aviesas intenciones. Estaba enamorado de la joven, le era ya difícil ocultar su pasión.

La situación se tornó angustiosa. El capitán acosando a la mujer; el esposo defendiéndola en silencio, sordamente, receloso, temiendo contrariar a aquel hombre que, con una sola palabra, podía volverlos a la cárcel del entrepuente.

Una mañana, a la hora del almuerzo, Benavides decidió obrar.

—Don Antonio, la oficialidad protesta...

—¿Por...? — insinuó él barruntándose la cazurra acometida.

—Pues, sencillamente, porque usted se encuentra aquí y no está donde debe, con sus compañeros de destierro.

Los dos hombres se miraron. Ambos, también, descubrieron su juego. La infeliz esposa contuvo un sollozo, una imploración. Muy pronto se rehizo. Apoyó su fina mano sobre el brazo del esposo, cuyo puño se crispaba de impotencia, y mirándolo a Benavides, con intencionada dulzura, dijo:

—Antonio, yo iré donde tú vayas.

Benavides, taimado, no opuso inconveniente alguno:

—Lo deploro por usted, señora... — se limitó a decir.

Y los esposos bajaron al entrepuente, dispuestos a compartir las penurias con el resto de los desterrados.

La vida allí era un suplicio. Faltaba la luz y se carecía de ventilación. Casi tres centenares

de hombres se hallaban amontonados como bestias. La buena voluntad de todos, compadecidos de la situación de aquella mujer, de aquella niña, hizo para aminorar el suplicio; pero Benavides, que proseguía su plan, empeñado en atemorizarla y hacerla pedir su camarote, llegó a disminuir la alimentación y suspender el brevísimo paseo por la cubierta.

Mas aquella mujer era todo un ejemplo de entereza y de amor. Al lado de su amado, le tranquilizaba, le incitaba a deponer sus iras, le impedía arrojarse sobre los marineros encargados de la custodia.

—¡Tengo que tenerte siempre a mi lado! ¡No hagas porque él nos separe!

Y el altivo caballero de otros tiempos deponía sus iracundias y recibía en la frente y en los labios el premio y el sedante que ella, con sus besos, le brindaba.



Benavides, desde la toldilla, ni siquiera la miró. Se limitó a hacer un imperativo gesto a los dos marineros que la contenían.

Terminado el embarco, los prisioneros comenzaron a maniobrar las balleneras. Don Antonio, desesperado, pugnaba por volver a la "Monteagudo". La esposa desde el puente, clamaba por reunirse con él y forcejeaba con los que la agarrotaban con sus puños.

—¡Antonio ¡Antonio!

Y en eso aconteció lo inesperado. Un movimiento quizá más hábil que potente, la libertó de las garras que la oprimían. Esquivó el cuerpo. Dió un salto, trepó a la borda y se arrojó al mar.

Cuando Benavides y su gente se asomaron pudieron ver a Carmen rescatada de las aguas y ya en brazos de su esposo.

Las balleneras se apartaron de la fragata y comenzaron a bogar hacia el bergantín. Pronto estuvieron a pocas brazas; pero, en eso, desde el mismo, una descarga de fusilería hízoles comprender que todo deseo de abordarla debía ser desechado. Optaron por volver a la "Monteagudo". Los desventurados recibieron idéntica respuesta. Otra descarga, que les causó algunas bajas, les convenció de que solos y en aquellas débiles balleneras debían intentar la salvación.

A la hora, todos los velámenes desplegados, la "Monteagudo" y el bergantín se alejaban rápidamente. Sobre el mar, desamparados, quedaron aquellas dos balleneras con cuarenta desterrados de Lima y entre ellos una mujer.

IV

A la altura del puerto de Arica, a unas trescientas leguas de la costa, la fragata "Monteagudo" avistó un bergantín. El capitán Benavides hizo reducir el trapo para ponerse en comunicación con él. Igualmente ordenó que se arrojaran dos balleneras al mar y luego, como dispuesto a poner en práctica lo más rápidamente un plan que se le acababa de ocurrir, bajó al sollado donde penaban los prisioneros.

Desde la escalerilla, procurando penetrar con sus ojos de indígena las tinieblas que allí reinaban, dijo en voz alta:

—Señores: la fragata carece de víveres para todos vosotros. Estoy al habla con un bergantín y en él cuarenta de vosotros podréis proseguir el viaje y acaso conquistar la libertad.

Se volvió rápidamente y trepó a la toldilla.

El bergantín, prevenido, se puso en facha. Mientras, en las balleneras, fueron arrojadas dos bolsas de galletas y dos pipas de agua.

En la cubierta, esperanzados, dispuestos a jugarse la poca vida que les quedaba en aquella indecisa aventura, aguardaban cuarenta prisioneros. Entre ellos estaban don Antonio y su esposa.

Comenzó el transbordo. Cuando Carmen quiso seguir a su esposo, dos manos férreas la contuvieron.

—¡Yo también! — exclamó.

V

Casi un mes, azotadas por el mar, sin gobierno, vagaron las dos balleneras. Un día, para el aniversario de la Virgen del Carmen, avistaron las costas de Huacho. Sólo veintitrés náufragos quedaban con vida en ambas embarcaciones. El destino se mostró con ellos aún más implacable. Ya estaban a escasa distancia de la costa; poco, casi nada les faltaba para llegar a ella; pero, como tocadas por una fatídica mano, ambas balleneras diéronse vuelta y el mar cobró nuevas víctimas...

Se salvaron cuatro personas y, entre ellas, abrazados, consumidos por los dolores, agotados por la sed y el hambre, contáronse los dos enamorados: Carmen y Antonio.



Señora de gesto altanero,
de boca más roja que grana,
los ojos fundidos en sombras,
la frente más tersa que nácar,
dejó su fastuoso palacio
llevando su audacia por arma,
su gran mezquindad por emblema,
su grande soberbia por gala.

Cargado de adornos el cuerpo,
liviana de penas el alma,
llevaba la altiva señora
ha tiempo la ruta extraviada.
"¿Qué busca la hermosa doncella?
¿Qué busca, gentil soberana,
que en casa de humilde apariencia
su mano ha tocado la aldaba?",
le dijo un señor que tenia
más blanca que nieve la barba.
La dama le habló de tal suerte:
"Mi reino reclama más almas.
Dejadme pasar, buen anciano;
franqueadle de grado la entrada
al alto designio que llevo".
Oyendo las tales palabras,
le dijo el anciano: "Señora,
las almas que habitan la casa
indignas lo son de tu reino.
De joven pidieron morada
a fin de llegar, por la Ciencia
y el Arte, a la meta más alta.
Hoy tienen cansados los ojos
y llevan la espalda encorvada
y han visto que el tiempo implacable
ha puesto sus barbas muy blancas
y sólo un saber las abruma:
el mucho saber que les falta".

Siguió su camino la hermosa,
más ricas que nunca sus galas,
más leves que nunca sus pasos,
más grandes que nunca sus ansias.

"¿Qué busca la bella señora?
¿Qué busca, gentil soberana?",
le dijo un señor que la puerta
de rico ornamento guardaba.
La hermosa le habló de tal suerte:
"Mi reino reclama más almas.
¿Qué guardas detrás de esa puerta?
¿Qué guardas en ésa, tu casa?"
El hombre echó atrás su cabeza
con sedas y joyas tocada
y dijo: "Los más grandes genios,
los sabios de más larga fama,
los más renombrados talentos
detrás de mi puerta se guardan.
Juzgad por vos misma, señora,
que libre tenéis ya la entrada."

Nimbada de luces y pompas,
entró la gentil soberana
y halló que los necios cubrían
sus torpes alcances con palmas;
que el torpe, con glorias ajenas,
su obscuro intelecto adornaba;
que el simple lucía gozoso
las ropas al genio compradas;
que, usando ademanes altivos,
el fatuo mediocre arropaba
la falta de ingenio en soberbia;
los tontos, con ropas prestadas,
andaban en busca de elogios;
los pillos no los regateaban,
pues cuesta muy poco el halago
si el darlo produce ganancia.

"Quien tenga agudeza de ingenio
y crea la gloria ganada
por méritos propios, que sepa
que nadie en talento lo iguala,
que ya por sabido dé todo,
seguid a la gran soberana
que viene de lejos buscando,
en bien de su imperio, más almas".

Salió la señora y tras ella
salieron los que aseguraban
tener todo cuanto dijera
la bella y gentil soberana.
¡Poder de los dioses! ¡Prodigio!
Ni un alma quedó en esa casa.

Sofía Espíndola

Por poco, este niñito no pide la mesmísima bandera, con sol y too, que framea en la Casa de Gobierno, sobre Barcarce, frente a la estatua de Bergrano, su creadó

▼ Por FELIX LIMA ▼



Yo tamén quelo escalapela, mamita, y bandelita, tamén.

—Sí, querido.

—Pues este tío en embrión no se quea atrás pa recramá su parte patriótica, señora. ¿Y cómo te yamas tú, botijiya? — inquiere el "vendeor" de escarapelas y banderitas, un "cotufa" enemigo de depositar palabras en el Banco del Silencio.

—Diie tu nombre, encanto.

—*Yo quelo una escalapela tan gande como la de la Pocha, ¡ati, de gande!*

—Por poco, este niñito no pide la mesmísima bandera, con sol y too, que framea en la Casa Rosá, meno conocía por Casa de Gobierno, la que framea sobre la entrá por Barcarce, frente a la estatua de Bergrano, su creadó.

—Pocha es grandecita, y tú, Alfredito, apenas levantas una cuarta del suelo.

—*¡Pelo yo tamén soy argentino, como papito!*

—Es cierto, Alfredito, pero tu escarapela está en relación con tu estatura, pigmeo.

—Arfreo, ¿eh?... Lindo nombre er de su pequeño, señora; nombre como pa engorfarse en la literatura cuando sea grandecito. En Francia froreció Arfreo de Musset, gran poeta romántico, autó de "Confesión de un hijo der sigro". Dicho Arfreo murió cuarentón, ayá por er año cincuenta y tantos der sigro pasao.

—Usted ha leído algo, ¿no?...

—¿Que si he leío, me pregunta usté, señora? Vamo: que yegó a serme familiá too er instrumentá en pasta y tela de las bibriotecas púbricas de Cádiz. De ahí mi conocimiento de Arfreo de Musset, y mi armiración por ér, que, precisamente, nació en er año de la regolución de Mayo. Aquí en la tierra de Bergrano, los Arfreos, entre la política y la literatura, optan por la primera. Ejempro: Arfreo L. Palacio.

—¿Continúa leyendo mucho?

—No tanto como antes, señora, debío a un arcidente de arta cinegética. Yo nací pa matá voláltiles. Era cazaor de arma, de espíritu, fervoroso. ¡Y qué puntería!... Como qu'era capás de hacer branco en er mismísimo centro de una letra de imprenta, la o, por ejempro, cuerpo sei, ojo chico, a cien metro y sin ayuda de catalejo.

—En plena Andalucía, ¿no?...

—Y aquí también, hasta que juí vítima der arcidente. Va pa un lustro que pa Semana Santa acepté una invitación de Joselito de Robreo pa ir a cazar perdices, liebres y otras alimañas comestibres a la chacra der dotó Borrego Morón, ar sur de la provincia de Güeno Saire.

—Y cazó una gripe.

—¡Ca! Reventó er caño de mi escopeta ar cobrar la décimanona pieza, una perdí que por lo grande semejaba una gayina Rodeislán, y por medio centímetro no pierdo er ojo izquierdo, que jué afertao por una munición. Hubo hule, cama e intervención oftalmológica.

—Menos mal que no se quedó Díaz Mirón unitario...

—Ahora leo menos que antes pa no fatigar er ojo que estuvo a punto de pasar ar buche de un framenco der Zo de Dago Holmberg.

—¿Qué biblioteca frecuenta?

—La der Consejo Nacioná de Educación, donde un paisano mío es entregaor de libros y encargao de turno. No farto a la sesión nocturna.

—¿Y si llueve?

—Pues me queo en casa, pa leerme los periódicos der día, de punta a rabo, incrusive los anuncios de remate.

—*¡Yo quelo otra bandelita, dos, tres, tinco, mamita!*

—Vamo, niño, que con tanta banderita y por lo embanderao, ni er frente de la Municipaliá en día de fiesta patria.

Félix Lima

Los establecimientos financieros

Si hubiéramos de resumir nuestro análisis de los establecimientos financieros y del movimiento comercial, haríamos notar, ante todo, que la marcha progresiva del país depende esencialmente de la del crédito y finanzas públicas. Ciertamente el gobierno, en país americano, donde la iniciativa individual es la cualidad dominante y general, no es el que promueve las empresas, pero de la manera como dirija las finanzas públicas, del orden que presida o falte en su administración, dependen el valor de la moneda emitida por los bancos del estado tanto como del valor de este papel moneda dependen las riquezas privada y pública.



Emilio Daireaux.

Una prueba tuvimos en 1885: el curso forzoso se decretó de nuevo por el gobierno, después de haberlo suprimido en 1882. Había entonces en circulación 250 millones de francos en moneda fiduciaria emitida por los dos bancos del estado; este papel experimentó una depreciación inmediata de 30% o sea una pérdida de 75 millones de francos impuesta a los portadores, a la que debe añadir la incalculable que sufrieron todos cuantos eran acreedores del comercio, de particulares, y cuyas cuentas, naturalmente establecidas sobre la unidad del peso nacional, habían de saldarse en papel depreciado.

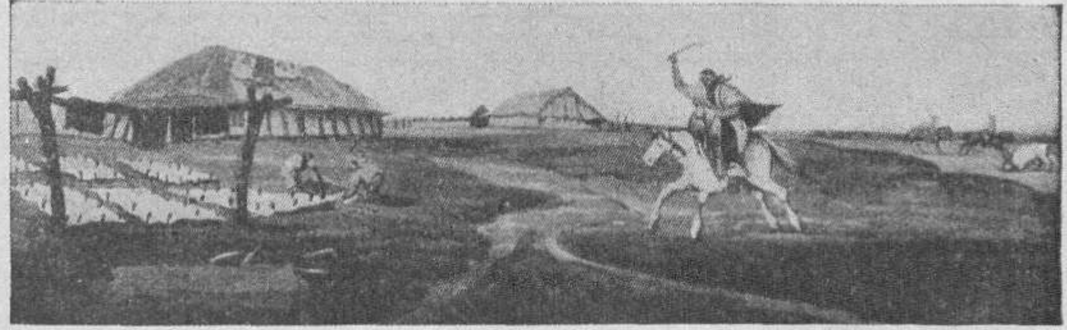
Perjudicado a su vez el estado por esta baja en sus ingresos, que sirven para pagar en oro las deudas con el exterior, aumentó en un 15% los derechos de aduanas; nueva carga para el comercio y el consumo.

Considerada desde estos puntos de vista, la marcha del estado interesa al comercio y a los negocios privados más quizá que en cualquiera otra parte.

Cuanto hemos dicho de los recursos del estado y de las fuentes de la riqueza privada basta para demostrar que la República Argentina, como todos los países cuyo crecimiento es rápido, debe experimentar de tiempo en tiempo esos malestares pasajeros que ordinariamente acompañan el desarrollo de las sociedades como al de los individuos, pero la comprobación y el examen de estas fuerzas productivas bastan para demostrar que durante largas series de años puede aún engrandecerse, sin llegar a agotar todos los veneros de la riqueza pública y privada que contiene su inmenso territorio en su mayor parte ignorado aún.

Para ayudarle a marchar en esta vía de fecundas conquistas, cuenta, a la vez que con el espíritu móvil y la actividad mercantil de sus habitantes, con la continua oleada de emigrantes que le traen el capital de sus fuerzas. — *E. Daireaux.*

La caza de ganado cerril



Estaqueada de cueros vacunos.

La caza de ganado alzado la realizaron los guaraníes de las reducciones de una manera diferente a la operación de "vaquear" en la pampa.

Salían a buscar el ganado cerril 50 ó 60 indios provistos cada uno de 4 ó 5 caballos de remuda consigo; llevaban como cebo una pequeña cantidad de vacas mansas, que dejaban en algún collado de manera que pudiesen ser vistas por las vacas silvestres; y guardando esta tropilla quedaban unos cuantos a caballo. Los demás se esparcían para no rodear y asustar las vacas salvajes acorralándolas y empujándolas. Los animales azorados, viendo la tropa de vacas mansas, se iban acercando allá, y entonces, los guardadores se espaciaban y les habrían paso Por la noche era preciso encender hogueras en derredor, y con esto se contenía el ganado bravo, que de otro modo se abría paso por en medio de los ganados y se desbandaba otra vez.

Una vez terminado de recoger las vacas de aquellos contornos, pasaban a otro paraje, arreando las ya recogidas; para lo cual un jinete marchaba delante y los demás rodeaban el rebaño, y lo iban haciendo mover, sin hostigarlo demasiado para que no se embraveciera y dispersara. Con esta tarea, continuada durante 2 ó 3 meses, recogían los 50 indios en espacio de 100 leguas de 5.000 a 6.000 cabezas para su pueblo. A veces llegaban a recoger 10.000, 12.000 y 20.000 vacas.

Conducidas estas vacas silvestres a los campos del pueblo, se repartían de a miles para formar distintos rodeos que se separaban uno de otro por medio de zanjas, ríos o esteros. Se amansaban en corrales de palos o poniendolas en lugares altos donde se reunían todos los días o dos veces por semana, dejándolas juntas por los menos tres horas. — *Gardiel.*

LA PERDIDA DE TEJAS



El licenciado don Juan Francisco de Azcárate y Lezama, precursor de la Independencia, que previó la guerra separatista de Tejas.

PROFETIZADA POR UN PRECURSOR DE LA INDEPENDENCIA MEJICANA.

Por

ANASTASIO ARENAS





UN PROGRAMA
DE POLITICA
INTERNACIONAL

Portada del volumen 37 del "Archivo Histórico Diplomático Mexicano", en que se publica el sensacional dictamen de Azcárate.

INSTALADA, de acuerdo con el Tratado de Córdoba, la Soberana Junta Gubernativa del Imperio Mejicano, en el año de 1821, e integrada por el Libertador don Agustín de Iturbide, don Manuel de la Bárcena, don Isidro Yáñez, don Manuel Velázquez de León y el obispo de Puebla, don José Antonio Joaquín Pérez — quien sustituyó a O'Donojú, que había fallecido — nombró desde luego cuatro Ministerios y en el de Relaciones Exteriores fueron comisionados el licenciado D. Juan Francisco de Azcárate, el conde de Casa de Heras y D. José Sánchez Enciso.

Don Juan Francisco de Azcárate y Lezama gozaba de gran prestigio en la capital del naciente imperio, y aun en sus provincias, como jurisperito de nota, erudito historiador y hombre de letras de altos vuelos, y además contaba a la vez con la simpatía de Iturbide y con el aprecio de los antiguos insurgentes porque se le reputaba como uno de los precursores de la Independencia. En efecto siendo Regidor del Ayuntamiento de Méjico, hizo una representación al virrey Iturrigaray en la cual, en nombre de los americanos, sostenía que el pueblo de la Nueva España debía reasumir su soberanía, puesto que ésta radicaba en el mismo pueblo. Esta temeraria afirmación valió al licenciado Azcárate que se le redujera a prisión y se le formara un proceso, habiendo estado por tres años encerrado en una *mazmorra*.

Triunfante Iturbide, lo nombró miembro de la Junta Provisional en la Comisión de Relaciones Exteriores y después Ministro Plenipotenciario en Inglaterra, cargo que no llegó a desempeñar.

Siendo miembro de esa Comisión de Relaciones el licenciado Azcárate, redactó el dictamen que, con el título de "Un Programa de Política Internacional", acaba de publicar el "Archivo Histórico Diplomático Mejicano" en su volumen 37. Esta publicación, según se sabe, la hace la secretaría de Relaciones Exteriores y con ella está contribuyendo eficazmente al esclarecimiento de muchos sucesos de nuestra historia.

Es fácil colegir, dados los antecedentes literarios y jurídicos del señor Azcárate, que él fué el autor de ese "Dictamen presentado a la Soberana Junta Gubernativa del Imperio Mejicano, por la comisión de Relaciones Exteriores, en 29 de diciembre del año de 1821, primero de la Independencia", en el cual se tratan los diversos asuntos relativos a los problemas diplomáticos con que tenía que enfrentarse la nueva nación, en la forma siguiente: Relaciones Exteriores por la Naturaleza: Naciones Bárbaras de Indios, Angloamericanos, Rusia, Guatemala, Inglaterra, Isla de los Mosquitos, Costa de los Mosquitos. Relaciones Exteriores por Dependencia: Cuba y Puerto Rico. Relaciones Exteriores por necesidad: Roma. Relaciones Exteriores por política: España, Francia, Estados Unidos independientes de la América del Sur.

El dictamen termina con un voto sobre colonización que contiene un reglamento que fija las bases para colonizar principalmente las provincias de Texas, Coahuilla y Nuevo Méjico.

Revela el dictamen no sólo la cultura, notable en aquellas épocas, que en general poseía el licenciado Azcárate, sino su profunda perspicacia en lo que se refiere a cuestiones internacionales. Su mirada era de amplios alcances y abarcaba hasta el futuro, pudiéndose decir que en su clarividencia escudriñó el misterio de los tiempos venideros y que su estudio es verdaderamente profético ya que en él preveía que el territorio de la Nueva España iba a verse mutilado con la segregación de Texas y del

territorio de las provincias adyacentes. Vamos a desglosar de su dictamen lo que se contrae a las llamadas "Naciones Bárbaras de Indios" y a los "Angloamericanos" o sean los Estados Unidos de América.

Para acabar con la guerra con los indios bárbaros, recomendaba que se evitara la fuga de los prisioneros, o que so pretexto de arrepentidos se refugiaran en los presidios para luego escaparse y volver a atacarlos con los suyos, y ante la inmensidad del territorio de Nuevo Méjico, exclamaba: "¡Ojalá hubiera la gente necesaria para poblarlo! Esta falta de ella por sí misma indica lo que más conviene ejecutar. Es preciso abandonar todo proyecto de conquista. La experiencia ha demostrado que semejantes empresas son muy costosas; que el medio mejor es entablar negociaciones de comercio y amistad en donde no las hay y conservar las que ya existen".

Al llegar al problema de Tejas, que no sólo desde entonces, sino aun desde los tiempos del gobierno colonial, preocupaba hondamente a la administración, manifiesta, después de exponer que los Estados Unidos pretendían aumentar su territorio con la provincia de Tejas, que tal pretensión tenía un objeto doble: "Solicitan hacerse de ese terreno para apoderarse de la Bahía del Espíritu Santo, San Bernardo, Arcokisas (sic) por Arcoquizac y otros puertos en el Seno Mejicano, en el territorio del Imperio, y entablar el comercio de sus efectos, que como pueden darlos *mucho más baratos que los* que se conducen por tierra, serán preferidos tanto en el giro público como en el clandestino, y de una y otra suerte arruinarán la agricultura, industria y comercio interior y exterior del país.

"Solicitan también por este medio adquirir conocimientos íntimos de las Provincias inmediatas y las mediterráneas que son las más ricas y fértiles del Imperio, lo que lograría su Gobierno fácilmente por medio de la actividad que nunca tuvo el español".

Consideraba como muy sencillo la falta de cartas orográficas, geográficas y topográficas, puesto que "el enemigo que ataca con conocimiento del terreno en que pelea, lleva, si no adelantada la victoria, mucha ventaja para hacer la guerra" y recordaba que la falta de esas cartas "se hizo muy sensible en la guerra de la revolución en el año 10, pues las tropas no podían obrar por falta de conocimiento del suelo y muchas veces fueron vencidas por las mejores noticias de la localidad".

En concepto de Azcárate, podía ser también la manzana de la discordia entre el Imperio Mejicano y los Estados Unidos, "la cesión que les hizo el Gobierno español de las dos Floridas", cesión que Azcárate juzga como un imperdonable error político cometido por España. Otra de las causas de desavenencias, según él, radicaba en las revueltas intestinas que podían registrarse en Méjico para cambiar sistemas gubernativos. La diversidad de los sistemas gubernativos, puede ser otro principio de desavenencia. Temerán tener por colindante un Imperio que va a ser poderoso por la riqueza metálica, agricultora e industrial; preverán que dentro de pocos años su prepotencia ha de inclinar la balanza a su favor, y querrán evitar las resultas o con la guerra o con la intriga sembrando la discordia, o con los otros medios que se les presenten".

Las condiciones en que entonces se encontraban los Estados Unidos no les permitían hacer la guerra, por la dificultad de conducir ejércitos y lo costoso de la movilización. En iguales circunstancias se hallaba el Imperio Mejicano. Por todas estas consideraciones juzgaban "necesario no perder de vista que los Estados Unidos son la potencia más inmediata al Imperio, de la que puede recibir auxilios prontos y en los instantes más críticos, cuales son los principios de su organización".

El punto más importante del dictamen es el referente a "la seguridad de la Provincia de Texas y sus inmediatas". La provincia de Tejas, que es tan fértil, asienta el dictamen, "de temperamento tan benigno, tan rica en metales y en producciones naturales, que cuando se lee la descripción que de ella hacen los geógrafos, al paso que se cree hablan del Paraíso, la admiración cumple a preguntar, ¿por qué los españoles no dedicaron todas sus miras y sus esfuerzos a poblar una tierra en quien concurren todas las señales de la feliz que Dios refería con repetición al pueblo judaico para consolarlo en la larga peregrinación que hizo desde Egipto? Todas sus circunstancias concurren a fomentar las codiciosas miras que las naciones europeas tienen sobre ella, las que son mucho mayores en los Estados Unidos, porque como vecinos materialmente palpan con las manos que toda cualquiera ponderación se queda muy atrás".

Respecto a la pérdida de Tejas, he aquí este elocuente párrafo: "Haría una pérdida irreparable el Imperio si por desgracia esa bella Provincia saliera de su poder. Necesita conservarla por su importancia y para conseguirlo no le queda otro arbitrio sino poblarla. Las Cortes Españolas Constituyentes, convencidas de esta necesidad, por decreto de 29 de noviembre de 1813, aprobaron el proyecto de población y cultivo de la provincia de Texas, propuesto por don Ricardo Raynal Keene, aunque sujeto a restricciones que tal vez lo hicieron ineficaz, lo mismo que interiormente había sucedido con otras disposiciones dictadas por el Gobierno antiguo. La Legislatura actual procedió con ideas más liberales y proporcionadas en las sesiones de 16 y 19 de junio del año anterior, en las que se discutieron y aprobaron veinte y cuatro artículos, comprensivos de disposiciones útiles, muchas de las que fácilmente pueden acomodarse a las circunstancias de la verdadera localidad de la Provincia sin perjudicar a las inmediatas".

Tras de señalar como medio infalible para evitar la segregación de Tejas y las demás Provincias del Norte el de la inmigración, punto que contiene en el dictamen datos históricos muy provechosos, y después de hacer resaltar los asombrosos progresos de los Estados Unidos por las actividades que diera a la inmigración, se expone: "Los Estados Unidos se hallan persuadidos de que su población continuará aumentándose por este medio, hasta el grado de afirmar el sabio Melish, caminando el progreso de la gene-



ración presente y las inmediatas con el aumento que reciban de las familias europeas que emigrarán hasta el año de 1918, que en el período de los ciento subirá hasta doscientos once millones."

Como se ve, esta profecía política se ha cumplido al pie de la letra, pues los Estados Unidos cuentan en la actualidad con más de cien millones de habitantes y son los verdaderos amos del mundo.

Azcárate soñaba en que la emigración europea a Tejas constituyera "el antemural contra una potencia que confiada en sus prodigiosos aumentos y heredera del orgullo inglés, se figura que va a ser la mayor del orbe y señora de todas las naciones."

Clamaba porque se poblara Tejas y seguía señalando ese remedio como el más eficaz: "El dato temible consiste en que si ahora en tiempo oportuno no se puebla, la emigración de día en día aumentará la fuerza de los Estados Unidos, y cuando el Imperio menos piense, saldrán de su centro gentes inmensas, como las que salieron de las orillas del Danubio y Támesis, y se apoderarán de Texas, Coahuila, el Saltillo y el Reino de Nuevo León, como los godos y los ostrogodos, alanos y otras tribus asolaron el Imperio Romano. En las materias peligrosas de gobierno un instante que se pierda va a decidir la felicidad o infelicidad de muchos siglos, y tal vez la total existencia de un Estado'. Y agregaba en el proyecto de colonización, en las proposiciones 5ª y 7ª: "Se llamará a las familias pobres del Imperio y a los militares del Ejército Trigarante, con arreglo al decreto de 23 de marzo de 1821. Todos se dedicarán a la Provincia de Texas, pues como naturales del Imperio formarán la fuerza militar de absoluta seguridad, que lo ponga a cubierto de toda invasión y asechanza". "En la de Coahuila se contraerá la población a la margen del río Grande del Norte, para formar una línea insuperable, que le sirva de antemural al Imperio en caso de ser invadida la de Tejas y al propio tiempo de escalón para auxiliar a ésta, sostenerla y proporcionarle las mayores ventajas con la navegación del río, que lo es en más de sesenta leguas y a poca costa puede proporcionar una comunicación franca con las Provincias de Occidente."

Otras importantes observaciones hace en el decurso de su dictamen el licenciado Azcárate, señalando como un erróneo proceder aquel que autorizó a Moisés Austin, y luego a su hijo Esteban, para formar un puerto en la embocadura del río Colorado y tomar tierras a su sabor, sólo con familias angloamericanas. Este plan de colonización lo juzgó fatal y a fe que no le faltó razón, como lo comprobaron los hechos posteriores que culminaron con la desmembración del territorio mejicano.

Terminamos haciendo nuestro el juicio del prologuista del dictamen, al que llama luminosísimo y que dice que constituye "el monumento primordial de nuestra historia diplomática".

▼ ▼

▼ ANASTASIO ARENAS ▼

La estancia y el gaucho

La característica de la estancia antigua es el pastoreo nómada; el ganado arisco era lo que dominaba en la campaña argentina. Eran, en su mayor parte, animales atropelladores, dominados solamente por el paisaje que maneja el lazo, la boleadora y hábil jinete. Con la boleadora, el lazo y el caballo criollo y con un personal adiestrado, la "estancia" se desenvolvía perfectamente, bajo el régimen del pastoreo nómada. Se paraban los grandes rodeos en las estancias, reuniendo el ganado parcialmente en pequeños grupos y tratando de acostumbrarlo a ver a la peonada; cuando por cualquier circunstancia, los rodeos se dispersaban, se realizaba una batida furiosa, una carrera vertiginosa y extenuante a golpe de lazo y de boleadoras en medio del campo raso. El personal de la "estancia" antigua estaba formado por el paisanaje rústico, que ha ido evolucionando desde el gauderio o paisanaje nómada hasta el gaucho noble y laborioso que sobre el caballo era un verdadero "centauro". ¿Quién no ha visto al gaucho argentino de indumentaria típica: de calzón bordado o adornado de encajes, en su parte baja, a la manera de los mosqueteros y el "chiripá", trozo grande de tela negra pasada por entre las piernas y sujetada al talle en forma que resultase una especie de pantalón amplio y suelto? El lujo del gaucho y su elegancia, consistía en su cinturón de cuero adornado con piezas de plata y que retenía en su vaina un gran facón, en las estrellas o taseras de sus espuelas de plata, anchas como custodias y en los adornos de plata cincelada de la silla, de la brida y el bocado. Le cubre el busto el poncho de vicuña o de guanaco, o el poncho "sesenta lista" del gaucho paraguayo. Un sombrero de fieltro flexible, de estrechas alas y botas de montar hechas con piel de potro recién despellejado, completaban la indumentaria del gaucho. El gaucho argentino tiende a desaparecer. El amor del gaucho a la "stancia" y a la pampa es algo innato en él; de ahí su independencia y su sensibilidad exquisita y su gran pasión por los galopes infinitos en las llanuras solitarias.—*P. de la C. Mendoza.*



La caza del ganado cimarrón en el coloniaje.



El moreno Cayetano Ruiz



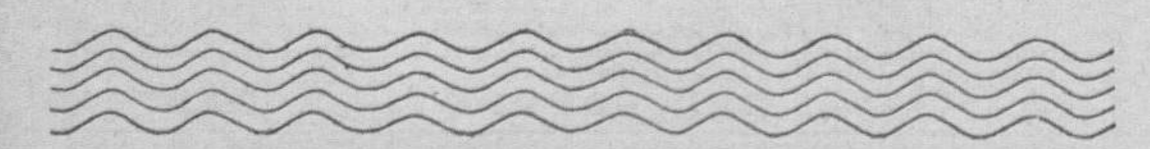
VÍSPERAS del combate victorioso que Uriondo y Rojas libraron contra Vigil en Salinas, sobre la frontera de Jujuy y Alto Perú. Los gauchos salteños y jujeños aguardaban la ocasión de pelear. Un criollo estuvo a punto de malograrla, el moreno Cayetano Ruiz, que el 8 de mayo de 1818 declaró ante los realistas pormenores de los planes concebidos por Rojas. Pero la traición fué inútil: el 18 de mayo triunfaron los gauchos de la Libertad. Las declaraciones del moreno, reverso de Falucho, nos dan un cuadro fiel de la época. Ante el sargento escribano Ochoa hizo las confesiones siguientes:

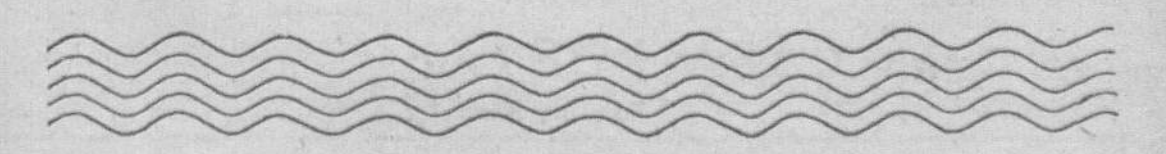
"Preguntado su nombre y situación, dijo llamarse Cayetano Ruiz y que es natural de la ciudad de Salta, residente en el pueblo de Mataca, jurisdicción de donde lo tomaron preso los insurgentes Manuel Pinto e Ignacio Fuentes el 30 de octubre del año pasado, y que estos caudillos lo tuvieron preso el espacio de seis meses hasta que resolvieron remitirlo al Tucumán *con el correo, conducido por Fernando* Navia y que en el Bermejo dió la casualidad de haberse despeñado la mula de carga de otro correo y para levantar ésta fué preciso quitarle la mula al declarante y seguir su marcha temerosos de que alguna partida de la *división* que expedicionaba en las Salinas, diese con ellos, con este motivo logró quedarse el declarante y dirigió su marcha hacia sobre esta villa, pero que cuando pasaba con el correo estuvo tres días con el caudillo Rojas en San Antonio, dos leguas distante de la misión de las Salinas donde se hallaba acampado. Preguntado que si sabía de las novedades que llevaba el correo, quiénes iban con él, qué piezas tenía Rojas, qué planes tenía y que dijese todo cuanto vió y oyó decir. Dijo: que llevaba unos paquetes del cura don Juan Bautista Oquendo, natural de Cochabamba, *residente* en el pueblo de la Loma, provincia de Cinti, al caudillo general Belgrano, quien le ha dado a este cura la comisión de apoderado general a fin de que juzgue a todos los eclesiásticos contrarios a la patria y observe las comportaciones de todos los cabecillas que hacen la guerra a su favor y que no sabe lo contenido de dichos pliegos. Que el capitán que fué con la compañía de cazadores del batallón de Potosí, don Justo Astete, iba con dicho correo dirigiéndose al Tucumán, llevando consigo varios pliegos y decía éste que los habitantes del Cuzco dirigían aquellos pliegos para que el ejército insurgente se ponga en marcha hasta el punto de Humahuaca, con lo que sería fácil sublevarse, porque toda la provincia se halla convocada. Que Rojas tenía, por lo que les oyó decir a ellos mismos y por lo que él vió, setecientos hombres largos de a caballo bien montados y que tenía doscientos y tantos fusiles y el resto estaban armados con sables, pistolas lanzas y palos labrados, y que Cumbay, el jefe principal de los indios bárbaros, estaba allí con Rojas y tenía a su mando cien indios de flecha y esperaba de un momento a otro la llegada *de dos mil indios,* que los capitanes los tenían reunidos y que a más esperaba también al caudillo Castillo, que traía la partida armada con ciento treinta fusiles y que decía Rojas que era imposible que la división expedicionaria *de las Salinas saliese de allí, ni* aun pudiesen mantenerse más tiempo que el que tardasen en avistarse con la que él mandaba, motivo a estar él posesionado de los mejores puntos que dominaban el preciso tránsito y que éstos y los *obscuros* bosques le facilitaban poner sus emboscadas con feliz éxito y que precisamente arrollaba aquella división con tanta gloria que no escaparía uno y que un soldado que tomó Rojas disperso le había dicho a Rojas que el coronel Vigil llevaba treinta mil pesos para comprar ganado. Que con todo esto tenía su gente tan entusiasmada con esperanza de robo que deseaban encontrar la división y batirse. Que el declarante, viendo en este estado a Rojas se dirigió precipitadamente a esta villa a ver si podía dar noticia al comandante de esta plaza para que auxiliase con alguna tropa a dicha división expedicionaria, y con este motivo no sabe si se le había reunido al mencionado Rojas aquella tropa que esperaba, y que su aviso a esta plaza ya fué inútil, motivo a que ya habían salvado el peligro".

Después, el día 27 de junio, en el cuartel general realista de Tupiza, formuló nuevas declaraciones:"

"Preguntado cómo cayó en manos de los enemigos y en qué tiempo, dijo: fué hecho prisionero en el pueblo de Mataca el treinta de noviembre último a las doce de la noche, por causa de una *mujer y otros vecinos,* llamada aquélla Venturana García, la que estaba resentida de resultas de haber el que declara denunciado algunos patriotas parientes de ella: que además su compañera Andrea Guadalajara, Eugenio Córdoba y Gregorio el *Sacristán,* todos del referido pueblo, fueron la causa de su prisión y la del cura, pues avisaron a los enemigos que estaban cerca, y vinieron unos ocho al mando de Ignacio Fuentes, los que lo llevaron *prisionero.*

"Preguntado a qué punto lo llevaban y qué ha hecho desde aquella época, dijo: que a San Lucas, de aquí a Achilla, y de éste a Santa Elena, desde donde fué entregado al caudillo Carra, *el que lo condujo a la Loma,* y el cura Oquendo lo hizo marchar en dirección a Salta en compañía del correo y del capitán Astete (pasado del ejército del rey) y que decía llevaba pliegos a Belgrano, habiendo oído decir *se trataba de entregar algunas provincias* del Cuzco. Que en estas marchas ha empleado todo el tiempo y únicamente lo detuvieron en Santa Elena cerca de cinco meses por ver si quería tomar partido con ellos. Preguntado qué tropa enemiga había *en Santa Elena, cuando salió,* qué día fué éste y qué caudillos se hallaban en aquellas inmediaciones, dijo: Salió el lunes trece de abril; que se hallaba el caudillo Tejada con cuarenta hombres armados y cuatrocientos indios con palos, al mando del caudillo Rozales; que por orden del cura de la Loma Oquendo, se habían reunido aquel pueblo. Que en el punto de Aguada-casa, estaba Fernández con treinta negros de fusil y otras dos partidas *que ascienden las dos a cincuenta hombres bien* armados. Que tiene éste su maestranza y tres cañones de estaño, uno de ellos únicamente montado (toda obra suya) y que oyó decir pensaba ir a Tarabuco a tomar el reducto. *Preguntado después de su salida de la Loma en* qué puntos tocó y qué tropas lo cubrían, número de éstas y nombres de los comandantes o caudillos, dijo: no paró en punto alguno que hubiesen tropas hasta las Salinas, donde halló a Rojas con unos seiscientos gauchos, cien de éstos armados, estando entre ellos cien infantes *flecheros,* indios chiriguanos, al mando de su capitán Cumbay, y que éste esperaba hasta dos mil de los mismos. Preguntado si tuvo alguna noticia o vió otros enemigos en aquellas inmediaciones o en el Bermejo, dijo: supo se hallaba Méndez como con cien hombres armados en las inmediaciones de San Lorenzo y nada más. Preguntado si oyó decir a los enemigos pública o reservadamente algunas cosas que manifestasen las intenciones, fuerzas que tienen en los valles, puntos que ocupan, ventajas o pérdidas que hayan tenido dijo: no oyó más sino que esperaban el resultado de Chile, para caer sobre las tablas y nada oyó acerca de las fuerzas que tenían en los diferentes puntos, pero sí oyó a dicho Astete, que en el pueblo de Ayaviri habían unos trescientos fusiles escondidos, pertenecientes a los del difunto Pumacahua, y *que éstos aunque estarán descompuestos podrían* servir para la sublevación del Cuzco que se trataba. Preguntado si oyó a Astete tuviese alguna inteligencia con algunos del ejército real y en este caso diga quiénes son, como igualmente si sabe manifestase a alguno del ejército sus intenciones de pasarse del enemigo o si oyó decir la causa por qué lo verificó, dijo: que oyó al mismo Astete acababa de venir del Cuzco, en donde había estado tratando sobre la dicha revolución de todo lo que tenían conocimiento el padre y el mismo obispo. Que sus ideas eran venir a la vanguardia y desde allí pasarse al enemigo a llevar sus pliegos, y demás; pero que su suerte le deparó un amigo en el gobernador de Oruro, don F. Coronel, el mismo que le avisó del riesgo en que se hallaba, pues tenía orden de conducirlo bajo de partida de registro hasta el mismo cuartel general y que se dispusiese para marchar al día siguiente, más que lo había dejado en su casa solo y aquella misma noche salía de Oruro en dirección a donde sabía estaban los enemigos. Preguntado en dónde se presentó a las tropas de nuestro ejército, dijo: la verificó en Tarija al coronel don Antonio Vigil".





Matanza de vacunos en el coloniaje

Montan seis o más hombres a caballo, dispuestos en semicírculo, agarran por delante doscientos o más vacunos. En medio del semicírculo que forma la gente, se pone el vaquero que ha de matarlos; éste tiene en la mano un asta de cuatro varas de largo, en cuya punta está una media luna de acero de buen corte. Dispuestos todos en esta forma, dan a los caballos carrera abierta en alcance de aquel ganado. El vaquero va hiriendo con la media luna a la última res que queda en la tropa; más no la hiere como quiera, sino que al tiempo que el animal va a sentar el pie en tierra, le toca con grandísima suavidad con la media luna en el corvejón del pie, por sobre el codillo, y luego que el animal se siente herido cae en tierra, y sin que haya novedad en la carrera, pasa a herir a otro con la misma destreza, y así los van pasando a todos, mientras el caballo aguanta, de modo que yo he visto — dice el informante — en una sola carrera (sin notar en el caballo detención alguna), matar un solo hombre 127 vacunos. Luego, más despacio, deshacen el camino y cada peón queda a desollar el suyo, o los que le pertenecen, quitando y estaqueando los cueros, que es la carga que de este puerto llevan los navíos. De esta faena sólo aprovechan el cuero, el sebo, la grasa y la lengua, quedando la carne tirada en la campaña".

El informante de este método de matanza, Fray Pedro José de Parras, dice que los corambreros recogían en la forma expuesta, considerables cantidades de cueros, especialmente para navíos holandeses, que según él había visto, cargaban de 13 a 14.000 pieles. Así se procedía en los años que procedieron al siglo XIX.



Matando un vacuno cimarrón.



FRANCISCO LECOQ

(FRAGMENTO)

Por RAMON J. CARCANO

Francisco Lecoq nació en Montevideo a principios del siglo XIX. Era hijo del general Bernardo Lecoq, ingeniero militar al servicio de España, enviado especialmente por el rey Carlos IV a proyectar y construir la ciudadela y puerto de la ciudad de Zabala, y mandar los ejércitos y plazas fuertes de esta zona de América.

Durante su residencia en el país donde se fijó definitivamente, contrajo matrimonio en segundas nupcias con la distinguida dama doña María Pérez Valdez, de origen boliviano, quien de su primer matrimonio con don Juan Blanco, había tenido un sólo hijo, Silvestre, más tarde presidente de la asamblea constituyente del año 30, donde surgió la república oriental como estado orgánico.

El general Lecoq tuvo dos hijos, Gregorio y Francisco. El primero fué fusilado durante la dictadura de Rosas por conspiración contra la tiranía.

Don Francisco, el mayor, fué educado en Inglaterra. Logró una instrucción superior a los hombres de su tiempo, mucha práctica y acierto en los negocios, y un espíritu de iniciativa y de empresa, que mantuvo sus energías en fecunda actividad.

De regreso al país natal, se contrajo como todos los jóvenes de su época a las tareas rurales. Poseía su estancia en el Rincón del Rey, en la barra del Santa Lucía, y trabajó con tal éxito, que pronto llegó a labrar una gruesa fortuna.

Desde los primeros días de su arribo la forma de beneficiar los ganados, que a veces se mataban únicamente para aprovechar la piel, le impresionaron vivamente. Concluyó por constituir una preocupación constante de su espíritu, encontrar el medio de exportar a Europa el sobrante de carne de consumo local, y exportarla en tales condiciones de frescura y precio, que permitieran generalizar su empleo en todas las clases sociales. El viejo sistema del tasajo, solo lograba el consumo de la gente de color, y disponía por lo tanto de un mercado muy estrecho.

Durante las guerras civiles, en las cuales fué arrastrado a tomar participación, había observado, cualquiera que fuese el lugar, que la carne colgada al aire durante el tiempo frío y seco, duraba fresca y sana, mucho más días que en cualquiera otra condición.

De este hecho vulgar, simple y manifiesto, dedujo con admirable lógica y precisión científica, que si se conseguía producir el frío adecuado en la bodega de los buques de transporte, podía exportarse la carne fresca a Europa con éxito seguro, produciendo una transformación fecunda y trascendental en la industria y comercio de carnes del río de la Plata, creando una fuente de gran riqueza y desarrollo económico.

Lecoq realizó tres viajes a Europa, consagrados a buscar la realidad de su visión. Allí se puso en contacto con capitalistas y hombres de negocios, con hombres de ciencia y hombres políticos. Llegó a ser recibido por Napoleón III, y estimulado en su empeño. M. Thiers le dispensó buena acogida, alentándolo en su propósito, infundiéndole energías y esperanzas.

Poseía Lecoq cierta instrucción superior adquirida en Oxford, un carácter y sociabilidad muy desenvueltos por los viajes y educación europea, una voluntad firme y continua, un espíritu investigador y analítico.

Hizo en su estancia del Rincón del Rey, notables experimentos sobre viticultura y arboricultura, cuyas industrias cultivaba con el mejor gusto.

Importó plantas especiales y animales de raza. Ensayó el cultivo de gusanos de seda; envió a Europa el resultado de sus diversas cosechas, para demostrar la exuberancia de la producción y la posibilidad de implantar al respecto una industria provechosa; hizo de sus capullos preparar telas en las fábricas del continente que se expusieron al público en Montevideo.

Después de la iniciativa de Larrañaga, puede decirse que el esfuerzo de Lecoq ha sido el primer ensayo integral verificado en el Uruguay, desde la cría del gusano hasta la confección de la tela.

Lecoq intervino en las luchas políticas de su país, a las que no consagró su mayor pasión, mezclándose en ellas de una manera intermitente y accidental.

Ministro de Hacienda, jefe político de Montevideo, varias veces senador, distinguióse por su constante labor y recta conciencia, la moderación, la tolerancia y la mesura.

Contrajo matrimonio con doña Pascuala Camuso y Alsina, de alta estirpe social, hija de Carlos Camuso, alférez real de Montevideo y doña Francisca Alsina. No tuvo sucesión, pero sus extensas vinculaciones de sangre y fortuna, hicieron de su casa, una de las más suntuosas, el hogar de numerosas familias y un centro de cultura de la brillante sociedad montevideana, que entonces frecuentaba, sin distinción de colores políticos, la casa de Zumarán, como la más alta expresión de la sociabilidad, de la distinción y buen gusto.

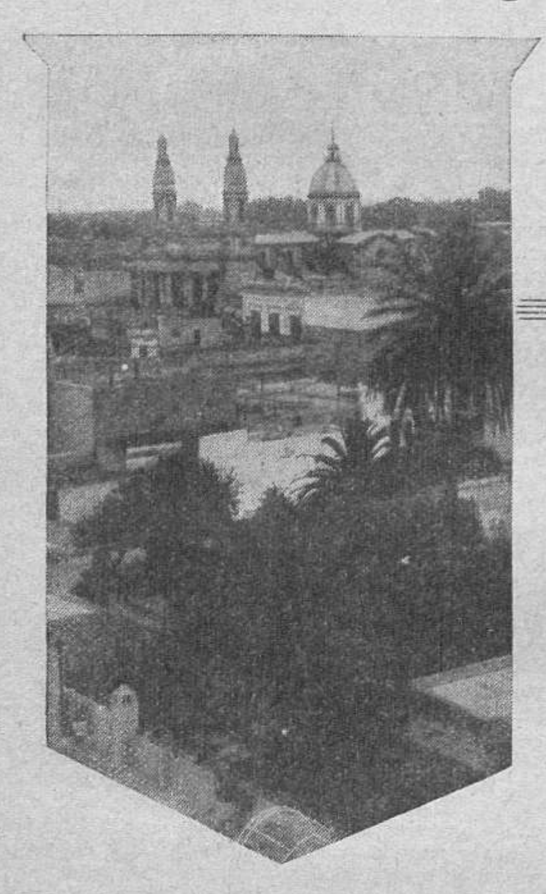
En los últimos años de su vida longeva, amaba hablar de sus preocupaciones y estudios de la juventud, de sus trabajos rurales, de su concepción y esfuerzos sobre la conservación y transporte de carnes, del porvenir económico del río de la Plata, por la exportación de esta grande y noble industria. Tuvo la satisfacción de alcanzar a verla implantada y triunfante en Campana, a orillas del Paraná, por iniciativa del capital inglés, emprendedor y confiado, instrumento siempre de trabajo y prosperidad universales.

Francisco Lecoq murió en Montevideo el 25 de enero de 1882.

RAMON J. CARCANO

UN ESQUEMA DE TUCUMAN EN LOS DIAS DE LA INDEPENDENCIA

Ciudad en la que abundaban los españoles europeos, con comercio importante, en el camino entre Buenos Aires y el Alto Perú, fué Tucumán una de las primeras que se conmovió al estallar la revolución de Mayo. Sus hijos, de inmediato, abrazaron la causa de la libertad y en las páginas de sus libros capitulares es posible encontrar desde aquella remota época la expresión de ese patriotismo y de esa ejemplar abnegación. ¿Cómo era Tucumán en los días en que hasta ella llegaron los diputados de todo el suelo argentino para declarar definitivamente la independencia? Hay detalles interesantes, existen crónicas harto expresivas. De todo ello, en un libro por muchos conceptos recomendable, habló hace cierto tiempo don Julio P. Avila. De ese libro, pues, glosamos algunos párrafos y descripciones.



El primer plano moderno de la ciudad de Tucumán

Don Felipe Bertrés, ingeniero que estuvo adscripto al ejército del Alto Perú, fué quien trazó el primer plano moderno de la ciudad arribeña. Después del desastre de Sipe Sipe permaneció allí acompañando al general Belgrano y fué en esta oportunidad que comenzó a recoger los datos que le servirían más tarde para llevar a cabo su trabajo con una minuciosidad tal, que, como dice el distinguido historiador don Julio P. Avila, muy difícilmente se levantaría hoy otro mejor y más útil. Este plano, en el que estaban dibujados todos los detalles de los edificios principales tal cual eran en los días de la jura de la Independencia, fué terminado con fecha 7 de febrero de 1821.

El antiguo y ya desaparecido cabildo

En los días de la declaración de la Independencia, y tal cual aparece en el plano de Bertrés, el cabildo era un edificio de dos pisos, sin torre y con ocho arcadas. Posteriormente se le agregaron otros arcos, hasta llegar al número de trece, además de la torre. Tenía dos portadas de cuatro varas de ancho cada una y la más próxima a la actual calle de Las Heras era la que correspondía a la sala capitular, mientras la otra era la de la cárcel pública y demás dependencias. Los primeros trabajos del cabildo se iniciaron en el año 1793 y luego, lenta y trabajosamente, fuéronse realizando las mejoras y ampliaciones del edificio. Todavía en el año 1816 estaba en obra, y en punto a su conservación fué el edificio mucho más desdichado que su igual porteño, pues se le demolió para dar lugar a otro pretencioso aunque menos memorable.

La heroica Ciudadela

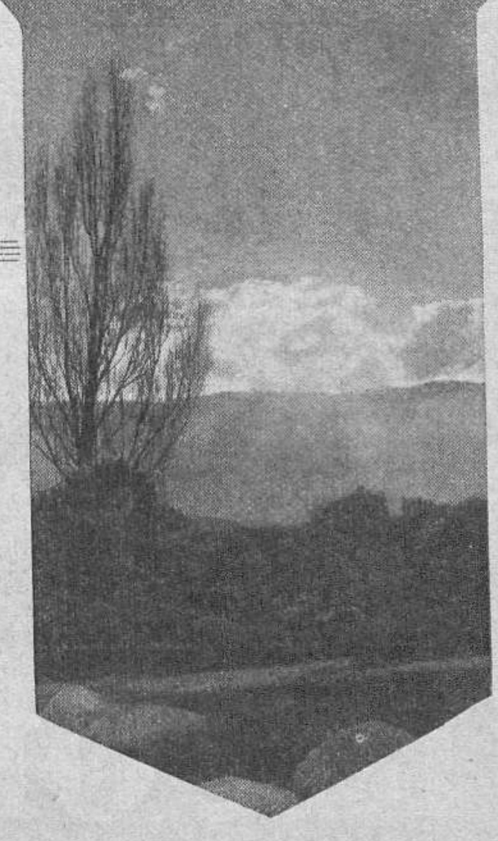
La Ciudadela o La Estrella, como por su forma de pentágono regular con ángulos pronunciados la llamaba el pueblo, estaba emplazada en el terreno actualmente delimitado por el bulevar Roca y las calles Alberdi, Jujuy y Bolívar. No era un edificio, sino un campo atrincherado de unas cuatro cuadras cuadradas de superficie. En él tuvo su cuartel el ejército del general Belgrano cuando, privado de todo género de elementos, permaneció inactivo.

Belgrano levantó su casa en un terreno que no le pertenecía

Deseoso de estar lo más próximo que le fuera posible a su ejército, Belgrano levantó una "casucha para su habitación" en un solar frontero al ocupado por La Estrella. Al poco tiempo de terminado el edificio se comenzó a asegurar que el terreno no era, como el general creía, de propiedad fiscal, sino que pertenecía a los frailes franciscanos. Comenzaron las averiguaciones y resultó que tampoco era de los franciscanos y sí de la comuna, la que los había cedido para que de ellos dispusiera su propietario, don Felipe García Valdez. Fué así como recién entonces, y atendiendo a una solicitud del general, quien quería adquirirlo, le fué donado en compensación de los servicios que había hecho a la patria.

Los faroles de papel

Hasta el año 1810 fueron los faroles unas deleznables armazones a las que se recubría con papel aceitado. Todas las noches se colocaban frente a las casas y de allí se retiraban en cuanto el tiempo amenazaba lluvia. El alumbrado público fué obra de Antonio Luis Berutti, teniente gobernador de la ciudad, quien en noviembre de 1813 reglamentó el servicio de los "faroles de cristal" y estableció las cuotas que debían pagar los comerciantes y vecinos por aquel importante servicio. Entre las cláusulas del reglamento figuraba la prohibición de jugar a la pelota en las inmediaciones de los faroles, "ni el juego que llaman la chueca ni el toque de trombos". Las carretas marcharían por el centro de la calzada, "no pudiendo los carreteros parar las picanas en pared que tuviese farol". Y, finalmente, los vecinos debían denunciar al delincuente que los rompiera.



El maravilloso vehículo en que llegó el general Belgrano

En aquella época no se conocía un solo coche en toda la ciudad de Tucumán. Todos los diputados que de las provincias fueron enviados al congreso llegaron en carretas y carretillas. Los cronistas sólo hablan de un extraordinario carruaje en el cual llegó a Tucumán el general Belgrano, y que, inmediatamente después, a instancias del cabildo de Buenos Aires, regresó a su punto de origen, dejando en las gentes provincianas algo así como la deslumbrante y fugaz visión de un medio de transporte más rápido y confortable que los crujientes carretones.

El primer festejo patriota

La monótona vida provinciana sólo era turbada por las conmemoraciones religiosas, así como aquellos festejos que estaban relacionados con las gestiones de la corona. El primer acontecimiento que Tucumán festejó ya como pueblo libre, fué el de las victorias de Suipacha y Cotagaita, el 14 de noviembre de 1810. — Luminarias, repiques, música de guitarreros y arpistas populares constituyó todo el programa de ésta, que fué, posiblemente, la primera conmemoración patriota que tuvo lugar en toda la República.

Las galletas del ejército de la revolución

Mariano Moreno, en las instrucciones secretas que diera a los jefes del primer ejército revolucionario, establecía que todo cuanto se consumiera debía ser abonado a los pobladores y comerciantes de los pueblos por donde pasaran las tropas. Así aconteció en Tucumán. El ejército necesitó 150 quintales de galleta y el comercio de la ciudad, entre el que abundaban los españoles europeos, vió que los jefes militares abonaban el justo precio de 14 pesos el quintal... Se necesitaron carretas, reses para la alimentación, caballos, alimentos. Todo fué entregado a Ocampo, a Vieytes, a Castelli. Todo, hasta contra las normas habituales en la guerra de aquella época, fué debidamente abonado a los comerciantes tucumanos, quienes, por su calidad de europeos, quedaron aún más maravillados del comportamiento de los patriotas.

El reconocimiento de la Primera Junta

Exactamente un mes después de constituída la primera junta de gobierno revolucionaria en Buenos Aires, el cabildo abierto de la ciudad de Tucumán, con fecha 25 de junio, decidió reconocerla. Dos días más tarde designó como diputado ante ella al doctor Manuel Felipe de Molina, y pocos días después comenzaron a llegar noticias de las fuerzas patriotas que con Castelli al frente actuaban en la cercana Córdoba. Desde aquel punto Tucumán se convirtió en uno de los baluartes de la revolución, y en las horas de los éxitos guerreros como en las de los fracasos, sus patriotas ciudadanos estuvieron dispuestos a sacrificar vidas y riquezas para que triunfara la causa de la libertad.

Juicios de Alberdi

La política de los intereses tiene el mérito de ser más práctica y positiva; la de los derechos es teórica, platónica y eternamente controvertible. La una gobierna la conducta y la vida real, la otra las ideas y las opiniones. Los intereses dan la ley a las ideas, las inspiran y gobiernan. Lo contrario sucede rara vez.

El estudio de los intereses económicos de la nación, su estado y condición, es todo el estudio de la política argentina.

Sacar de su pobreza a la nación, devolverle sus intereses, es el solo medio de devolverle su gobernación, el gobierno de sí misma, o la libertad, y su poder electoral que es la base real de su libertad, cuando la elección es real y no mentira.

El crédito por sí solo no basta para salir de una crisis. No hay crédito donde no hay riqueza formada o producida, para solverlo. El crédito en sí no es riqueza. Recibir prestado no es producir, no es crear, no es tener. Tener lo ajeno, es no tener nada: es estar pobre.



Juan Bautista Alberdi.

El único caso en que un deudor no es pobre, es cuando puede pagar o devolver lo que ha recibido en préstamo, con otro valor propio, equivalente al ajeno, sin ser el ajeno mismo, y sin quedar insolvente.

...Así la tierra y la riqueza natural de la tierra, no son ni pueden ser gajes perfectos de crédito. No son riqueza, sino instrumento material con que el trabajo y el ahorro del hombre, pueden producir riqueza.

Cuando un pueblo toma ese instrumento por riqueza, y pide dinero prestado sobre la responsabilidad de esa riqueza que no es sino instrumento, se expone a no poder devolver el dinero ajeno, que ha gastado. Y es tan imprudente el que le da en préstamo su gaje irrealizable, como lo es el que le da en préstamo su dinero con la garantía de ese gaje.

No es difícil que ambos se equivoquen, cuando difieren en condición, y no se conocen en su peculiar modo de ser.

Es feliz, sin duda, un país que puede ofrecer a las pesquisas de la ciencia un suelo rico en minas, sales, piedras, forestas y otros dones naturales, que son elementos de riqueza en las manos de un pueblo laborioso.

Pero más feliz es el país que puede presentar a las investigaciones del economista un pueblo inteligente, instruído, laborioso, emprendedor, sobrio, económico, juicioso en su conducta, bien ordenado, y bien gobernado, porque este es el terreno en que las riquezas se producen.

En lugar de blasonar las riquezas de nuestro suelo, debemos poder blasonar los recursos de nuestra sociedad, las riquezas de nuestro pueblo.

Rivadavia, el impulsor

No podría, precisamente, hablarse de las civilizaciones de este país, de la evolución de su cultura, de la ascensión que han hecho las ideas en su pasaje de la época colonial hasta la fecha, sin tributar al nombre de Rivadavia el homenaje que mereció, no ya por sus virtudes de estadista, sino por la profunda fe que le mereció siempre el libro, aun en las horas de su abatimiento hondo. Verdad es que Rivadavia pasó una gran parte de su vida en Europa y, dada su contextura moral, no dejó un día de estar en contacto con las más puras fuentes de la alta ilustración. Buscó por todos los rincones del mundo aquellas inteligencias eminentes que pudieran traer a la República el aprovechamiento de su luz. El fué quien envió a Bonpland en 1816; él fué quien incitó, más tarde, al sabio napolitano Pedro de Angelis y al literato español José Joaquín de Mora, a que se trasladaran al Plata, donde hallarían asegurado su destino. Es el primer espíritu americano que se independiza de todo prejuicio criollo respecto de las potentes fuerzas extrañas, y las llama, las convoca, las estimula, las atrae, con la clara visión de las recompensas futuras.



Bernardino Rivadavia.

La memoria de Rivadavia resulta de este modo vinculada a cuanto es genuinamente intelectual. Es el introductor de las primeras obras públicas artísticas, y de las primeras medidas de gobierno que tienden a exonerar de derechos fiscales los elementos de cultura. Persigue ésta hasta en las ínfimas capas populares con los decretos que, si bien fueron blanco de la sornas de sus contemporáneos, han servido, sin embargo, de modelo en los propios días de nuestra actualidad, en que los poderes públicos castigan las faltas de respeto a la mujer, como él intentara castigar el uso de las malas palabras.

Rivadavia es la consecuencia de las teorías francesas. De su residencia en Europa se detuvo mayor tiempo en la corte de Luis Felipe, estrechando vínculos con personalidades de este país.

Rivadavia es una entidad muy distinta según el período en que actúe.

Durante el triunvirato, es una prolongación del espíritu de Moreno, porque acepta las consecuencias del impulso que aquél diera a la revolución, cuando la lanzara por la vía de la desesperación heroica. Rivadavia es el antemural de la reacción goda en la conjuración de Alzaga, y es conocida su doble energía para desatar y contener las iras populares.

DAVID PEÑA

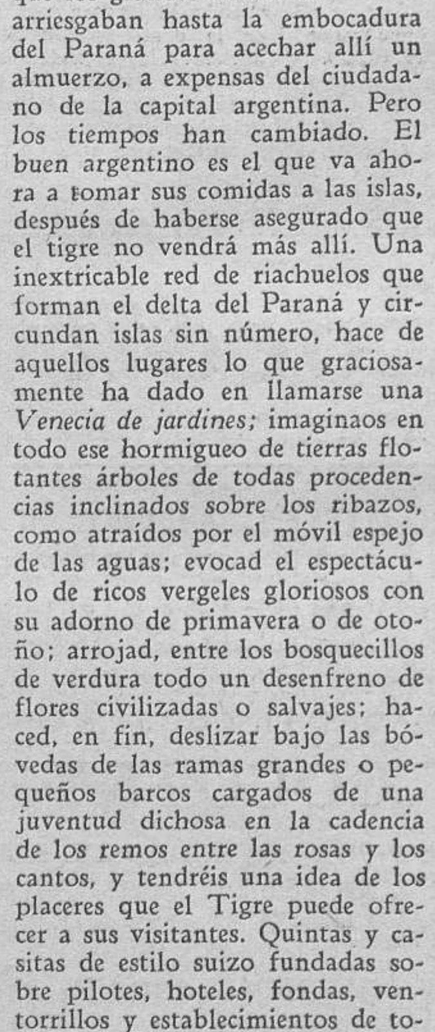
El "Tigre" habla del Tigre

Por G. Clemenceau

▼ ▼ ▼



Clemenceau.



TAMBIÉN en compañía del señor Villanueva tuve la satisfacción de visitar el más bello campo abierto a los recreos de Buenos Aires: el Tigre. No vayan ustedes a creer que, por el nombre, se trata de una jaula de fieras. En tiempos antiguos, parece ser que los grandes felinos se arriesgaban hasta la embocadura del Paraná para acechar allí un almuerzo, a expensas del ciudadano de la capital argentina. Pero los tiempos han cambiado. El buen argentino es el que va ahora a tomar sus comidas a las islas, después de haberse asegurado que el tigre no vendrá más allí. Una inextricable red de riachuelos que forman el delta del Paraná y circundan islas sin número, hace de aquellos lugares lo que graciosamente ha dado en llamarse una *Venecia de jardines;* imaginaos en todo ese hormigueo de tierras flotantes árboles de todas procedencias inclinados sobre los ribazos, como atraídos por el móvil espejo de las aguas; evocad el espectáculo de ricos vergeles gloriosos con su adorno de primavera o de otoño; arrojad, entre los bosquecillos de verdura todo un desenfreno de flores civilizadas o salvajes; haced, en fin, deslizar bajo las bóvedas de las ramas grandes o pequeños barcos cargados de una juventud dichosa en la cadencia de los remos entre las rosas y los cantos, y tendréis una idea de los placeres que el Tigre puede ofrecer a sus visitantes. Quintas y casitas de estilo suizo fundadas sobre pilotes, hoteles, fondas, ventorrillos y establecimientos de todas suertes, para todas las clases de la sociedad confundidas, en los días de descanso, en aquellas aguas encantadas, ofrecen un asilo de paz animada para suceder a las fatigas de Buenos Aires. Remontando la corriente del agua, después de largos kilómetros entre los árboles centenarios y las flores acuáticas, se llega a tierras mucho más pintorescas aun, puesto que el hombre apenas si ha puesto en ellas la mano y se entra a la ventura por canales obstruídos de ramas floridas, que a veces dejan el paso libre hasta el Paraná, de donde descienden lentamente esos grandes barcos del Paraguay cargados de naranjas, y cuyo puente resplandece al sol como un fantástico palacio de oro.

Se llega al Tigre por un ferrocarril que pone al viajero en veinte minutos a bordo del esquife previamente retenido. El señor Villanueva, que no retrocede ante nada, había pretendido hacer con su automóvil el ensayo de un camino que se decía terminado. Pero, por falta de guijarros, el camino carretero no es el triunfo del país. Después de un viaje que no fué sino el recuerdo algunas veces del salto de la gran zanja en Auteuil, llegamos al Tigre sin haber roto completamente el automóvil, lo cual se tuvo por milagro, pero no sin haber perjudicado la sensibilidad de nuestros órganos más queridos. De aquí que nos presentásemos modestamente a la ventanilla de la estación para volver a encontrar las butacas y canapés del hotel, que nos parecían llenos de atractivos.

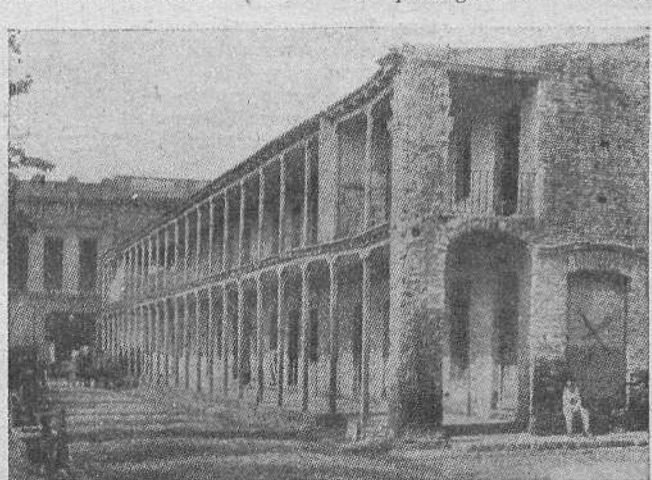
▼ ▼ G. CLEMENCEAU ▼ ▼



La Plaza de Montserrat

En 1790 la calle de San Cosme y San Damián, como se llamaba la actual Bernardo de Irigoyen, conducía, lo mismo que hoy, directamente a la plazuela de Montserrat; pero las casas inmediatas a ese sitio eran, por lo común, bajas, pequeñas, techadas de teja, con ventanas como gateras y puertas macizas que se abrían directamente sobre los aposentos, propias para ser habitadas por gente pobre. No obstante, algunas existían de más comodidad y decencia.

Si bien podríamos formar una lista de 15 ó 20 propietarios de la vecindad, no así señalar la ubicación de sus casas, pues tan sólo tres o cuatro conocemos sobre la misma plaza, en los diez años comprendidos entre 1785 y 95.



Los corredores en la plaza de Montserrat en 1891.

No gozaban aquellos habitantes de los beneficios del empedrado, aunque había bastante población en el barrio. Tenían huertas y jardines casi todos los sitios habitados y durante la primavera o el verano, los cercos vivos que cerraban los baldíos le daban un aspecto pintoresco y agradable. Las veredas eran desiguales, pero había fácil acceso para llegar desde el centro. La calle de San Cosme era el camino más frecuentado por las familias que organizaban cabalgatas y almuerzos campestres en las quintas de Barracas, ya en el bajo, pasando el puente de Gálvez, o ya en la inmediación de los Belermos, sobre la altura de las barrancas.

La plaza, sin contar el terreno de las calles, tendría algo de 8.000 varas de superficie, con la forma de un rectángulo alargado cuyos lados más angostos eran los del norte y sur. El frente del primero, edificado en parte, dejaba un sitio baldío en medio de la cuadra, el del segundo, tenía también un hueco en el extremo oeste, fuera del radio de la plaza.

Al oriente de ésta ocupaban la cuadra dos vecinos: el señor Muñoz, hacia la esquina norte, con una pared de tapia, cuyo edificio daba frente a la calle de San Francisco, y hacia el sur el presbítero doctor don José Antonio de la Palma Lobatón, con una casa sobre la esquina de la calle de Santo Domingo, donde tenía su frente principal, pero la había reedificado en los últimos años, proyectando corredores de material sobre la vereda de la calle de San Cosme, para conservar el usufructo de los altos, lo que ignoramos si realizó en ese año o después. La plaza tenía por ese lado muy buen aspecto, a causa de que los árboles de la huerta de Muñoz sobresalían de la altura de la pared.

El frente oeste estaba también ocupado por dos casas de material. La del extremo sur se ha conservado hasta los últimos tiempos. Ignoramos a quién perteneció. A menos que el dueño fuera don Miguel Azcuénaga, quien declara en 1798 ser propietario *de una de las mejores casas que decoran el frente de dicha plaza.* Su corredor con postes de madera la hizo popular por la tradición de que alguna vez sirvió su balconada de palco a los virreyes para asistir a las corridas de toros. Dudoso es esto en nuestra opinión. La casa fué demolida en 1902 y pensamos que en 1790 (un siglo atrás) no tenía altos ni balcones todavía.

La otra finca en el extremo norte, pertenecía a don Martín José de Altolaguirre, distinguido agrónomo de su tiempo, y el frente ocupaba la mitad de la cuadra que se llamó Vereda Ancha, a imitación de la de la Plaza Mayor. En el corralón de ella, años más tarde, tuvo su forja el herrero Mateo Urdines, complicado en la conjuración de Alzaga en 1812.

Estas dos casas estaban separadas por una calleja, que existe aún con el nombre de Aroma, pero cuya denominación tradicional es calle del Pecado, característica y apropiada en un tiempo en que el desamparo, el desaseo y la obscuridad, eran cómplices de muchas tropelías.

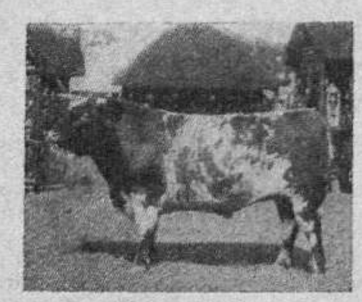
En la entrada de esa callejuela, con frente a la plaza, un arco de ladrillo y cal con cornisones y perillas de barro vidriado, unía los dos edificios, formando una especie de portal, que servía de ornato en el centro de la cuadra. Cuando doña María de la Concepción Cabrera, viuda del señor Altolaguirre, vendió la finca a don José María Yevenes en 1818, el arco había sido ya demolido de tiempo atrás. Quizá las dos casas pertenecieron al mismo dueño en cierta época y de aquí la razón de existir el arco de servidumbre privada en un principio, pues parece natural suponer que como obra pública no se realizó sobre propiedades particulares. Esta misma reflexión nos induce a pensar que la casa de la esquina sur no tenía altos en 1790.

¿Cómo y cuándo pasó la callejuela al dominio de la comuna? Lo ignoramos. Una vista de la calle del Pecado, podría tal vez sugerir al lector reflexiones más acertadas que las aquí expuestas.

JOSE A. PILLADO

El Shorthorn en la Argentina

Entre las primeras personas que criaron Shorthorns en la República Argentina se presenta en primera línea el señor Leonardo Pereyra. Se dice que hacia 1848, un toro nombrado Tarquin o Tarquino, fué importado por el señor White, de la Estancia La Campana y de este animal viene el nombre de Tarquinos por el cual fué a menudo conocida la raza. Hay sin embargo pocos datos auténticos de los animales introducidos, hasta que el señor Pereyra fundó su rebaño, en San Juan, a orillas del rio de la Plata, con la compra del toro Defiance 14384 y la vaca Coral, al señor R. C. Lowndes, de Rice House, en Anfield, cerca de Liverpool. En el año 1858 estos animales fueron seguidos por el toro Don Juan 14410, y la vaca Dahlia, del mismo criador. Puede decirse que estos cuatro animales han echado las bases del primer rebaño de Shorthorns puros en esta gran República; en efecto, ellos han sido el principio del movimiento que ha conducido a la realización de los enormes recursos agrícolas del país.



Spartan 71.652.

Otros propietarios de las vastas estancias de la Argentina, siguieron bien pronto el camino del señor Pereyra, previendo probablemente el gran pedido de carnes refrigeradas, y dándose cuenta de que para entrar a tomar parte en el mercado era necesario mejorar sus razas naturales.

No hay, probablemente, ningún país en el mundo que posea un área tan vasta de rica tierra como la Argentina, donde la hacienda puede ser criada y engordadá con los pastos naturales en las praderas abiertas, sin abrigo o alimento artificial; además de que siendo el clima propicio y la tierra barata, el negocio de criar hacienda es uno de los más lucrativos que pueda suministrar el país. Las valiosas cualidades de la alfalfa, han sabido ser apreciadas, y se han sembrado enormes cantidades, poseyendo algunos dueños de estancia campos de alfalfa de una extensión de 70.000 acres.

Después de haber experimentado otras razas importadas se halló que el Shorthorn se adaptaba admirablemente para los fines del cruzamiento y que quizá superaba a cualquier otra raza. Durante más de medio siglo los "Durhams" han ido creciendo en el favor del público y su situación en la Argentina en la época presente es incombatible.

Obrando diferentemente que los norteamericanos, que de una manera determinada se declararon por ciertas tribus y corrientes de sangre, los compradores argentinos han antepuesto siempre la cualidad y el mérito personal al pedrigree a la moda. No ha sido, sino relativamente, sin embargo, en los más recientes años, que se han escogido los más valiosos animales premiados y los animales de mayor precio.

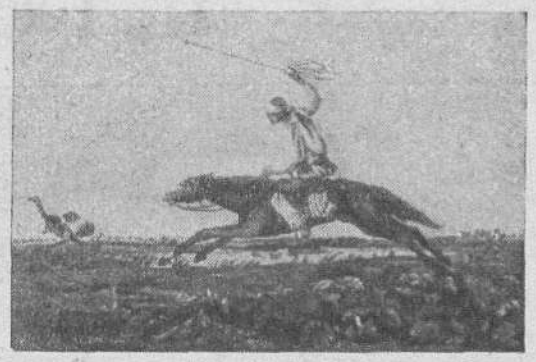
James Sinclair

Los querandíes

Si bien antes de la conquista, la guerra no constituía, como en otras tribus, su ocupación principal, pues los pueblos limítrofes eran amigos y con los que mantenían continuas relaciones; después de ésta desplegaron sentimientos guerreros que más de una vez pusieron en serios apuros a los españoles, haciendo peligrar la prosperidad de sus establecimientos en esta parte de América.

En su régimen militar toda la población masculina adulta tomaba las armas en caso de guerra. La declaratoria se hacía en grandes consejos a los que convocaban a sus aliados y en los que se tomaban todas las disposiciones necesarias, dando cada jefe su opinión sobre la mejor manera de llevar a cabo la expedición en proyecto. Una vez que cada cacique exponía sus ideas, era nombrado el jefe que debía conducirlos al combate. Era elegido, teniendo en cuenta el valor desplegado en acciones anteriores y el ascendiente moral entre sus compañeros. Mientras, los asistentes a la reunión se dedicaban con exceso al consumo de las bebidas alcohólicas que sabían fabricarse. Antes de que el combate comenzara, tenían buen cuidado en ocultar en sitios seguros a sus mujeres e hijos.

Los querandíes, en su manera de pelear, poco se diferenciaban de los demás pueblos que habitaban esta parte de América. Parece que tenían, o por lo menos guardaban, una cierta formación antes de que comenzase el combate, lanzábanse entonces con furia sobre sus enemigos con los que se "entreveraban", individualizándose entonces la lucha. Estos "entreveros" eran los que perjudicaban más a los españoles, pues como los indios estaban en una proporción de diez contra uno, aquéllos se veían imposibilitados para la ofensiva teniendo que concretarse a la defensa de arma blanca, puesto que se dañaban ellos mismos al emplear los arcabuces o cañones, mientras que los indios hacían prodigios con su arma favorita que era la bola.

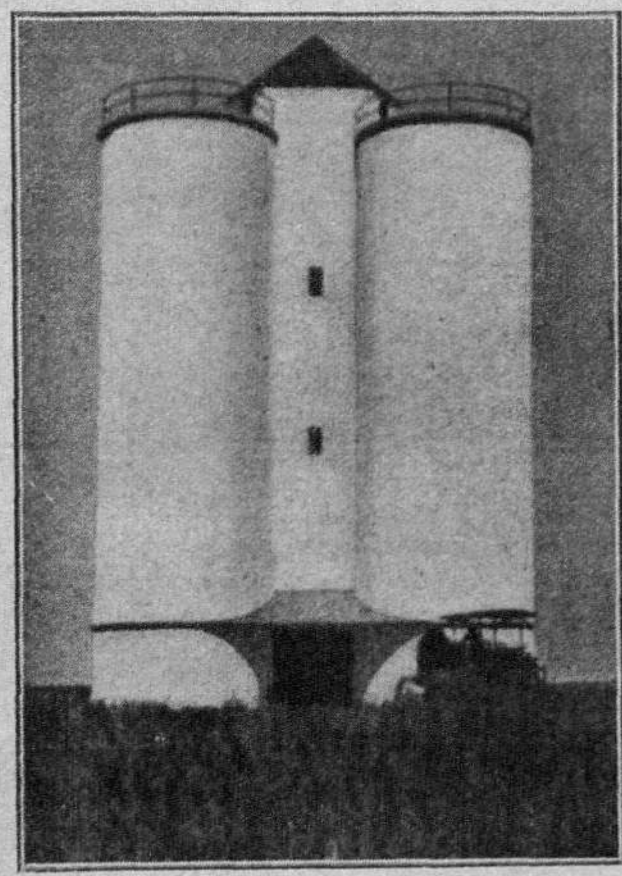

Boleando ñandú.

En el primer combate que sostuvieron con los expedicionarios de Mendoza, demostraron tener una cierta habilidad en la elección del sitio donde debía trabarse la batalla. Escogieron un lugar donde los expedicionarios debían necesariamente vadear un profundo arroyo, que servía de desagüe a una laguna. Ya sabemos el resultado indeciso de este combate.

FÉLIX F. OUTES

Elevadores de granos

Por ADOLFO DORFMAN



Batería de tres silos con capacidad de 1000 toneladas de forraje. Estancia "San Mariano", Guerrero, F. C. S.



Nogoyá. Molinos harineros y elevadores de granos.

Nos proponemos, en el presente artículo, desarrollar la evolución histórica que ha conducido a la creación de los elevadores de granos y señalar sus ventajas indiscutibles. Cabe, en primer lugar, fijar una nomenclatura rigurosa; el nombre de elevadores se extiende tanto a la parte mecánica de transporte del producto que se trate de almacenar como a los depósitos mismos o silos. Nos referiremos especialmente a estos últimos, y en particular a los destinados a la conservación de semillas u otra materia orgánica de fácil descomposición.

El procedimiento de galpones abiertos en los cuales el grano permanece en grandes pilas, sobre pisos de madera, no resiste la crítica más elemental y hace tiempo que ha sido abandonado en todo establecimiento planeado científicamente. El segundo paso fué dado al embolsar el material para disponerlo luego en galpones cerrados, provistos de celosías que permiten una abundante y continua ventilación. Esta solución no es tampoco del todo satisfactoria puesto que no evita la influencia de la humedad y del calor, que ayudan a la fermentación del grano, ni logran extirpar la plaga de mohos o insectos específicos de cada producto. Por otra parte, el costo de las bolsas es elevado y resulta oneroso, así como la pérdida de tiempo para descoserlas y vaciarlas en el momento de ser aprovechado el contenido.

En busca de una solución más racional se ha llegado a los silos. Estos deben ser proyectados en tal forma que puedan contener íntegro el stock que se desee y además quedar uno, destinado a recibir el grano proveniente de los otros y que ha de recorrer este circuito a intervalos determinados con el fin de ventilarse, preservándose de la putrefacción. Respecto a la forma es interesante observar que varía de acuerdo con las características del material empleado para la construcción del silo. Así, por ejemplo, la madera es más apta para ser trabajada en ángulos, por lo que se harán de duelas resistentes, siendo la planta un polígono regular, muy comúnmente exágono. Esta disposición presenta la ventaja de aprovechar mejor el espacio, pues los silos pueden agruparse adosándose uno a otro.

Pero indiscutiblemente el hormigón aventaja en mucho a las construcciones de madera, tanto en concepto de duración como de higiene y resistencia a los temporales, por ejemplo, extirpando, además, por completo el peligro del incendio. Como el hormigón es más cómodo trabajarlo en moldes circulares, sobre todo por la distribución más uniforme de las presiones, ésta es la forma que se ha impuesto actualmente aún a pesar de presentar sobre la misma área menor volumen de capacidad que cualquier polígono inscripto dentro de él. Presenta además más homogeneidad en el conjunto, es en cuanto a la resistencia como si estuviera hecho de una sola pieza, factor de mucha importancia teniendo en cuenta las dimensiones considerables que pueden llegar a tener los silos. Un buen piso de hormigón garantiza la imposibilidad de penetrar en el recinto para las ratas.

Es necesario tener el buen cuidado de colocar puertas que cierren herméticamente mediante guarniciones para impedir la salida del anhídrido sulfuroso de fumigación, tan indispensable como desinfectante. Sin embargo, en el manejo de estas puertas puede ocurrir que haya que dejarlas entreabiertas, en el primer período de carga de un silo con material fresco, antes de la fumigación, para que los gorgojos que trae por ejemplo el maíz, puedan salir al aire libre.

En cuanto a la manera de cargar los silos no puede darse un criterio único. Este dependerá de múltiples factores, tanto de la clase de material a ensilar como del medio de transportes que se ha usado para acarrearlo hasta el lugar de almacenaje. Así, pues, tratándose de trigo que viene en las bodegas de los buques es utilísimo el método neumático, en el cual el grano es transportado mediante bombas de impulsión o de aspiración por grandes tuberías sin mediación de transporte mecánico. Este último se usará, en cambio, cuando el grano viene a granel en vagones de ferrocarril. Si es un establecimiento de importancia, como ser un gran molino harinero o destilería de alcohol, fábrica de almidón, de glucosa, etc., se tendrá una cinta transportadora subterránea de cuero, que conducirá el material al pie de los silos donde será tomado por un elevador de canjilones para ser cargado por la parte superior. Tendrá que preverse además, cintas entre filas de silos, para efectuar su vaciado periódico, a que ya hemos aludido. El transporte de los silos al lugar de elaboración o aprovechamiento puede hacerse nuevamente por cintas comunes, por cintas oscilantes, en las que el material es impulsado a moverse sobre un plano accionado por excéntricas, en vagonetas, etc. El elemento infaltable, aun para fábricas o establecimientos pequeños, es el elevador propiamente dicho, constituido por una cinta vertical con *canjilones* (baldes de forma particular) suspendidos sobre ella.

Antes de proceder al almacenamiento en los silos es indispensable, si se quiere estar seguro de evitar percances, someter el grano a una limpieza previa. No debe olvidarse que así como viene del campo trae gran cantidad de impurezas, como piedras, terrones de tierra, semillas extrañas, paja, trozos de fierro, etc. Todos estos agregados indeseables deben ser expurgados por pasajes a través de máquinas especiales, como, por ejemplo las aventadoras, que separan la tierra, paja y algunos granos; los imanes, que retienen las partículas de hierro, tambores de malla especial y otros. Bien entendido que esa limpieza ligera será seguida, antes de pasar a la elaboración, por otra mucho más minuciosa y segura, hasta dejar limpio y seleccionado el grano, pues si hay algo que no debe perder de vista jamás el industrial es la necesidad de operar con materiales perfectamente limpios y en buen estado de conservación si quiere obtener un producto de calidades inmejorables e imponerlo en el mercado.

ADOLFO DORFMAN
INGENIERO INDUSTRIAL

Sarmiento

SARMIENTO, con dos nerviosos rasguños, con cuatro palabras gráficas y expresivas, pinta una situación, un personaje, una época o juzga una obra; ese es el privilegio de los grandes artistas. Aunque tiene a veces los desenfrenos de color del Ticiano, en cambio, a menudo se siente en sus páginas descriptivas las osadas y vigorosas maneras de ejecutar de la escuela veneciana y española. Ha hecho para Facundo el teatro y el escenario donde la figura prehistórica de aquel hombre de las *cavernas cuaternarias* había desenvuelto en los trece años de su trágica vida, toda su homería de sangre y de impulsión de bruto, confusamente inspirado por lecturas exóticas e incompletas. Y allá en el fondo, como la silueta fugaz del padre de *Hamlet* dibujado con vigorosos *coups de crayon* de Van Dick, y como accidente necesario para su poema, la figura lúgubremente cínica del gran tramoyista que movía y distribuía los papeles en el drama accidentado en que fué tan trágico sujeto. López, aunque artista como Sarmiento, ha sido más curioso y más psicó-


Ramos Mejía.

logo, tal vez porque se ha sentido tentado de aplicar a Rozas los procedimientos de análisis de la psicología tan en boga en nuestros tiempos, desentrañando de la masa obscura una fisiología más racional, ya que hasta entonces no tenía ésta sino una faz iluminada por la tímida curiosidad de los narradores de antaño. Sin duda que los adeptos del fecundo Hermosilla encontrarán incorrectos a todos ellos; pero no olvidéis que posiblemente es la admirable incorrección de Byron a que se refiere Macaulay con entusiasmo; es decir, la aceptación y práctica de las reglas que tienen su fundamento en la verdad y en los principios de la naturaleza humana; la incorrección de *Troilus and Cressida*, la más incorrecta de las piezas de Shakespeare, pero la más viva y animada pintura de los griegos de los tiempos de Patroclo. Sarmiento y López buscan reproducir, no sólo los documentos, sino la impresión que han dejado en su espíritu, lo que ellos permiten entrever entre las líneas, todo lo que la sospecha inteligente de un espíritu claro puede avanzar. A falta de la realidad literal documentada, como la quiere el eminente autor de la *Historia de San Martín*, el doctor López nos dirá cómo ha comprendido las cosas y los hombres al través de esos documentos; la adivinación del artista—como observa Scherer hablando de Renán — suplirá en ciertas ocasiones la insuficiencia de la historia, si bien es cierto que tratándose de sucesos casi contemporáneos nuestros, la realidad está ahí no más. Apenas fijo el ojo para la visión distinta los tocamos con la mano.

José M. Ramos Mejía

Juan José Paso

El 9 de septiembre de 1833 falleció en Buenos Aires don Juan José Paso, que había nacido en la misma ciudad el 6 de octubre de 1757. En este centenario de su desaparición es justo recordar las virtudes del ilustre prócer. Julio A. Muzio resume así la vida del patricio:

"Hizo sus estudios en la Universidad de Córdoba, graduándose de doctor en Leyes en 1779. A su regreso a esta ciudad dictó la cátedra de filosofía en el colegio de San Carlos, y en 1783 pasó al Perú, en cuyo país permaneció por espacio de veinte años. Vuelto a su patria, desempeñó el cargo de agente fiscal de Hacienda antes de la revolución de mayo, y auxiliar fiscal del rey durante los sucesos de 1810, en cuya época pronunció un famoso discurso, mereciendo ser nombrado secretario de la primera Junta. En 1812 fué nombrado miembro del Triunvirato, y al año siguiente de la Asamblea. En 1816 fué electo diputado por la capital al Congreso de Tucumán, suscribiendo el acta de la Independencia, siendo el encargado de redactar el manifiesto a los pueblos. En 1817 fué electo diputado ante el Congreso de Chile, y en 1826, miembro del Congreso Constituyente". Fué uno de los más esclarecidos, cuyas virtudes, puestas al servicio de la patria, le valieron el reconocimiento de la posteridad.

El ombú

SOLITARIO EN MEDIO DE LA PAMPA, NO SOLO FUE COMPAÑERO DEL GAUCHO, SINO QUE FUE EL PRIMER TECHO DE LOS QUE IBAN A CONQUISTARLA PARA LA CIVILIZACION.

BREVE Y FRAGMENTARIA ANTOLOGIA POETICA SOBRE EL OMBU

I

Cada comarca en la tierra
tiene un rasgo prominente;
el Brasil su sol ardiente,
minas de plata el Perú;
Montevideo su Cerro,
Buenos Aires, patria hermosa,
tiene su pampa grandiosa,
la pampa tiene el ombú.

(Luis L. Domínguez)

II

Ahí estás, ombú gigante,
a la orilla del camino,
indicando al peregrino
no siga más adelante
en la llanura sin fin.
Tú señalas las barreras
que dividen el desierto,
y oyes el vago concierto
que alzan las auras ligeras
de la pampa en el confín...

(Bartolomé Mitre)

III

Sobre la faz severa de la extendida pampa
su sombra bienhechora derrama el alto ombú,
como si fuese nube venida de los cielos
para templar en algo los rayos de la luz.

El solo, poderoso, puede elevar la frente
sin que le abrase el fuego del irritado sol,
en la estación que el potro discurre en la llanura
de libertad sediento, frenético de amor...

(Juan María Gutiérrez)

El ombú, peculiar a esta parte de la América del Sur, pertenece al género Fitolaca, especie Dioica, nombre griego que significa "dos casas", pues estos árboles tienen la particularidad de ser unos masculinos y otros femeninos.



Uno de los caracteres del ombú es su longevidad. No se conoce el término de su existencia. Nadie ha visto un ombú resecado por la vejez. Además de su fortaleza para resistir los años, no hay huracán que lo derribe, ni fuego o sequía que lo destruya. Indudablemente, posee en sus raíces una provisión de jugos absorbidos en los días de gran humedad que le permiten resistir en las temporadas de grandes calores y al fuego mismo.



Es un error el creer que la sombra del ombú causa dolores de cabeza. Entre otras de las muchas propiedades medicinales asignadas a sus hojas, está la de aplacar los dolores de cabeza y también preservar de las insolaciones.



Las gentes del campo, antiguamente, creían que el jugo del ombú era un eficaz remedio contra la embriaguez. En la actualidad se le utiliza para quitar las manchas de la ropa.



Además de su propiedad de purificar el aire y exhalar oxígeno en gran cantidad, su naturaleza acuosa hace de él el pararrayos ideal en la campaña.



Así como los botánicos han comprobado que la edad de los árboles quede inferirse por la cantidad de capas concéntricas que cada año se superponen en el tronco, el ombú está excluído de esta comprobación. Es, en realidaqd una yerba gigantesca que produce más de diez capas anualmente..

Arbol gaucho

NADA PUEDEN CONTRA EL LOS ELEMENTOS. ES MAS FUERTE QUE EL RAYO Y EL FUEGO; PERO, COMO EL GAUCHO, ES VICTIMA DE LOS QUE NO SABEN VER EN LO NATIVO LA ESENCIA DE LA PATRIA.



El ombú es un árbol netamente americano del sur. El sabio profesor Carlos Berg, en el año 1878, hizo un meticuloso estudio para determinar su origen y descartar la teoría de aquellos que aseguraban que procedía de España. Así, llegó a la conclusión de que "el frondoso y bizarro árbol", como él lo llama, procedía de las islas de la laguna Iberá, en Corrientes.



En Andalucía existen algunos ejemplares donde se le conoce por "Bellasombra". Por documentos existentes en el archivo de correos se sabe ahora que a pedido de uno de los altos funcionarios madrileños, don Manuel de Basavilbaso, administrador de correos de Buenos Aires, en 1775 le remitió algunas semillas y unos arbolitos de ombú por si aquellas no llegaban a fructificar, especificándose que "había muchas en esta ciudad por ser comunes en estas provincias y en todas partes".



Entre los casos de longevidad más famosos está el del llamado ombú del virrey Juan José Vértiz y Salcedo, que ya en el año 1779 figuraba en los planos de la quinta que en los Olivos tenía el mandatario español y al que las autoridades de la Sociedad Forestal Argentina, en 1914, asignaron una edad de cinco siglos.



En el partido de San Fernando existía también un ombú conocido por el "ombú del agua", varias veces centenario y de cuyas raíces, aseguraba la tradición, manó agua durante largos años después de herirlas un rayo en 1840.

• DOS PROSISTAS • HABLAN DEL OMBU

Se va. No se muere, porque, como su contemporánco el gaucho, no conoce la cobardía del suicidio. En los parques de las estancias modernas lo matan, porque su desaliñada corpulencia y su aspecto campechano ofrecen una nota discordante entre las finas siluetas y el peinado follaje de los árboles exóticos... En las quintas y chacras de los suburbios metropolitanos *se les persigue encarnizadamente, porque "ocupan* mucho sitio, dando demasiada sombra y son inútiles". El hacha brutal del horticultor tiene, en apoyo de su herejía, la sentencia doctoral de los eruditos: "El ombú, como el gaucho, no sirve para nada". Es verdad que a ellos nunca ofreció el ombú, como el primitivo poblador, en la alborada de la civilización nacional, el refugio de su sombra en los incendiados mediodías del desierto. Ni dió a sus frágiles moradas seguro amparo contra las furias del pampero. Ni sirvió a sus gallináceas de eficaz reparo contra los soles, las lluvias, los vientos, las comadrejas, los zorros y las iguanas... Y así, como desconocen la soberbia belleza del árbol gaucho, ignoran también sus virtudes medicinales y su posible aprovechamiento industrial... ¡Sucumbe pues, gran árbol gaucho; y, como el gaucho, soporta resignado en tu agonía, el frío de la in*gratitud y el sarcasmo de la ignorancia!...*
(Javier de Viana: LA AGONIA DEL OMBU)).

El afecto que siente el criollo por el ombú se fundamenta en multitud de razones: hasta hace unos cien años atrás, la amplia e interminable pampa no ofrecía al viajante otro refugio que este hospitalario árbol: cobijaba al gaucho, al indio, al extranjero, en las horas incómodas de la canícula, y también cuando soplaba el helado viento del sur. Bajo sus tupidas ramas se alumbraba la hoguera para tomar mate o para preparar el infaltable asado. Cuando el gaucho estaba de fiesta al pie del majestuoso ombú — pabellón improvisado — pulsaban sus guitarras de payadores. Sirvió y aun sirve, en toda la amplitud de la estepa argentina, de *guía* y punto de referencia para el cabalgante errante. Fué, y sigue siendo, el predilecto refugio del ganado, que gusta de la umbría fresca que le proporciona su ancha copa y aun presérvale de sentir con demasiado rigor las nocturnas heladas y el ardiente sol del mediodía.

(Alberto Nin Frías: EL CULTO AL ARBOL)





Los saladeros

Allá por el año 1793 empieza la industria saladeril a tomar incremento. La primera exportación de carne salada fué hecha en 1603.

La factura de saladero fué una consecuencia de la abundancia de carnes. Sevilla y La Habana constituían los dos principales mercados. La segunda de dichas ciudades recibió 39.281 quintales de carne seca y salada.

Según los datos fielmente consignados en "Historia de la ganadería argentina":

"En 1815, Rosas y Terrero fundan un saladero en Quilmes, y fué sin duda el más importante establecimiento de esa época.

" La industria saladeril en el primer cuarto de siglo, toma un desarrollo considerable y ya después de pacificados los ánimos exaltados por la guerra de la independencia argentina. Los establecimientos estaban situados en ambas márgenes del río de la Plata, en el litoral y en el sur de la República.

" Según las cifras estadísticas, solamente de Buenos Aires fueron exportados en 1822, cueros vacunos 590.372, y en 1825 llegó a la cantidad de 655.255 cueros vacunos; desde entonces la exportación continuó aumentando. En 1837 la cifra alcanzó a 823.635 cueros.

" El tasajo tomó asimismo un vuelo extraordinario en el comercio de exportación; en 1822, se exportan 87.663 quintales; en 1825 se exportan 350.652 quintales; en 1829, 521.444 quintales y en el año 1837, 178.877 quintales. Ese último año la exportación de sebo alcanzó a 1.151.360 kilos (Gibson).

" Hasta el año 1840, la industria saladeril alcanza un desarrollo considerable en todo el país. Y desde esa fecha comenzó la crisis de esta explotación. Rosas, que había prohibido la extracción de metálicos de Buenos Aires para las provincias, por vía fluvial, trajo consecuencias graves a la industria saladeril en Entre Ríos y Corrientes.



La faena del ganado en un antiguo saladero.

EL PUÑAL

Por JULIO DIAZ USANDIVARAS

Puñal de flexible hoja
y de recia empuñadura,
en cuyo acero perdura
la marca del crimen, roja;
ante ti, la carne floja
estremécese y palpita;
grave, el corazón, se agita,
y en tu destino fatal
eres la lacra social,
más horrenda y más maldita.

Misionero de la muerte,
no cejas nunca en tu empeño,
y eres señor y eres dueño
en la vida y en la suerte...
Ante ti gime el más fuerte,
tienes corona de rey,
y en tus anhelos de grey,
has abierto a los mortales,
los bárbaros tribunales
del acero de tu ley.

En la luz o entre la sombra,
cuando ejecutas tu acción,
la voz de la maldición
desde los cielos te nombra.
Nada te humilla ni asombra,
no hay quien te haga conmover;
tus ojos no saben ver
y sustentas el derecho
de sepultarte en el pecho
de quien te quiera vencer.

De la cárcel empresario,
por ti hay luto y opresión,
miseria y tribulación,
en todo humano escenario.
Tu instinto cruel y arbitrario
te hace en la sangre soñar;
y sabes disimular,
en la vaina obscura y fiera,
la impúdica borrachera
de tus ansias de matar.

Irradiando extraña luz
te contemplo en la contienda
en esa misión tremenda
que se epiloga en la cruz...
En un eterno capuz
vives tu existencia insana,
y en tu afán de sangre vana
abriendo, va, tu maldad,
abismos de oscuridad
en la sociedad humana.

Príncipe del arrabal,
donde la flor no abre el broche,
sólo te alumbra en la noche
la negra estrella del Mal.
Matas — tu ley natural, —
por odio, amor, o por oro;
y es tu máximo indecoro
mostrarte igual y sin nombre,
con el corazón del hombre
o en el cogote del toro.

Tu S expresa dolor,
quiere decir "sacrificio",
y está la marca del vicio
en tu filo pecador...
Lo mismo que un gran señor
paseas tu desvergüenza,
que en tu sed de sangre inmensa,
te has olvidado que ayer
quedaste de una mujer
humillado entre la trenza...

Aun flota por el sendero
de tu ruin misión cobarde,
en el humo de la tarde
tu espíritu traicionero.
Como un relámpago fiero
va a ti mi reprobación;
y en una vindicación
por la sangre derramada,
deje tu punta mellada
mi tremenda maldición!

Julio Díaz Usandivaras

EL ARTE Y LA INDUSTRIA

Por FRANCISCO PI Y MARGALL

El arte, dicen algunos, es la manifestación de lo infinito y lo eterno; la industria, la satisfacción de las necesidades de la vida: aquél es la poesía; ésta la prosa; unirlas es profanar lo más santo y puro del corazón del hombre.

Los que tal dicen empequeñecen el arte y desconocen la poderosa influencia de la industria en el desarrollo de nuestra especie. La industria es la emancipación gradual del hombre, el genio que sin cesar le dirige de lo finito a lo infinito.

Al parecer en la tierra no disponíamos de otra fuerza que la de nuestros músculos; no sabíamos cómo salvar los barrancos ni los ríos; retrocedíamos, llenos de terror, ante las olas del Océano. Nos centuplicó la industria las fuerzas, poniendo a nuestro servicio las de la Naturaleza; arrojó puentes sobre los abismos; nos abrió debajo del cauce de los ríos seguras sendas; nos deparó la nave en que, desafiando el furor de las tormentas habíamos de descubrir un día un mundo perdido en la inmensidad de los mares. Podían los huracanes impedir la marcha de nuestros buques, y venció la industria la resistencia de los huracanes. Retardaba la tierra nuestros viajes tanto o más que las aguas del Atlántico, y la industria cruzó de carriles de hierro las llanuras, y nos llevó en alas del vapor con la rapidez del águila. Detenían las montañas al pie de los valles las locomotoras, y la industria las condujo por las lóbregas profundidades de los cerros. Encendió la industria en nuestras manos la resinosa tea con que habíamos de disipar las tinieblas de la noche, y ha terminado por alumbrar nuestras ciudades con torrentes de luz eléctrica. Encajona a su antojo las aguas corrientes, abre las entrañas de la tierra, derrite el hierro en arroyos de viva lumbre, surca los aires, vence lo al parecer invencible. Armada de la ciencia, que permanecía infructuosa en manos de los doctos, va realizando todas nuestras aspiraciones y creando prodigios que nuestros padres no habrían vacilado en atribuir a seres superiores.



Hace más la industria: populariza el pensamiento por la prensa, y lo lleva del uno al otro polo con la celeridad del relámpago; le ensancha y descubre nuevos horizontes. Nos economiza cada vez más el uso de las fuerzas físicas, sustituye la máquina al hombre, emancipa el espíritu. ¿Se sabe acaso qué nuevo camino nos abrirá mañana?

No le basta al hombre elevarse a la idea de lo infinito ni simbolizarla; sabiéndolo o no, suspira por convertirla en hecho. Se dirá que la pretensión es quimérica; ¿podrá negar nadie que haya sido y pueda ser uno de los más vivos estímulos de la actividad del hombre? ¿Se atreverá a decir nadie: "éste es el límite de nuestros adelantos"?

Debemos ver en la industria algo más que la satisfacción de nuestras necesidades; ¿será tampoco verdad que mate la poesía? La poesía antigua derramó flores sobre un Prometeo que arrebató del Olimpo el fuego de los dioses, y sobre unos gigantes que osaron escalar el cielo. Prometeo y los Titanes no son sino los mitos de la industria, los símbolos de esa lucha sin tregua que sostenemos con la Naturaleza. Prometeo ha logrado dejar su roca del Cáucaso y vive entre nosotros. Los Titanes no gimen ya en el Tártaro y pugnan desde las tinieblas de este mundo por conquistar su Olimpo. ¿No oís los gritos del combate?



¿Dicen que la industria mata la poesía? Si la poesía se perdiera, renacería de esos talleres donde centenares de máquinas estremecen el aire movidas por el vapor del agua; de esos monstruos llamados locomotoras, de que no son más que pálida imagen los hipógrifos creados por la imaginación de la Edad Media; de esos hilos misteriosos que llevan en segundos al través de las irritadas ondas de los mares el pensamiento del último hombre de la tierra. ¡Desgraciado del que no sienta y se eleve en medio de tantas maravillas! ¡Ese sí que puede considerarse muerto para la poesía y el arte!

Me entusiasman, dice uno, las escenas grandiosas de la Naturaleza, no los mezquinos hechos de los hombres. Mas, ¿en qué lugar de la Naturaleza no hallará hondamente grabada la huella de la industria? La obra de la Naturaleza, ¿no viene continuada por el hombre? No es para mí el materialismo de los talleres, dice otro. Mas, ¿acaso no irradia al través de ese materialismo la luz de la inteligencia? Esconde la industria debajo de su engañosa superficie, exclama un tercero, males espantosos, para los que no tiene acentos la poesía. Mas, ¿qué poesía es ésa que no rebosa de amargura al ver males tan horrendos y no la sabe verter a raudales sobre los que no se atreven a tocar la herida por no oír el ¡ay! de las víctimas?

No, dicen algunos; no pretendemos que se pinte sólo el dogma y las escenas religiosas; píntese lo que se quiera, con tal que se lo penetre del sentimiento de lo infinito. No sólo en el hombre; en la ola que interrumpe la superficie de los lagos, en la nube que colora los rayos del sol poniente, en el árbol cuya erguida copa se mece tranquila en el azul del cielo, en la rauda corriente que bulle y se precipita entre las rocas, aun en la pequeña brizna de hierba que agitan las auras de la tarde, se puede llegar a sentir lo infinito y se lo siente. Lo infinito no es realmente sino una determinación de lo finito; mas si está el sentimiento de lo infinito en la Naturaleza, reproduciendo el artista las impresiones que de ella recibe, ¿no reproducirá acaso el sentimiento mismo? Esto no es corregir la teoría, sino destruirla.

No; el campo del arte no es ni ha sido nunca tan reducido. El arte es la manifestación de nuestra vida por medio del símbolo y el ritmo, la traducción de ideas regeneradas por el sentimiento. El corazón: he aquí para nosotros el verdadero foco del arte. El que siente a Dios, debe reproducir a Dios; el que siente el mundo, debe reproducir el mundo; y ambos deben reproducirlos como lo sientan. Ver es de todo hombre; comprender, del sabio; sentir, del artista. Sentimos generalmente antes de comprender; pero a veces, y no pocas, a fuerza de comprender, sentimos. En representar por medio de imágenes el sentimiento anterior o posterior a la comprensión, está todo el arte. Así las obras verdaderamente artísticas, son espontáneas e hijas de una necesidad del espíritu. El sentimiento es de suyo expansivo; cuando rebosa del corazón, no puede menos de tomar cuerpo y forma. ¿Domina ese hombre la ciencia del ritmo, es decir, conoce un instrumento del arte? Explaya el sentimiento de un poema, en una estatua, en un cuadro, en un monumento.

Mas para sentir no debe el artista aislarse. A medida que es mayor la vida de relación, es más activa la del sentimiento. Mantengámonos en contacto con los vivos y evoquemos, si nos es posible, la sombra de los muertos, parte también de la humanidad, que vive siempre de una misma vida. Identifiquémonos con nuestro linaje; gocemos de su gozo, suframos de sus sufrimientos. Sigámosle en sus triunfos como en sus catástrofes; en sus revoluciones como en sus épocas de calma; en sus batallas con la Naturaleza como en sus humanas luchas.

Bebamos en su copa de oro, pero apurándola hasta las heces. Pintemos sus amargas desventuras, pero arrojando sobre ellas un rayo de esperanza.

¡Cómo se engrandecerá entonces nuestra alma, si somos verdaderamente poetas o artistas! ¡Cómo se nos robustecerán y desarrollarán los sentimientos! Todo cobrará en nosotros vida; para todo hallaremos tipo, si no en el mundo real ni en la historia, en el fondo de nuestro espíritu. Un nuevo mundo brotará de nuestras manos; el arpa de los grandes maestros se estremecerá bajo nuestros dedos y despedirá torrentes de armonía.

La industria vendrá también a despertar nuestro dormido entusiasmo. Sus prodigios arrancarán de nuestras liras acentos desconocidos de los antiguos poetas; sus esforzados servidores nos proporcionarán más gloria que no dieron los soldados de la ribera del Arno a Miguel Angel, ni los reyes de Grecia a Homero.

La ciencia y la industria son hermanas inseparables: cantemos juntas sus glorias y palidecerán de seguro los héroes de Ossian, ante el que, cual otro Prometeo, arrebató el rayo de las nubes, o ante el que forzó la Naturaleza a reproducirse en el fondo de una "cámara obscura". Cada obstáculo destruído por la industria es para el hombre un paso más en el camino de lo infinito; ni la caída de los muros de Troya será asunto más digno del artista, ni del poeta, que le dé uno de esos obstáculos

¡Dichoso el que añade a su grandeza de corazón el sentimiento de lo bello! ¡Dichoso el que no cierre nunca su oído ni su alma a la vez de la humanidad, ni a la del hombre!

¿Es verdaderamente sacrílega la unión del arte arte y la industria?



F. PI Y MARGALL



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL LUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 — BUENOS AIRES

TELÉFONOS: Unión Telefónica: Administración: 8080 (Rivadavia). Dirección: 8081 (Rivadavia). Sección Avisos: 8082 (Rivadavia). Talleres 8083 (Rvadavia).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.—
Semestre	„ 5.—	Semestre	„ 6.—
Año	„ 9.—	Año	„ 11.—
Núm. suelto	20 ctvs.	Núm. suelto	25 ctvs.
Núm. atrasado	40 „	Núm. atrasado	50 „

EN EL EXTERIOR

Trimestre	oro $ 2.—
Semestre	„ „ 4.—
Año	„ „ 8.—

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año . . . . . $ oro 5.—

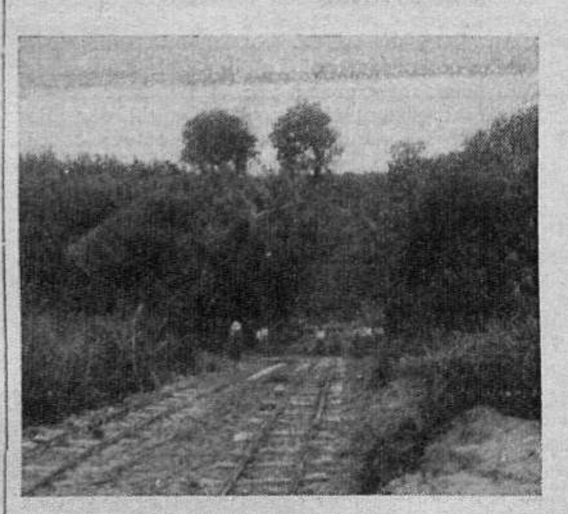
No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR

Renacimiento industrial de Corrientes

Las reformas realmente benéficas para Corrientes, que influyeron en la industria y en el comercio, fueron: la supresión del privilegio concedido de antiguo a Santa Fe para que su puerto fuese el único al que debían concurrir los productos paraguayos; el comercio libre con la península y sus colonias; el comercio bajo pabellón neutral entre el Río de la Plata y el Brasil. Decretadas estas franquicias en tiempos ya despejados de zozobras guerreras, hubo empeño en trabajar por el halago y las facilidades de exportación. El privilegio de Santa Fe había destruído la importancia geográfica del puerto de Corrientes;



Un obraje de Corrientes.

mientras duró, de nada le servía a la última estar en punto dominante de la navegación, porque aquélla era árbitra del comercio. El impulso de la labor fué general. La industria ganadera pobló de estancias hasta las costas del Uruguay; miel, azúcar, aguardiente, algodón, hilo del mismo, cuero, maderas, grasa, sebo, tejidos, filetes, productos de alfarería, ganado vacuno, caballos, mulas, salían para Buenos Aires, Misiones y Paraguay, si bien no en grandes cantidades. Volvieron a cultivar el trigo, reducido en los últimos años a Ytaty y Santa Lucía; fueron establecidas pequeñas tenerías, fábricas de ladrillos, de tejas cocidas, y caleras; los productos alfareros de Ytaty mejoraron y compitieron con los del Paraguay; en el puerto de la ciudad trabajaban los "maestros de rivera" embarcaciones menores, especialmente canoas muy buscadas por los navegantes. Las facilidades del comercio y la consagración al trabajo produjeron movimiento de población en la capacidad que podía atraerla un territorio distante de Buenos Aires, que la absorbía. En la campaña se formaron los nuevos vecindarios de Yaguaretecorá, Curuzucuatiá, Barrancas, Esquina, María, Molle y Cuenca, Paiubre, Maruchas, Batel; algunos de los cuales tenían ya capilla y principios de pueblos antes de finalizar el siglo. El "pago" de Mburucuyá agrupó su vecindario en torno de una capilla construída por el mismo.

MANUEL F. MANTILLA

Moreno y la "Representación de los Hacendados"


Mariano Moreno.

Siempre deben ser recordados los conceptos del ilustre prócer: "Pero no, señor; los labradores de nuestras campañas no endulzan las fatigas de sus útiles trabajos con los honores que la benignidad del monarca les dispensa; el sudor de su rostro produce un pan, que no excita la gratitud de los que alimenta; *y olvidada su dignidad e importancia,* viven condenados a pasar en la oscuridad los momentos que descansan de sus penosas labores.

"*Los hombres que han unido lo ilustre a lo útil,* ven desmentida en nuestro país esta importante máxima; y el viajero a quien se instruyese, que la verdadera riqueza de esta provincia consiste en los frutos que produce, se asombraría cuando, buscando al labrador por su opulencia, no encontrase sino hombres condenados a morir en la miseria.

"V. E. ha sufrido igual desengaño, y a pesar de aquella consulta se habría decidido la causa de los hacendados sin intervención y audiencia, si una extraña persecución los hubiese hecho vigilante."

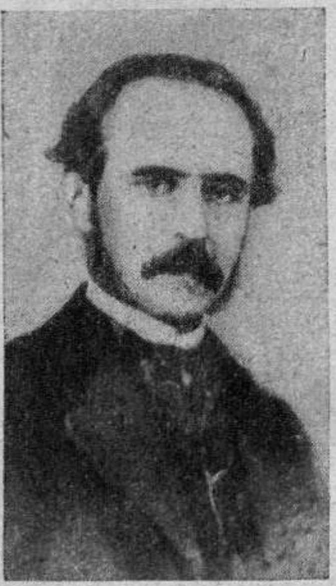
Otro de los inolvidables párrafos: "No sería tan penosa la tarea que me he propuesto, si combatiese hombres ilustrados que discurriendo bajo cierto orden de principios generalmente admitidos, excusan una exposición prolija de verdades que se manifiestan por sí mismas: pero, la conveniencia pública se ve atacada por rivales, que desconocen hasta las reglas más sencillas, llegando al extremo de no creer conveniente el arbitrio indicado, por no ser conforme al sistema ordinario de nuestro comercio. La franqueza del comercio de América no ha sido prescripta como un verdadero mal, sino que ha sido ordenada como un sacrificio que exigía la metrópoli de sus colonias; es bien sabida la historia de los sucesos que progresivamente fueron radicando este comercio exclusivo, que al fin degeneró en un verdadero monopolio de los comerciantes de Cádiz. Los hombres ilustrados clamaron — agrega — contra un establecimiento tan débil, tan ruinoso, tan mal calculado; pero los males inveterados no se curan de un golpe: pequeñas reformas iban preparando un sistema fundado sobre firmes principios, cuando los últimos extraordinarios sucesos variaron el ser políticos de España, destruyendo por golpes imprevistos todos los pretextos que sostenían las leyes prohibitivas.

"Este nuevo orden de cosas, que la metrópoli ha proclamado como feliz origen de una regeneración que obrará la prosperidad nacional, ha trastornado los antiguos motivos del sistema prohibitivo, y descubierta en toda su extensión la conveniencia que resulta al país de un libre comercio, las miras políticas que procuran unir el bien general al remedio de necesidades urgentísimas, se convierten en un deber de justicia de que el primer magistrado no puede prescindir".

ELOGIO DE LOS GAUCHOS GUERREROS



Por VICENTE FIDEL LOPE



Vicente Fidel López.

El ilustre historiógrafo argentino don Vicente Fidel López escribe en su obra.

"No seríamos lo sescritores argentinos los que podríamos hacer inconcusos estos honrosos recuerdos de nuestra historia, porque seríamos tachados de jactanciosos. Pero con mayor autoridad para el caso los abonan los escritores españoles, y entre ellos el honrado cronista y general García Camba, que después de haber sido uno de los conspicuos actores en los sucesos mismos, tomó la pluma para escribirlos con una verdad fundamental, que apenas, y pocas veces, se atenúa en los detalles inferiores o en las causas con que explica y disculpa los desastres de las tropas realistas en cuyas filas era él una figura de importancia.

"Hablando de los *Gauchos* o Milicias de Caballería de Salta, dice: — "Los *Gauchos* eran hombres del campo bien montados y armados de machete o sable, fusil o rifle, de los que se servían *alternativamente* sobre sus caballos, con sorprendente habilidad, acercándose a las tropas con tal confianza, soltura y sangre fría, que admiraban a los militares europeos aquellos hombres extraordinarios a caballo cuyas disposiciones tuvieron repetidas ocasiones de comprobar.

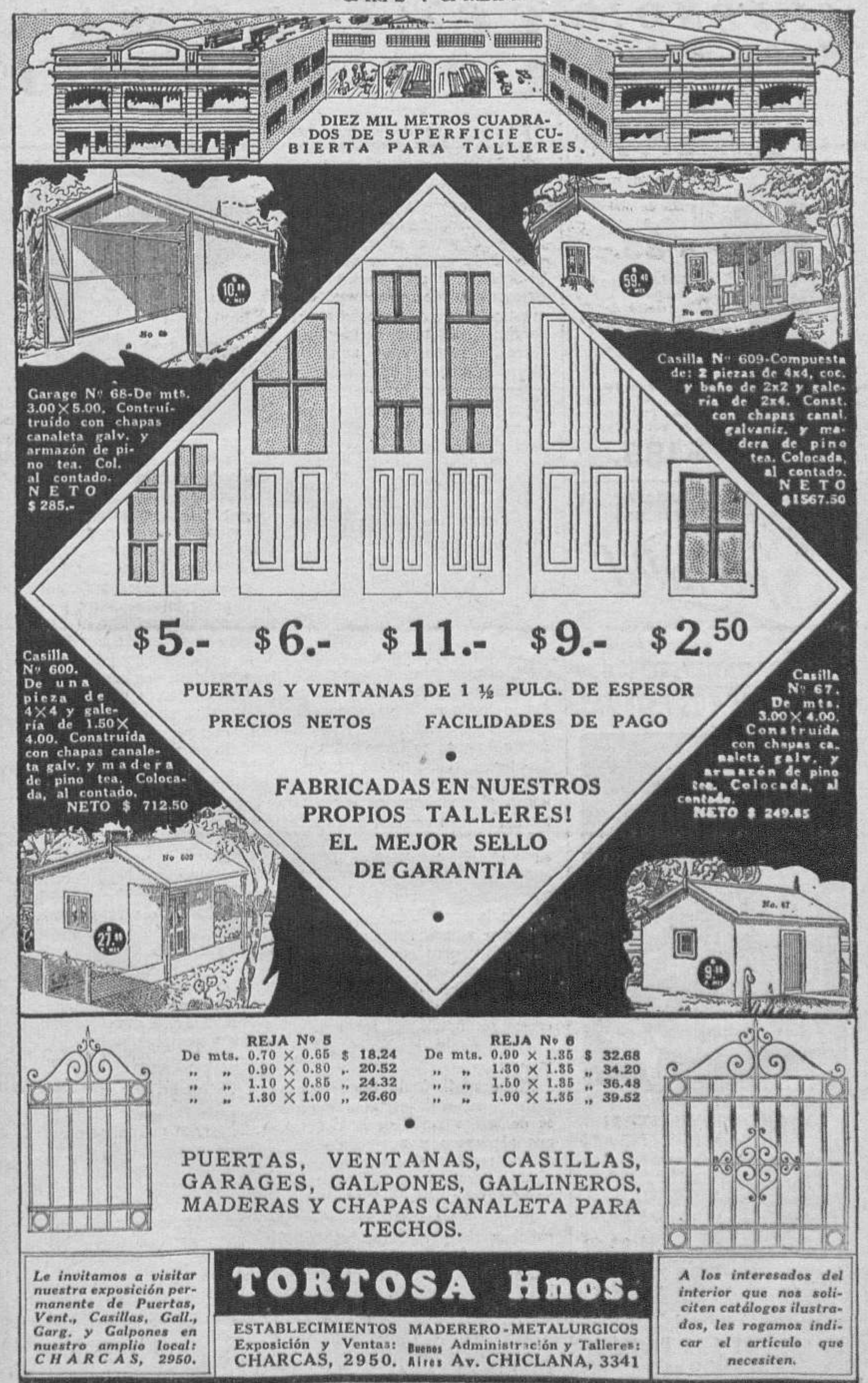
"... Son individualmente muy bravos, tan diestros a caballo, que igualan, *si no exceden*, a cuanto se dice de los célebres *Mamelucos* y de los famosos *Cosacos*. Tuvieron en continua alarma el cuartel general y sus puestos avanzados sosteniendo diarios combates, sin que los españoles pudiésemos jamás poder darles un golpe decisivo, manteniendo a veces desde sus caballos un vivo fuego, y otras echando pie a tierra y cubriéndose como una buena infantería.

"Describe en seguida el honrado historiador los sucesos todos de que nos hemos ocupado en este capítulo, corroborándolos uno a uno sin discrepar de lo que hemos dicho; y dice: — "La resistencia se aumentaba a proporción que las columnas españolas se acercaban a Salta... La situación de las tropas españolas en medio de una campaña tan activa y fatigosa como llevamos indicado, empeoraba por momentos, el número de heridos era grande y la escasez de trasportes muy embarazosa. Los enemigos habían llevado su osadía *al extremo de enlazar y arrastrar con sus caballos las centinelas sobre sus mismos cuerpos de guardia* y este nuevo método de ofender causó singular horror... El forraje se había hecho tan difícil que para protegerlo era preciso emplear grandes precauciones y fuertes escoltas... El estado en que se veía el general La Serna era angustioso.

"... En una de esas noches los enemigos atacaron el campo español de un modo tan nuevo y extraño que hubiera producido las más fatales consecuencias si la posición no hubiese estado resguardada por un pequeño barranco: reunieron un considerable número de yeguas cerriles, de que abundan aquellos campos, y con la habilidad peculiar con que ellos saben dirigirlas, las lanzaron en tropel a medianoche sobre el campamento con horrible algazara, al mismo tiempo que 400 *gauchos* hacían fuego en distintas direcciones sobre las mismas yeguas y sobre el campamento. Este enexplicable tumulto, del que sin haberlo presenciado nadie se formará un cabal juicio, tomó todas las apariencias de un ataque general y decidido... Las mismas poderosas razones que nos habían obligado al abandono de Santa, nos impedían hacer pie en Jujuy.

"... Las penalidades, los sufrimientos y las pérdidas que experimentó el ejército real en esta campaña y retirada, ni fuera fácil describirlas con puntualidad, ni a ser posible, se creyeran tal vez, por lo singular y extraordinario de sus pormenores... Las tropas llevaban algunas ventajas a las europeas, por la práctica que habían adquirido, por el hábito del clima, y aun por su imponderable sobriedad".

VICENTE FIDEL LOPEZ


DIEZ MIL METROS CUADRADOS DE SUPERFICIE CUBIERTA PARA TALLERES.
Garage Nº 68-De mts. 3.00 × 5.00. Contruído con chapas canaleta galv. y armazón de pino tea. Col. al contado. NETO $ 285.-
Casilla Nº 609-Compuesta de: 2 piezas de 4x4, coc. y baño de 2x2 y galería de 2x4. Const. con chapas canal. galvaniz. y madera de pino tea. Colocada, al contado. NETO $1567.50
$5.- $6.- $11.- $9.- $2.50
PUERTAS Y VENTANAS DE 1 ½ PULG. DE ESPESOR
PRECIOS NETOS FACILIDADES DE PAGO
Casilla Nº 600. De una pieza de 4×4 y galería de 1.50×4.00. Construída con chapas canaleta galv. y madera de pino tea. Colocada, al contado. NETO $ 712.50
Casilla Nº 67. De mts. 3.00 × 4.00. Construída con chapas canaleta galv. y armazón de pino tea. Colocada, al contado. NETO $ 249.85
FABRICADAS EN NUESTROS PROPIOS TALLERES! EL MEJOR SELLO DE GARANTIA
REJA Nº 5
De mts. 0.70 × 0.65 $ 18.24
" " 0.90 × 0.80 " 20.52
" " 1.10 × 0.85 " 24.32
" " 1.30 × 1.00 " 26.60
REJA Nº 6
De mts. 0.90 × 1.35 $ 32.68
" " 1.30 × 1.35 " 34.20
" " 1.50 × 1.35 " 36.48
" " 1.90 × 1.35 " 39.52
PUERTAS, VENTANAS, CASILLAS, GARAGES, GALPONES, GALLINEROS, MADERAS Y CHAPAS CANALETA PARA TECHOS.
Le invitamos a visitar nuestra exposición permanente de Puertas, Vent., Casillas, Gall., Garg. y Galpones en nuestro amplio local: CHARCAS, 2950.
TORTOSA Hnos.
ESTABLECIMIENTOS MADERERO-METALURGICOS
Exposición y Ventas: CHARCAS, 2950. Buenos Aires Administración y Talleres: Av. CHICLANA, 3341
A los interesados del interior que nos soliciten catálogos ilustrados, les rogamos indicar el artículo que necesiten.

COMO DOMAN LOS INDIOS

TANTO que declamamos sobre nuestra sabiduría, tanto que leemos y estudiamos. ¿Y para qué?

Para despreciar a un pobre indio, llamándole bárbaro, salvaje; para pedir su exterminio, porque su sangre, su raza, sus instintos, sus aptitudes no son susceptibles de asimilarse con nuestra civilización empírica, que se dice humanitaria, recta y justiciera, aunque hace morir a hierro al que a hierro mata, y se ensangrienta por cuestión de amor propio, de avaricia, de engrandecimiento, de orgullo, que para todo nos presenta en nombre del derecho el filo de una espada, en una palabra, que mantiene la pena del talión, porque si yo mato me matan; que en definitiva, lo que más respeta, es la fuerza, desde que cualquier Breno de las batallas o del dinero es capaz de hacer inclinar de su lado la balanza de la justicia.

¡Ah! mientras tanto, el bárbaro, el salvaje, el indio ese, que rechazamos y despreciamos, como si todos no deriváramos de un tronco común, como si la *planta hombre* no fuese única en su especie, el día menos pensado nos prueba que somos muy altaneros, que vivimos en la ignorancia, de una vanidad descomunal, irritante, que ha penetrado en la obscuridad nebulosa de los cielos con el telescopio, que ha suprimido las distancias por medio de la electricidad y del vapor, que volará mañana, quizá, convenido; pero que no destruirá jamás, hasta *aniquilarla*, una simple partícula de la materia, ni le arrancará al hombre los secretos recónditos del corazón.

Todo estaba pronto para la marcha.

Me despedí de la familia de Ramón, cuyas hijas, apartándose de la costumbre de la tierra, nos abrazaron y nos dieron la mano, regalándoles sortijas de plata a algunos de los que me acompañaban.

En seguida marché, me acompañaban Ramón y cincuenta de los suyos al son de cornetas.

Ramón montaba un caballo bayo domado por él.

Parecía un animal vigoroso.

—Yo no soy haragán, amigo



Lucio V. Mansilla.

— me dijo. — Yo mismo domo mis caballos, me gusta más el modo de los indios que el de los cristianos.

— ¿Y qué, doman de otro modo ustedes? — le pregunté.

— Sí — me contestó.

— ¿Cómo hacen?

— Nosotros no maltratamos el animal; lo atamos a un palo; tratamos de que pierda el miedo; no le damos de comer si no deja que se le acerquen; lo palmeamos de a pie; lo ensillamos y no lo montamos, hasta que se acostumbra al recado, hasta que no siente ya cosquillas; después lo enfrenamos, por eso nuestros caballos son tan briosos y tan mansos.

Los cristianos les enseñan más cosas, a trotar más lindo; nosotros los amansamos mejor.

— Hasta en esto — dije para mis adentros, — los bárbaros pueden darles lecciones de humanidad a los que les desprecian.

Ramón me había acompañado como una legua.

— Hasta aquí no más — le dije, haciendo alto.

— Como guste — me contestó.

Nos dimos la mano, nos abrazamos y nos separamos.

Su comitiva me saludó con un ¡hurrah!

— ¡Adiós! ¡adiós! — gritaron varios a una.

— ¡Adiós! ¡adiós! ¡amigo! — gritaron otros.

Y ellos partieron para el sur, y nosotros para el norte, envueltos en remolinos de arena que obscurecían el horizonte como negra cortina.

Mi cálculo era llegar a la Verde al ponerse el sol.

Llegué a un campo pastoso, hice alto un momento, la arena nos ahogaba.

LUCIO V. MASILLA

El parte de Chacabuco

▼ ▼ ▼

En 1816, el regimiento Granaderos pasó a Mendoza para formar parte del ejército que debía dar la libertad a la República de Chile, que a consecuencia del desastre de Rancagua había caído otra vez en poder de ios españoles.

En el campamento del Plumerillo, en que se organizaron los cuerpos que después pisaron la cumbre de los Andes, Lavalle se h zo notar por su contracción al servicio, la gravedad de su porte y el entusiasmo por la carrera que había alcanzado.


General Lavalle.

Vamos a entrar ya en la época en que el general Lavalle va a ocupar un lugar distinguido entre los guerreros de la Independencia; en que su nombre va a ser inscripto en el libro de la historia por la mano del general San Martín.

Para dar al general Lavalle la gloriosa parte que le cupo en los primeros movimientos del ejército patriota, al ejecutar su gigantesca empresa, necesitamos describir ligeramente el paso de los Andes.

Sabido es que el general San Martín, para engañar al jefe de las fuerzas realistas, había ocultado bajo el velo del misterio más impenetrable el secreto de su operación. Ya hacía entender que su mira era pasar la Cordillera por el portezuelo del Planchón, haciendo construir un puente sobre el río Diamante, ya que iba a lanzarse por el lado de los Patos, Portillo o Uspallata, mandando recorrer sus desfiladeros.

Su primer plan fué pasar por el camino de la Deheza, y correrse a la izquierda por sendas escabrosas en dirección al Tupungato, y desde esa altura descolgarse de las montañas de los Andes por desfiladeros peligrosísimos y caer improvisamente sobre Santiago por una marcha rápida, quedando por esta operación a retaguardia de los enemigos fraccionados, e interceptando así sus comunicaciones. Al efecto mandó al ingeniero del ejército don Antonio Arcos, para que reconociera este camino, el cual se internó en la Cordillera hasta el territorio chileno, y después de un reconocimiento prolijo informó, que por ese punto era irrealizable la marcha del ejército. A consecuencia de este informe, San Martín varió su plan quince días antes de emprender su movimiento, sin que ninguno de los ingenieros que empleaba, conociera su verdadero itinerario.

Convencido que el éxito de la difícil operación que iba a ejecutar dependía del secreto de sus operaciones, tomó también todas sus medidas para ocultar su pensamiento, que el punto por donde llevó a cabo su invasión, con el grueso de su ejército, fué el que menos se había guardado por el enemigo, al extremo que, aun después de pisar el territorio chileno, Marcó del Pont, general en jefe de las fuerzas del rey, ignoraba todavía cuál era el punto de la gran invasión, porque por todos los portillos accesibles de la Cordillera aparecían fuerzas a la vez, como lo dice el mismo Marcó en su correspondencia que tenemos a la vista.

Cuando el general San Martín tuvo todo preparado para emprender su campaña, consultó al Gobierno de Buenos Aires sobre el paso de los Andes, y el Supremo Director del Estado, brigadier don Juan Martín de Pueyrredón, aterrado ante la magnitud de la operación, le ordenó que suspendiera su marcha y retrogradase a Mendoza si se había puesto en movimiento. Esta comunicación la recibió San Martín hallándose comprometido en los desfiladeros de los Andes, y su contestación fué el parte de la batalla de Chacabuco.

PEDRO LACASA

DOCTORES DE CÓRDOBA



Por ARTURO CAPDEVILA

Dos doctores de Córdoba, maestros míos de ayer en la docta casa de Trejo... Os presento primero — es decir quiero que lo veáis más de cerca, pues de seguro ya le conocéis — al doctor Henoch D. Aguiar, autor de un gran libro: *La Voluntad Jurídica en la doctrina y en el Código Civil.* Entró todavía joven en la enseñanza del Derecho por excelencia; pero ya con autoridad de civilista. Le vimos llegar con un gesto diferente de aquel, acaso demasiado severo de sus antecesores. La hora dogmática era pasada. La hora crítica debía llegar. El nuevo maestro sabía singularmente esto: ahondar hasta lo más profundo en la tierra de los preceptos.

Contaba, para poder realizarlo, con una ilustración completísima en la materia. Gran biblioteca la suya, y no sólo jurídica. Como profesor de Historia que había sido tantos años en las aulas contiguas del Colegio, poseía vasto saber de instituciones y de pueblos. Largas y meditadas lecturas lo habían conducido a felices visiones sintéticas.

Así también pesaba y sopesaba muchas veces una verdad jurídica antes de incorporarla a su honrada conciencia. Sólo cuando esto quedaba hecho — vale decir la viva incorporación del precepto a su sangre — comunicaba a la clase la buena nueva de su bien averiguada verdad.

Hombre de ley, pero antes todavía varón recto y justo, era previo a todo en su caso, indagar la justicia de las instituciones. No era de los que piensan que las instituciones se justifican por sí solas, y tanto más cuanto más duras y rígidas sean. En él era cosa previa, repito, indagar la justicia de las instituciones del Derecho... ¿qué digo?... la justicia de cada uno de los mandamientos del Código.

Y aquí diré que quien no experimente día a día esta dramaticidad del derecho escrito, esta su posibilidad de yerro que es justamente su posibilidad de perfeccionamiento y su vida toda, apenas juzgo que pueda enseñar cosa válida. Enseña muertas fórmulas; un derecho muerto para almas muertas; el derecho de la muerte en lugar del derecho de la vida.

Por consiguiente, para que asuma real valor de verdad en el alma del alumno el precepto del Código — cada uno de sus preceptos — preciso es que sea re-creado, creado de nuevo en el espíritu del discípulo, todo el Derecho Civil; preciso es que cada uno de sus apotegmas aparezca como el único posible. Y además, fresco, ágil, palpitante de vida.

Esto hacía en la clase Henoch D. Aguiar: recreaba el Derecho.

Ya lo vais viendo: Hombre de verdades netas; pero antes muy bien investigadas. Hombre de ley, pero antes varón de equidad. Sí al sí; no al no. Como maestro, hombre de método, de orden, de análisis, de claras y completas definiciones. Lo mismo en la vida. Y así muy capaz, mientras la ciudad se entrega al contagioso tumulto de una glorificación que rechaza, muy capaz, digo, en la propia avenida de la apoteosis adonde está su casa, de cerrar herméticamente ventanas y puertas en signo de rotunda disconformidad.

Un día, tomando exámenes, sensación de fin del mundo. Tiembla el claustro todo de la casa de Trejo. Un gran alumno de Derecho Civil, tan perfecto, a decir verdad, que su texto de todas las horas es el Código y siempre el Código, no ha obtenido los esperados 10 puntos en la mesa del doctor Aguiar. El propio padre del examinado viene a deponer su queja, no ya con dolido amor paternal sino con pareja autoridad de civilista. Quiere saber cómo se explica esa nota inferior a un alumno que no lee otra cosa que Código Civil, que lo lleva a todas partes consigo y a todas horas lo consulta o lo medita; quisiera saber qué tendría que haber hecho su hijo para obtener los 10 puntos que se le negaron...

—No leer solamente códigos...

El quejoso, irónico:

—Entonces ¿qué?... ¿Novelas y versos?

El doctor Aguiar formalísimo:

—Precisamente, doctor: novelas y versos.

Por todo esto el libro del doctor Henoch D. Aguiar es el de un verdadero maestro. Tenemos que repetirlo a cada página, según vamos recorriendo el largo itinerario del más severo examen filosófico y moral a que hayan sido nunca sometidos en el país, los elementos esenciales de la *voluntad jurídica: el libro de un gran maestro.*

Justificadísima emoción de cosa grande, la que informó el homenaje que al abandonar sus tareas docentes, por causa de jubilación, le tributaron colegas y ex discípulos. Oyó entonces bien merecidas palabras hermosas, y a su vez las dijo muy bellas. Como un griego de los mejores tiempos helénicos, habló del "claro y sereno atardecer de su vida", y hallando que no por retirarse de las aulas tan queridas debía dar por terminada la labor, añadió para concluir: — "Sigamos pues trabajando y que la noche nos sorprenda en la tarea".

Lo dijo y lo cumplirá.

Os presento ahora — es decir, quiero que lo veáis de más cerca — al doctor Enrique Martínez Paz.

Cuando inició sus clases estaba recién llegado de Europa, donde — en Italia principalmente — había escuchado la voz de admirables maestros. Vivo aún en su oído el eco de aquella renovadora enseñanza, venía él, a su vez, a inaugurar un curso renovador y para muchos peligroso: el de la cátedra de Sociología. Había leído mucho y bien. No era de los que pronunciaban sombríos oráculos — y eso sin ninguna información — contra tal o cual tendencia. ¿Qué significaba para él ese habitual dislate de condenar escuelas y sistemas enteros no más que por *tendenciosos?* El nuevo maestro, antes bien, no tenía ningún temor en autorizarse con ellos. Profesaba en cambio un severo desdén por las palabras vacías, fueran de quien fuesen. Practicaba así una plena y honestísima libertad intelectual. La practicaba y la dejaba practicar.

Se sabía de él además que en la primera juventud se puso a estudiar Física y que llegó a ser un excelente profesor de la materia en el gabinete del Colegio contiguo.

Algo más excepcional en aquella hora: escribía. Escribía libros. Creía que un maestro debía escribirlos. Y aquí os diré que había en la calle 27 de Abril, entre las de Trejo y Vélez Sársfield — mejor diríamos, dados los tiempos que corrían, entre Scila y Caribdis — unas puertas siempre cerradas, en cuyos vidrios se leía en gruesas letras, este anuncio diagonal: *Imprenta Cubas.* La puerta cedía al menor empuje, y se daba el visitante con un vasto salón olor a nafta y a tinta, donde trabajaban infatigablemente, entre correas giratorias y ruidosas máquinas, los excelentes linotipistas de la casa. Tras un mostrador de cedro antiguo, un hombre recio y sequizo, de fuertes bigotes negros, de firme mirada y acaso chambergo puesto y ala baja, repasaba cuentas, corregía galeradas y no acababa de fumar. Era don Bautista Cubas, de los Cubas ilustres de la mejor historia de Catamarca. A esta casa acudía Martínez Paz en achaques de hacer libros como antes acudiera con idénticos fines a la otra fragante imprenta de Córdoba: la de don Vicente Rossi. Achaque de hacer libros que no entraba en el currículum de los más; pues, a la verdad, exceptuados dos o tres, no había quien publicase libros — ni siquiera epítomes de la propia materia — aunque algunos daban en la flor de anunciarlos sin sacarlos nunca a vida ni en cosmogónicos plazos.

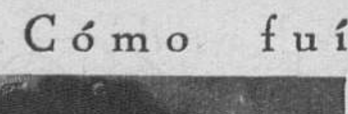
Por cuanto traemos dicho, los alumnos de la noble Universidad habían de ver muy luego en el nuevo maestro, su portaestandarte, a punto de que en su luminosa tea encenderían la suya los innovadores del año 18. El era, para decirlo con entera justicia, quien inspiraba en los discípulos como el que más, un valeroso amor a la verdad, el culto a la seriedad científica y todas las buenas prácticas de la circunspección mental. Algo más todavía. El era, a buen seguro, el que señalaba sin miedo en el lejano horizonte los rumbos y las metas. Ya no quería la juventud en modo alguno (¿y cuándo fué que lo quiso una genuina juventud?) seguir guardando sepulcros de la Edad Media, mientras el mundo se ponía a la faena de preparar insospechadas edades. Querían — y tenían razón — ley nueva en tabla nueva. Martínez Paz cumplió para con esta ansiosa juventud, la misión más sagrada del magisterio: señalarle el futuro. Todos los que fuimos sus discípulos tenemos así enorme deuda con él, y es punto de honradez reconocerla.

He ahí dos altos doctores de Córdoba, de los que bien cumplieron con la empresa del ilustre escudo de la Universidad: *Ut portet nomen meum coram géntibus...* Por mi parte, dilato yo en lo que puedo la fama de sus hijos.





Patio y claustros de la Universidad de Córdoba, con el monumento a fray Fernando Trejo y Sanabria.





Juan Martín de Pueyrredón.

Con ansioso empeño me dediqué a buscar un empleo; pero pronto comprendí que mi promesa al posadero había sido hecha con confianza demasiado presuntuosa. Llamé de puerta en puerta y recorrí calle por calle, pidiendo un empleo de vendedor ambulante, de amanuense o de cualquier cosa, pero nadie me comprendió y la respuesta universal era: "No le entiendo". Todos los días realizaba la misma gira fastidiosa y desgraciada. y todas las noches subsiguientes la pregunta de mi huésped, en cuanto a mi éxito, atacaba penosamente mi corazón, cuando no ignoraba que yo debía pronunciar la misma y tantas veces repetida contestación: "Nada he encontrado".

Transcurrieron dos o tres semanas de esta suerte y sin poder pagar nada por mi hospedaje. Me apenaba cuando pensaba haber contraído una obligación a la que no podía corresponder, afligido más penosamente ante mi conciencia, que por otra cualquiera de las calamidades que me esperaban. Mi huésped resultó bondadoso e indulgente y pareció interesarse por mí, tanto por mi cuenta como por la suya, y una tarde, después de los infructuosos esfuerzos del día, me preguntó nuevamente:

"Joven, ¿qué piensa hacer?"

"Cualquier cosa — dije — que me proporcione un medio de vida decente."

"Bien — contestó a su vez — procuraré conseguirle uno."

Cumplió su palabra, y al día siguiente, me presentó a un francés llamado Coquelet, y cargué con la obligación de ayudarle en la atención de una tienda de fantasías y perfumes que sostenía.

Pronto me hallé bien alojado. El patrón era bondadoso conmigo, y con aplicación, gané lue-

abanderado

go su confianza y estima; de su esposa, que era una amable señora, también llegué a ser un gran protegido; a esta familia soy deudor de todo lo que para mi bien o mi mal me aconteció después, durante una larga serie de terribles y crueles años. Primeramente, conocí en su casa a un oficial de alto grado, al servicio de la República que, ocasionalmente, visitaba a la familia de mi principal, y de quien recibí muchas pequeñas demostraciones de bondad.

Permanecí con Coquelet varios meses; todas las necesidades de mi pobreza habían sido suplidas; las obligaciones con mi amigo Flusk satisfechas, y con este alivio a mi aflicción y comodidad de circunstancias, vino un impaciente deseo de cambio. Sufrí con tedio mi confinamiento en la tienda, más semejante al de una prisión que al de un asilo, y aunque sinceramente agradecía las muchas pruebas de bondad que había recibido de la familia, hablé a menudo y espontáneamente a la señora de mi deseo de una ocupación más activa. Esto fué comunicado, al fin, por la señora al oficial ya mencionado; con el encargo de que se dignase ayudarme, en lo posible, para el logro de mi demanda. Este oficial, habíame mostrado anteriormente una excelente "buena cara", e inmediatamente, después de que el anuncio le hubo llegado envió por mi y díjome:

"Amiguito, ¿le gustaría entrar en el ejército de la República?"

Casi ahogado por la alegría, respondí:

"Señor, nada me agradaría más".

"Muy bien — me dijo, — veré de obtener un puesto de abanderado para usted".

"¡Abanderado!" exclamé, mientras el oficial salía de la casa. ¡Es posible que pueda tener un nombramiento, y con rango de abanderado desde el comienzo! No intentaba ocultar mi agrado, ni refrenar las visiones de gloria que se agitaban en mi imaginación. La promesa del oficial fué sincera, y dos o tres días después de la entrevista, el Supremo Director Pueyrredón, puso en mis manos el despacho, con estas palabras: "Marche, ahora, joven, y ábrase paso por el camino de la fortuna".

Lo haré, pensaba, pues, aunque el grado de abanderado o portaestandarte sea el más inferior en el servicio, por entonces me parecía como si hubiese sido colocado a la cabeza del comando. Anteriormente y bajo la dirección de mi principal y de su esposa, había hecho rápidos adelantos en el estudio del español, actualmente era capaz de sostener conversaciones usuales en esta lengua; el ansia por distinguirme agitaba mi pecho; la idea del peligro nunca penetró en mi mente y me consideraba calificado por todos los motivos, para llenar los deberes que se me asignaron. Yo era un sencillo muchacho y conocía solamente muy poco los méritos intrínsecos o las exigencias de mi situación respecto de mi amor por la libertad. Sabía únicamente que era soldado en el ejército de un país que, había como el mío, arrojado de sus playas la dominación política de un poder extranjero; y de buena gana quería en esos momentos, defender con mi vida la bandera que había sido tan súbita e inesperamente confiada a mi defensa. ¡Ah! No sospechaba los honores que me acarrearía el paso inicial de su posesión.

....

J. ANTONIO KING.

La madre es para el hombre la personificación de la Providencia, es la tierra viviente a que adhiere el corazón, como las raíces al suelo. Todos los que escriben de su familia, hablan de su madre con ternura. San Agustín elogió tanto a la suya, que la Iglesia la puso a su lado en los altares; Lamartine ha dicho tanto de su madre en sus *Confidencias*, que la naturaleza humana se ha enriquecido con uno de los más bellos tipos de mujer que ha conocido la historia; mujer adorable por su fisonomía y dotada de un corazón que parece insondable abismo de bondad, de amor y de entusiasmo, sin dañar a las dotes de su inteligencia suprema que han engendrado el alma de Lamartine, aquel último vástago de la vieja sociedad aristocrática que se transforma bajo el ala materna para ser bien luego el ángel de paz que debía anunciar a la Europa inquieta el avenimiento de la república. Para los efectos del corazón no hay madre igual a aquella que nos ha cabido en suerte; pero cuando se ha leído páginas como las de Lamartine, no todas las madres se prestan a dejar en un libro esculpida su imagen. La mía, empero, Dios lo sabe, es digna de los honores de la apoteosis, y no hubiera escrito estas páginas, si no me diese para ello aliento el deseo de hacer en los últimos años de su trabajada vida, esta vindicación contra las injusticias de la suerte. ¡Pobre mi madre! En Nápoles, la noche que descendí del Vesubio, la fiebre de las emociones del día me daba pesadillas horribles, en lugar del sueño que mis agitados miembros reclamaban. Las llamaradas del volcán, la obscuridad del abismo que no debe ser obscuro, se mezclaban qué sé yo a qué absurdos de la imaginación aterrada, y al despertar de entre aquellos sueños que querían despedazarme, una idea sola quedaba tenaz, persistente como un hecho real: ¡mi madre había muerto! Escribí esa noche a mi familia, compré quince días después una misa de *requiem* en Roma, para que la cantasen en su honor las pensionistas de Santa Rosa, mis discípulas, e hice el voto y perseveré en él mientras estuve bajo la influencia de aquellas tristes ideas, de presentarme en mi patria un día, y decirle a Benavides, a Rosas, a todos mis verdugos: vosotros también habéis tenido madre, vengo a honrar la memoria de la mía; haced, pues, un paréntesis a las brutalidades de vuestra política, no manchéis un acto de piedad filial. Dejadme decir a todos quién era esta pobre mujer que ya no existe. Y, ¡vive Dios!, que lo hubiera cumplido, como he cumplido tantos otros buenos propósitos, y he de cumplir aún muchos más que me tengo hechos.



El amor maternal, según Sarmiento

Por fortuna, téngola aquí a mi lado, y ella me instruye de cosas de otros tiempos, ignoradas por mí, olvidadas de todos. A los setenta y seis años de edad, mi madre ha atravesado la cordillera de los Andes, para despedirse de su hijo, antes de descender a la tumba. Esto solo bastaría a dar una idea de la energía moral de su carácter. Cada familia es un poema, ha dicho Lamartine, y el de la mía es triste, luminoso y útil, como aquellos lejanos faroles de papel de las aldeas, que con su apagada luz enseñan, sin embargo, el camino a los que vagan por los campos. Mi madre, en su avanzada edad, conserva apenas rastros de una beldad severa y modesta. Su estatura elevada, sus formas acentuadas y huesosas, apareciendo muy marcados en su fisonomía los juanetes, señal de decisión y de energía, he aquí todo lo que de su exterior merece citarse, sino es su frente llena de desigualdades protuberantes, como es raro en su sexo.

▼ DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO ▼

DIBUJO DE ALICIA PEREZ PENALBA



Tipo A
Puerta de entrada. 51 m/m. de espesor:
220x080 $ 55.—
Tipo B
Puerta vidriera, 51 m/m. de espesor:
220x080 $ 35.—
Nº 22
Puerta vidriera, 38 m/m. de espesor:
220x073 $ 34.—
240x073 „ 35.—
Presente!
Durante más de medio siglo, PINI ha estado siempre presente en el día de la Patria con la satisfacción de contarse entre los que trabajan incesantemente por su prosperidad industrial y su grandeza.
Y durante más de medio siglo, las puertas y ventanas de PINI, cerradas, han protegido el descanso, la vida y la propiedad de los hogares argentinos, abriéndose siempre presurosas al llamado del amigo o del necesitado, como un símbolo de la tradicional hospitalidad de nuestra tierra.
Fíjese bien que todos nuestros precios incluyen los postigos.
Carpintería en cedros del Pacífico, con marcos de pino tea, umbrales de algarrobo y herrajes completos.
Nº 25
Puerta interior 38 m/m. espesor de pino spruce:
200x065 $ 25
220x073 „ 26
240x073 „ 27
260x073 „ 28
280x073 „ 29
Nº 37
Ventana 38 m/m. espesor:
120x075 . . $ 24.—
130x075 . . „ 25.—
140x080 . . „ 26.—
150x080 . . „ 27.—
Nº 21
PUERTA VIDRIERA
construída en cedro 38 m/m. de espesor, del Pacífico, con postigos de pino, marco pino tea, umbral de algarrobo y herrajes completos. En cualquiera de estas medidas:
260x110
280x110
300x110
$ 40
CELOSIAS DE HIERRO
Para puertas y ventanas de las siguientes medidas de luz
090x055 (2 hojas) $ 12.-
130x055 „ „ „ 13.-
120x075 3 „ „ 16.-
130x075 „ „ „ 17.-
140x080 „ „ „ 18.-
150x080 „ „ „ 19.-
160x075 „ „ „ 13.-
180x080 „ „ „ 20.-
200x073 „ „ „ 21.-
220x073 „ „ „ 22.-
240x073 „ „ „ 23.-
120x155 6 „ „ 26.-
130x155 (6 hojas) $ 26.—
140x160 „ „ „ 31.—
150x160 „ „ „ 33.—
150x095 4 „ „ 23.—
180x100 „ „ „ 24.—
200x100 „ „ „ 28.40
220x110 „ „ „ 30.30
210x110 „ „ „ 33.30
260x110 „ „ „ 36.—
280x110 „ „ „ 38.70
300x110 „ „ „ 41.40
320x110 „ „ „ 44.—
Otras medidas las construímos a pedido.
Construcción sólida. Terminación Perfecta.
AQUILES Y JULIO
PINI
RIVADAVIA 3201 BUENOS AIRES
Señores AQUILES y JULIO PINI.
Rivadavia 3201, Buenos Aires.
Sírvanse enviarme GRATIS el nuevo Catálogo ilustrado para 1933.
Nombre . . . .
Dirección . . . .

La Biblioteca Nacional

El presbítero doctor don José María Terrero fué nombrado director de la Biblioteca el 14 de noviembre de 1833, en reemplazo del renunciante don Ignacio Grela. Nacido en Buenos Aires en 1787, fué alumno y profesor en el colegio de San Carlos. Es conocida la decadencia de dicho colegio durante las invasiones inglesas y los años inquietos de la Revolución; los estudios públicos casi no existían "porque la juventud era atraída por el brillo de las armas". Al fin, el edificio fué destinado para cuartel, y allí mismo tuvo lugar la famosa sublevación de los "Patricios". Un decreto del 15 de junio de 1818, dictado por el director Pueyrredón, lo restableció con el nombre de "Colegio de la Unión del Sud". Fué su primer vicedirector el doctor Terrero, en quien concurrían, según expresiones de dicho decreto, "todas las circunstancias de probidad, discreción y experiencia que son tan necesarias para este empleo". Transcurriendo los años, fué sucesivamente cura de una de las parroquias de Buenos Aires, vicario capitular de este obispado y canónigo de la Catedral. Nadie extrañará que ocupase un asiento de representante durante el gobierno de Rosas, conociendo las afinidades de su familia con la del Restaurador; pero, era justo mostrar que tuvo otros títulos al aprecio de sus compatricios.


Paul Groussac.

Durante la dirección del canónigo Terrero, informó acerca del estado de la Biblioteca una comisión compuesta de los señores Valentín Alsina, León Benegas y Octavio Mossotti. Comprobaba dicho informe el estado decadente de la institución, desde la dirección de don Manuel Moreno: se calculaba en más de dos mil el número de volúmenes desaparecidos desde 1823, "atento el escaso número de los que en este intervalo han entrado"; por otra parte, la ausencia de índices imposibilitaba todo cómputo exacto, al par que reducía notablemente los servicios que tal "hacinamiento confuso de obras" podría prestar. Aconsejaba la comisión, entre otras medidas plausibles, la formación de un "gran catálogo general biográfico" sobre la base de una "exacta clasificación de los conocimientos humanos", cuyo cuadro acompañaba; y opinaba que, hasta concluir esta operación, se clausurase el establecimiento. El gobierno lo aprobó todo; felizmente no se cumplió la última disposición, que habría mantenido cerrada la casa hasta nuestro tiempo.

PAUL GROUSSAC

Ni la silueta fina, ni el decoro de una "toilette", valen la frescura y el aire de bienestar

que le brindan estas dos cremas



Hoy mismo, después de la tarea diaria, ensaye el sistema de belleza infalible, que le aseguran las dos cremas Pond.

Como *garantía absoluta y desinteresada*, suministramos a usted una muestra GRATIS de cada Crema Pond. En 3 días, en 3 noches, su cutis se habrá transformado y presentará ese aspecto de "terciopelo" sano y fresco, tan codiciado por todas las mujeres, desde la dama aristocrática, atareada de placeres sociales.

TODOS LOS DIAS

Extienda abundantemente la Crema Pond C. (Cold Cream) sobre el rostro, la nuca y los hombros.

Antes de acostarse repita este importante tratamiento, para quitar la acumulación de substancias extrañas que le obstruyen los poros.

Limpie frotando con la Cutiasea Pond que es muy suave y absorbente, o bien con un trozo de algodón. Aplique el Cutitónico y palmee la piel ligeramente. Esto quita el brillo y cierra los poros.

Antes de empolvarse, repase suavemente su cutis con la Crema Pond V. (Vanishing Cream) para dar mayor tersura y suavidad y para que los polvos se adhieran por más tiempo.

OFERTA ESPECIAL

Dos tubos de cremas Pond's, que alcanzan para un tratamiento de 15 días. Adjunte 60 ctvs. en estampillas.

Pond's

Sres. Pond's Extract Company

Monroe 5002 - Buenos Aires

Sírvanse mandarme los dos tubos de Cremas Pond's para un tratamiento de 15 días. Adjunto 60 ctvs. en estampillas. OSS-CC 6-7-33

NOMBRE ....

DIRECCION ....

AVTO - MOTO - CICLISMO

Por PEDRO FIORI

Líneas aerodinámicas

Una fotografía curiosa es, sin duda, la que sacó un "camareman", antes que comenzara la clásica carrera de las 500 millas en Indianápolis. Hizo colocar juntos un regio coche Silver Arrow — un subproducto de la Pierce Arrow, y ambas a su vez dependientes de la corporación Studebaker — al coche de carrera de Tony Gulotta, que era uno de los "ases" del equipo Studebaker en aquella memorable carrera que ganó Luis Meyer. Las avanzadas líneas aerodinámicas del Silver Arrow, formaban un solo conjunto con las líneas superaerodinámicas del coche de carrera del popular Tony, que fué el mejor clasificado del equipo Studebaker en aquella clásica carrera.

Es tan avanzado el diseño de las carrocerías de estos coches, que bastará un detalle para convencerse de que la fabricación moderna corre rápidamente hacia la solución buscada desde hace años, para atacar el viento y facilitar la mayor velocidad de los automóviles de turismo. Este detalle es el siguiente: los guardabarros delanteros continúan la misma línea de la carrocería, mientras que los traseros sobresalen ligeramente de la misma y tapan por completo las ruedas traseras.

Parecerá una solución original, algo futurista, pero pensándolo bien no representa sino la continuación de los estudios que realizaron el malogrado Henry Segrave y Malcolm Campbell, para sus famosos coches de carrera.

Tanto en el "Flecha de Oro" de Segrave como en el "Pájaro Azul" de Malcolm Campbell, los guardabarros seguían la línea de la carrocería y tapaban por completo las ruedas traseras.

Estamos, pues, en pleno campo técnico y la acción del mismo se encamina hacia las enseñanzas que nos van dejando las carreras clásicas de automóviles.

Coches Ford de 150 kms.

Entre las muchas cosas que puede hacérsele a un coche Ford está también el reajuste general, tipo carrera. Desde luego que pocos coches aguantarían tantas pruebas como el Ford, porque es menester decir que sobre el motor de la popular marca todos intentan hacer algo. Hay quienes han abierto el block del motor para ver bien adentro y hacerle algo novedoso, otro que limó la tapa, la rebajó, aumentó la compresión, disminuyó otra cosa, en fin, hay también quien fué más allá, llevó la cilindrada a un 35 por ciento más de lo que es la real, y, por último, existen los que realmente saben sacar provecho de lo bueno de este popular motor. Así vemos cómo en Indianápolis había un Ford que se dió el lujo de andar a 180 kilómetros por hora, y que en la Argentina, hay tres o cuatro de estos cochecitos que están en los 150 kilómetros. Claro que tratándose de un Ford no se miró mucho, se puso una tapa "Record', se colocaron dos o tres carburadores Winfield, se aumentó la compresión, se colocó un magneto y de esta forma para llegar a 150 kilómetros de promedio hubo que dar un pequeño saltito. Lo dieron los buenos corredores como Pedrazzini, Lozano, Arauz, Maciel y últimamente Fernández con su triunfo en el "Premio Domingo Bucci", de 250 kilómetros, ¡que el Ford recorrió en dos horas!

Creo, francamente, que mucho más puede hacérsele al motor Ford. Por ejemplo, descartaría la aplicación de un compresor, porque el motor es en sí tal como viene de serie y está fabricado para buena cilindrada y es más fácil colocar carburadores especiales, aun cuando el mismo carburador del Ford de 8 cilindros es excelente para las carreras.

Lo que necesitamos es que un buen taller mecánico se dedique a preparar Fords de carrera, como se hace en Norteamérica, prescindiendo de si los certámenes motoristas puedan o no interesar a la fábrica o al señor Henry Ford.

¿Norton o Rudge?

En otros tiempos, comentábamos las luchas cerradas entre el equipo "verde" de Harley Davidson y el "rojo" de la Indian. Aquellas eran batallas campales. Arrojo, coraje, audacia. Huellas, nubes de tierra, barro, pantanos y lagunas eran los factores que se debían combatir... después venía el hombre, y con éste era fácil arreglar cuentas.

En estos tiempos, modernos, bellos — a pesar de la crisis — todo aquello ha desaparecido. Velocidad, arrojo y más velocidad. Los equipos tienen esa palabra como base de su cometido. Y lo cumplen muy bien. El verde y el rojo han sido sustituídos por el negro, el gris y el blanco. El primer color corresponde al equipo B. M. W., el segundo al equipo Rudge, el blanco a la Norton. Relegado a un tercer puesto el primer equipo, los "blancos" y los "grises", han batallado en el circuito de Rosario con un entusiasmo extraordinario. La Rudge — equipo muy bien presentado y disciplinado — ganó el Premio de Apertura con un promedio de casi 108 kilómetros por hora y un récord de vuelta de 116 kilómetros. La Rudge es una máquina de 350 centímetros cúbicos de cilindrada... y va corriendo a la par de las de fuerza libre, de otros tiempos, se entiende.

Se esperaba el duelo con la Raleigh de Dal Pastro, pero éste se reservaba para la otra prueba, el "Premio Pieralise", de 131 kilómetros. Otra batalla campal de equipos, otra vez Rudge y Norton, cin alternativas interesantes, promedio de 125 kilómetros por hora, mayores al que marcó el mismo ganador de prueba de automóviles. La Norton en punta, no parecía dispuesta a dejar el paso a nadie. Detrás dos Rudge, más allá una B. M. W., después las A. J. S.... Y la batalla se definía poco a poco, siempre a gran velocidad — un récord de vuelta de casi 128 kilómetros para la Norton, — otro de 127 para la Rudge: uno de 125 para la B. M. W.

Bella batalla. Lucha moderna. De nuestros tiempos. Esto es el motociclismo del día, el que conviene a nuestros aficionados, el que marca rumbos realmente nuevos. Pero queda pendiente una duda: ¿Norton o Rudge?...

Pedro Fiori

En la escarapela nacional hay una gran emoción de patria

▼ ▼

La reprimenda del gobierno al creador de la bandera. · Digna y apesadumbrada respuesta de Belgrano. · Gloriosa ejecutoria de las cintas celestes y blancas. · El símbolo de la libertad.

Por ADOLFO LANUS



"... Ha dispuesto este gobierno que sujetando V. S. sus conceptos a las miras que reglan las determinaciones con que él se conduce, haga pasar como *un rasgo de entusiasmo el suceso de la bandera blanca y celeste enarbolada, ocultándola disimuladamente* y substituyéndola por la que se le envía, que es la que hasta ahora se usa en esta Fortaleza y que hace el centro del Estado"...

Así rezaba la reprimenda que le valió a Belgrano la inspiración de izar en lo alto de las baterías de su campamento, próximo a las barrancas de Rosario, el 27 de febrero de 1812, la bandera blanca y celeste, que cuatro años después el congreso de Tucumán había de consagrar solemnemente como el emblema de la nueva y gloriosa nación.

Para reemplazar a aquella bandera de las barrancas del Paraná, el Triunvirato envióle a Belgrano, al mismo tiempo que la noticia con su reconvención, una con los colores reales que era la que hasta entonces flameaba en el territorio del Virreinato. Pero la misma autoridad, por sugestión del propio vencedor de Tucumán y Salta, el 18 de febrero de 1812, nueve días antes de que fuera enarbolada la bandera, había adoptado la escarapela que los soldados debían usar para que nadie "equivocara nuestras fuerzas con la de nuestros enemigos". El decreto respectivo establecía que "la escarapela nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata sería desde entonces de color blanco y azul celeste".

EL JURAMENTO DE JUJUY

La reprimenda del Triunvirato no llegó a conocimiento de Belgrano sino después que el general encabezó por segunda vez la bandera nacional, en la ciudad de Jujuy, para celebrar el segundo aniversario de la Revolución de Mayo y hacer desfilar frente a ella las fuerzas patriotas que pronunciaron en aquella ocasión el primer juramento militar de fidelidad. "El 25 de mayo — decía la proclama dirigida a los soldados — será siempre memorable en los anales de nuestra historia y vosotros tendréis un motivo más para recordarlo cuando en él, por primera vez, veis la Bandera Nacional en mis manos, que ya os distingue de las demás naciones del globo"...

El gobierno consideró aquel juramento de la bandera que había ordenado "ocultar disimuladamente", como un acto de rebeldía de Belgrano y lo llamó severamente al orden. De la impresión causada por el episodio en el espíritu del esclarecido patriota, dan idea estos párrafos de su digna respuesta:

"Vengo a estos puntos (el norte de la República); ignoro aquella determinación (refiríase a la comunicación enviada a Rosario), los encuentro fríos, indiferentes y tal vez enemigos; tengo la ocasión del 25 de mayo y dispongo de Bandera para acalorarlos y entusiasmarlos y *¿habré por esto cometido un delito?*

En seguida, con evidente pesadumbre añadía: "*La bandera la he recogido y la desharé para que no haya ni siquiera memoria de ella*"...

Pero la bandera quedó consagrada como emblema argentino y: "La gloria de Jujuy — dice el archivo capitular de aquella provincia — es haberla jurado antes que ciudad alguna, con todas sus clases sociales: clero, milicia, pueblo, unidos en denodado consorcio, frente a un ejército enemigo; y go; y en haberla jurado como *símbolo de la nacio-*

GLORIOSA EJECUTORIA

Entre los patriotas congregados en la plaza de la Victoria, French y Berutti repartieron en la mañana del 25 de mayo de 1810, cintas celestes y blancas, destinadas a constituir la insignia de los soldados de la jornada emancipadora.

French y Berutti — apréndese en la Escuela cuando el espíritu comienza a admirar la gloria de la Revolución que abrió nuevos horizontes a los hombres de todo el mundo — formaron con cintas celestes y cintas blancas, escarapelas que fueron prendiendo con alarde de visionarios sobre el pecho de los nativos reunidos frente al Cabildo, a impulsos del incontenible anhelo democrático de ser libres.

Aquellos colores tenían ya una ejecutoria gloriosa. Cintas celestes y blancas lucieron en los uniformes de los soldados del Regimiento de Patricios, comandado por Saavedra, que había de ser más tarde presidente de la Primera Junta y entre cuyos oficiales figuró Manuel Belgrano, vocal de

la junta que presidió Saavedra y creador de la Bandera Argentina.

La resistencia heroica contra las invasiones inglesas vinculó los colores blanco y celeste a la primera revelación consciente y positiva de la capacidad popular y en la mente de los nativos fué la escarapela distribuída por French y Berutti, aquella mañana de mayo, como una afirmación luminosa de libertad.

En la voluntad de emanciparse quedó fijado el destino de nuestra nacionalidad, simbolizada en el lazo victorioso desde ese instante.

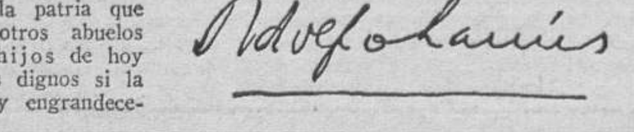
LA EMOCION DE PATRIA

Fluye del panorama histórico en estos días dedicados al recuerdo del esfuerzo realizado cien años atrás, en horas inciertas, de luchas incesantes y generosos sacrificios, una inmensa emoción de patria. Es la realidad y la experiencia de nuestra vida de pueblo libre, proclamada por el ejercicio indiscutido de todos los derechos al amparo de las instituciones republicanas más acordes con la elevación espiritual del hombre, instituciones fundadas en la aplicación de los principios igualitarios de la democracia, susceptible de perfeccionarse, pero contra las cuales han de resultar vanas todas las tentativas porque constituyen la creencia misma de la nacionalidad, de la cual es símbolo preclaro la bandera.

Cuando el niño engalana en estos días su delantal de escolar con la escarapela, estimulado por el ejemplo de su maestro, hay una proyección de patria hacia el porvenir. Cuando el abuelo de mano temblorosa coloca en la solapa del abrigo invernal la escarapela, hay una reverencia a la patria que cimentaron otros abuelos y que los hijos de hoy sólo seremos dignos si la afianzamos y engrandecemos para que la proyección alentada por el niño no se esfume en renunciamientos futuros.

Así la conciben los extranjeros — los hombres del mundo de buena voluntad, que a los otros no les dispensamos el honor de nuestro recuerdo en esta ocasión — cuando aúnan su esfuerzo al de los argentinos para hacer más firmes y más altivos los pechos dispuestos a enorgullecerse con el emblema de la soberanía nacional.

Porque "la bandera — dijo un esclarecido maestro de periodistas — símbolo de esfuerzos hechos y venerados por muchas generaciones es, en realidad, la única insignia que lleva el secreto del entusiasmo y el caudal de honor de la Nación. Entre sus pliegues caben todos los ideales y ante sus colores las indiferencias se transforman en fuego fecundador de heroicidades. La bandera, aparte de simbolizar los esfuerzos consumados, es el principio de la unidad, la base de los progresos colectivos y la historia nacional, porque la historia en sus diversas y múltiples fases bifurca en la insignia sagrada las satisfacciones morales y materiales de la sociedad que la sostiene".



Nuevos rumbos humanos

En todos los pueblos civilizados, la caridad se ha organizado y, a más de los donativos espontáneos, una buena parte de la renta pública está destinada a la manutención y abrigo de los desheredados. Hace cien años, cada cama del hospital era, más que lecho, tumba de tres o más enfermos. Las gentes del campo esperaban como una bendición el retorno de la primavera, para alimentarse de las yerbas, a la de los animales que custodiaban. Las leyes penales, de una crueldad inexcusable, castigaban los delitos del proletario con más rigor que los crímenes del grande. Las jurisdicciones especiales eran la regla, y la justicia era un mito que la imaginación popular, sumida en la desesperanza, colocaba en el pasado. Hoy, es tal la condición material del obrero, del agricultor, del vago mismo, que habría sido un sueño ahora un siglo. Aquel obrero, que en su furia intuitiva arrojó al Ródano la máquina de tejer inventada por Jacquard, sin comprender que



Miguel Cané.

no hay ahorro de fuerza que no aproveche a la humanidad entera, fué el último representante de su tiempo. Con su grito de cólera se hundió para siempre la esclavitud del hombre y surgió el imperio de la ciencia sobre la naturaleza. La Revolución francesa, con sus declaraciones, sus derechos políticos, sus sacudimientos, sus grandezas y sus horrores, habría sido estéril para la humanidad, como lo fueron las de 1640 y 1688 de Inglaterra, si no hubiera precedido por pocos años aquel esfuerzo de la inteligencia humana que, con la física, la química y la mecánica, iba a transformar la faz del universo.

No es, pues, a las instituciones políticas que corresponde el honor del mejoramiento incontestable en las condiciones de la vida humana. La rapidez en el transporte de los cuerpos, en la transmisión de las ideas y de la palabra, no es mayor en Suiza que en Rusia; los descubrimientos de Claudio Bernard, de Chevreul y de Pasteur son la base de la industria así en Austria como en Bélgica. Bajo el punto de vista del bienestar humano, pues, ¿qué diferencia esencial hay entre los pueblos que gozan de instituciones democráticas, y aquellos que se mantienen aún bajo el régimen monárquico?

Por lo demás, la fuerza del sentimiento democrático no radica en su incorporación a las leyes positivas, sino en su mayor o menor difusión en un pueblo y en su imperio en las costumbres.

MIGUEL CANE

AGRICULTURA

MIENTRAS DISCUTEN...

Por HUGO MIATELLO

CONTINÚAN en Londres las discusiones entre los delegados de los grandes países productores y exportadores de trigo del mundo, Argentina, Canadá, Australia y Estados Unidos, respecto a los puntos que se consideran fundamentales para la solución del problema, esto es: eliminación del stock triguero, reducción del área cultivada y limitación de las exportaciones. Sobre estos puntos, nuestros delegados han formulado sus puntos de vista, ya conocidos.

Sobre el particular, hemos manifestado otras veces nuestra opinión y hemos examinado las dificultades que ofrece la realización del propósito de reducir el área destinada al cultivo triguero, que es la base fundamental, más fuerte y más sólida de nuestra producción cerealista, demostrando que nuestra organización agrícola, con su vasta extensión cultivable y su escasa población consumidora, asigna fatalmente a la Argentina, su rol de país exportador, siendo por lo tanto, difícil, si no imposible, transformar de un momento para otro, el plan de cultivo, de la explotación chacarera nacional, esto es, la fisonomía agrícola y productora del país, la que surge y deriva de sus condiciones naturales geográficas, agrológicas y sociales, y de todos modos cualquiera que fuera la resolución que tomara la Conferencia Económica Mundial, a la Argentina no le afectaría dada la época en que nos hallamos actualmente, ya que el chacarero, se encuentra en plena labor, que con su tranquilo y esforzado espíritu de resignación ha acometido, obligado por la fatal disyuntiva que tiene permanentemente planteada en su camino: o seguir adelante, o morir de hambre. Y ha iniciado su tarea entre las mil dificultades e incertidumbres que derivan de su pobreza, de su miseria y del panorama oscuro de su porvenir y así entretanto va sembrando, y día que pasa es una nueva y extensa parcela de tierra que queda roturada, rastreada y sembrada con trigo principalmente y en segundo y último término, con avena, cebada y centeno, que son los cereales llamados de semilla fina a sembrarse en la presente estación, hasta llegar a su máximo posible, a todo lo que le consientan sus fuerzas, su aliento y los medios de que escasamente disponga, sin sujetarse por cierto a los dictámenes de las conferencias que inician, interrumpen y prosiguen los directores del mundo.

El problema nuestro, por ahora planteado ya por las condiciones y circunstancias en que se encuentra la industria agrícola, concretado y formalizado, consiste en reducir el precio de costo del cereal, lo que únicamente podrá conseguirse con el empleo de selecta semilla de pedigree que asegure elevados rendimientos y con la aplicación de una buena técnica cultural que coopere y concurra a los mismos resultados.

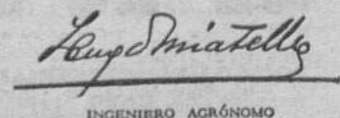


Mientras discuten su porvenir, el buen chacarero, en la Argentina, ha iniciado su tarea entre mil dificultades e incertidumbres.

Por lo pronto, el chacarero se encuentra con una dificultad que si es usual, en condiciones normales, resulta acentuada y abultada este año y es la invasión de malezas que ensucian las chacras, a causa del abandono en que han estado muchas de ellas, por la tentativa de huelga habida en estos últimos meses y que ha impedido la roturación de los rastrojos inmediatamente de levantarse la cosecha. Por tal circunstancia, el terreno se encuentra cubierto de malezas altas y tupidas que obstaculizan la marcha del arado e impiden el buen trabajo, por lo cual la tierra no queda bien triturada, los terrones no deshechos, y los yuyos no bien enterrados.

Para sortear esta dificultad o atenuar, por lo menos, sus consecuencias, pensamos que será recomendable la práctica de limpiar la semilla antes de sembrarla, pasándola por la máquina limpiadora y clasificadora, utilizando las que las empresas ferroviarias hacen recorrer todos los años en sus líneas y que prestan servicios gratuitos para los agricultores, las que, como es sabido, no solamente separan y eliminan las semillas extrañas de malezas, sino que también clasifican los granos según su tamaño y estado.

Pero no termina con esto el programa de un buen cultivo para obtener elevado rendimiento que disminuyen el precio de costo del quintal de trigo; no debe descuidar el chacarero la curación de la semilla para evitar la caries y el carbón volador; efectuar la siembra temprano, cuanto más pueda y a la profundidad necesaria y pasar el rodillo después de la misma. Con esto y la ley de crédito agrario, que ya tenemos y las demás en gestación, es decir, la ley de granos y elevadores y la de colonización, la rebaja de los arrendamientos, la moratoria de las deudas agrícolas, la reducción de tarifas ferroviarias y otras más, con todo esto, decimos, podrá el buen chacarero, seguir adelante en el surco abierto, mirar de frente el sol que le alumbra el camino y esperar tranquilo épocas mejores que traerán nuevo bienestar y su redención económica y social.



INGENIERO AGRÓNOMO

La industria prehitórica

En su obra "Los primitivos habitantes del delta del Paraná", dice el doctor Luis María Torres:

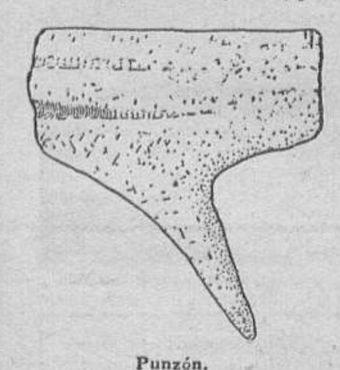
"Como ya se ha podido observar, el punzón de hueso es el tipo de instrumento más común en los yacimientos del Delta. Los que en estúmulo he encontrado son de tipo distinto pero se adaptan muy bien al destino que supone la extremidad aguzada, y que sobre todo en el arreglo de las pieles para el vestido habrán tenido su aplicación constante.

"El de la figura se adapta perfectamente a la mano, y su extremidad, si no muy fina, puede emplearse con el objeto de agujerear cueros; el otro ejemplar es de los más comunes, la extremidad de un hueso largo, probablemente de ciervo, con algunas cortaduras longitudinales y un pequeño trabajo de frotación, de manera que presenta un aspecto cilíndrico.

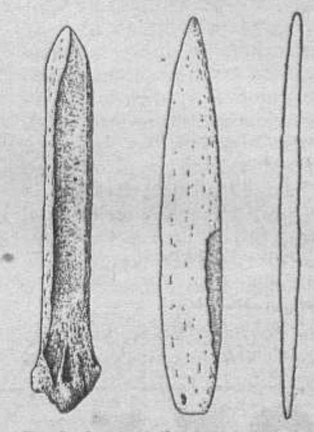
El ejemplar que reproduzco se ha obtenido con la parte más gruesa y consistente de un asta de ciervo, a la que se ha cortado perfectamente y, sobre todo, de manera que no ha sido fácil adaptar el instrumento a la mano, en condiciones inmejorables para el movimiento giratorio y para ejercer una mayor presión. El punzón lo constituye una de las pequeñas ramas nacientes de la cornamenta. No he encontrado entre el instrumental de hueso descripto, como proveniente de las regiones colindantes a la que estudio, ejemplar análogo, lo que por otra parte será fácil que suceda cuando se verifiquen exploraciones metódicas o se continúen las que he iniciado en las islas del Delta.

"*Espátula.* — La forma de estos objetos puede atribuirse a la de una espátula, pero en cuanto a su destino útil especial, no puedo explicármelo. Por otra parte, sabido es que la aplicación de las distintas producciones de la industria indígena era varia, no exclusiva, como puede imaginarse; debido, incuestionablemente, a la falta de recursos y a la escasa energía para producir o adaptar lo que la naturaleza ofrecía.

"Los pueblos salvajes que han vivido de la pesca y caza, y en lucha menos constante con los elementos naturales, son de inferior categoría intelectual.



Punzón.



Espátula y útiles para coser.

El ganado vacuno colonial

El historiador Levillier, en el prólogo de su libro "Nueva Crónica del Tucumán", refiriéndose a la incorporación de la comarca de Tucumán, juries, diaguitas y comechigones, al Virreinato del Perú, en 1543, dice haber recibido desde los primeros, grandes deneficios de Chile: la introducción de los primeros reproductores vacunos, caballares y lanares, iniciada como industria por Francisco de Aguirre desde Coquimbo y Copiapó, conjuntamente con el obsequio de semillas de vid, algodón, higueras, árboles frutales de Castilla, armas y alimentos.

Es indudable que esa procedencia ha tenido el ganado vacuno colonial argentino de las provincias del norte principalmente. Abundan las informaciones históricas sobre arreo de haciendas norteñas a la costa del Paraná y orillas del Plata.

En el año 1574, ya fundada Santa Fe, Garay comisiona a Juan de Espinosa a traer ganado de Santiago y Córdoba para aumentar el stock ya existente, quien cumple su cometido, según declaración del mismo oficial.

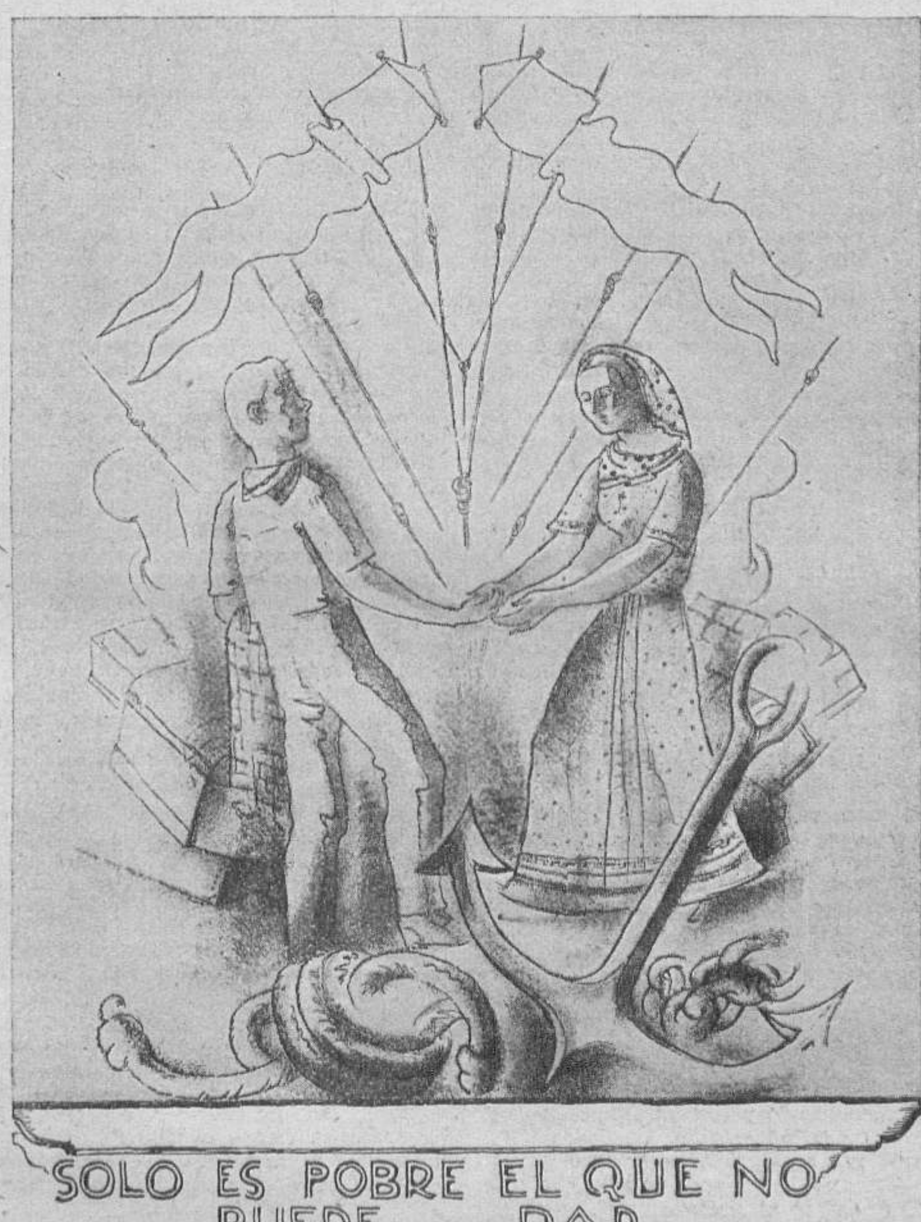
Juan de Garay, en 1576, al seguir viaje al Perú, con motivo del fallecimiento de Ortiz de Zárate, remite desde Santiago varias partidas de vacas, según la carta del gobernador Abreu al virrey Toledo. Posteriormente, según Coni, existen referencias de que Córdoba continuó, por cierto, proveyendo de ganado a Santa Fe.

Fundado Buenos Aires, poco tiempo después se traían partidas de vacas de Córdoba, y el escaso rodeo porteño se fué acrecentando con remesas de ganado procedente de esa provincia.

Por documentación existente, se establece que en 1583, Rodrigo Ortiz de Zárate descubre un camino directo de Buenos Aires a Córdoba y a su regreso trae ganado vacuno y lanares.



Ganado vacuno colonial del Río de la Plata.



SOLO ES POBRE EL QUE NO PUEDE DAR

Por ENZO ALOISI

Con su ronca voz de chantre la sirena del transatlántico volcó un raudal de emoción sobre los impacientes. Apiñados a proa, inquietos, acicateados por la curiosidad, concentraban sus miradas sobre la línea imprecisa de la ciudad, disuelta en el polvo de oro de la tarde. A la ansiedad de llegar se sumaba en ellos el miedo de penetrar en lo desconocido.

—"¡Zwei Stunden!" — rectificó malhumorado un marinero al pasar junto a un grupo de mujeres polacas que discutían acerca de cuanto echaría el barco para ir de la rada al puerto.

Peter Stulsky, acodado sobre la borda, también fija la mirada en el borroso perfil de la ciudad soñada y temida, experimentaba la sensación de hallarse más solo que nunca al finalizar ese viaje durante el cual no había hallado amigos ni camaradas. Sin embargo, ahí estaba María, que desde un remate de la obra muerta, donde se había encaramado con su hermanita enferma, parecía no tener prisa por llegar y buscaba su mirada para sonreirle.

Pero él no veía nada, sino la línea aurea y brumosa de Buenos Aires, en que ya empezaban a cobrar volumen los edificios de primer plano.

Ya desembarcaban los primeros.

—¿No ha descubierto todavía a su primo? — le preguntó María tocándole apenas en el hombro.

—¡No! ¡Hay demasiada gente! — contestó Pedro poniendo un tono de benevolencia en su voz áspera. Y siguió escudriñando la muche-

dumbre abigarrada y rumorosa que desde el muelle agitaba sombreros y pañuelos.

—Nosotras bajamos ya — continuó María. — Adiós, Peter; ¡buena suerte!

—Adiós, María, y gracias. La compañía de ustedes me ha hecho parecer menos odioso este viaje.

—Hasta pronto, Pedro — dijo esta vez en castellano la mujer.

—"¡Prondo!" — guturó él, que de ese idioma sólo sabía las pocas palabras que ella misma le había enseñado: — "¡Prondo!" "¡Adios!"

Pero María no parecía dispuesta a marcharse. De estar menos preocupado, menos inquieto él también, Pedro habría advertido en los ojos de la muchacha una turbación y una sombra de tristeza. Tras un largo silencio embarazoso, ella dijo con visible esfuerzo:

—¿No quiere, Pedro, que volvamos a vernos... aquí... en esta tierra en que aun no sabemos cómo nos tratará la suerte?

—Sí, sí, María; nos veremos.

—Y bueno. Ahí tiene, entonces, mi dirección. Venga cuando quiera. Es casa de amigos.

Sin mirar el papelito que ella le alargaba, Pedro repitió con voz opaca, vagamente:

—"¡Bueno; sí, sí; prondo!"

Las vió alejarse, pero a los pocos pasos volvió junto a él la enfermita, se empinó cuanto pudo sobre los pies, lo obligó a bajar un poco la cabeza y le dijo al oído:

—No deje de venir Pedro. ¡Yo lo quiero mucho!... y María también lo quiere... — y escapó, sin esperar respuesta, a reunirse con su hermana que ya había desaparecido.

María Kienewa, la compañera de viaje, lituana como él, como él arrojada por la miseria de sus ásperas tierras infecundas, como él atada por mil recuerdos penosos — y por penosos más recios, más inquebrantables — al terruño que habían de añorar desde el instante mismo en que lo dejaron a sus espaldas... ¡María Kienewa; ¡pobre amiga buena!

Pero a Pedro le urgía ahora enderezar su vida. Sabía vagamente, pero de un modo imperativo, que le aguardaba aquí una dura disciplina de trabajo, de esfuerzo para orientarse y se repetía que una mujer... una mujer que dice adiós tartamudeando y con un asomo de llanto en la voz..., es un estorbo.

Recordaba la ambigua admonición de su vieja tía: — "La mujer siempre es útil al hombre; pero "después" lo es siempre más".

Y ese impreciso "después" colocábalo él tan lejos en el tiempo, que el papelito de María, hecho una bolita, fué a parar al río.

El hombre volvió entonces ansioso a la búsqueda, contrariado por el tiempo perdido. En el muelle quedaba ahora poca gente. Una inextricable red de palabras, echadas a volar en idiomas y dialectos distintos, enlazaba el barco a la tierra.

Pedro vió de pronto a un hombre que parecía mirarle con fijeza... ¿Era Fedia?... Sí... Un poco cambiado, quizás; algo más grueso... Pero habían pasado tantos años... Y lo llamó a voz en cuello, haciendo seguir al diminutivo familiar el grito estrídulo y modulado con que solían reconocerse, cuando niños, en la espesura de los bosques de Kauna. Pero el otro le miró indiferente y siguió escrutando la borda con los ojos inquietos y la nariz al aire, hasta que, entre gritos y palmoteos acabó por descubrir, algo más lejos, a los que buscaba...

Pedro tuvo entonces la evidencia de que su primo no había venido a esperarlo y experimentó súbitamente un miedo indefinible, irreflexivo, que escalofriaba la parte baja de su vientre. Buenos Aires, convertida ahora en una mancha negra constelada de puntos luminosos, le pareció la boca de un enorme monstruo en la que debía aventurarse solo y desarmado.

Dos horas más tarde comprobaba que su primo no vivía ya en la casa de la calle Patagones, desde donde le había dirigido su última carta. Sin lograr hacerse entender por los vecinos, sin saber lo que podía haberle ocurrido a Fedia, desalentado, cansado, después de vagar sin orientación, llegó a una plaza que, a pesar de sus muchas luces y del incesante vaivén, alegre y rumoroso, de la gente, le pareció inhospitalaria y triste.

Más para ordenar sus pensamientos que para descansar de su fatiga, se sentó en un banco. El porvenir cerraba ante él con espesura impenetrable. Aunque no muy dado a fantasías, era hombre que necesitaba del puntal de una ilusión, de una esperanza, para no sentirse sin mañana, desplazado en el tiempo. De ahí que sus pensamientos se refugiaran en el pasado. Triste pasado, hecho de las horas trágicas de la guerra, en medio de cuyos horrores había iniciado su adolescencia precoz. Luego los años de miseria, vividos en los interminables inviernos de su aldea, o en las rudas faenas de la desecación de pantanos. Y por último, las luchas sangrientas en Vilna, en Memel, por el ideal heroico de la unidad nacional. Pero de todas esas evocaciones amargas, ninguna podía asociarse a la sensación de desamparo, de abandono frente a lo desconocido que experimentaba ahora, como el recuerdo de un día en que, siendo niño, se extravió en la niebla, lejos de su casa, y oyó el aullido de los lobos. Así como de absoluta soledad hostil, rodeado de profunda niebla, era el instante que ahora vivía. Y vino a su memoria la figura dulce de María, y se recriminó de la ligereza con que había desdeñado una compañía, una amistad, un amor, quizás, que podrían haber sido su consuelo de paria desterrado... Se apretó contra el pecho el raído saco de mano en que estaba todo su equipaje, su escaso puñado de dinero. Y para no dormirse, temiendo que pudieran robarle, echó de nuevo a andar, agobiado por el peso de esa carga que pesaba tan poco.

A la mañana siguiente, en una fonda de la zona portuaria donde pasara el resto de la noche, releyó la carta de Fedia, la que lo había decidido a partir. Una frase, sobre todas, se había grabado en su mente, después de haber tenido la virtud de vencer sus últimas vacilaciones: — "Buenos Aires es tan rica, que con sólo lo que aquí se tira y se desperdicia, podrían vivir con holgura cientos de nuestras aldeas" — Promesa que la fantasía del inmigrante había magnificado hasta hacer de ella la fuerza propulsora de su vacilante voluntad y que en aquella mañana radiante de sol, tras el sueño reparador y una más cauta reflexión, sirvió para echarlo a la calle, con fe, casi con alegría, a la búsqueda difícil del "qué hacer".

La ciudad entonaba con alegre rudeza la sinfonía del trabajo. Los hombres, urgidos por su afán de conquista, daban, aun los más misera-

bles, una impresión de sana energía, de vital dinamismo, que se tornaban comunicativos al ser valorados por la cavilosa curiosidad del inmigrante.

Divagó por las calles más diversas, por los barrios de aspecto más opuesto y su idea fija le hizo reparar en que, efectivamente, Buenos Aires tenía la esplendidez de los que pueden tirar, desperdiciar impunemente.

En medio de una calleja de escaso tráfico, Pedro se detuvo ante un hallazgo sugerente; un neumático, al parecer abandonado y ante el cual la gente pasaba sin hacer caso. Pedro no se podía convencer de que esa pieza, a la que asignaba algún valor, no despertaba la codicia de los transeúntes.

Largo rato pasó detenido en la acera, cavilando, hasta que dos niños de la vecindad se apoderaron, con gran júbilo, de ese arco improvisado. Pero su juego duró poco y al quedar de nuevo abandonada la goma, Pedro tuvo la evidencia de que eso no era de nadie, y se la llevó. Se la llevó más contento quizás que los chiquillos que la habían usado para sus juegos; se la llevó sin pensar si valdría poco o mucho, pero como un talismán, mejor aun, como una tangible afirmación de aquella promesa que lo había decidido a emigrar.

Ni cobarde, como en "su primera noche de América", ni optimista irreflexivo, como en su primera mañana, habría hallado aquel hombre su verdadera ruta. Pero un poco de aquel miedo y un mucho de esta fe ciega, hicieron que Pedro avanzara, dando tumbos, sorteando dificultades, templándose en las caídas, embriagándose en los pequeños éxitos, hacia su meta de inmigrante tesonero, voluntarioso, capaz de todos los esfuerzos y de todos los sacrificios. Y así resultó aleccionado, capacitado para el triunfo, antes de lo que podía esperar y acaso sin saber él mismo que ya lo estaba.

El viejo neumático, del que no había podido sacar un cobre, pendía de la pared de su cuartucho, donde los domingos se reunía con otros hombres de su tierra, como él empeñados en llegar a una meta lejana. Y a los menos aptos para esa conquista, Pedro solía infundirles fe repitiéndole la frase de Fedia, sin pararse a considerar que aquel trofeo sin valor que mostraba como un ejemplo, tenía cada vez menos fuerza de convicción. Pero Pedro sabía ya, aunque de una manera imprecisa, que el estímulo para la lucha podía partir de un hecho complicado y absurdo, como lo fuera para él la materialización de sus ilusiones en ese objeto sin valor.

No obstante, pasadas las horas en que gustábale mostrarse fuerte y resuelto ante los camaradas, llegaban para Pedro momentos de inquietud, hasta de desaliento. La lucha era ruda, difícil. Su pequeño comercio de residuos de latón sólo era posible a fuerza de empeño, de expedientes, de privaciones. ¡Y sus ahorros tan exiguos! Sobre todo cuando se detenía a recontar sus escasas economías, fruto de algo más de un año de trabajo, tenía la penosa certidumbre de estar muy pobre.

Una mañana se encontró con María. Vestía pobremente, estaba pálida y demacrada. En la comisura de sus labios un pliegue doloroso, que a veces él había advertido fugazmente, acentuaba ahora una sorda expresión de resignación y de desaliento. Al verlo, el rostro de la muchacha se había iluminado por una sonrisa, que al apagarse harto rápidamente, hacía parecer más triste su mueca de pobre mujer derrotada. Se detuvo, vaciló y echó de nuevo a andar. Pero Pedro se le plantó delante tendiéndole lealmente la mano, mirándola de frente, en los ojos, con una mirada afectuosa y abierta como ella nunca recibiera de aquel hombre...

Hablaron largamente. Ella hizo el relato sombrío y amargo, de sus días en esta tierra que no le había sido propicia.

—Ahora, sobre todo, con Lidka cada vez más enferma... en el hospital... y yo sin trabajo. Sin poderle llevar nada... Nada, ¿sabe, Pedro?... Porque los remedios que allí le dan, no podrán curarla... ¡y yo sé que no hay nada que hacerle!... Pero si yo pudiera llevarle... algo, algo para alegrarla... cualquier cosita... unos dulces...

Lloró al decir eso. Y se apoyó en él, agotada por el esfuerzo y la emoción. Pedro no había podido seguir siempre el hilo de su relato. Pensaba que, sin quererlo, sin advertirlo siquiera, en el tiempo transcurrido desde que se despidiera de la muchacha, su recuerdo había ido metiéndosele en el corazón y lo había llenado de una suave ternura desconocida para él. Sólo así podía explicarse la honda emoción experimentada al sentirla a su lado, recostada en él, como amparándose en él. Se lo dijo, sin que ninguna de sus palabras tradujese todavía el amor que las dictaba, pero poniendo en ellas tan simple ternura, que María no se sintió turbada, no advirtió siquiera que su amigo volvía a ella harto cambiado.

Convinieron en ir juntos al hospital y él llevó golosinas y una pequeña muñeca.

Cuando Pedro Stulsky volcó sobre la blanca camita del hospital su ofrenda, que la enfermita, palmoteando, riendo y llorando, no sabía cómo agradecer, una honda emoción se le subió en un temblor a los labios, en unas lágrimas a los ojos, y su rudeza de hombre que no quiere mostrarse conmovido, lo hizo volverse hacia uno de los ventanales abiertos, por donde se veía la extensión difusa de la ciudad, siempre un poco nimbada de neblina y de luz. ¡Era la ciudad de que le había hablado Fedia! Ahora lo sabía con certeza. Ahora que él también era rico, que podía dar, como no lo había podido nunca en su vida. Dar sin pena; dar sin miedo; seguro de su mañana, de su fuerza...

Y en ese afán de dar, que por primera vez le permitía no sentirse pobre, dió también todo su corazón, todo su amor, a la mujer que había de ser su compañera en la lucha por la conquista de un mañana mejor.



DIBUJOS DE GIGLI

ESCENAS ESPIRITUALES DE LA PASADA SOCIEDAD PORTEÑA

Semblanza del porteño antiguo ~ Un recibo en casa del doctor Valentín Alsina ~ Los remates de Florencio Madero ~ Un episodio de la vida de Miguelito Ocampo referido por el general Uriburu.

Por JUAN CRUZ OCAMPO



Juan Cruz Varela.



Guillermo Rawson.



Antonia Maza de Alsina.

Miguel Ocampo.



Juan María Gutierrez.

Valentín Alsina.



Semblanza del porteño antiguo

Gran señor, porteño antiguo, caballero andante con alma de Cyrano, las sombras han rodeado por completo tu trasnochada silueta y ya no dejan ver tus gestos galantes ni el donaire señoril que acusaba la hidalguía de tu alcurnia, cuando te envolvías en los pliegues de tu capa, para ocultarte, sentimental, de los indiscretos rayos de la luna... Ahora que un falso progreso cubre la disolución de todo lo que fué espiritual y antes que la sociedad moderna te considere un extraño en tu propio solar, quiero evocar por medio de anécdotas y relatos el ingenio de tu carácter en diversos aspectos, que demuestran la imaginación integral que dió expresión y palabra a tu arrogante aristocracia.

Un recibo en casa del doctor Valentín Alsina

Terminado el ciclo heroico con la caída de Rosas, volvió a restablecerse más brillante que nunca el movimiento social, descorriéronse cerrojos y desaparecieron las vigas de fierro que habían mantenido cerradas las puertas y ventanas contra el terror y la intriga. La casa patricia del doctor Valentín Alsina y su abnegada compañera, doña Antonia Maza, que, debido a un rasgo de heroína, logró arrebatar a su esposo de una prisión y muerte segura, impuesta por el tirano, reabría sus hospitalarios salones de la calle Potosí (hoy Alsina) con una comida, seguida de tertulia, en honor del doctor Juan María Gutiérrez, por haber devuelto en un bello gesto de probidad literaria, el diploma de Miembro Correspondiente que le había discernido la Real Academia Española, porque disentía en doctrina con esa entidad.

El doctor Alsina, que siempre tuvo en su vida política y profesional una conducta moral semejante, no podía permitir que la actitud de su esclarecido amigo pasase inadvertida, y así fué que esa noche su mesa se vió, como nunca, engalanada con bulliciosas damas, que avivaban la intelectualidad y cortesía de los caballeros que les había tocado por compañeros, los que siempre se elegían de acuerdo con recíprocas simpatías. La mesa de esa gran casa de antaño no podía ser más sencilla. Estaba puesta con un modesto mantel blanco y en el centro un jarrón conteniendo profusión de flores cultivadas en sus mismos patios; dos candelabros de plata prestaban al ambiente la luz rutilante de sus velas, animando los rostros de estampa, que hemos conocido en daguerrotipos de la época, de esas mujercitas finas, de cinturas sutiles y anchos polisones, peinadas con bucles ensortijados, que caían embelleciendo sus cuellos desnudos. Una de ellas, que estaba en un ángulo de la mesa, había despertado en el poeta Juan Cruz Varela, que le había tocado de compañero, un vivo sentimiento, que tenía mucho parecido con el amor. Por una rara coincidencia, a otro poeta, que estaba sentado frente a ellos, parece que también la angelical belleza de esa misma niña le había perturbado su musa soñadora. Encarándose con su rival, le reprochó en improvisados versos una actitud suya, que se había comentado en una tertulia anterior. La conversación entusiasta de los demás comensales, que festejaban las chispeantes ocurrencias de don Matías Ramos Mejía, contradiciendo las opiniones del sabio médico doctor Juan José Montes de Oca, y que azuzaban los jóvenes Guillermo Rawson y Adolfo Alsina, hijo de los dueños de casa, hicieron que no se oyera con nitidez la insidiosa estrofa del poeta, pero al ver el rostro de la hermosa niña cubierto de rubor, empezaron los más indiscretos a pedir que se repitieran los versos, a lo que siguió un clamoreo general. En vista de que era imposible contener la curiosidad de los presentes, el poeta se vió obligado a repetir sus versos, que decían así:

"El primer beso a la modestia hurtado
el primer nudo del pudor desata,
y arrancada a la flor la primer hoja,
un hálito del aire la deshoja."

Acallados los aplausos con que celebraron la intencionada composición, se puso de pie Juan Cruz Varela, quien, fijando su mirada amorosamente en el bello rostro que había provocado tan inspirado lance poético, contestó con la siguiente improvisación, que encierra todo un alegato caballeresco y romántico:

"El primer beso a la mujer amada
Es primer eslabón que al amor se ata,
Y una flor en capullo abriendo una hoja
Da comienzo a su abrir; no se deshoja."

Los remates de Florencio Madero

El humorismo de Florencio Madero le había creado una gran popularidad, hasta el extremo de que uno de los principales rematadores de entonces, que tenía ubicado su salón de ventas en la calle Florida, le ofreció el puesto de martillero en unas condiciones que no podían ser más ventajosas. Su designación fué todo un acierto comercial. Todos los artículos que se proponía vender los conseguía con una seguridad milagrosa. Sólo se le resistió a su hilarante martillo, un lote de frazadas, que hubo que retirar varias veces, por falta de interesados, y esto lo tenía algo preocupado. Una tarde, que estaba rematando objetos de arte, vió entrar en el salón a una pareja de provincianos. Bruscamente suspendió la venta que estaba efectuando y dirigiéndose al encargado de enseñar los objetos le dijo: Ponga inmediatamente las frazadas a la vista del público. Como el dependiente quisiera hacerle cierta observación, él, por toda contestación, le volvió a repetir imperativamente la orden y comenzó a hacer un ampuloso exordio sobre la bondad de ese artículo. La pareja de provincianos se le fué aproximando poco a poco con creciente interés, al tenerlos casi a su lado les dijo: "Háganme el obsequio de observar la calidad del tejido de esas frazadas". La señora asintió tímidamente con la cabeza, pero él volvió a llevarle otra arremetida, diciéndole: "Señora, compruebe con sus propias manos la consistencia de estas frazadas". — Sí, ya veo — repuso la señora. — Comprendiendo que su adquisición ya era cuestión de minutos agregó: "Fíjese, señora, que si por casualidad una pulga se introduce en el tejido de estas frazadas, usted no la saca ni con palabra de casamiento."

Después del remate, como era su costumbre habitual, Florencio Madero se dirigía a la confitería del Globo, situada en la calle Florida esquina Lavalle. Allí, en rueda de amigos, hacía gala de chistes y cuentos, que luego se esparcían por la ciudad, llevando a todas partes su buen humor. Una tarde, Madero encontró tomando té a don Santiago Calzadilla, autor de "Las beldades de mi tiempo", a quien en esos días el gobierno había designado jefe de presos políticos. Madero, alargándole la mano, le dijo: "No debía saludarte: estoy muy resentido con tu conducta, que ni siquiera me has contestado sobre la libertad de un preso que está a tus órdenes."



Matías Ramos Mejía.



Adolfo Alsina.

Florencio Madero.



Diego Lamas.



Juan José Montes de Oca.



José F. Uriburu.



— No te apresures a juzgarme mal — le respondió Calzadilla, — tu recomendado es el único preso que tengo, si lo pongo en libertad son capaces de suprimirme el puesto, que casi me he vuelto loco para conseguirlo. Espérate que caiga otro en la trampa y ya verás si soy gaucho con mis amigos.

Un episodio de la vida de Miguelito Ocampo, referido por el general Uriburu

MIGUELITO Ocampo era un muchacho porteño, maravillosamente dotado, que no alcanzó el éxito porque no pudo o no quiso dominar el desorden interior de su temperamento. Su nombre simboliza la gracia, la simpatía y el patriotismo de su generación. Su vida fué breve. Si hubiese tenido menos talento, posiblemente no habría derrochado tanto su existencia. Impulsado por su ardiente juventud se lanzó ávidamente a través de todas las pasiones de su espíritu. A la vida no le pidió más que horas alegres para explayarse y en los pocos instantes de sosiego, vertió al papel escenas saturadas de comicidad. Sus risueñas observaciones sirvieron para iniciar el arte nacional de nuestro teatro. Su sainete "De paso por aquí", estrenado en el teatro Variedades (hoy Odeón) por Rogelio Juárez, el año 89, es el primer chispazo criollo que iluminó con los colores nativos de las cosas argentinas la escena en auge del género chico español. Como no existía hasta entonces ningún conjunto local, su segunda obra, titulada "A las 10 en punto", con música de Hilarión Moreno (Ramenti), fué el atractivo con que anunció su debut en el teatro de la Zarzuela (hoy Argentino) la compañía de Enrique Gil y de Merceditas Aranaz. Su estreno constituyó un triunfo de su ingenio. Sus cantos y coplas se hicieron muy populares, no había organito callejero que no las hiciese oír en su repertorio. Sus aventuras juveniles son dignas de escribirse, por su encantadora espiritualidad. Si este irónico y burlesco muchacho hubiese nacido en las épocas de Murger, habría sido, sin duda, el jefe de esa banda formada por Marcelo, Schaunard, Colline, Barbemuche y Nerval, en sus parrandas y locuras. En una ocasión en que sus finanzas andaban muy escasas, se le ocurrió, como medio de solución, fundar un periódico, que lo bautizó con el nombre de "El Pollo", cuya finalidad consistiría en defender los intereses de los puesteros del mercado, almaceneros, dueños de restaurantes y demás afines. Su idea tuvo la mejor acogida entre los comerciantes de esos gremios: la mayoría de ellos se apresuraron a tomar subscripciones adelantadas y espacios de avisos. Pero el tiempo empezó a correr inexorable y el periódico no se veía en la circulación. Los interesados resolvieron designar una delegación, para obtener del director una respuesta definitiva. Miguelito los recibió con toda gentileza, y después de escucharlos atentamente, revistiéndose de un aire melancólico, les dijo: "Señores, soy el primero en lamentarlo, yo más que nadie, porque tenía puestas todas mis esperanzas en su aparición... Pero sucedió lo imprevisto, lo irremediable, y, sin embargo, tenemos que aceptarlo porque es una ley natural: "El Pollo" nació muerto".

En una visita que le hiciera al ilustre general Uriburu, nuestra conversación giró alrededor de mis antepasados. Refiriéndose a Miguelito Ocampo — con quien había mantenido en los años juveniles una afectuosa amistad, — me dijo: "No vaya usted a creer que su compañía nos interesaba únicamente en las reuniones alegres: lo buscábamos para toda actividad en que se necesitaba entusiasmo, valor y patriotismo. A ese muchacho espiritual, celebrado y querido, que acaudillaba la indiada porteña, no le faltaron arranques severos que traslucían la prosapia de su estirpe. Conozco un episodio de su vida que corrobora lo que dicen mis palabras". Después de unos instantes de silencio en que reconcentró su pensamiento, agregó: "Miguelito se alistó como voluntario del ejército de Diego Lamas, para combatir las fuerzas que mandaba el general Tajes, que sostenía al presidente Santos, de Montevideo. El encuentro en el Quebracho fué una batalla sangrienta. Allí Miguelito Ocampo, que era abanderado, en circunstancias de ser tomado prisionero, se disparó un balazo debajo de la barba, del que salvó por una casualidad inexplicable. Al caer gravemente herido, exclamó: ¡Solamente muerto, a un soldado argentino le arrebatan su bandera!"

Juan Cruz Ocampo

IRUPE

Por

Clodomiro de Caboteau



En la quietud del canal
donde levanta el boyero,
como autóctono trovero,
su canción primaveral...

Donde mora el yacaré
con el martín pescador,
vive también esta flor:
el gigantesco irupé.

Tal vez una madre indiana,
con amante afán, prolijo,
hizo en él cuna del hijo
en época ya lejana.

Las grandes aves del agua
se posan sobre sus hojas
que en las tardecitas rojas
parecen una piragua.

Quizás un indio poeta,
en su dulce guaraní,
cantó una balada allí
junto a sus hojas inquietas.

Y en la calma sosegada,
bajo la luz de la luna,
fué la suave y verde cuna
de una princesa encantada.

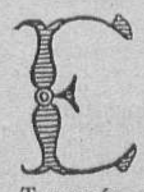
Hermoso, puro, fugaz,
como un copo de ilusión,
es un níveo corazón
bogando en el Paraná.



LA NOVELA DEL JUEVES
ESPECIAL PARA "CARAS Y CARETAS"

FRAY JUSTO SANTA MARIA DE ORO Y LA "RUBIA DE LA PATRIA"

Por CESAR CARRIZO



ERA al promediar la tarde de un día de marzo de *1816*. Montado en briosa mula, de esas que se crían de galana alzada y paso rítmico, en los alfalfares de Jachal, acababa de llegar a Tucumán un sacerdote dominico.

Sombrero de anchas alas cubre su cabeza. Y trae a guisa de poncho, algo que

nunca faltó a los cabalgantes de categoría: una manta de vicuña, de ésas que de antiguo se labraban en los telares indígenas de Vinchina o de Belén. ¿No fué riojana la manta de San Martín y no fué catamarqueña la manta de Lavalle?

Jinete y cabalgadura llegan cubiertos por el polvo de un largo viaje. Porque largo y soledoso ha sido el camino recorrido por este fraile a través de los valles de San Juan, de las travesías puntanas, de Los Llanos de La Rioja, de las montañas de Catamarca, hasta adentrarse en las quebradas de Aconquija.

Un baqueano de rostro atezado y magro le sigue a corta distancia, montado también en mula de aguante. Al entrar en los campos polvorosos de Los Llanos, caballero y escudero entablan el siguiente diálogo:

—Hijo, ¿por qué no sigues adelante?

—Lo voy a entierrar, padre. Y esto no está bien.

—Lo mismo yo a ti, Pantaleón.

—Mejor pa mí, padre: es tierra bendita — le contesta candorosamente Pantaleón Fúnes, el baqueano, y sigue en su mula paciente a trote de zorro. Trae en los arzones del recado unas grandes alforjas, más bien provistas de libros, papeles y escapularios que de bastimento.

No es joven el viajero que marcha adelante. Y a pesar de su manso ministerio, de sus costumbres monásticas, cabalga tan bien, con tal aplomo y garbo tan airoso, que dijérase que ha nacido y ha medrado buen jinete. Es que le viene de estirpe el don de la caballería andante. Y bien dice Sarmiento al referirse a un hermano suyo, también fraile, el capellán del regimiento número 11 del Ejército de Los Andes: — "Era insigne domador, de apostárselas a don Juan Manuel de Rosas; y en las fiestas del Acequión, descendía de las montañas donde tenía su hacienda de ganados de los Sombrers, cabalgando un potro, garantidas sus piernas por espesos guardamontes que le permitían salvar barrancas y esteros, y arremeter con los altos y tupidos espinos que embarazaban el tránsito en nuestros campos."

Los pastores, los labriegos, los arrieros, los artesanos, las mozas de cántaro, las tejedoras, los señores y solarengos que saben de antemano quién es el viajero — porque un chasque llegado de San Juan ha traído el preanuncio — salen al camino a recibirle. Y él llega y pasa repartiendo bendiciones que acompaña con una sonrisa; bendiciones que caen sobre aquellas gentes como gracia de lo alto. Así llegaría en lo futuro — pero de a pie — a los caseríos pobres y a las villas suntuosas, Fray Mamerto Esquiú.

Pero, ¿quién es aquel dominico de rostro cenceño, de claros ojos, y envuelto en un aire angélico, si hemos de emplear el calificativo con que lo evoca Mitre? Es Fray Justo Santa María de Oro que representará a San Juan en el magno congreso. Bien conocen su fama los pueblos de aquende y allende la Cordillera. Desde los días que siguieron a Mayo no ha dado tregua a su sandalia, predicando el verbo de la Revolución.

Estando en España supo del advenimiento. Y dice un historiador: — "Como Bolívar, como San Martín y todos los que se sentían con fuerza para obrar, voló a incorporarse a los suyos; desembarcó en Buenos Aires, aplaudió la Revolución, vió de paso a su familia; regresó a Chile, a su convento; y después de haber prestado su cooperación a los patriotas hasta 1814, emigró a las Provincias Unidas en el momento de la restauración de la dominación española.

"Nombrado diputado al Congreso de Tucumán por la provincia de San Juan, con el ilustre Laprida que fué electo presidente, tuvo la gloria de poner su firma en el Acta de la Declaración de la Independencia de las Provincias Unidas, tomando parte en todos los audaces trabajos de aquel congreso".

En vano su provincia y los "Pueblos" — así con mayúscula, como se dice en el acta del Congreso, como después han de vociferar los caudillos y como se postula en la asamblea constituyente del 53 — le ofrecen una cómoda mensajería.

Don Prudencio Quiroga, padre de Facundo, le ruega que viaje en su diligencia; don Ramón Brizuela y Doria, en La Rioja, lo mismo; los Navarro de Catamarca, igualmente. Pero Fray Justo Santa María de Oro no la acepta. Jinete de raza y humilde de corazón, quiere ir a mula para que su viaje sea una piadosa romería y una penitencia ejemplar.

¿Nada más que por eso? No; es que

al ir de ciudad en ciudad, de villorrio en villorio, de cortijo en cortijo, quiere auscultar el corazón de las masas, su entraña republicana, para tenerlo muy presente en los debates del Congreso. Y de ahí la frase de Castro Barros, cuando después, en réplica candente le va a decir: "Confesionario andante".

II

Ya el caballero, seguido de su escudero, al dar vuelta la ceja del monte divisa allá en el bajo, a San Miguel de Tucumán. Los campos, el río, el cielo y la montaña, en aquella tarde de marzo, forman una sinfonía en verde-azul interrumpida tan sólo por la nieve del Aconquija. Hasta que el forastero penetra por la calle del Rey, la calle larga y recién regada, y se dirige a la Iglesia de la Merced. Quiere arrodillarse a los pies de la imagen que Belgrano, en el Campo de las Carreras, proclamara generala del ejército después de la Batalla de Tucumán el 24 de septiembre de 1812.



A las puertas de la iglesia desciende de su cabalgadura. Se quita la manta y el sombrero; y así penetra en la nave y se postra ante la Virgen.

Cuando ha elevado su plegaria vuelve a montar en la mula para ir a desensillar en el convento de Santo Domingo, donde están sus hermanos de la Orden. Largo y tedioso ha sido el viaje. Una peregrinación a través de llanos polvorosos, de salinas, amargas, de barriales empedernidos, de recuestas y quebradas. Pero al fin ya está en la casa de paz; en el dulce convivio con sus hermanos dominicos.

Las familias patricias y el pueblo moreno que trabaja en la besana, en los bosques de robles y quebrachos, en las barracas y talabarterías, quiere conocerle y oírle. Y fray Justo Santa María de Oro no se muestra esquivo. Habla con todos. Penetra en los solares y en los ranchos. Le encanta la tonada tucumana de acento blando y caído, tan diferente a la tonada sanjuanina, briosa y altiva. Le maravilla la belleza pálida de las mujeres de rostro tan parecido al de la Virgen. Y admira el temple y la estampa robliza de los hombres del pueblo.

Pero necesita reposar y sobre todo meditar. Necesita poner ritmo a sus ideas, y dar cauce y medida al mensaje democrático que trae de los "Pueblos". Y un día sale del convento y vase en busca de "la antigua reducción jesuítica de Lules, deliciosamente situada en la Quebrada".

La Quebrada de Lules en el Aconquija... Si aún hoy, en 1933, invadida por los refinamientos de la civilización y de la arquitectura, es uno de los rincones maravillosos de Tucumán, hay que imaginarse lo que debió ser en 1816 en estado de naturaleza, con su paisaje y su gracia de égloga primitiva. Era, sin duda alguna, esa "vegüela" de que hablan las vaquiras y pastorelas provenzales y los poemas del mester de clerecía... Y en medio de este paraíso, la casa de anchos

y bien plantados muros de la Compañía, con su huerto de naranjos, laureles, rosales, jazmineros y granados. Aquí vino a encerrarse el dominico. Y él, que tenía una vasta cultura, y una curiosidad poética, y una información de la edad media, debió repetir con Berceo los tetrastropos famosos:

"La verdura del prado, la olor de las flores, — las sombras de los árbores de temprados sabores, — refrescáronme todo, e perdí los sudores: — podrie vevir el omne con aquellos olores. — Nuncua trobé en sieglo logar tan deleitoso, — nin sombra tan temprada, nin olor tan sabroso, — descargué mi ropiella por yacer más vicioso, — poséme a la sombra de un árbor fermoso."

III

Y bien: una mañana de abril, de ese abril tucumano que sabe y huele a gracia de Dios derramada en la tierra, se vió descender de una diligencia y a las puertas de aquel callado apartamiento, a la más hermosa de las mujeres de Tucumán. Alta, fina, blanca, de ojos de esmeralda y cabellos dorados. Las gentes que pasaban por el camino se detuvieron a contemplarla con azorados ojos y emoción religiosa, como los griegos primitivos verían sin duda por primera vez la aparición y revelación de Anadiomena sobre el haz de las aguas... Pero cuando pasó el momento de asombro ante tanta belleza, los arrieros y pastores, los gañanes y gañanesas dijeron: ¡La Rubia de la Patria!

Era ella en verdad — Lucía Aráoz — perteneciente a la alta sociedad tucumana, a la hélite del viejo patriciado. Cantada por los poetas, bendecida por los ancianos, y bienamada del pueblo por su llaneza democrática, desde los días inciertos que precedieron a la Batalla de Tucumán, en que ella azuzaba a los peones y solarengos para que se armaran en contra de las huestes de Tristán; sí, Lucía Aráoz, a quien el pueblo, gran poeta, autor de Romanceros y Biblias, debía calificar en un momento de entusiasmo y profecía: la Rubia de la Patria.

Y ahora oigamos a Groussac, quien refiriéndose al baile de gala celebrado en homenaje a la jura de la Independencia dice:

—"Pero en un punto concordaban las crónicas sexagenarias, y era en proclamar reina y corona de la fiesta, a aquella deliciosa Lucía Aráoz, alegre y dorada como un rayo de sol, a quien toda la población rendía culto, habiéndole adherido la cariñosa divisa de "Rubia de la Patria". Para que nada le faltara había de convertirse poco después, en iris de paz entre los partidos airados: Capuletos y Montescos de tierra adentro, que, como dije alguna vez, hicieron poesía sin saberlo al lograr que Lucía, venciendo íntimas resistencias, concediera su blanca mano al gobernador Javier López, hasta entonces enemigo mortal de los Aráoz".

Y aquí, humildemente rectifiquemos al maestro. Leyendo las "Memorias" del general Paz hemos dudado de aquello de las "íntimas resistencias". Hubo, desde luego, discrepancias políticas entre familia y familia que nada tienen que ver con el poema de los enamorados. Hasta que nos hemos convencido de que se amaron como Julieta y Romeo, leyendo unas viejas cartas de familia y sobre todo la página grande y conmovida que Javier López escribe desde el patíbulo a la compañera de su vida.

Pero retrocedamos en el tiempo. Aquella mañana de abril Lucía Aráoz descendió de la diligencia, y con paso resuelto fué hasta las herradas puertas del convento. Llamó con el aldabón; y un sacerdote anciano fué a abrirle. Descorrió el postigo de barrotes de hierro, y al reconocerla preguntó:

—¿A quién busca la niña?

—A fray Justo Santa María de Oro.

—No recibe el padre; está en retiro.

—Sin embargo, necesito hablarle.

—Me está prohibido anunciar a nadie.

—Se trata de un grave secreto de estado...

—¿Acaso su tío el gobernador, don Bernabé Aráoz?

—Sí, algo muy grave — dijo la Rubia de la Patria, y disimuló una sonrisa picaresca.

—En fin, espere un momento. Las normas de la Compañía no deben ser tan inflexibles cuando hay un grave secreto de estado de por medio.

El sacerdote fué y volvió. Abrió la ancha y recia puerta de algarrobo e hizo pasar a la joven. La condujo hasta el fondo del huerto. Y allá, a la sombra de los naran-

jos, sentado en un banco de piedra, descubrió a fray Justo Santa María de Oro. Rodeado de libros y papeles, tenía en ese momento la mirada en el infinito.

Se llegó hasta él, e iba a arrodillarse ante el santo varón, cuando a un gesto del dominico hizo solamente una reverencia.

—Perdóneme, padre, que haya venido a molestarle.

—No, hija mía. Yo me debo a esta sociedad, a este pueblo, que me ha tributado un cariño inmerecido. ¿En qué puedo servir a la Rubia de la Patria?

—¡Ah! ¿Sabe usted mi sobrenombre?

—Sí, desde antes de llegar a Tucumán lo conocía. Sabía de tu belleza, de tus virtudes, de tu heroísmo... La Rubia de la Patria...

—Así me llaman todos. ¿Desde cuándo? No lo sé. Y como en este mote yo veo y siento el cariño del pueblo, lo llevo con gusto.

—Es que tú, hija mía, con tu belleza física y moral, y con tu entereza en las filas del pueblo, en los momentos difíciles, te has hecho acreedora a este renombre. ¡Ah, conozco la crónica del Tucumán heroico! Todos los pueblos la conocen. Yo la supe en mi convento de Chile. Ha recorrido la América toda... La batalla en el Campo de las Carreras, la aparición de la Virgen sobre las huestes de la patria — entre el humo del combate — y después el homenaje del ejército con el general Belgrano a la cabeza.

—Es verdad, padre; así fué. ¡Qué días aquellos! Fué un milagro. Han pasado tres años y me parece que aun escucho el fragor de la batalla.

De evocación en evocación, la Rubia de la Patria fué avivando y perfilando el panorama del Tucumán de la gesta brava. Pero no era ése el motivo de su visita. Hubo entre ambos un largo silencio.

—¿Y a qué debo el placer de tu visita? — le preguntó al fin el diputado por San Juan.

—A dos razones: una personal, y la otra del pueblo. Quería conocerle y escuchar de cerca al santo padre, de quien se refieren tantas obras de bien y de justicia.

—Hija mía: nuestro ministerio es sólo para hacer el bien y la justicia. Y en estos momentos para salvar la causa de la Revolución.

—¡Ah, sí! Nadie sabe los sacrificios que está costando la causa de la Revolución.

Después de una pausa, Lucía Aráoz dijo:

—Ahora la otra razón que me ha traído ante usted es un mensaje del pueblo, o mejor dicho, de los Pueblos, como oigo conversar en casa de mi tío, el gobernador. Allá, en las tertulias, se habla de cosas serias y graves...

—Hija mía...

—Pero en el pueblo, en las masas, se dicen cosas grandes. No sé si es por un designio de la Providencia, lo cierto es que he penetrado en el espíritu de todos; y mis ojos, mis oídos han llegado al fondo del corazón de las gentes. Y en todas partes he encontrado, he leído esta verdad: el pueblo quiere ser libre; las masas quieren la república, y no una nueva monarquía.

Al oír esto, fray Justo Santa María de Oro sintió como si un viento de gesta le conmoviera el corazón. ¿Era posible? ¿Ya en las masas, en la clase media y aún en ciertas familias, y antes de que se jurara la Independencia y se proclamara el futuro régimen se hablaba de la forma de gobierno? Y él, que creía un secreto de notables, algo privativo de los sacerdotes, estadistas y generales que integraban el Congreso...

Lucía Aráoz prosiguió:

—En verdad, padre: el pueblo sabe más de lo que usted se imagina, y más de lo que creen los señores y las damas de mi clase. Basta llegarse hasta sus chacras y ranchos para darse cuenta. Y las masas no permitirán que después de tanta sangre derramada en Ayohuma, Vilcapugio, Sipe-Sipe, Salta y en esta tierra, volvamos a la monarquía. Este es el mensaje que quería darle.

Fray Justo Santa María de Oro estaba asombrado. Aquella hermosa criatura — que apenas tendría diez y seis años — hablaba con la valentía de un héroe y el aplomo augusto de una matrona. Y era lógico que así fuera. Aquellas mujeres de la edad homérica que vivieron la epopeya e hicieron la historia, nacían ya mujeres predestinadas: vestales que mantienen encendida la llama del hogar; inspiradoras de grandes hombres; Verónicas que con-

suelan y amazonas que empuñan la lanza y se juegan en el entrevero.

—¿Y por qué te diriges a mí, hija mía? preguntó el dominico, por decir algo.

— Es que todos sabemos que sólo usted sabrá escuchar e interpretar este mensaje.

— Pero no, hija mía.. Ahí están mis compañeros de hábito sacerdotal, sabios a cual más, y tan buenos patriotas como yo. ¿Conoces sus nombres? Ahí están Pedro León Gallo, José Ignacio Thames, Pedro Miguel Aráoz, José Colombres, Manuel Antonio Acevedo, Antonio Ugarte, Mariano Sánchez de Loria, José Andrés Pacheco de Melo, el doctor Pedro Ignacio de Castro Barros y tantos otros...

— Es verdad, padre. Pero el mensaje del pueblo es para usted.

Fray Justo Santa María de Oro no supo qué contestar. Era la primera vez que su serena valentía, de que diera tantas pruebas en la vida, se sentía desconcertada. Mas, pudo recobrar el dominio de sí mismo, y habló:

— Hija mía: ese mismo mensaje que tú me comunicas ahora, lo he recogido en el camino, y lo traigo bien guardado en el corazón. Y escúchame: tengamos fe en Dios y en el alma de la patria. Ellos nos iluminarán en las horas de prueba que presiento van a suscitarse en la asamblea. Y créeme que yo sabré comunicarlo a mis compañeros de congreso si llegase el momento sombrío en que se ofuscaran los espíritus. Triunfará siempre la voluntad del pueblo; se han de imponer los designios de la patria, porque Dios vela con su mirada vigilante para que se haga tarde o temprano la justicia.

Al escucharlo Lucía Aráoz, inclinó la cabeza ante aquel varón fuerte, que era a la vez un espíritu angélico, según la expresión de Mitre. Reclamó su bendición, y se alejó después por entre los naranjos, los rosales y laureles. Fray Justo Santa María de Oro la vió esfumarse y desaparecer. Empero, en el alma le quedó su imagen de oro, de nácar y esmeralda. Y creyó ciertamente que una de las vírgenes pintadas por los artistas del Renacimiento se había desprendido del lienzo, se había humanizado en milagrosa transfiguración, para hablarle en nombre del pueblo, ahí a la sombra fresca y perfumada del huerto.

IV

HASTA que llegaron las horas de recios contrapuntos ideológicos en el seno del congreso. Y a la dialéctica sucedió el milagro. Eran las 2 de la tarde de "un día claro y hermoso", según refiere un cartulario de familia. Abierto el acto, se vió algo inusitado: la plebe y la aristocracia — y en medio de todos la Rubia de la Patria — que se agolpaban a la sala. Los secretarios Paso y Serrano cambian miradas de inteligencia; y fray Justo Santa María de Oro, con el rostro transfigurado, levanta la mano, diciendo, con el gesto, a la multitud, que espere nada más que unos instantes. Acto continuo el doctor Paso, con voz alta, formula la pregunta histórica: "Si querían que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre e independiente de los reyes de España". Y la respuesta es una afirmación rotunda, subrayada por la aclamación del pueblo.

Resuelto este serio problema, queda uno aun más grave: el futuro régimen de gobierno. ¿Súbditos de un nuevo monarca o ciudadanos de una democracia? El congreso se hallaba dividido, y llegó un momento en que peligró la causa de la democracia. Y aquí oigamos a Groussac: "A pesar de haberse mostrado individualmente propicios a tamaña extravagancia los más de los diputados provinciales, permanecía fluctuante el consenso general, cuando de repente solidificóse una mayoría de protesta a la voz conmovida e indignada de Fray Justo Santa María de Oro, el gran recoleto dominico, a quien su ciudad natal, glorificando merecidamente la santidad a par del genio, ha erigido una estatua tan alta como la de Sarmiento".

¿Y cuáles fueron las palabras grandes de Fray Justo Santa María de Oro, cuando vió que las veleidades monárquicas iban a tumbar los ideales de Mayo? Oigámoslas de nuevo: "Para proceder a declarar la forma de gobierno, era preciso consultar primeramente a los Pueblos, y que en el caso de procederse sin aquel requisito, a adoptar el sistema monárquico constitucional, pedía permiso para retirarse del congreso".

La monarquía cayó de golpe y herida mortalmente. Después, en la sesión del 6 de agosto, el doctor Anchorena le dió el tiro de gracia.

El mensajero de los pueblos había cumplido con el mandato. ¿Y ahora? Al trasladarse el Congreso a Buenos Aires, Tucumán los vió alejarse unos en pos de otros. Quienes como Serrano, el galante soñador, dejaba una huella imborrable en el corazón de sus admiradoras. Otros, como Anchorena, el acento de su palabra henchida de democracia y la vivencia de su aire señoril. Aquellos como Laprida, la imagen calma de un senador de la Roma clásica. Y éstos como Godoy Cruz, el amigo de San Martín, tan prudente como enérgico, que unía al temple acerado la sonrisa para que su gestión no fuera infructuosa. Paso, el de la palabra oportuna y voz avasalladora. Y quienes como Castro Barros, que con su verbo apocalíptico conmovió sin convencer. Sólo fray Justo Santa María de Oro dejaba algo así como una música de antífonas, unida a un canto epinicio; y un rumor de plegaria y un perfume de santidad en los espíritus.

Cuando de nuevo debía montar en su mula para alejarse rumbo a Buenos Aires, pero pasando por Cuyo, Lucía Aráoz se presentó en el convento de Santo Domingo. Cristiana ferviente, buscaba en ese momento, no al diputado por San Juan, sino al ministro de su religión.

Pero ahora no traía el mensaje del pueblo, sino el secreto de su corazón. Y fué más que la confesión ritual la confidencia: estaba enamorada de Javier López, el paladín joven y hermoso que regresaba del campo de batalla al frente de su caballería. Iba a casarse con él. Adiós entonces las discrepancias políticas de López y Aráoz, los Capuletos y Montescos del viejo Tucumán. En medio de la noche de las almas, el amor había tendido una escala de seda a Romeo... Y el amor, como se dice en las Escrituras: "es fuerte como la muerte; la pasión, inflexible como el infierno; sus lámparas, son lámparas de llamas y flechas del fuego de Jehová".

Fray Justo Santa María de Oro sólo tuvo palabras de sabiduría, de esperanza y de fe para la Rubia de la Patria, que así le confiaba su secreto.

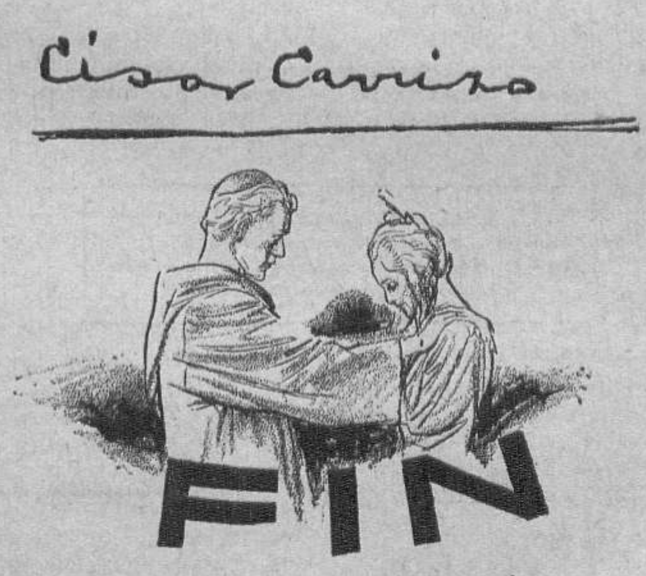
Días después se alejó para no volver nunca más a Tucumán. Al llegar a la ceja del monte, ahí donde el camino se quiebra en un meandro y se interna en la serranía, el viajero volvió la cabeza y bendijo con su mano a la ciudad hospitalaria.

Ahora en marcha en la briosa mula que va levantando una tolvanera al andar. No en vano vuelve a su querencia. No en vano ha estado a campo abierto y a pienso verde en la finca de los Alurralde.

Atrás, Pantaleón Funes, el baqueano, iría repitiendo sin duda para sí — como quien reza en silencio — las palabras del viaje al cruzar los campos polvorosos de Los Llanos:

— Mejor pa mí, padre; es tierra bendita...

César Carrizo

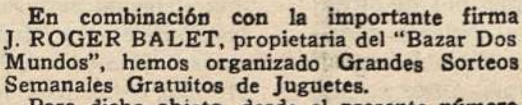


DIBUJOS DE BERNABÓ

Grandes sorteos semanales gratuitos de juguetes para los pequeños lectores de "Caras y Caretas"





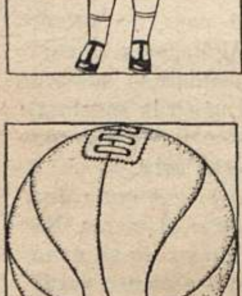


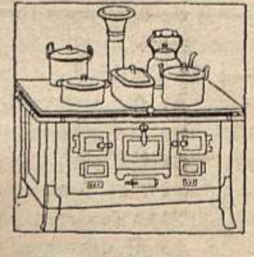
En combinación con la importante firma J. ROGER BALET, propietaria del "Bazar Dos Mundos", hemos organizado Grandes Sorteos Semanales Gratuitos de Juguetes.

Para dicho objeto, desde el presente número los ejemplares de "Caras y Caretas" llevarán, en la primera página, un cupón numerado.

Los cupones cuyas tres últimas cifras correspondan a las del número que obtenga el primer premio de la Lotería de Beneficencia Nacional *del sorteo que indique el precitado cupón*, obtendrán un premio consistente en juguetes por valor de CINCO pesos moneda nacional, al precio de venta fijado para el público y a elección del favorecido entre el vasto y novedoso surtido del "Bazar Dos Mundos".

La entrega de juguetes se hará mediante la presentación de la primera página completa de "Caras y Caretas" que contenga el cupón premiado, en la casa central del "Bazar Dos Mundos, Carlos Pellegrini, 302, esq. Sarmiento, o en cualquiera de sus casas situadas en:





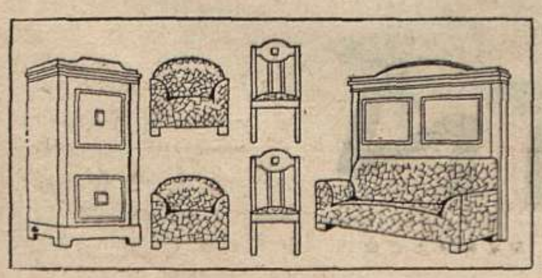
Corrientes, 3102.
Rivadavia, 3200.
San Juan, 1099.
Carlos Pellegrini, 270/72.
Carlos Pellegrini, 302, esquina Sarmiento.
Almirante Brown, 1246.
Independencia, 3601.
Cabildo, 2000.
Av. San Martín, 1771.
Belgrano, 2399.
Cánning, 299.
Constitucion, esq. 9 de Julio (San Fernando, F. C. C. A.).
25 de Mayo, 755-65 (Morón, F. C. O.).
Laprida, 201 (Lomas, F. C. S.).
José C. Paz, 200 (Lanús F. C. S.).
Triunvirato, 4400.
Rivadavia, 308 (Quilmes. F. C. S.).
Carlos Pellegrini, 163.
San Lorenzo, esq. Mitre (San Martín, F.C.C.A.).
Entre Ríos, 1199.
Av. Mitre, 702 (Avellaneda, F. C. S.).
San Martín, esq. Francia (Luján, F. C. O.).
Administración: Salta, 1451.

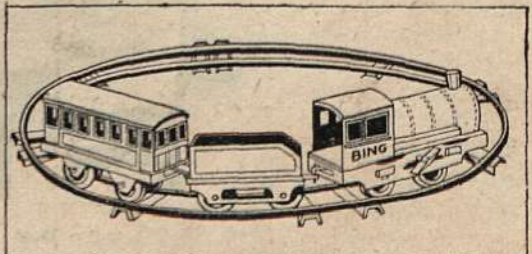




Los cupones premiados podrán canjearse por juguetes dentro de los treinta días posteriores a la fecha del sorteo correspondiente, y pasado dicho término, carecerán de valor.

> ***Siendo la circulación de "Caras y Caretas" muy superior a los 42 millares que intervienen en la Lotería Nacional, repetiremos la numeración tantas veces como sea necesario.***





CONFIANZA...

¡Qué inefable emoción sentimos contemplando a la paloma que llega hasta nosotros llena de gracia suave y de infinita confianza!

Con lealtad probada a través de los años, la Cafiaspirina se ha captado la más **absoluta confianza** de todo el mundo. Esto es perfectamente lógico, porque la calidad y pureza inalterables de este famoso analgésico están amparadas por la noble, segura y respetable Cruz Bayer.

La Cafiaspirina es el analgésico, por excelencia, para aliviar **dolores de cabeza, resfriados, jaquecas, neuralgias, trastornos femeninos, reumatismo y malestares en general.**




De venta en todo el mundo.
8
8